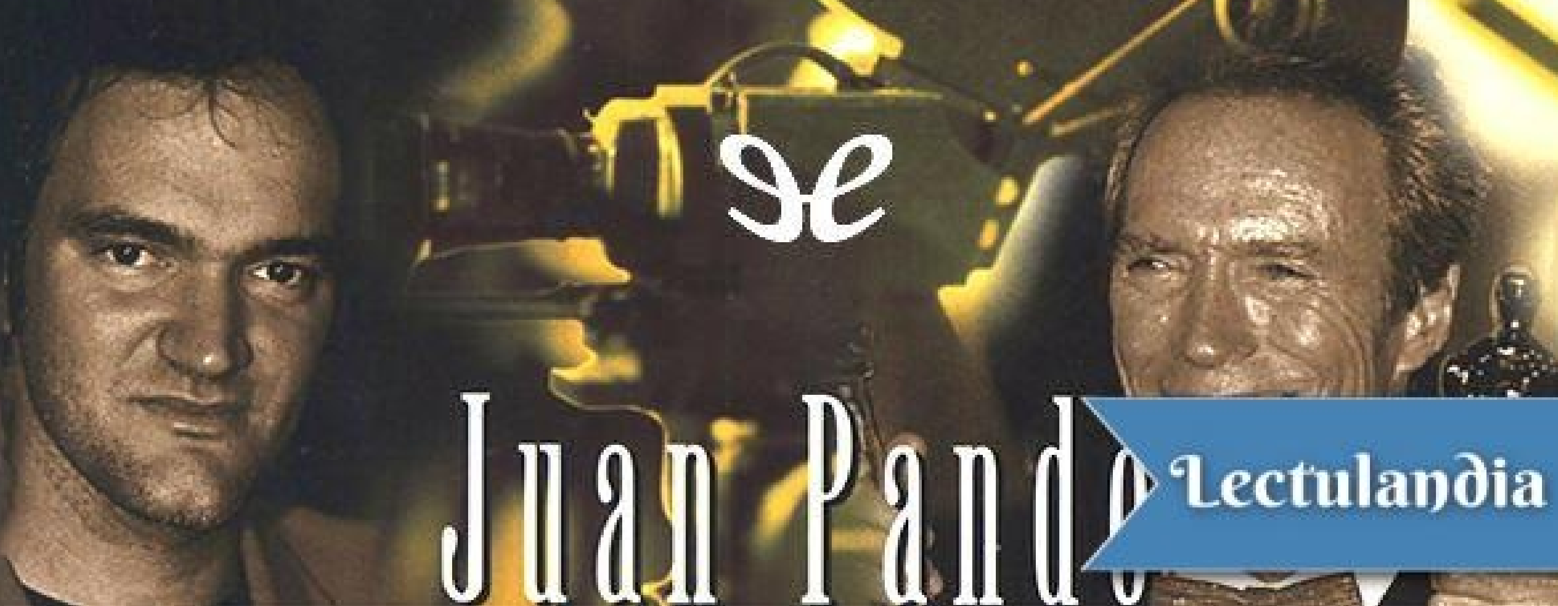
CRÓNICA NEGRA DE HOLLYWOOD



¿Sabía que a Quentin Tarantino le acusan de haberle robado a un amigo las ideas de todas sus películas? ¿Que los acreedores de Kim Basinger pretendían impedir que se quedase embarazada para que pudiera pagar sus deudas? ¿Lo que sostienen los rumores de lo que hacía cierto galán de Hollywood con un ratoncito blanco? ¿Que la famosa boda de John Travolta en París fue una farsa? ¿Que uno de los maridos de Joan Collins intentó cedérsela una noche por dinero a un millonario y, además, quería mirar?

Juan Pando hace un repaso de los escándalos más recientes ocurridos en Hollywood y protagonizados por personajes actuales y conocidos: Woody Allen, Clint Eastwood, Sylvester Stallone, Demi Moore, Tom Cruise, Jodie Foster… Hasta cuarenta ídolos de la pantalla desfilan por estas páginas con historias reales pero no menos fantásticas que aquellas que vemos en sus películas.

Juan Pando Marcos

Crónica negra de Hollywood

ePub r1.0
Titivillus 15.08.17

Título original: *Crónica negra de Hollywood*
Juan Pando Marcos, 1999
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

Muchos lectores han sido tan amables de ponerse en contacto conmigo desde la aparición de *Hollywood al desnudo* y de *Nacidos para triunfar*, mis dos libros anteriores. La mayoría me sugirió que hiciera continuaciones de ambas obras; o sea, pedían más. Ese ruego. —Y las ventas, claro— ha confirmado mi sospecha de que hay un interés creciente por saber más sobre esas cosas de Hollywood de las que tan poco se habla en la prensa española y, sobre todo, porque se cuenten de un modo ameno pero riguroso, algo poco frecuente en nuestro país.

Me ha parecido más lógico ampliar los temas a tratar que redundar sobre los ya trabajados. Por eso me he decidido a hacer este repaso a los escándalos más recientes ocurridos en Hollywood. Dedicarle un libro a esta materia espantará, sin duda, a muchos críticos, periodistas y escritores que se consideran «serios». No obstante, estoy convencido de que también aproximará al fenómeno cinematográfico a mucha gente que no es especialmente aficionada. Esto que ganará el cine.

Los escándalos son al cine lo que las tildes a la lengua española. Nadie discute que se puede escribir sin ellas, pero ¿quién duda de que las palabras pierden parte de su significado, a veces esencial, si no se ponen? Cine americano y escándalo son conceptos paralelos, hasta el extremo de que su primera estrella, Florence Lawrence, era una actriz desconocida hasta que su productor montó un buen guirigay difundiendo la falsa noticia de su muerte, atropellada por un tranvía.

Tranquilidad. Estas páginas no tratan del pasado, sino del presente. El idolatrado Woody Allen, por ejemplo, adelantó el estreno de *Maridos y mujeres* para hacerlo coincidir con su separación de Mia Farrow y que los cacareados parecidos entre ficción y realidad atrajeran a los curiosos a la taquilla. La carrera de Demi Moore se hace incomprensible si no se tiene en cuenta la hábil manipulación de sus arriesgados desnudos en las portadas de importantes revistas y en la pantalla.

Los criterios seguidos para seleccionar a los personajes han sido dos: que fueran actuales y conocidos; ellos o su obra. El lector puede no estar familiarizado con los nombres de algunos de ellos, como serán los casos de los productores Don Simpson y Joel Silver, pero será difícil que no haya visto alguna de sus respectivas películas. Éxitos de taquilla de la magnitud de *Superdetective en Hollywood*, *Arma letal*, *Top Gun*, *La jungla de cristal*, *Flashdance* y *La Roca*.

Al tratarse en su gran mayoría de escándalos recientes, que aún perviven en la memoria, puede creerse que no se añade nada nuevo a lo publicado en su momento. Nada más lejos de la realidad. Los hechos son como las letras de las canciones que nos gustan o como las calles de nuestra ciudad. Pensamos que las conocemos hasta que descubrimos que son bastante más ricas de lo que recordábamos o que sus ramificaciones nos llevan a lugares que jamás pudimos sospechar. Ocurre algo semejante con lo que se narra en este libro.

¿Sabía que Sylvester Stallone disfruta de las mujeres a pares… viendo cómo

hacen el amor entre ellas? ¿Que a Quentin Tarantino le acusan de haberle robado a un amigo las ideas de todas sus películas? ¿Que los acreedores de Kim Basinger querían impedir que se quedara embarazada para que pudiera pagar sus deudas? ¿Lo que sostienen los rumores de lo que hacía cierto galán de Hollywood con un ratoncito blanco? ¿Que River Phoenix murió a la puerta de un local llamado El Rincón del Colgao?

¿Que la madre de Jane Fonda se rebanó el cuello con una navaja y que ella padeció bulimia? ¿Que la famosa boda de John Travolta en París fue una farsa? ¿Que Jodie Foster recibió su nombre de la amante lesbiana de su madre, con la que se crió? ¿La valoración que le dio la prostituta Divine Brown al miembro de Hugh Grant? ¿Que uno de los maridos de Joan Collins intentó cedérsela una noche por dinero a un millonario y, además, quería mirar?

Sigo respetando el criterio iniciado en *Hollywood al desnudo* de no emplear palabras en inglés, salvo términos muy concretos, de los que se explica su significado. Hacerlo de otro modo hubiera supuesto una falta de respeto a los lectores e incurrir en esa especie de *spanglish*. —Mezcla de español e inglés que hablan los latinos en Estados Unidos— con el que algunos colegas míos sazonan sus textos para demostrar lo bien que saben esa lengua extranjera y lo enterados que están de lo que acontece en el mundo.

Se diga como se diga, un *thriller* es una de suspense; un *comic*, un tebeo; un *cameo*, una aparición estelar breve, y una *buddy movie*, una película de colegas. Los que no se den cuenta es que necesitan clases urgentes de español. La moda de estrenar películas con su título original es otra manifestación lamentable de este analfabetismo provinciano, que luce el inglés como los nuevos ricos sus joyas y le niega el respeto que merecen a otros idiomas. El castellano, el primero, por no citar el francés, el alemán o el italiano.

Puede parecer una contradicción que haya recurrido a algún título de película no traducido para el índice de capítulos, pero una vez constatada esa realidad, no dejan de ser títulos de estreno en España y, como tales, los únicos que existen de esos filmes. En cuanto a mantener las cantidades económicas en dólares, sin hacer el cambio a pesetas, se debe a que los dólares de 1985, de 1990 y de 1998, por ejemplo, no valen ni mucho menos lo mismo, y sería un error hacer el cambio de todas las cantidades de acuerdo a la paridad actual.

El problema de la mayoría de textos de cine en España es que les falta alguna que otra tilde, un pellizco de humanidad, aquí y allá. Sus autores suelen pensar más en emitir su docta opinión a toda costa y en su lucimiento personal que en sus lectores. Les ampara el vicio español de editar a costa del dinero público. —Vía festivales y filmotecas—, lo que les exime de aprobar la reválida de las ventas, y sufren el prurito de considerar «serias» sólo determinadas materias.

Éste es otro asunto en el que surge ese papanatismo tan nuestro de sobrevalorar lo ajeno, por desconocido, y hablar a la ligera, utilizando como argumento de autoridad

aquello que se cree que sucede en el extranjero. Esto es un error. Por ejemplo, las entrevistas del *Playboy* americano, revista que no está en las bibliotecas públicas, son espléndidas (la de Robert De Niro de enero de 1989 es legendaria); a pesar de lo que pueda opinar el público bienpensante de la publicación.

La razón es sencilla: *Playboy* tiene fuerza suficiente para llegar a cualquier famoso y medios económicos para que un reportero invierta el tiempo necesario —Lawrence Grobel se reunió ocho veces con De Niro a lo largo de siete meses— para lograr una entrevista. Entendiendo por tal una conversación en privado durante tiempo suficiente y sin restricción de temas; no, como suele ocurrir cada vez más, media docena de respuestas, obtenidas al vuelo, en España o en hoteles de lujo de capitales europeas, durante veinte minutos, compartidos con varios colegas, dentro de la campaña de promoción de la última película de la estrella. Eso está más próximo a la promoción que al periodismo.

La idea que tienen algunos críticos, periodistas y escritores en España de lo que debe ser la información de cine dista mucho de la opinión que tienen sobre el particular los medios de comunicación más rigurosos e influyentes del mundo. Para muestra, algunos párrafos tomados de diarios y revistas de Estados Unidos, puesto que tratamos de Hollywood. El siguiente texto procede de una entrevista de Sharon Waxman a Juliette Binoche, aparecida, aunque algunos no lo puedan creer, el 27 de febrero de 1994 en *The Washington Post*:

«Se niega a revelar el nombre o hasta la profesión del padre de Rafael [su hijo], con el que vive. Binoche es aún tan inocente como para mantener lo que es sin duda una ilusión: que una actriz de éxito puede preservar su vida privada por completo. Lleva esta obsesión hasta el absurdo, mostrándose visiblemente asustada cuando su entrevistadora menciona el bautismo de Rafael, como si se tratara de un secreto. Tanto si Binoche acepta reconocerlo como si no, es obvio que sus vidas profesional y privada están ya íntimamente ligadas.»

El semanario *Newsweek*, uno de los dos más prestigiosos del país, criticó de modo radical el 29 de enero de 1990 cómo Tom Cruise había escamoteado a la prensa la información sobre su ruptura con Mimi Rogers: «¿Quién dice que la prensa amarilla está siempre equivocada y que las revistas serias tienen siempre la razón? Además, ¿quién afirmó que Tom Cruise dice siempre la verdad? Un ejemplo que viene al caso: el anuncio, hecho la semana pasada, de que Cruise y su primera esposa, la actriz Mimi Rogers, se divorcian.

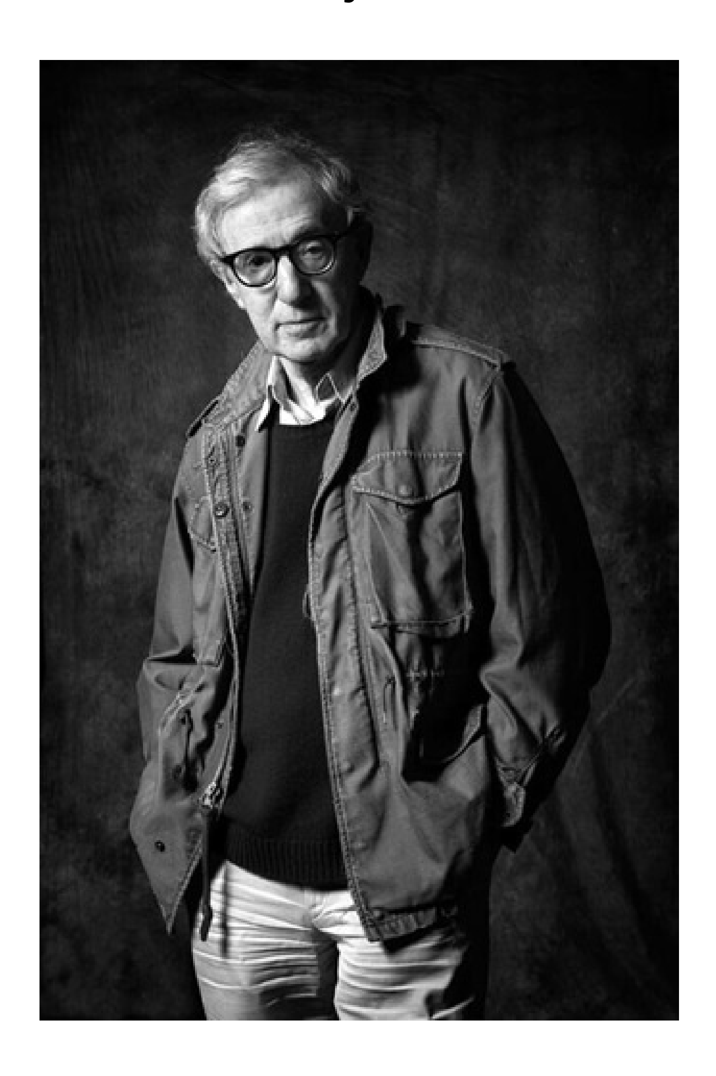
»Mientras tales publicaciones, digamos de color, como el *Star*, habían informado hasta la náusea de los males conyugales de la pareja, Cruise coló su encantadora y almibarada versión a través de las revistas más respetadas. En el *Rolling Stone* de 11 de enero: “No podría imaginarme estar sin ella o solo.” En *Time* del 25 de diciembre: “Lo más importante para mí es que deseo que Mimi sea feliz.” En *US* de 22 de enero: “De verdad que disfruto de mi matrimonio.”»

Sólo me queda añadir que la última palabra. —Amiguismos y subvenciones

aparte— sobre el tipo de información de cine que se haga o no en España la tienen los lectores. Ahora es su turno.

Juan Pando
Madrid, septiembre de 1998

Woody Allen



El padre de la novia

La boda civil del director Woody Allen, de sesenta y dos años, y Soon-Yi Previn, de veintisiete años, el 23 de diciembre de 1997, nada menos que en la romántica Venecia, seguida de una luna de miel en París, puso el punto final al escandaloso romance que surgió entre la pareja en 1991. Supuso, además, la humillación final para la actriz Mia Farrow, amante del cineasta durante más de doce años. —En los que él jamás consintió casarse con ella— y madre adoptiva de la novia, hermanastra de los hijos de Allen.

«¿No quebrantó muchos vínculos de confianza el establecer una relación con la hija de su pareja?», le preguntó a Allen la revista *Time* en 1992, al descubrirse el idilio. Su insólita respuesta fue: «No sentí que el hecho de que ella fuera hija de Mia representara un gran dilema moral. Es una realidad, pero no le di mayor importancia… Esas personas son chicos venidos de aquí y de allá, no son hermanos consanguíneos ni nada por el estilo… No era como si fuera mi hija.»

En efecto, no lo es. Él sólo tiene un hijo biológico, Satchel, precisamente con Mia

Farrow, y otros dos, Dylan y Moses, chica y chico, que ya eran hijos adoptivos de Mia cuando él los prohijó legalmente en 1991. Éstos no contarían, de acuerdo a su criterio. Por eso no es fácil comprender por qué solicitó la custodia judicial de los tres, como si todos fueran sus hijos consanguíneos, cuando fue acusado de abusar sexualmente de la pequeña Dylan, entonces de siete años.

Mia Farrow ha explicado en sus memorias, *Hojas vivas* (Ediciones B, 1997), cómo Allen aceptó que ella adoptase a Dylan en 1985 después de garantizarle que lo hacía bajo su «entera responsabilidad». A lo largo del libro reitera su convicción de que había «algo sexual en su modo de comportarse con la niña. —Añade, incluso—: Al oír el timbre y la puerta, Dylan huía de la cocina para ocultarse… "¡Escondedme!", pedía a gritos a sus hermanos. No se trataba de un juego.»

La pequeña solía encerrarse horas en el baño para huir de Allen, según confirmó la niñera, Kristi Groteke, en su libro *Woody and Mia: The Nanny's Tale* (Hodder & Stoughton, 1994). El director aceptó tratar el problema con una psicóloga, lo que, según Farrow, mejoró la relación. «Le obligó a dejar de meter las manos debajo de las sábanas de Dylan, a apoyar la cara en su regazo, a acariciarla constantemente, perseguirla y a ponerle el pulgar en la boca para que se lo chupara.»

Las aprensiones de la actriz se confirmaron con el abuso que, según ella, ocurrió el 4 de agosto de 1992, en el desván de la casa de campo en la que pasaba el verano con sus hijos. Fue durante un descuido de la niñera, que tenía orden de no dejar a la niña a solas con el cineasta cuando la visitaba. Hay que aclarar que, en sus doce años de relación, la pareja nunca convivió bajo un mismo techo, por deseo de Allen, que, entre otras cosas, no soportaba a los otros hijos de Mia.

La gravedad del hecho aconsejó a la actriz grabar en vídeo el testimonio de la pequeña, que transcribió con detalle en sus memorias: «Me besaba. Me empapó todo el cuerpo… Tenía que hacer lo que él decía. Yo soy una niña y tengo que hacer lo que quieren los mayores… Me hizo daño cuando me metió el dedo… dijo que era la única manera de que pudiera salir en la película. Yo no quiero. ¿Tengo que salir en su película? Él seguía hurgando dentro con el dedo…»

El pediatra de Dylan informó a la policía del Estado de Connecticut, donde supuestamente ocurrió el hecho, aunque el examen físico no dio evidencias de abuso sexual. Su psicóloga hizo otro tanto en el Estado de Nueva York, su residencia habitual. El 13 de agosto, siete días después de que Allen supiera que se investigaba lo ocurrido, Mia recibió la notificación de una demanda para privarla de la custodia de Satchel. —De cinco años—, Dylan. —De siete años— y Moses. —De trece años.

Este nuevo escándalo estalló al poco de conocerse que el cineasta había iniciado un romance secreto con Soon-Yi, hija adoptiva de Mia Farrow y de su ex marido, el músico de cine André Previn. Esto dio pie a que Allen basara su estrategia de defensa en una hipotética venganza de la actriz, a la que presentó como una mujer inestable y peligrosa, necesitada de asistencia psicológica e incapaz de cuidar de los once hijos, entre biológicos y adoptivos, que tenía por entonces.

El director y la musa de más de una docena de sus películas salían desde 1980. Él tenía tras de sí dos divorcios (de Harlene Rosson y Louise Lasser) y una relación con Diane Keaton. Ella, diez años menor que él, también había estado casada dos veces, con Frank Sinatra y André Previn. El escándalo coincidió con el estreno de *Maridos y mujeres*, que se adelantó para rentabilizar en taquilla el parecido entre la ficción y lo que les estaba pasando a sus protagonistas.

La ruptura de la pareja comenzó el 13 de enero de 1992, cuando Allen dejó a la vista, en su ático de lujo, unas fotos de Soon-Yi desnuda, con las piernas abiertas y en actitud provocativa. La chica, que era virgen, hasta entonces no había tenido novio ni besado a un hombre. Las fotografías eran de las que no se olvidan por encima de los muebles, aunque sólo sea por decoro ante el servicio. Woody Allen lo hizo justo un día que sabía que Mia iba a pasar por su casa, en su ausencia.

A Soon-Yi la abandonó su madre, una prostituta coreana, en las calles de Seúl, y nunca se ha sabido bien cuándo nació, aunque se cree que entonces tenía cinco años. Este extremo provocó controversia al comenzar su relación sexual con Allen. En teoría, era ya mayor de edad, pero también es posible que se calculara mal su nacimiento y que, en la práctica, sea algo menor de lo que se estimó en su día con la información de las autoridades de Corea y las pruebas médicas que le hicieron.

Cuando surgió la posibilidad de adoptarla, Mia Farrow y André Previn, su segundo marido, ya habían prohijado a dos huérfanas vietnamitas, y la ley les impedía una nueva adopción internacional. La actriz, lejos de rendirse, logró una reforma legislativa, y en 1977 Soon-Yi se unió a la familia. Veinte años más tarde, en 1997, ésta la componían tres hijos de Previn (Matthew, Sascha y Fletcher), uno de Allen (Satchel) y diez adoptivos; una de ellas ciega y otro con parálisis cerebral.

Las controvertidas fotos de Soon-Yi, hoy depositadas en una caja fuerte, no fueron admitidas como prueba en el juicio por la custodia de los niños menores. No obstante, Allen jamás negó haberlas hecho, en su versión, porque se lo pidió la muchacha, que quería ser modelo. Eleanor Alter, abogada de la actriz, las calificó de «repulsivas. —Y añadió—: Nadie que respete a una mujer. —O a las mujeres, en general— haría unas fotos que muestran ese desprecio por Soon-Yi y por la mujer.»

La letrada trató de ponerse en el lugar de su cliente. «No sé qué habría hecho si hubiera encontrado fotos así de mi hija hechas por mi amante. Hubiera acabado en una institución mental o lo hubiera matado.» Mia no hizo ninguna de las dos cosas, aunque perdió los nervios, lógico. Zarandeó a Soon-Yi y, el día de San Valentín, le envió a Woody Allen una foto de ella y sus hijos, con un cuchillo atravesándola el corazón y unos pinchos clavados en el de cada uno de los chavales.

El 18 de marzo de 1993 comenzó en Nueva York el proceso por la custodia de Satchel, Dylan y Moses. Se prolongó hasta el 7 de junio, casi tres meses, en los que se aireó la vida de la pareja y de sus hijos hasta en los menores detalles. Al final, la sentencia le dio la razón a ella y le condenó a él a pagar las costas judiciales. —Casi un millón de dólares—, acusándole de haber presentado una demanda «frívola», con

la que agravó el dolor que ya había afligido a la familia Farrow.

Tras su boda con Soon-Yi, el director aprovechó la promoción mundial de *Desmontando a Harry* para iniciar en 1998 una campaña contra la sentencia, al declarar en la prensa: «me considero víctima de una injusticia judicial. —No hay que olvidar que en el juicio, en 1993, dijo—: Siempre he sido un padre modelo.» Sin embargo, los hechos probados en el proceso, en los que se fundaron las decisiones del juez, no corroboraron entonces, ni lo hacen ahora, sus palabras.

Se demostró que ninguno de los hijos, adoptivos (Moses y Dylan) y biológico (Satchel), de los que pedía la custodia, durmió jamás en su casa sin la compañía de la madre. No sabía el nombre de ninguno de sus amigos, médicos, profesores ni mascotas. Jamás los bañó ni llevó al médico, aunque los puso en psicoanálisis desde los dos años. Los juguetes que les regalaba los escogían los empleados de las tiendas y los recogía su chófer. Nunca hablaba con los otros hijos de Farrow.

Quedaron también patentes algunas rarezas de este padre modelo, que no dormía con sus hijos en la casa de campo porque el desagüe de la ducha estaba en el centro y no a un lado de la tina. No jugaba tampoco al béisbol con el mayor (Moses), para no sudar, y siempre tiene un termómetro cerca porque se toma la temperatura corporal cada dos horas. En casa de Farrow sólo comía en platos y vasos de plástico, por aprensión al gato y las otras mascotas de sus hijos.

Lo ocurrido con Dylan no se aclaró nunca. Un equipo de expertos en abuso infantil del hospital Yale-New Haven descartó el abuso, pero confirmó que la relación de Allen con la niña tenía «matices sexuales» y le urgió a que siguiera una terapia adecuada para «fijar límites apropiados» entre él y sus hijos. El juez, en consecuencia, le prohibió ver a su hija adoptiva Dylan (rebautizada Eliza) e impuso visitas bajo vigilancia para su hijo biológico Satchel (rebautizado Seamus).

El tercer hijo en discordia, Moses, aquejado de parálisis cerebral, al que Mia Farrow adoptó antes de conocer a Allen, que le prohijó legalmente, a la vez que a Dylan, en 1991, era ya adolescente y quedó en libertad de elegir. Al ser el mayor de los tres, fue el más duro con el cineasta, al que envió una carta que decía: «Espero que sea tanta tu humillación que acabes suicidándote… Todo el mundo sabe que no hay que tener un idilio con la hermana del propio hijo…»

El rumor en Hollywood es que, antes de su romántica boda veneciana, Soon-Yi, que según declararon sus médicos en el juicio es lenta de inteligencia, tuvo que firmar un acuerdo renunciando a sus posibles derechos económicos en caso de divorcio. «Sean cuales sean sus sentimientos, o incluso si fuera cierto que carece de ellos, no puedo dejar de quererla como a una hija, —confesó Mia Farrow en sus memorias—. Ya no deseo verla, pero sé que la añoraré el resto de mi vida.»

Drew Barrymore



El corazón del ángel

La noticia conmocionó al mundo en 1989: Drew Barrymore, con sólo trece años, tenía problemas muy graves con el alcohol y las drogas. Hollywood, fábrica de los sueños más dulces, pero también de las peores pesadillas, mostraba, una vez más, su rostro más tenebroso. A los más veteranos no les sorprendió mucho el suceso. La niña era, al fin, una Barrymore y, como tal, llevaba en la sangre las dos pasiones que han forjado la leyenda de la dinastía: la interpretación y la botella.

La pequeña se ganó el corazón del público cuando tenía siete años, con el beso más tierno que se ha visto en una pantalla de cine: el que le daba de despedida al diminuto extraterrestre *E. T.* Cuando el director Steven Spielberg le ofreció el papel de Gertie en el filme, uno de los más taquilleras de la historia, no sabía que la cautivadora actriz era el miembro más joven de dos de las estirpes artísticas más respetadas de Estados Unidos, los Drew y los Barrymore.

Toda su familia (tatarabuelos, bisabuelos, abuelos, tíos y primos) han probado suerte, con mayor o menor intensidad y fortuna, en el mundo del espectáculo. Con

tales antecedentes, era inevitable que Drew iniciara su carrera (en anuncios) a la tierna edad de once meses. Desde entonces, la vida ha corrido muy deprisa para ella. Empezó con el tabaco y el alcohol a los nueve años, con la marihuana a los diez, con la cocaína a los doce, y siguió su primera cura de desintoxicación a los trece.

«Amaba la cocaína, y punto —reveló en *Little Girl Lost* (Pocket, 1990), sus estremecedoras memorias—. Eso creo que lo dice todo. Una parte de ser adicto implica embarcarse en una búsqueda continua del antídoto perfecto para el dolor. Es como el médico que trata una enfermedad con el antibiótico más adecuado. Para algunos adictos es el alcohol y para otros son las píldoras o la heroína. Pasas por todos ellos, sabiendo que existe algo que te hará sentir mejor.»

«Con el alcohol me sentía horrible —explicó—. Olvidaba las penas y eso me gustaba, pero bebía mucho y me despertaba como una piltrafa; algo que odiaba. El porro era divertido para un rato. Entonces descubrí la cocaína, y fue como estar sobre una montaña y gritar: "¡Eureka, lo encontré!" Era mi droga. Limpia, rápida y sin efectos secundarios aparentes, me permitía elevarme sobre la depresión, la tristeza y todos mis problemas. Lo que no vi es que al final te vuelve loco.»

El horror siempre puede ir más allá. El 4 de julio de 1989, con catorce años, intentó suicidarse cortándose las muñecas. «¿Fue sólo un grito desesperado de ayuda o trató de acabar con su vida de verdad?», se preguntó la prensa. La opinión pública le ha hecho muy poca justicia, especulando siempre con los aspectos más tremebundos de su pasado, pero olvidando que, a pesar de ellos, no ha parado de trabajar en publicidad, cine y televisión desde que era una cándida bebé.

Sólo ella sabe el peso que supone crecer llevando el apellido Barrymore. Eso es algo muy difícil de imaginar, sobre todo desde fuera de Estados Unidos. Para hacerse una leve idea baste decir que hay gente que le pone ese nombre a sus hijos, que un sello postal recuerda la contribución artística de la familia y que un teatro de Nueva York honra su memoria en Broadway, corazón escénico de Norteamérica. Drew también ha contribuido con sus glorias y miserias a esa admiración.

Las raíces de los Barrymore no están en la ciudad de los rascacielos, sino en Filadelfia, donde se establecieron en el siglo XIX sus tatarabuelos, el actor irlandés John Drew y la actriz inglesa Louisa Lane. De entre sus hijos, todos actores, destacaron John Drew II y Georgina, bisabuela de Drew, que dio origen a una nueva dinastía teatral por matrimonio con Herbert Blythe, actor británico nacido en la India, más conocido por el nombre profesional de Maurice Barrymore.

La pareja gozó de una gran popularidad, pero al morir su esposa, Maurice comenzó a sufrir ataques de depresión y murió alcohólico y loco en un sanatorio psiquiátrico. Fueron sus tres hijos, Lionel, Ethel y John (abuelo de Drew), a los que sus colegas conocían como «La familia real de Broadway» y «Los fabulosos Barrymore», los que dieron resonancia internacional al apellido artístico de su padre, a través de sus apariciones en el cine, que los fichó atraído por su fama en la escena.

La interpretación entre los Barrymore no ha sido sólo un arte o un medio de

ganarse la vida, sino una suerte de maldición, a la que no pueden escapar. Lionel y John quisieron eludir su destino, dedicándose a pintar, actividad en la que no eran malos, pero acabaron abandonándola incapaces de resistirse a la inercia familiar. Ethel, la única chica, que nunca tuvo dudas sobre su vocación, recibió pronto el sobrenombre de «Primera dama del teatro americano».

Salvo algunos filmes mudos y *Rasputín y la zarina* (1933), única cinta que reunió a los tres Barrymore, Ethel no hizo cine en serio hasta los años cuarenta. Pudo, eso sí, casarse con Russell Greenwood Colt, descendiente de Samuel Colt, inventor del revólver que llevó su nombre. Lionel, al contrario que su hermana, no le hizo nunca ascos al dinero del séptimo arte. Rodó unas doscientas películas entre 1912 y 1953, ganó un Oscar como actor y optó a otro como director.

Se especializó en ancianos cascarrabias con un corazón de oro, mientras que Ethel ofrecía la versión femenina del tipo ancianas ásperas pero de buen fondo, con el que también ella ganó un Oscar. En Hollywood no pasaron de secundarios de lujo, mientras que John, el menor, no sólo fue primer actor en el teatro, como ellos, sino que además alcanzó la categoría de cotizado galán de la pantalla, aunque, no deja de ser una paradoja, fue el único que no obtuvo un Oscar.

El arte de John Barrymore, el más dotado como actor y atractivo en lo físico de los tres, llegó a tal perfección que fue uno de los pocos intérpretes americanos que han montado *Hamlet* en Londres y ha recibido alabanzas del público y la crítica ingleses. Lo malo es que, junto a su arte y el gusto por la buena vida, heredó también de su padre, más que Ethel y Lionel, la debilidad por el alcohol y las drogas, que le redujeron a una caricatura grotesca de sí mismo.

«Lo peor de ser una Barrymore —se ha lamentado Drew— es esa gente que se acerca y me dice: “Yo conocí a tu abuelo John, y recuerdo una noche que estaba tan borracho que…”» Tiene razón, porque «el gran perfil», como apodaban a su antecesor, no ofreció sus mejores representaciones en la pantalla o en la escena, eso lo hacía para comer, sino en los salones, en los que dedicaba todas sus energías a beber, montar juergas y conquistar mujeres, sus tres actividades predilectas.

Alcohólico desde los catorce años, perdió la virginidad a los quince, seducido por su madrastra, y jamás confió en una mujer, aunque se pasó la vida tras ellas. En una visita a la India, adonde fue buscando un gurú, se alojó en un burdel de Calcuta. «Nunca di con mi santo —bromeaba—, pero encontré bailarinas y cantantes, todas estudiantes devotas del *Kamasutra*». Después se fue a otro lupanar de Madrás que le gustó tanto que lo alquiló una semana en exclusiva para él.

Son incontables las anécdotas, reales o inventadas, que circulan sobre sus borracheras. En una fiesta, la esposa de un productor se lo encontró muy bebido, orinando en una esquina del aseo de las damas. «Señor Barrymore —le interpeló ella, atónita—, esto es para mujeres.» Él, sin inmutarse, se volvió hacia ella y mostrándole su sexo respondió: «Lo mismo que esto, señora.» Su mayor problema no fue ser un crápula, sino que le divertía hacer gala de ello ante la gente.

En sus últimos años se hizo imposible trabajar con él. En los rodajes, sus lapsus de memoria obligaban a llenar los platos de carteles con sus diálogos, hasta cuando debía responder un simple «Sí». El público iba al teatro a ver cómo se le olvidaba el texto y cómo se caía. Murió en 1942, cirrótico y pobre, con cuatro matrimonios tras de sí, el último, contraído poco antes de fallecer, con una mujer veintiún años más joven que él, a la que conoció cuando le entrevistaba para la revista de su colegio.

Sus retoños, Diana y John Drew, heredaron su pasión por el arte y su espíritu de autodestrucción. Diana, hija de la escritora Michael Strange, fue una actriz mediocre y una bebedora insaciable. «Estaba en la cama —se quejaba— y me desperté, de pronto, mirándolo fijamente. Era un enorme cangrejo blanco que se arrastraba despacio por el techo. Pensé, esto no puede ser el *delirium tremens*. ¿Puede sufrirse *delirium tremens* cuando sólo se tienen treinta años?»

Murió, con el hígado destruido, tras varios intentos de suicidio, a los treinta y nueve años, rodeada de botellas vacías. Dejó como herencia una escalofriante biografía, *Demasiado, demasiado pronto* (Luis de Caralt, 1960), que llevaron al cine Dorothy Malone y Errol Flynn en 1958. Su medio hermano John Drew, hijo de la actriz Dolores Costello, la superó en resistencia física para soportar fracaso, alcohol y drogas. Es, además, el padre de Drew Barrymore, último vástago de esta dinastía maldita.

Actor frustrado, abandonó a su tercera esposa, la actriz de origen húngaro Ildiko Jaid, antes de dar a luz a Drew, a la que ha visto en muy pocas y desagradables ocasiones. «¿Quieres darme un autógrafo también a mí? —le dijo a su hija una vez—. ¿Qué te parece si me lo pones en un cheque?» No usa zapatos, para mantenerse en contacto más directo con la tierra, y vive como un vagabundo, de un lugar a otro, alcoholizado y mendigando. Nadie sabe, en realidad, dónde está.

Fue su madre la que animó a Drew a dar los primeros pasos en una carrera que la llevó, tan niña, a ese infierno de alcohol, drogas e intentos de suicidio, del que logró salir a los dieciséis años. Si bien no ha dejado de escandalizar a la moral conservadora norteamericana con sus desnudos en *Playboy* (enero de 1995), un matrimonio que duró unas semanas con el camarero Jeremy Thomas y declaraciones como: «Me gustan las mujeres sexualmente, y de joven estuve con muchas.»

Su belleza espléndida, sus formas sensuales y una candidez a toda prueba hacen de ella una digna heredera de Lana Turner, la vieja diva marcada por la fatalidad dentro y fuera de la pantalla, cuya historia parecía sacada del guión de un clásico de cine negro. Drew, por ahora, le ha ganado la partida al destino: «En mi vida no hay villanos. —Presume—, pero sí un héroe: yo. Lo deseé con todas mis fuerzas y conseguí curarme. El éxito es la mejor venganza, y he vuelto.»

Kim Basinger



Mucho ruido y pocas nueces

«¿Sabes lo que significa el término difícil? —se ha defendido Kim Basinger de las críticas a su carácter—. Quiere decir que soy mujer, pero no pueden controlarme.» Hollywood siempre ha intentado dominar a sus estrellas. En su caso, trataron de obligarla a demorar durante años su ansiada maternidad, hasta que pagara los 8,1 millones de dólares a los que fue condenada por negarse a protagonizar *Mi obsesión por Helena*. Una pena demasiado cruel para una mujer que tenía ya cuarenta años.

Ella había prometido en 1994 que iba a darle a Main Line, la productora acreedora, los ingresos que sacara por sus trabajos de los tres años siguientes. El problema es que si se quedaba encinta, tendría que retirarse una buena temporada y sus ingresos durante el trienio laboral convenido para saldar sus deudas serían inexistentes o muy bajos. «Querían garantías de que no iba a formar una familia como medio de esquivar los pagos», aclaró indignada su abogada, Leslie Cohen.

«Imagínese diciéndole eso a un hombre: que no puede tener una familia —protestó la actriz—. ¿Qué pretende esa gente de mí: mis brazos, mis piernas, mi

alma? Esto supera cualquier petición civilizada… cualquier decencia humana.» El punto de vista del productor Cari Mazzocone era otro: «Deseamos que tenga un centenar de hijos, pero queremos asegurarnos de que liquidará sus deudas.» Los males de Basinger, recién casada con Alee Baldwin, habían comenzado poco antes en un juzgado.

El 24 de marzo de 1993, contra todo pronóstico, un jurado había considerado por mayoría que la actriz actuó de mala fe al romper su compromiso para hacer *Mi obsesión por Helena*, sólo cuatro semanas antes del inicio del rodaje. La condena a indemnizar a los productores del filme con 8,92 millones de dólares fue tan dura e inesperada que incluso superó en varios millones la cantidad solicitada por los demandantes, el productor Cari Mazzocone y la directora Jennifer Lynch.

Las dificultades se habían cebado desde el principio con la *opera prima* de la hija del cineasta David Lynch, que narra la historia de un médico que mete a la chica que le gusta en una caja, después de amputarle brazos y piernas, para que no le deje nunca. Primero la iba a protagonizar Madonna, que se descolgó del proyecto a última hora, pero se libró de una demanda porque Basinger aceptó suplirla. La actriz quería darle un giro a su trayectoria de símbolo sexual y creyó que el filme le brindaba la oportunidad que esperaba.

«Hablé con Kim desde el principio de cómo iba a fotografiar las escenas de desnudo y estuvimos completamente de acuerdo —se defendió Jennifer Lynch—. Yo quería que fueran artísticas. Por eso me hirió en lo más profundo que se defendiera en el juicio llamándome pornógrafa.» La estrella había asegurado que se echó atrás porque no llegaron a un acuerdo sobre los desnudos y la redacción definitiva del guión. Los demandantes, en cambio, lo atribuyeron al cambio de representante de Basinger.

Según esta teoría, el nuevo, que no iba a cobrar comisión porque el trabajo lo gestionó su antecesor, la convenció de que «iban a tirarle tomates a la pantalla» si lo aceptaba y que debía abandonar. Lo hizo en junio de 1991, provocando la demanda, que pensaba ganar con la ayuda de Howard Weitzman, abogado famoso por librar a un cliente de una acusación por drogas, incluso después de que el fiscal hubiera enseñado una cinta en la que se le veía con un maletín lleno de cocaína.

«La señorita Basinger gana demasiado dinero, es demasiado bella, y su novio [Baldwin], demasiado guapo —dijo Weitzman para justificar su derrota—. Mi defendida no les gustó desde el principio y vieron el caso como la lucha entre la estrella y un productor humilde.» El proceso levantó tanta controversia que cuatro jurados pidieron ser eximidos de su obligación, cuando supieron que era posible que se les mostrara el filme, acabado para entonces, con Sherilyn Fenn como protagonista.

«No me importa qué clase de estrellas de cine sean —se reafirmó Margaree Eaton —, no quiero sentarme a ver esa película.» Las razones de Peter Estacio, otro de los jurados que se marcharon, fueron más contundentes: «Acabo de atravesar una

conversión religiosa y no me gustaría contemplar actos sexuales.» La juez Judith C. Chirlin le dio también una cura de humildad a Basinger al reconocer: «No estaba familiarizada con el trabajo de ella, pero a él [Baldwin] sí que le conocía.»

La decisión del tribunal no sólo afectaba a las partes en litigio. La actriz sostenía que nunca firmó un contrato que la obligase a filmar *Mi obsesión por Helena*. Tuvo, no obstante, que aceptar en el interrogatorio que seis de sus últimas diez películas las había hecho sin pasar por ese requisito. La cuestión de fondo que se estaba dirimiendo era si se podría seguir trabajando en Hollywood sólo con compromisos verbales entre productores y estrellas, como hasta entonces, o si se haría ineludible para el futuro firmar contratos.

«En los viejos días del sistema de estudios, a las estrellas se las multaba si rechazaban un papel o se arrepentían —recordó Peter Bart, director de *Variety* (12 de abril de 1993), la biblia del mundo del espectáculo—. El caso de Kim Basinger era previsible porque era inevitable que un productor tuviera que ir finalmente tras una estrella que cambió de opinión y exclamara ¡Basta!» Que un actor plante un rodaje no es raro; lo insólito es que acabe en un tribunal.

La indemnización inicial, fijada por el jurado en 8,92 millones de dólares, fue rebajada por la juez a 7,4 millones, más 713 522 dólares de costas. Total: 8,1 millones de dólares. ¿Reacción de la actriz ante la condena? Declararse en quiebra, librándose así de pagar y, además, de sufrir el embargo de sus bienes. ¿Consecuencia? Estableció su fortuna en una cifra próxima a los 5,4 millones de dólares y padeció la humillación de tener que dar cuenta de todos sus gastos.

«La actriz Kim Basinger se gasta en ella cada mes 30 000 dólares; más de lo que muchos americanos ganan en un año con su sueldo», anunciaba la prensa. Por ejemplo, 4000 dólares en ocio y 7000 dólares en necesidades personales y mimos para sus mascotas. Debía al Fisco británico 31 000 dólares por sus ingresos de *Batman* en 1988; su abogado, Howard Weitzman, el que perdió el caso, cobró 200 000 dólares, y su ex marido, Ron Britton, recibía una pensión mensual de 9000 dólares.

El primer escándalo de la estrella lo provocó, precisamente, su ruptura con Britton, maquillador quince años mayor que ella y su marido entre 1980 y 1988, en la época en la que se abría camino en el cine. Kim alegó al divorciarse que llevaban dos años separados de hecho, para no dividir con él. —Como prevé la ley de California entre esposos— lo que había ganado por *Batman*. Él, que padecía una artritis en las manos que le impedía trabajar, la acusó de infidelidad y la amenazó con publicar un diario «con todos sus secretos íntimos» si no aceptaba sus pretensiones económicas.

«No puede jugar con la gente como ha hecho conmigo —se quejó Britton—. Sé que no está bien, que no es el camino, pero si tengo que publicar ese diario para que Kim me pague lo que le exijo, lo haré.» No salió mal. Se quedó con la casa de 700 000 dólares, pagada por ella, y recibió 60 000 dólares. «¿Qué te atrae de Ron?,. —Le habían preguntado en 1986 a la actriz—. Es la persona con menos subterfugios

que he conocido en mi vida —contestó—. Dice siempre la verdad, incluso sobre sí mismo.»

Ése no fue el único error de cálculo de la estrella. Entre sus bienes figuraba también un paquete de acciones de 900 000 dólares sobre la propiedad de Braselton, pequeña localidad de Georgia vecina a Athens, su pueblo natal, que compró en 1989. Se anunció entonces que había pagado 20 millones de dólares por el lugar; algo que pudo influir negativamente en el jurado que años después mantenía esa cifra publicitaria en la cabeza cuando fijó la cuantía de la indemnización que debía pagar.

Lo cierto es que, como en tantos negocios de famosos, ella era sólo una accionista. Hizo la compra con la sociedad American Information Technologies de Chicago, con la idea de levantar en Braselton estudios de cine y de grabación, entre otros proyectos prometedores que jamás llegaron a realizarse. Los más perjudicados fueron los habitantes del pueblo, muchos de los cuales perdieron los ahorros que habían invertido en la sociedad, después de que Kim se declarase en quiebra.

Tampoco sentó bien en Braselton el sonado romance que mantuvo con el cantante negro Prince, autor de la banda sonora de su película *Batman*. No hay que olvidar que Kim Basinger es una chica de Georgia. O sea, del sur profundo de Estados Unidos. Lo mismo que Julia Roberts. Ninguna de las dos actrices, nacidas en lugares próximos, es racista, y han criticado la discriminación racial, lo que alguna vez les ha valido el rechazo de sus paisanos más reaccionarios.

Kim, como su personaje de *L. A. Confidential*, llegó a Hollywood desde un punto perdido de Norteamérica, con el sueño de triunfar en el cine. Tomó el atajo de las drogas —«Gasté un millón de dólares en cocaína», confesó mucho después— y posó desnuda en la revista *Playboy*, como chica de portada (febrero de 1983). «Me llamaban diciendo: “Mi mujer y yo te hemos visto en *Vogue*”, pero yo nunca posé para esa revista. No se atrevían a reconocer que leían *Playboy*».

Fue el paradigma de la símbolo sexual rubia en los ochenta, escandalizando con sus desnudos en *Nueve semanas y media*. Se forjó, además, una reputación de diva difícil y lo confirmó en el plato de *Ella siempre dice sí*, filme en el que se enamoró de Alee Baldwin, con el que se casó tres años después, el 19 de agosto de 1993. «No hay palabras para describir lo que vivimos allí», explicó un cámara sobre aquel rodaje, que ha pasado a la crónica de los horrores de Hollywood.

Producía Disney, estudio famoso por su tacañería y sus jornadas laborales muy ajustadas para rendir al máximo. Se amenazó a Baldwin con hacerle pagar los destrozos que causaba en sus frecuentes estallidos de ira y se llevaba cuenta de los retrasos, adelantos al irse y pérdidas de tiempo de Basinger, con vistas a una demanda. La revancha de los intérpretes fue imponer su voluntad y dejarlo todo plantado, para encerrarse en su caravana y pasar un buen rato, siempre que les apetecía.

Al acabar esta película, ocurrió el incidente de *Mi obsesión por Helena*, que costó resolver, irónicamente fuera de los tribunales, cuatro años y varios millones de

dólares. Kim colmó su deseo de maternidad con una niña, Ireland, el 23 de octubre de 1995, y cumplió su sueño infantil de ser «la mayor estrella de cine» con su Oscar por *L. A. Confidential*. —Al contrario que su personaje en la cinta—. ¿Su secreto? Simple. «Creo que nunca hay que huir de lo que siente tu corazón.»

Marlon Brando



Un día de furia

«Debería haber sido peor actor y mejor padre», se lamentó con amargura Marlon Brando en 1991, durante el proceso en el que su hijo Christian fue condenado a diez años de prisión por el homicidio de Dag Drollet, novio de su hermanastra Cheyenne, que estaba embarazada. Cuatro años más tarde, la muchacha se suicidó en su Tahití natal, cumpliendo el destino fatal de los protagonistas de la tragedia, acaecida el 16 de mayo de 1990 en el 12900 de Mulholland Drive, domicilio de la estrella.

Poco después de las 22.30 de aquella noche, se recibió una llamada de auxilio en el teléfono local de urgencias, pidiendo una ambulancia para un herido grave. Al llegar, la policía se llevó una sorpresa. Les recibió Marlon Brando. —Él había telefoneado— en pijama y bata. En el salón de la casa yacía el cuerpo sin vida de un hombre. Según los testigos, «reposaba en el sofá como si estuviera viendo la televisión», con un mando a distancia en una mano y un mechero en la otra.

Parecía que se hubiese quedado dormido ante el aparato, si no fuera por las huellas de una bala que le había entrado por el lado izquierdo de la cara, saliendo por la parte baja de su cuello. El actor explicó a la policía que su hijo Christian había comenzado una discusión con el novio de su hija Cheyenne, al enterarse de que éste la maltrataba, y que en el forcejeo entre ambos se disparó, de modo accidental, una pistola que, no estaba claro por qué, llevaba Christian.

Brando escuchó el disparo desde su dormitorio, donde le acompañaba Tarita Tariipaia, madre de Cheyenne, que estaba de visita en la casa, lo mismo que su hija y el prometido de ésta, llegados de Tahití unos días antes. Ya en el salón, el actor le

hizo la respiración boca a boca a Dag, en un intento desesperado por devolverle la vida. Todo fue inútil, así que comunicó con su abogado para que fuera a la comisaría a la que había ido a entregarse Christian y llamó a urgencias.

Tras el preceptivo registro, la policía encontró en la casa una carabina, una pistola ametralladora, un fusil de asalto y un silenciador, además de la pistola semiautomática del calibre 45 que había causado la muerte de Dag. El arsenal pertenecía al hijo del actor, un fanático de las armas, aunque carecía de licencia para la mayoría de las piezas halladas, lo que sumó la acusación de tenencia ilícita de armas de fuego a los otros cargos, ya graves, que se presentaron contra él.

El 18 de junio, un mes después de su detención, se celebró la primera vista del caso. Su padre, famoso por su desprecio hacia los periodistas, rompió su tradicional mutismo y dio una rueda de prensa al salir del juzgado. «El mensajero de la tragedia ha entrado en mi casa», fueron sus amargas palabras. En los meses siguientes, la prensa y varios libros sacaron a relucir los pormenores más morbosos de la tumultuosa vida privada del astro, ocultados durante años.

«Investigar para el libro ha sido como recorrer una cloaca en un barco con el fondo de cristal», describió Peter Manso, autor de *Brando: The Biography* (Hyperion, 1994), obra que trata el lado más tenebroso de la estrella. Las tentativas de suicidio de sus allegados. —La actriz Rita Moreno lo intentó en la misma casa en la que murió Dag, cuando el actor la abandonó—, los abortos inducidos —Tarita se negó a perder a Tehotu, hermano mayor de Cheyenne—, las manipulaciones y las carreras destruidas.

La última palabra la tuvo Brando al publicar sus memorias, *Las canciones que mi madre me enseñó* (Anagrama, 1994), coincidiendo con la explosiva biografía de Manso y otras similares. El actor necesitaba dinero para defender a sus hijos Christian y Cheyenne, y vendió sus confidencias al mejor postor por cinco millones de dólares. Prometió contarlo todo, pero eludió los aspectos más delicados; o sea, sus mujeres y sus hijos, de los que sólo decía que eran once.

No obstante, la clave de lo sucedido en Mulholland Drive hay que buscarla justo en su compleja trama familiar. Se ha casado dos veces. Con Anna Kashfi, madre de Christian, en 1957; y con la mexicana María Luisa «Movita» Castañeda, madre de Miko y Rebecca, en 1960. Además, ha tenido con la tahitiana Tarita Tariipaia, al menos, dos hijos, Tehotu y Cheyenne, y con Cristina Ruiz, su criada guatemalteca, otros tres más, Ninna, Myles y Timothy, este último a los setenta y un años.

Éstos, y algunos adoptivos, componen su prole reconocida. El número real de los hijos que ha podido tener es imposible de precisar incluso para él. No sólo ha mantenido relaciones con docenas de mujeres, sino que las alternaba. Así, tuvo a Tehotu con Tarita en 1962, entre los nacimientos de Miko, en 1961, y Rebecca, en 1967, ambos hijos de Movita. Por si fuera poco, sus mujeres vivían también sus propias aventuras, lo que dificultó más determinar las paternidades de sus embarazos.

De todos sus hijos, Christian, el primogénito, nacido en 1958, es el que ha tenido

un destino más desgraciado y el que ha expresado de modo más gráfico el caos que ha regido la intimidad del astro. «Mi familia es tan extraña y abierta que no deja de crecer, —ironizó en *Los Angeles Times*—. Yo me sentaba a la mesa con todos aquellos extraños y preguntaba: "¿Quiénes sois vosotros?"» Como es fácil de imaginar, la mayoría de las veces eran nuevos hermanastros llegados al hogar.

Brando, que siempre se ha enamorado de mujeres morenas de rasgos exóticos, según él porque su madre era rubia y quiere evitar el complejo de Edipo, se casó con Anna Kashfi, con la que tuvo a Christian, creyendo que era india. Pronto descubrió que era de origen galés, que su nombre auténtico era Joanna O'Callaghan y que nació en la India, aún colonia británica, porque su padre estuvo destinado allí. El actor, que ha asegurado que se casó porque estaba embarazada, se divorció pasado un año.

La pareja mantuvo una larga guerra en los tribunales por la custodia del pequeño Christian Devi, del que hicieron su arma arrojadiza particular. Hubo de todo. Incluso un secuestro que montó su madre en 1972 para extorsionar a Brando, que estaba en Europa rodando *El último tango en París*. El crío apareció en México, enfermo y deshidratado. Los detectives privados que contrató su padre para buscarlo confirmaron que uno de los captores había abusado sexualmente de él.

Anna intentó recuperar al chico cuestionando la moral de un hombre capaz de participar en una película como *El último tango en París*, pero el tribunal le dio a Brando la custodia definitiva del muchacho. Hasta entonces, Christian, que tenía catorce años y era ya alcohólico y drogadicto, sólo había pasado seis meses con su progenitor y nunca logró rehacer su vida. Fracasó en su matrimonio. —Con Mary McKenna—, en su carrera de actor. —Rodó algún filme en Italia— y en su propósito de ser escultor.

La infinidad de litigios emprendidos por sus padres fueron el foro ideal para que ambos ventilasen sus respectivas intimidades. Anna Kashfi, además, publicó una biografía nada compasiva de su ex marido, *Brando for Breakfast* (Crown, 1979). En ella le acusó de escoger compañeras «inferiores» para satisfacer aspiraciones de superioridad y desvelaba que «no es un varón físicamente bien dotado», deficiencia que él suplía llamando a su miembro viril «mi noble herramienta».

Aludía a sus gustos masoquistas, recordando que se apagaba cigarrillos en el dorso de la mano; pero, sobre todo, tocó el tema tabú de sus tendencias bisexuales. Aseguraba que le fue infiel con hombres, que se sentía orgulloso de su apetito por éstos y que bautizó Christian a su hijo por el actor francés Christian Marquand, que era su amante, razón por la que ella nunca usó ese apelativo para el crío, al que llamaba Devi, su segundo nombre, puesto en honor de su supuesto abuelo indio.

No menos conflictiva que la de Christian fue la corta existencia de su hermanastra Cheyenne, nacida en 1970. Era la segunda hija que tuvo Brando con Tarita Tariipaia, la actriz de Tahití a la que conoció durante el rodaje de *Rebelión a bordo* (1962), filme en el que encarnaba a su amante nativa. El astro, que anduvo con todas las mujeres a su alcance, se enamoró de Polinesia y compró el atolón de Tetiaroa,

formado por doce pequeños islotes alrededor de un lago central.

Cheyenne se crió a caballo entre Tetiaroa y Papeete, capital de Tahití, 50 kilómetros al sur. Desde muy joven tuvo problemas con el alcohol y las drogas, y en 1989 se destrozó la cara en un accidente de tráfico que sufrió con su novio Dag Drollet. El percance truncó su carrera de modelo, ya que no recuperó su belleza original, a pesar de varias operaciones de estética. Esto y las diferencias que surgieron con Drollet a raíz de quedarse embarazada acabaron de desequilibrarla.

En mayo de 1990, Tarita, Cheyenne y Drollet viajaron de Tahití a Los Ángeles para pasar unos días con el actor y tratar de arreglar sus diferencias. La noche del día 16, Cheyenne cenó fuera con Christian y le contó que su novio le daba de vez en cuando, aún embarazada, palizas terribles, y que temía no ser hija de Brando. De vuelta a casa, ella se fue a dormir, y Christian, que iba bebido, decidió hablar con Drollet, que veía la televisión en el salón, para que no la golpease más.

«¿Que Dag maltrataba a Cheyenne?, —se cuestionó Jacques Drollet, padre del novio y político retirado de Tahití—. Quizá alguna vez se le escapó un bofetón. Pero ¿es eso motivo para ejecutar a alguien?, —se lamentó tras la muerte del muchacho. Su teoría era clara—: Christian Brando mató a mi hijo como a un perro, a sangre fría y a bocajarro», pero su opinión, que compartía la policía, no prosperó, y Christian fue condenado a diez años de cárcel por homicidio no premeditado.

El fiscal no pudo hacer otra cosa, ya que Marlon Brando había enviado a Cheyenne, testigo esencial, a Tahití, que es territorio francés. La familia de Drollet inició un proceso contra ella en la isla como cómplice de la muerte, pero no prosperó por su desequilibrio emocional. Tuvo dos intentos de suicidio, su hijo nació con droga en sangre, pasó por una clínica mental de París, protagonizó una rocambolesca huida por Francia con su padre y se ahorcó, a los veinticinco años, en 1995.

Antes de fallecer hizo unas declaraciones terribles a la revista francesa *París Match*. Acusó a Christian de haber matado a Dag por orden de su padre, al que confesó odiar por destruir su vida. «Desde los siete años se comportó de modo raro conmigo, —reveló—. Me tocaba el pecho y me daba masajes en la cama, como si quisiera que yo fingiese actos amorosos para él. Siguió tocándome el pecho incluso cuando ya salía con Dag.» La relación con su hermanastro fue, al parecer, igual de morbosa.

Christian, cuyo carácter violento quedó probado por el fiscal, salió en libertad condicional en 1996, tras cinco años en prisión. Para entonces, la felicidad era un espejismo en la vida de Marlon Brando. Hizo películas horribles y vendió su atolón de Tetiaroa para pagar abogados, e incapaz de controlar su bulimia superó los 150 kilos. Él mismo reconoció, entre lágrimas, en el juicio de su hijo: «Me he preocupado mucho de mí mismo y muy poco de mi familia. ¡Yo soy el culpable, el único culpable!»

Joan Collins



Juego de lágrimas

El abogado de la editorial Random House había logrado sentar a Joan Collins en el banquillo de un juzgado de Nueva York. Sólo quedaba demostrar que los manuscritos que la estrella había entregado a sus clientes, a cambio de un adelanto astronómico de 1,3 millones de dólares, no valían nada. Tras una andanada de preguntas inmisericordes, lanzó su último proyectil: «¿Es que no le queda nada de vergüenza?» La respuesta de Joan fue tan conmovedora como inesperada: rompió a llorar inconsolablemente.

Los espectadores que seguían la retransmisión del proceso por el canal de televisión por cable Court TV no se creían lo que vieron aquel día de febrero de 1996. Joan Collins, la mayor experta en mujeres fatales de cine y televisión, desde la malvada Nellifer del drama *Tierra de faraones* (1955) a la pérfida Alexis Carrington de la serie *Dinastía* (1981-1989), se había quebrado, como una colegiala, ante las preguntas de un abogado al que hubiera manejado a su antojo en la ficción.

La escena resultaba más conmovedora porque las lágrimas de la actriz causaron

estragos en su maquillaje y máscara de ojos, que arregló como pudo, antes de abandonar, aturdida, el estrado. Luego se refugió en el despacho del juez, donde se mantuvo oculta al escrutinio de los curiosos más de cuarenta minutos, hasta que sus ojos, inflamados y enrojecidos por el llanto, se recuperaron. «No puedo creer que ese hombre me haya hecho esto a mí», fue el único comentario que pronunció.

Pero ¿qué era exactamente eso tan terrible que había pretendido el abogado con su interrogatorio? Muy sencillo, demostrar que la estrella había incumplido el contrato que había suscrito con la editorial Random House en 1990, justo después de abandonar la serie *Dinastía*. Lo que es lo mismo, escribir dos novelas a cambio de cuatro millones de dólares, de los que recibió, en concepto de adelanto, 1,3 millones, cuya restitución exigían los editores mediante el juicio.

La cuestión no resultaba tan sencilla como parecía, porque Joan sí había entregado dos manuscritos. El primero, titulado *The Puling Passion*, sobre dos herederas que rivalizan por el trono familiar, y el segundo, *Hell Hath No Fury*, sobre las desventuras de una gran estrella que se casa con un galán que resulta ser homosexual. El problema es que los editores habían rechazado ambos originales, que, en realidad, consideraban uno solo refrito dos veces, de nulo valor literario e impublicables.

La despiadada réplica de Random House fue que, sin ánimo de «ofender a nadie», se daba por hecho que habían pagado por textos escritos «en inglés». Los editores quisieron compartir su desazón por la escasa calidad de los originales, haciendo públicos algunos fragmentos de *The Ruling Passion,* que la prensa reprodujo. En especial, párrafos tan grotescos como: «“No me llames tu repollito, —dijo ella furiosa—. No soy el repollo de nadie. Ni tuyo ni de ningún otro.”»

Joan Collins ha pasado por suficientes malos tragos en su vida como para amilanarse por esas maniobras. No era, además, la primera vez que publicaba. Sus dos primeras novelas, *Hora punta* y *Love and Desire and Hate*, por las que ya cobró dos millones de dólares, fueron éxitos de ventas. Había escrito, también, la primera parte de sus memorias, *Past Imperfect,* cuya edición inglesa fue aligerada, en los pasajes eróticos, antes de llegar a las librerías de Estados Unidos.

A ella le molesta mucho que la acusen de ser tan perversa como su personaje de Alexis Carrington en *Dinastía* y se defiende: «Cualquier mujer que quiera cumplir sus ambiciones consigo misma, su carrera y su vida, tiene que ser dura. No puedes sentarte como una de esas personitas que dicen “sí”, porque jamás triunfarás.» En consecuencia, su respuesta a la demanda de Random House fue reclamar los 2,7 millones de dólares que le faltaban por cobrar, de los cuatro millones acordados en el contrato.

Su estrategia, muy hábil, fue adoptar la posición de víctima frente a los abusos de una gran empresa, de recursos ilimitados. «No soy más que una simple persona que lucha por reivindicar su carrera literaria —justificó ella—. Me siento en una situación como la de David frente a Goliath.» Su línea de defensa fue sostener que su contrato

preveía la entrega de un «manuscrito completo», pero que en ningún sitio se decía que éste debía de ser «aceptable» a juicio de la editorial.

«Nadie puso una pistola en la cabeza de Random House para que me pagaran cuatro millones de dólares —ironizó Joan—, y yo hice lo que suponía que tenía que hacer.» Admitió, durante el proceso, que no era, precisamente, una Ernest Hemingway y que sus textos precisaban de una labor de edición cuidadosa, que no recibieron. La editorial la acusó de haber rechazado la ayuda de una editora y ella se quejó de que, cuando recurrió a ella, ésta estaba ayudando a Michael Caine con otro libro.

El juicio atrajo la atención de la opinión pública sobre uno de los aspectos más oscuros de la industria editorial de Estados Unidos: la calidad y autoría real de los libros que publican los famosos. El debate alcanzó a publicaciones tan serias como la revista *Time* (19 de febrero de 1996), que resumía el dilema de los editores con una pregunta: «¿Por qué esperar a que los escritores se conviertan en celebridades pudiendo contratar a los que ya son famosos o casi?»

El semanario más influyente de Norteamérica justificaba así, y con la existencia de «negros», autores anónimos de los textos, que se hubieran publicado novelas firmadas por la empresaria Ivana Trump, las actrices Britt Ekland y Joan Collins, la tenista Martina Navratilova y la modelo Naomi Campbell. Con respecto a esta última, revelaba que la editorial que sacó su libro le proporcionó un resumen de un folio sobre su contenido, para que pudiese hablar sobre él con los periodistas que la entrevistaban.

Este punto de vista arrojó nueva luz sobre la demanda de Random House, que había contratado las novelas de Collins en 1990, cuando estaba en la cima de su popularidad. Sin embargo, no calcularon que la serie *Dinastía* había dejado de emitirse unos meses antes, en 1989. Era previsible que la fama de la actriz fuera mucho menor, como de hecho ocurrió, en el momento en el que sus libros estuvieran listos para salir al mercado; lo que haría difícil, si no imposible, recuperar la inversión.

Pocas carreras han tenido tantos altibajos como la de Joan Collins, partiendo de que jamás llegó a ser una gran estrella, al menos en el cine. Dio pronto el salto desde Inglaterra (nació en Londres, en 1933) a Hollywood, pero allí languideció en papeles secundarios, como comparsa de los mitos. Luego pasó a protagonizar cintas de presupuestos ínfimos y se prodigó con apariciones en series de televisión legendarias, como *Starsky y Hutch*, *Misión imposible*, *Batman* y *Star Trek*.

La resurrección le llegó con las adaptaciones al cine de dos novelas de su hermana Jackie, una de las reinas de la literatura que se consume en aeropuertos y playas. El éxito de *El semental* (1978), cuyo título lo dice todo, propició una continuación, *El placer* (1979); los dos filmes pródigos en desnudos, a pesar de que Joan ya estaba bien entrada en los cuarenta. No hay que olvidar que ha aparecido varias veces, «al natural», en *Playboy*, una de ellas para celebrar sus cincuenta años.

Ambos títulos fueron decisivos para que Aaron Spelling, productor de *Dinastía*, la fichara como figura fija en la serie. Su vida dio un cambio radical. Llegó a ser tan popular que hasta Andy Warhol, el profeta de la modernidad, adoraba su personaje. Sus ingresos alcanzaron los 100 000 dólares por capítulo, que dejaron atrás los años de penuria; como el nefasto 1976, en el que incluso tuvo que inscribirse en la oficina del paro y sufrir la humillación de ser reconocida en la cola.

Cada vez más acostumbrada a un modo de vida no caro, sino carísimo, aguzó el ingenio para sacarle todo el partido a la fama que le sonreía. Lanzó todo tipo de artículos de consumo, desde gafas de sol y perfumes a lencería y joyas. Su nombre y la imagen de Alexis Carrington eran un reclamo comercial capaz de vender cualquier producto. Los libros no tenían por qué ser una excepción y aprovechó el tirón para debutar, también, como escritora, obteniendo un éxito de ventas muy estimable.

Para completar el contraste entre la Joan Collins real y la mujer que, de modo tan conveniente, se quebró en llanto en el juzgado de Nueva York, no se puede pasar por alto su vida sentimental, que se resume en una sola palabra: desastrosa. Por más que haya tenido multitud de amantes, muchos de los cuales se cuentan entre los hombres más deseados del planeta. De sus cuatro maridos, todos le fueron infieles. El que no abusó físicamente de ella la esquilmó económicamente.

El primero, el actor inglés Maxwell Reed, no sólo la pegaba, sino que le hizo una «proposición indecente» para que se acostara una noche con un jeque árabe a cambio de 10 000 libras; además, él quería mirar. El segundo, el músico Anthony Newly, tenía una inclinación irresistible por las jovencitas. El tercero, el productor Ronald Kass, abusaba de la droga y se divertía enseñándoles a sus amigos fotos de ella ligera de ropa, sazonando las sesiones con descripciones de su vida íntima.

El último, el ex cantante sueco Peter Holm, con el que estuvo casada trece meses, la maltrataba, y cuando ella pidió el divorcio, en 1986, él trató de quedarse con la mitad de su fortuna. Le tenía tanto miedo que mientras se tramitaba la separación obtuvo una orden judicial para que no se acercara a ella ni a su casa ni al estudio donde grababa *Dinastía*. Con todo, contrató a siete guardaespaldas: uno para el plato, dos la acompañaban en el coche y cuatro protegían su mansión.

Los trámites se dilataron varios meses, en los que Holm la amenazó de muerte, la humilló en la prensa y le hizo la vida imposible. En el juicio, en el último instante, como si fuera un capítulo de *La ley de Los Angeles*, Joan hizo declarar a una testigo sorpresa, la modelo Romina Danielson. Ésta admitió ser la amante de su marido y que él la había prometido que se casarían cuando hubiera arruinado a su esposa. Al final, el juez le concedió 180 000 dólares por toda compensación.

La mujer que triunfó en el que se consideró el divorcio más escandaloso de los años ochenta, volvió a ganarse a un jurado en febrero de 1996. De nuevo, doce hombres justos le dieron la razón, reconociendo, esta vez, su derecho a quedarse con el adelanto de 1,3 millones de dólares. Sólo entonces, Joan confesó que no hubiera podido devolverlo porque ya se lo había gastado. «Un millón de dólares parece

mucho, pero, en realidad, no da para gran cosa», fueron sus últimas palabras.

Kevin Costner



La mitad oscura

La noticia cayó como una bomba, el 21 de octubre de 1994. Kevin Costner y Cindy Silva anunciaron que se divorciaban de mutuo acuerdo, tras dieciséis años de matrimonio y tres hijos en común. Aceptaron compartir la custodia de los niños y a ella le correspondieron, según las estimaciones, unos ochenta millones de dólares de la fortuna común, aunque nunca se hizo pública la cantidad exacta. Una de las parejas más unidas del cine protagonizó uno de los divorcios más caros de Hollywood.

Detrás del escándalo hubo un detective privado. Como en las mejores tramas de suspense, Cindy había recurrido a sus servicios para confirmar lo que era evidente para los otros. «Sé —reconoció— que puede resultar criticable que contratara a un detective para seguir a mi marido, pero lo hice porque las dudas me estaban comiendo el alma y no tenía otro medio de conocer la verdad.» El investigador descubrió que Costner la engañaba con cualquier mujer que se pusiera a su alcance.

«Contar con el apoyo de la familia es lo mejor que te puede suceder», había declarado, orgulloso, Costner antes de que en 1991 ganara siete Oscar, incluido el de

mejor productor, por *Bailando con lobos*. El éxito del filme, que había producido con sus ahorros, le lanzó al estrellato y cambió su vida. Por más que negara entonces sentirse atraído por su nueva condición de símbolo sexual, con frases como: «No fui mujeriego a los veinte años y no voy a empezar ahora.»

Tres años más tarde la realidad se había impuesto a sus buenas intenciones. Su primer lío de faldas, con la camarera Sheri Stewart, se hizo público mientras rodaba, en Inglaterra, *Robín Hood: príncipe de los ladrones*. A la muchacha le faltó tiempo para vender el relato de lo ocurrido al mejor postor. Así que, cuando llegó a Londres de visita la familia del actor. —Esposa, hijos, padres y hermano—, se encontró con titulares de prensa que proclamaban: «Costner fue el lobo en mi cama.»

Stewart, de veintisiete años, diez menos que él, y muy parecida a su mujer, contó que se encontraron en la *suite* de un hotel de lujo; aunque «el dormitorio fue la única habitación que vi esa noche. —Tras algo de charla—, una cosa llevó a otra. —Acabaron en la cama. Entre los detalles, la chica contó—: fue tan apasionado que me hizo llorar»… «si le hubiera dejado me habría roto la ropa» e «hizo cosas deliciosas como besarme los pies y acariciarme las piernas con la boca, fue increíble».

Cindy ignoró los rumores. Como había hecho antes, cuando a su marido le atribuyeron romances con Michelle Pfeiffer y Sean Young. Como hizo después, con el libro *Kevin Costner: The Unauthorized Biography* (Ikonprint, 1991), en el que su autor, el periodista Todd Keith, cuestionaba la fidelidad del galán. Hubo otra actriz, Christine Dinard, a la que conoció cuando filmaban No *hay salida* y que narró a los periodistas cómo éste le hacía el amor en el suelo de su apartamento.

Hasta entonces, el matrimonio de Cindy y Kevin estuvo por encima de toda sospecha. Se enamoraron en el año 1975, en la Universidad de Fullerton, cuando él aún cursaba estudios de Administración de Empresas y ella se pagaba las clases gracias a su trabajo de Blancanieves en Disneylandia. Se casaron al terminar Kevin la carrera, en 1978. Por entonces, él comenzó su meritoriaje artístico y el hogar se mantuvo mucho tiempo con el sueldo que proporcionaba el empleo fijo de Cindy.

Durante los primeros años, las cosas le fueron muy mal al actor. Tanto que, desesperado, aceptó participar en películas próximas a la pornografía, para poder debutar en el cine. Eran cintas ínfimas que sólo se estrenaron en vídeo, pero se siente tan avergonzado de ellas que, en cuanto se hizo famoso, trató de comprarlas para destruirlas. Todos sus temores se hicieron realidad cuando los productores las reeditaron, apoyándose en una campaña que destacaba su nombre estelar en la publicidad.

Entre estos títulos malditos se cuentan *Sizzle Beach* (también llamada *Sizzle Beach USA* y *Malibu Hot Summer), Shadows Run Black*, *Chasing Dreams* y *The Gunrunner*. En realidad, no eran ni mejores ni peores que las producciones con las que empezaron su carrera muchas otras estrellas. Lo que diferenció a Costner fue su afán de borrar su existencia, llegando a demandar a sus productores y logrando que su nombre desapareciera de ellas, como si nunca las hubiera hecho.

El astro hubiera querido eliminar con tanta facilidad las pruebas de sus infidelidades, pero no contó con la decisión de su esposa. Cansada de promesas incumplidas, siguió el consejo de su padre. —Fallecido poco antes— y contrató a un detective privado, que le confirmó que su marido la engañaba sin parar. Últimamente, con una publicitaria de Boston, a la que regaló un collar de diamantes; con una bailarina exótica de Hawai, e incluso lo intentó con la secretaria de ella, Dani Morris.

«Eres un hombre casado y tu mujer es mi jefa, —le objetó la empleada a Kevin para frenar sus avances. Él se limitó a responderle—: Soy un muchacho muy pero que muy malo.» Esta y otras conversaciones intervenidas por el detective sirvieron para que Cindy despidiera a su colaboradora. No por aceptar las proposiciones de su marido, que no lo hizo, sino por no ponerla al corriente de lo que estaba ocurriendo. Después se fue directa a Hawai, donde estaba trabajando el actor.

Poco sospechaba él que se le iba a sumar una ruptura matrimonial a los muchos problemas que afrontaba ya con *Waterworld*. Se trataba de la producción más cara realizada hasta entonces. —Costó más de 175 millones de dólares—, con un rodaje lleno de accidentes y demoras; que resultó uno de los grandes fracasos de todos los tiempos, apodado «Fishtar» y «Kevin's Gate», en recuerdo de *Ishtar* y *Heaven's Gate (La puerta del cielo),* fiascos históricos que le precedieron.

Cindy no fue sola para aclarar las cosas. La acompañaban sus hijos. Las dos niñas, Annie y Lilly, y el chaval, Joe, nacidos en los años ochenta. Al cabeza de familia no le fue posible negar la evidencia, pero intentó ganar tiempo, como otras veces, con más propósitos de enmienda. Sus súplicas fueron inútiles y su familia se rompió para siempre. «Nunca creí —confesó— que lo hiciera, pero no puedo culparla. Me ha dado muchas oportunidades y yo las he desaprovechado todas.»

No era la primera vez que se cuestionaba su honestidad, una cualidad de la que había hecho gala en la pantalla en títulos como *Los intocables de Elliot Ness* y que le había convertido en símbolo de las virtudes morales de América. Un digno heredero de Henry Fonda, Gary Cooper y James Stewart, estrellas que en el pasado reflejaron, a los ojos de los norteamericanos, las cualidades que más valoraban como pueblo. El espejismo se iba desvaneciendo poco a poco.

Kevin da la cara, pero los negocios los lleva, en la sombra, su hermano Dan; un hombre que sabe muy bien lo que se hace porque fue vicepresidente de Johnson & Johnson. —Una de las mayores empresas de Estados Unidos—, antes de dejarlo todo para dedicarse por entero a dirigir la economía familiar. Fue una de las inversiones planeadas por los hermanos Costner, un casino en las Black Hills (Colinas Negras) de Dakota del Sur, lo que acabó con la imagen benefactora de indios del actor.

Los mismos sioux que le nombraron miembro honorario de su tribu por el retrato que había hecho de ellos en *Bailando con lobos* se volvieron contra él al saber sus intenciones. El proyecto se presentó en 1993, pero la queja de los pieles rojas no llegó a la prensa internacional hasta 1995. Los Costner, que ya tenían un casino en la zona.

—En Deadwood—, anunciaron que iban a inaugurar un inmenso complejo hotelero y de juego en competencia con los establecimientos de los indios.

Los aborígenes se quejaron de que unas instalaciones tan lujosas como las proyectadas por el actor arruinarían sus locales, que eran su única fuente de ingresos. «Nosotros —se lamentó Brian Drapeaux, presidente de la Alianza de Tribus Indias— reinvertimos en servicios sociales y proyectos de desarrollo para la reserva buena parte de las ganancias que nos deja el juego.» Resaltaron, además, que nunca contaron con apoyo de las autoridades, que, en cambio, subvencionaban a Costner.

Por si no fuera bastante, para comunicar el casino con el exterior había que trazar una línea férrea que atravesaba las Black Hills, terreno sagrado, que los sioux reivindican sin éxito al Gobierno de Estados Unidos desde que lo perdieron en 1851. O sea, que el perjuicio económico a las tribus se agravaba por una profanación religiosa, perpetrada justo por la misma persona que se ganó el respeto internacional por su reivindicación de la dignidad del pueblo indio. Una paradoja.

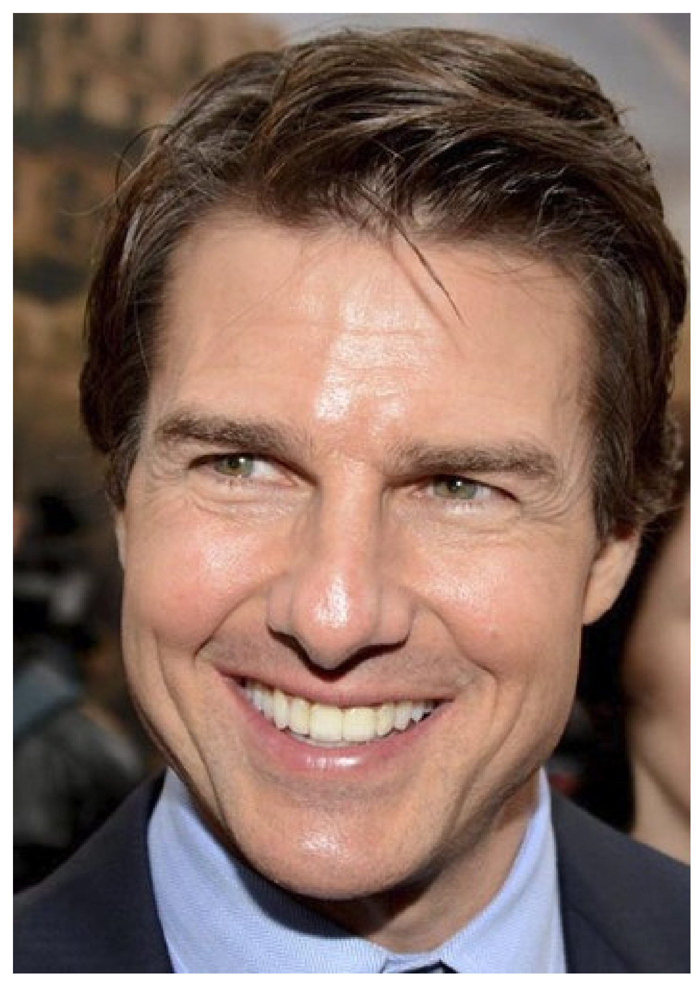
Ni la destrucción de su familia, ni los contratiempos en sus negocios, ni siquiera los fracasos de sus películas, cada vez más distantes de los gustos del público, bastaron para que perdiese su afición por cualquier falda a tiro. Daban lo mismo actrices, periodistas, camareras o bailarinas, siempre que se tratara de bellezas deslumbrantes. Por ejemplo, a la modelo Angie Everhart, amiga también de Sylvester Stallone y del príncipe Alberto de Mónaco, le envió su avión privado para poder pasar una velada íntima con ella.

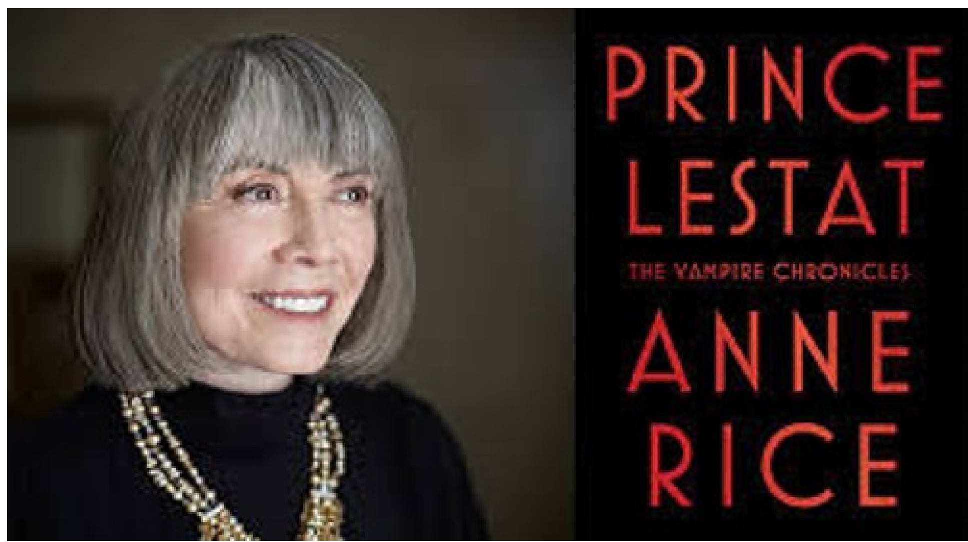
Tanta actividad romántica le ha dado, al menos, un hijo extramatrimonial, Liam, nacido en noviembre de 1996, de su breve relación con la atractiva presentadora de televisión Bridget Rooney, nieta de un magnate del acero. Esta contingencia le ha dado más de un quebradero de cabeza. Sobre todo por una entrevista reproducida en 1997 en *¡Hola!* y *Helio!* — edición en inglés de la anterior—, revistas a las que demandó por publicar algo que asegura que él nunca dijo.

En el texto de *¡Hola!* (13 de marzo de 1997) en litigio se recogían sus supuestas opiniones, en términos muy fuertes, sobre Bridget Rooney y su hijo. Entre otras perlas, decía: «… yo no busqué ese hijo. Fue su madre… quien buscó el embarazo para cazarme.» Ironizaba que tendría que estar loco para casarse con ella y aseguraba que asumiría sus deberes de padre, pero advertía: «Trataré de ayudar a ese niño no deseado, pero me temo que nunca será para mí igual que los otros.»

Es de esperar que tenga mejor mano como padre que como cineasta. Tras los fiascos de *Un mundo perfecto*. —Uno de sus mejores trabajos—, *La guerra, Rapa Nui*. —Como productor—, *Wyatt Earp, Waterworld* y *Tin Cup*, acabó ganando cuatro premios Razzie, los anti-Oscar de Hollywood, por *Mensajero del futuro* (1997), como peor director, actor, película y guión. Atrás quedaron los tiempos de gloria, cuando presumía: «No creo que me afecte el éxito. Si tengo alguna virtud es la de ser un hombre responsable.» También entonces se equivocó.

Tom Cruise / Anne Rice





Mira quién habla

Hay una ley no escrita en el mundo del cine por la que, una vez que un actor consigue un papel, ya no se vuelve a hablar jamás de los colegas que optaron al personaje antes que él. Otra costumbre muy arraigada en Hollywood es que los trapos

sucios se lavan en casa. La escritora Anne Rice quebrantó ambas normas en agosto de 1992, al oponerse en público a que Tom Cruise encarnara al vampiro Lestat en la adaptación a la pantalla de su popular novela *Entrevista con el vampiro*.

La autora no se limitó a declarar, en frase histórica: «Cruise se parece a mi vampiro Lestat tanto como Edward G. Robinson a Rhett Butler [protagonista de *Lo que el viento se llevó*]»; además, inició una campaña de descrédito del actor y de boicoteo a la futura película. La amenaza no era baladí, ya que son muchos los admiradores del libro, primera entrega de una serie dedicada al personaje y al universo de los vampiros, del que se habían vendido cinco millones de ejemplares.

Anne Rice es una autora a la que le gusta mantener una relación viva con sus lectores y tiene un club de admiradores muy activo, que hizo suya, de inmediato, la causa contra la estrella. «Elegir a Tom Cruise resulta tan estrafalario que es imposible adivinar cómo va a salir —se lamentó la novelista—… ¿Tiene la menor idea Tom Cruise de dónde se está metiendo? No estoy segura… Me parece que es un buen actor, pero uno tiene que tener claro lo que es capaz de hacer y lo que no.»

La principal objeción se centraba en un detalle físico. «Jamás he caído bajo el hechizo de un actor sin que su voz jugara un papel esencial —razonó Rice—. Lo más triste de Cruise es que no tiene ese tipo de voz inconfundible. ¿Cómo va a ejercer el poder de Lestat? En los libros digo una y otra vez que su voz es como terciopelo áspero, y ahí tengo a este intérprete sin voz.» Una opinión que compartía Julia Phillips, productora vinculada durante algún tiempo al proyecto: «Me gusta Tom Cruise, pero tiene una voz fina y atiplada.»

Las críticas dieron en el clavo. La estrella es muy consciente de este problema, cuyo remedio había provocado no pocos conflictos en los últimos rodajes en los que participó. Cruise, que siempre tuvo inquietudes religiosas y pasó un año en un seminario cuando era adolescente, se adhirió a finales de los ochenta a la controvertida Cienciología, organización espiritual, en la que le introdujo su primera esposa, Mimi Rogers, que era, a su vez, hija de uno de sus dirigentes.

Dicha organización, que según el interesado curó su dislexia. —Lo que, de ser exacto, sería casi un milagro—, le convenció de que podía resolver también el inconveniente laboral de su voz. Una obsesión desde que los críticos lo resaltaron tras el estreno de *Nacido el 4 de julio*. El remedio era el ClearSound (Sonido Claro), un nuevo sistema de grabación muy caro, con patente de la citada organización, que él impuso a partir de entonces, para hacer su voz más grave.

El ClearSound era justo veinte veces más caro que el sistema convencional de sonido. Por esa razón no lo adquirió el difunto Don Simpson, productor de *Días de trueno*, que también lo había sido de *Top Gun*; un gran éxito del que no se filmó la segunda parte prevista porque Cruise ya nunca estuvo más disponible para él, tras el desaire. Después de aquello, los productores de *Algunos hombres buenos* y *La tapadera* prefirieron comprarlo, aunque no siempre lo usaron.

El resultado no debió de ser todo lo satisfactorio que se esperaba cuando, en

1992, Anne Rice aún pudo utilizar el tono aflautado de su voz como inconveniente insalvable para que interpretara a Lestat. La escritora tenía, no obstante, otras razones subjetivas para oponerse a Cruise. La principal, que ella apostaba también por un candidato, el holandés Rutger Hauer, que la había cautivado años antes, con su impresionante trabajo como replicante rubio en *Blade Runner* (1982).

Entrevista con el vampiro no era una novela más para ella, ya que la escribió a raíz de la muerte de su hija Michele, víctima de la leucemia cuando no había cumplido los cinco años. La historia está dedicada a la niña, a la que en familia llamaban Claudia. —Como el personaje de la vampira más joven— por el parecido de su voz con el de la diva italiana Claudia Cardinale. El otro vampiro protagonista, Louis. —Que interpretó Brad Pitt—, es el *alter ego* de la propia escritora.

El libro se publicó en 1976 y ese mismo año la Paramount pagó 150 000 dólares por una opción para llevarlo al cine. Un año después se lo ofrecieron a John Travolta, que saboreaba las mieles del estrellato con *Fiebre del sábado noche*; pero no salió adelante, como tampoco con Richard Gere como posible protagonista. Hacia 1984 nadie sabía bien cómo abordar la historia y se pensó en una miniserie de televisión, con un Lestat multimillonario y con reserva de sangre propia.

Entonces entró en escena Julia Phillips, la primera mujer que ganó un Oscar a la mejor película, como productora de *El golpe* (1973), y contaba con éxitos profesionales del calibre de *Taxi Driver* y *Encuentros en la tercera fase*. Recuperó los derechos de *Entrevista con el vampiro*, para convertirlo en un musical de Broadway, protagonizado por Sting. Se hizo, además, con la siguiente novela de Rice, *El vampiro Lestat*, que le parecía mucho más fácil de llevar a la pantalla.

Phillips era una independiente y recurrió al apoyo del productor musical y de cine David Geffen. —Multimillonario y único magnate de Norteamérica que reconoce públicamente que es homosexual—, que tenía un buen acuerdo de producción con Warner Bros. Las alianzas empresariales se sucedían a la misma velocidad que los cambios de enfoque del proyecto, que le ofrecieron al actor Mel Gibson, quien prefirió hacer *Arma letal*, y al director Adrian Lyne (*Atracción fatal*).

La sociedad entre Geffen y Phillips no resistió la publicación de las tan explosivas como farragosas memorias de ésta, *You'll Never Eat Lunch in this Town Again* (Mandarín, 1992), en las que saldaba cuentas con Hollywood, tras años de humillaciones. En ellas se detallaban algunos vaivenes de *Entrevista con el vampiro*, y Geffen no salía muy bien parado. Rota su sociedad, éste se quedó con el proyecto y hasta pensó hacer de Lestat un travestido encarnado por la cantante Cher, de la que había sido novio antes de declararse homosexual.

Después de enviar el guión a multitud de directores, logró fichar a Neil Jordán, que acababa de triunfar con *Juego de lágrimas*. Aun así, tuvo que darle un millón de dólares más a Rice, para renovar los derechos. Ahí, dicen, comenzaron los malentendidos entre productor y escritora. Daniel Day-Lewis, que filmaba *En el nombre del padre*, rechazó el papel, aunque contaba con la bendición de la autora;

como Jeremy Irons y John Malkovich, descartados por falta de categoría estelar.

La entrada de Tom Cruise en julio de 1992 fue como una bendición del cielo para la empresa, tras diecisiete años de dar vueltas. Uno de los motivos que hacía tan complejo manejar el relato eran la relación homosexual entre Lestat y Louis. —Los dos vampiros protagonistas— y la relación de pedofilia con Claudia. —La vampira niña—. Los productores temían qué podía salir de ahí y a la escritora le asustó que una gran estrella obligase a eliminar estos elementos eróticos del guión.

No hay que olvidar que Tom Cruise lleva años luchando contra los bulos recurrentes de que es homosexual, célibe y estéril (sólo tiene hijos adoptivos). Chismes alimentados en 1990 por su primera mujer, Mimi Rogers, en la revista *Playboy*, en la que salía desnuda —demostrando lo deseable que era como mujer— y se quejaba de la poca atención que le prestaba su ex marido cuando estaban juntos. «Creía que debía ser célibe para conservar la pureza de su instrumento», apostillaba.

Ese mismo año, la revista homosexual *Outlines* pidió al actor y a otros famosos que reconocieran su condición. «Si te identificas en público como lesbiana o marica —decía el texto—, puedes cambiar el curso de la historia y crear una imagen positiva de nosotros.» El semanario popular *National Enquirer* publicó en 1994 dos fotos distintas de Cruise de pequeño vestido de niña, y lanzaba la pregunta: «¿Por qué al joven Tom le gustaba maquillarse y travestirse en Halloween o en cualquier otra ocasión?»

El mensual femenino *McCall's* le dio otra vuelta de tuerca a los rumores en 1995, al publicar que el matrimonio de Cruise con Nicole Kidman era una farsa que había montado su agencia de representantes. —La CAA, la más poderosa de Hollywood— para ocultar su homosexualidad. La actriz australiana habría aceptado a cambio de la promesa de que iban a hacer de ella una estrella. El matrimonio ha contraatacado, en vano, todos estos bulos que se difunden sobre ellos, negando y demandando.

Entrevista con el vampiro fue la apuesta más fuerte de su carrera. Se suavizaron los toques homosexuales del original, pero aun así desafió todos los rumores sobre él. Además, se enfrentó a su primer papel de villano, aunque dulcificado. Lo que menos esperaba y necesitaba entonces Cruise eran los ataques furibundos que lanzó Rice contra él. «Hirió de verdad mis sentimientos —se lamentó—. Su veneno lastimaba. No es usual empezar una película con alguien oponiéndose a que la hagas.»

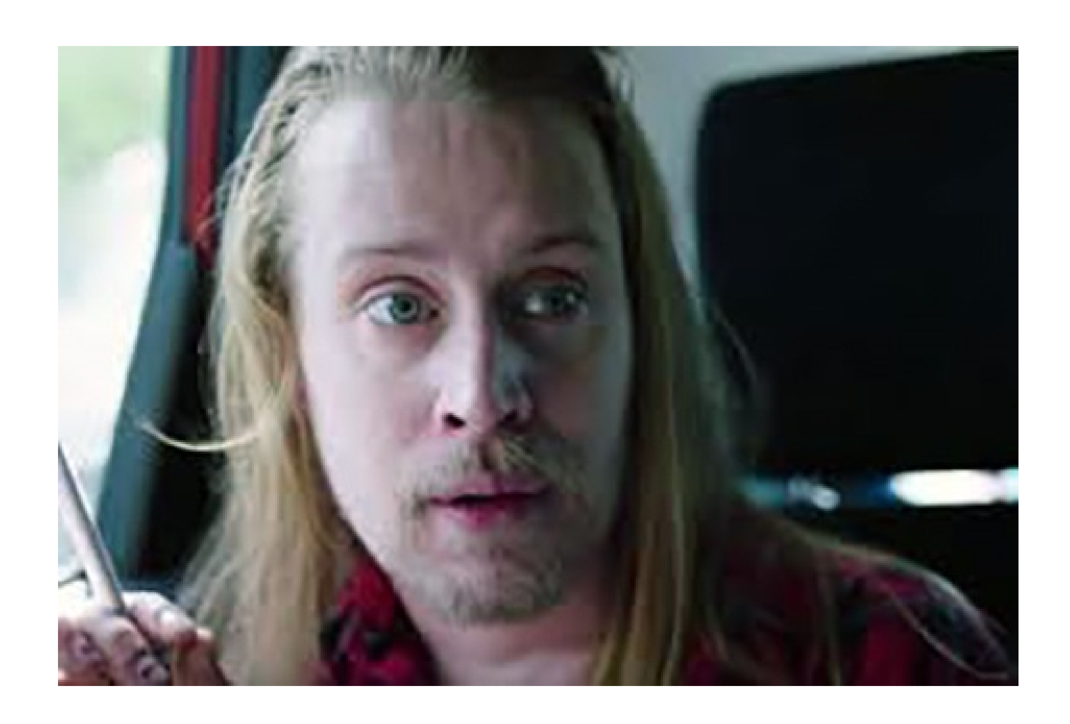
A Daniel Day-Lewis le pareció horrible que le mezclasen en la trifulca. Rutger Hauer echó leña al fuego: «No acabo de ver a Cruise como Lestat, pero no es la primera vez que alguien se queda con un papel que yo habría hecho mucho mejor.» David Geffen arremetió contra la escritora: «Es frívolo, desconsiderado y falto de discreción y profesionalidad que ataque la cinta para darse importancia, cuando le han pagado dos millones de dólares (en derechos) y va a hacer mucho más dinero vendiendo libros.»

Las noticias que se filtraron del rodaje, a pesar de los contratos de silencio que tuvo que firmar el personal, fueron tremebundas. Cruise se obsesionó con Brad Pitt,

su compañero de reparto, al que veía más atractivo, atlético y, sobre todo, casi diez centímetros más alto que él. Obligó a que pusieran calzas en sus botas, para no parecer más bajo, y exigió que le asignaran un ayudante permanente en el plato con la única misión de vigilar y retocar el tinte dorado de sus cejas.

Anne Rice dio una última sorpresa al ver el filme, dos meses antes del estreno. Pagó miles de dólares de su bolsillo para publicar un anuncio dirigido a sus lectores en *The New York Times, Los Angeles Times* y *Variety*. —La biblia del mundo del espectáculo— con grandes elogios para la producción y el reparto, sin excepciones. La taquilla superó los 105 millones de dólares, y hay quien cree que pagaron muy bien a la escritora por apoyar la película y que todo fue un montaje promocional.

Macaulay Culkin



Criaturas feroces

La carrera de Macaulay Culkin, la estrella infantil más famosa desde Shirley Temple y la mejor pagada de todos los tiempos, acabó en 1995, con el fracaso de *Niño rico*; filme por el que había cobrado nada menos que ocho millones de dólares. Para entonces, fama y dinero habían destruido a su familia y sus padres se enfrentaban por su custodia y la de sus hermanos en un largo y penoso proceso judicial que no concluyó hasta 1997; revelando el alto precio que pagaron los Culkin por el éxito.

«Mis padres, con su afán de protagonismo, su ánimo de controlarlo todo y sus ambiciones, me confundían —reconoció el muchacho—. Me sentí presionado, utilizado y manipulado… No son malos, pero siempre han pensado más en ellos mismos que en sus hijos.» Una opinión compartida por el juez Davis Saxe, que concedió a su madre, Patricia «Patt» Brentrup, la custodia de los niños en abril de 1997; después de calificar al padre, Christopher «Kit» Culkin, de «exigente, difícil y agresivo».

La decisión de Saxe, que puso fin a una batalla judicial de veintidós meses que casi llevó a la pareja a la ruina, tuvo también comentarios mordaces para la madre. Le recriminó no haber sabido inculcar «disciplina y buenos hábitos de estudio» en los críos y aclaró que «el rendimiento escolar de los más mayores era bajo y que daba la impresión de que alguno tenía problemas de aprendizaje». Reconoció, sin embargo, que había sido mérito del padre que Macaulay llegara a ser una estrella.

Esa opinión la habría suscrito cualquiera en Hollywood; si bien los métodos que

utilizó Kit Culkin para encumbrar a su hijo. —E intentar lanzar a sus otros retoños— no le hicieron, precisamente, el personaje más popular de la meca del cine. Todos los magnates, directores, guionistas y actores que trabajaron con él sufrieron sus humillaciones y abusos. Un tema tabú mientras duró el reinado de Mack. —Con K, como le gusta a él— en taquilla, pero que nadie ocultó tras su caída.

El productor judío Arnon Milchan, artífice del triunfo de *Pretty Woman* y *JFK, caso abierto*, fue el primero que se enfrentó al clan Culkin. «¡Basta de tanto acoso, extorsión y chantaje! —clamó desde *The New York Times* en el invierno de 1993—. Cuando tu familia ha estado en Israel durante cuatrocientos años y se ha pasado por lo que yo he sufrido, que te acosen y te hostiguen surte el mismo efecto que enseñarle un trapo rojo a un toro.» Así le declaró Hollywood la guerra a Kit Culkin.

El motivo de su disputa fueron los cambios que trató de imponer el padre del chaval en *The Nutcracker*, adaptación fílmica del *ballet Cascanueces*. Los preestrenos mostraron que los niños no entendían bien el argumento y los productores añadieron la voz de Kevin Kline, como narrador, para explicar los números de baile. Kit, que había interpretado esa obra de joven, montó en cólera al verlo y amenazó con que Macaulay no promocionaría la película si no se quitaba al narrador.

Una vez que se cumplieron sus exigencias, éste pidió un nuevo montaje de una escena y que se cambiara la banda sonora del filme. Ésa fue la gota que colmó la paciencia de Milchan, que volvió a incluir la voz del narrador y contó el problema en la prensa. «El chaval es maravilloso —dijo Robert Krasnow, coproductor de *The Nutcracker*—, pero el padre es como un grano en el culo.» Muchos pensaban lo mismo y, sin tener nada en contra de Macaulay, aguardaban su caída, para vengarse.

«Ni siquiera Oliver Stone pediría tanto control como él, ¿quién es ese hombre?», se preguntaba Milchan refiriéndose a Kit. No es difícil saberlo. Un antiguo niño actor neoyorquino, de origen irlandés, hijo de una escritora, que debutó a los seis años. Sin embargo, no le fue muy bien. Cuando el éxito alcanzó a su hijo Macaulay, olvidadas ya glorias pasadas y superados pruritos *hippies*, se ganaba la vida con oficios tan curiosos como sacristán católico y taxista en Nueva York.

Había formado un hogar en 1974, sin casarse, con Patricia Brentrup, otra *hippy* aspirante a actriz, diez años menor que él, que tuvo que conformarse con trabajar de telefonista. Si bien solía decir que era diseñadora y representante artística. En veinte años de convivencia, la pareja tuvo siete hijos. —A un ritmo de uno cada dos años—, todos actores precoces. El único miembro de los Culkin que había logrado triunfar hasta que apareció Macaulay fue la hermana de Kit, Bonnie Bedelia.

Bedelia siguió unos pasos similares a los de su popular sobrino. Como él, se inició en el baile muy niña. —A los cuatro años—, antes de dedicarse a la escena, el cine y, sobre todo, la televisión, medio en el que ha desarrollado casi toda su labor profesional. Su talento se vio empañado por lo irregular de su trayectoria artística, hasta que en los años noventa logró algo de relevancia como esposa de Bruce Willis en *La jungla de cristal* y de Harrison Ford en *Presunto inocente*.

Kit Culkin se había movido siempre en el ambiente teatral de Nueva York, su ciudad, y le fue fácil redondear ingresos con las habilidades artísticas de sus hijos. «La gente. —Contó él mismo— llamaba preguntando si teníamos un niño o una niña de tal o cual altura o edad, para una obra que escribían, dirigían o producían.» La oferta infantil abarcaba, por orden de nacimiento, a Shane, Dakota, Macaulay, Kieran, Quinn, Christopher y Rory; la segunda y la quinta, chicas.

A todos ellos trató de introducirlos en el espectáculo, con mayor o menor fortuna. Pero la mayoría de las peticiones eran para Macaulay, la gallina de los huevos de oro del clan. Estudió *ballet* y se dedicó a la danza desde los cuatro años y al cine y la publicidad desde los siete, sin haber dado clases de interpretación. Antes de cumplir los diez años ya había hecho siete películas, aunque en *Nacido el 4 de julio*, de Oliver Stone, cortaron su personaje en la sala de montaje.

La suerte de los Culkin cambió en noviembre de 1990, con el estreno de *Solo en casa*, escrita para él por el director John Hughes. Fue el éxito inesperado de la década y es posible que del siglo e hizo del pequeño Mack una estrella de la noche a la mañana. Meses después, *Solo en casa* era la tercera película más taquillera de la historia, tras *E. T. y La guerra de las galaxias*, de George Lucas; salvando a la 20th Century Fox de la ruina financiera que atravesaba.

El caché del pequeño se disparó de los 100 000 dólares que sacó por *Solo en casa* al millón de dólares que se llevó por *Mi chica*, su siguiente cinta. La reunión de padre e hijo con los responsables de la Fox para acordar las condiciones de *Solo en casa 2: perdido en Nueva York* fue de las que hacen época. «Ustedes quieren eso —dijo Macaulay tras escuchar los planes de los jefes del estudio—; nosotros, esto otro. —Y alargó un trozo de papel en el que había escrito en mayúsculas—: MUCHA PASTA.» Cobró cinco millones de dólares.

Su sueldo, como el de las grandes estrellas, incluía un porcentaje sobre los beneficios y los objetos comercializados con la imagen de sus películas. Estos conceptos generaron una cantidad ingente de dinero y poder que cambió la vida de la familia y propició la ascensión de Kit Culkin. Éste y la madre cobraron, y dividieron a partes iguales, un 15 por 100 de los 50 millones de dólares que se estima que ganó el niño, en concepto de sueldo como sus representantes.

A Kit y Pat nunca les había ido bien económicamente y la familia vivía en un pequeño apartamento, en el que los siete hijos compartían la misma habitación y los padres dormían en el salón. El cuarto de baño era el único sitio en el que se conseguía algo de intimidad. «Sólo podías estar en él dos o tres minutos. —Contó Macaulay—, pero eso tenía la ventaja de que aprendías a pensar deprisa.» A partir de 1991, los Culkin se mudaron a una casa mayor, siempre sin salir de Nueva York.

Mack y sus hermanos Shanen y Kieran se matricularon en la Professional Children School, colegio para chicos que trabajan en el mundo del espectáculo. Por si fuera poco, George Bush, entonces presidente de Estados Unidos, recibió al niño; que también se hizo muy amigo de Michael Jackson. El cantante se obsesionó tanto con él

que llegó a invitar a todos los Culkin a vivir en su mansión en California. El escándalo casi salpicó al actor cuando denunciaron a Jackson de abusar de los niños.

Kit Culkin se dedicaba por entero a la carrera de sus hijos. En 1992 Mack ocupaba el puesto 53 en la lista de los 100 personajes más poderosos de Hollywood, elaborada por la revista *Premiere* (equivalente en Norteamérica a *Fotogramas).* En los años sucesivos dejó de aparecer él, para hacerlo su padre, en los puestos 48 (1993) y 92 (1994). En 1995, ya ni figuraba. Los 826 millones de dólares que recaudaron *Solo en casa* y su secuela hicieron a Kit Culkin casi omnipotente.

Llegó a amenazar a la 20th Century Fox con retirar a Mack de *Solo en casa 2: perdido en Nueva York* si no le daban también el protagonista de *El buen hijo*, reservando un papel para su pequeña Quinn. La Fox aceptó y retrasó un año el rodaje de este filme, demora que incrementó el presupuesto en tres millones de dólares. «Lo más triste fue que Quinn no sabía actuar y se daba cuenta de ello —confesó un técnico de la película—. Estaba tan violenta que hubo que contratar a una persona para que le diera ánimos cada mañana.»

No fue la primera acusación de malos tratos. Kit Culkin, al que apodaban en casa «fétido» por su falta de higiene, era el malo; mientras que la madre lo consentía todo. Los muchos rumores sobre ellos los confirmó, en 1993, la demanda de Kimberley Frank, niñera despedida, que aseguró que dejaban solos a los niños, a los que descuidaban, y que cuando Kit se emborrachaba, algo frecuente, les pegaba con un cinturón. «En la casa solía haber marihuana y apestaba a droga», añadió.

La opinión generalizada en Hollywood era que Kit tenía problemas con el alcohol, a los que se achacaban sus raptos de violencia. En su demanda, en 1995, Pat le acusó de infidelidad, de maltratarla durante los embarazos y de que una vez le puso los ojos morados y, delante de sus hijos, amenazó con tirarla por una ventana. Luego reconoció en la prensa que se habían separado una vez en 1990, que hacía dos años que no tenían relaciones sexuales y que ella también había estado con otros, como revancha.

El futuro de Macaulay Culkin quedó sentenciado con los fracasos de *Mano a mano con papá* y *Niño rico*. Tenía quince años, su encanto se había desvanecido y la Fox no contó con él para *Solo en casa 3*. Entonces fueron noticia las disputas de sus padres, sus fiestas generosas en alcohol y las visitas de la policía alertada por los vecinos. Le ha quedado, como consuelo, una fortuna de 17 millones de dólares, y, como esperanza, su matrimonio con la actriz juvenil Rachel Miner, con la que se casó a finales de junio de 1998. La paradoja es que si de niño tuvo alguna vez un sueño, ese no fue ser actor.

Robert De Niro



Falso culpable

No es frecuente que una gran estrella de Hollywood, una de las de clase A, sea conducida a un juzgado bajo custodia policial. Lo es menos aún que esto ocurra en un país extranjero. De ahí el revuelo internacional que provocó la detención de Robert De Niro en París en 1998. Eran las 8.45 de la mañana del martes 10 de febrero, cuando media docena de policías se presentaron en el lujoso hotel Bristol de la capital francesa preguntando por el actor, al que se llevaron sin hacer caso de sus protestas.

Primero le tomaron declaración en la Brigada de Represión del Proxenetismo, en la rue Lutèce. Luego, sobre las seis de la tarde, fue conducido, siempre bajo custodia, al Palacio de Justicia, donde fue interrogado por el juez Frédéric N'Guyen. No pudo regresar a su hotel hasta las nueve de la noche y pasó doce horas privado de libertad y mezclado con delincuentes; aunque, técnicamente, jamás estuvo detenido. ¿Su delito? Era famoso, y tres prostitutas confesaron haberse acostado con él.

«Mi cliente admite que estrechó la mano a dos de esas mujeres —puntualizó tras el incidente su abogado, George Kiejman, uno de los más célebres de Francia—. En

cuanto a lo que hizo con la tercera, su respuesta está censurada, pero entabló con ella esa clase de relación en la que, alguna vez, también nosotros nos hemos podido ver envueltos. Es atractivo, le presentan mujeres jóvenes todo el tiempo y tiene derecho a una vida privada. Sólo espero que su esposa sea indulgente.»

Al actor, que se encontraba rodando en París el filme *Ronin*, le acompañaba Grace Hightower, ex azafata con la que se había casado en secreto el 17 de junio de 1997. Lo peor es que ella estaba en avanzado estado de gestación. —Dio a luz a un niño poco después, el 18 de marzo—, lo que añadió angustia, si cabe, al trance de aguardar la liberación de su marido, sin saber bien qué es lo que estaba ocurriendo. Además, la noticia de la detención se filtró a la prensa con inusitada rapidez.

La idea que podía deducirse de las primeras informaciones difundidas fue que De Niro había sido arrestado por formar parte de una red internacional de prostitución de lujo. La realidad era, en cambio, que sólo fue requerido como testigo, en cuanto que presunto cliente, pero que no se presentó ninguna acusación contra él. Lucrarse con la prostitución ajena es un delito en Francia, pero no es ilegal el ejercicio de ésta ni que un hombre pague por acostarse con una mujer.

Esto último hubiera sido, en todo caso, lo peor que cabría reprocharle al actor, que negó en todo momento haber pagado jamás en su vida por mantener relaciones sexuales. Se daba la circunstancia añadida de que era soltero en la época en la que reconoció, eso sí, que tuvo una relación con la misteriosa tercera prostituta. Se trataba, en realidad, de Charmaine Sinclair, una joven inglesa de veinticinco años a la que estuvo viendo durante dos años, tras conocerla en 1993.

Ni siquiera esto era un secreto, ya que Charmaine vendió la historia de su tórrido romance por 60 000 dólares a *News of the World* (19 de enero de 1997), edición dominical del diario sensacionalista británico *The Sun*, casi un año antes de la detención. La muchacha, presentada como actriz porno, contaba que algunas noches De Niro. —Nacido en 1943— le hacía tres veces el amor y que le dijo que tenía un trasero más bonito que la modelo Naomi Campbell, otra de sus novias.

En los días siguientes al arresto del astro, la prensa británica visitó de nuevo a Charmaine que declaró: «Creo que Bob [diminutivo de Robert] tiene ya problemas suficientes y que no le va a ayudar que yo empiece a hablar demasiado de él.» Reiteró, eso sí, que se sintió «como una princesa de cuento de hadas» mientras duró su relación. Lo que no contó la chica fue que en aquellos años trabajaba, al parecer, como prostituta de lujo en la red que investigaba el juez N’Guyen.

La justicia francesa seguía la pista de esta organización desde octubre de 1996 y en enero del año siguiente cayeron sus cabezas visibles. Annika Brumarck, ex modelo sueca, era la «*madame*»; Jean-Pierre Bourgeois, fotógrafo de porno suave, reclutaba a las chicas, y Nazih al-Ladki, hombre de negocios libanes, era el intermediario. La policía incautó listines de teléfonos, agendas y diarios con los nombres de las jóvenes y de sus clientes: celebridades y millonarios de todo el mundo.

El procedimiento que se seguía era ir localizando a unas y otros para, en la medida de lo posible, interrogarlos, como se hizo con De Niro, e ir atando cabos. En junio de 1997, el escándalo salpicó por primera vez a Hollywood. Nazih al-Ladki, apodado «*Madame* Claude del Medio Oriente». —En recuerdo de la alcahueta más famosa que hubo en Francia—, confesó que en 1996 había arreglado que una estrella americana pasara una noche con un príncipe árabe a cambio de un millón de dólares.

La proposición indecente se les hizo primero a Pamela Anderson y a Gena Lee Nolin, dos de las protagonistas de la teleserie *Vigilantes de la playa*; pero ambas. —Que han negado saber nada del asunto— parece que no aceptaron. No se dio el nombre de la candidata que sí quiso viajar en avión privado al hotel Martínez de Cannes para satisfacer los deseos del cliente millonario. El diario *Le Monde* y la revista *Voici*, sin embargo, señalaron a la actriz danesa Brigitte Nielsen, ex mujer de Sylvester Stallone, que también lo negó.

«No haría el amor con un extraño ni por diez mil millones de dólares —replicó entonces, indignada—. Se me revuelve el estómago cuando escucho este tipo de historias. Como madre de cuatro hijos, no tengo tiempo de hacer todo eso que dicen. ¿Qué imagen van a tener mis hijos de mí?» Sus palabras no debieron convencer al juez N'Guyen, que al día siguiente del circo que montó con el arresto de Robert de Niro aún comentó en *Le Fígaro* que también le gustaría interrogarla a ella.

El cada vez más locuaz proxeneta Nazih al-Ladki advirtió que había empresas francesas que llevaban años empleando los servicios de sus chicas como aliciente para hacer negocios. —Sobre todo de material bélico— con Oriente Medio. El caso se convirtió en cuestión de Estado y, según el diario *Le Monde*, el gobierno conservador intentó limitar sus efectos a los ya implicados; pero con el triunfo electoral de la coalición socialista, N'Guyen recibió vía libre y reanudó los arrestos.

Su señoría justificó lo ocurrido con De Niro porque, según él, el astro ignoró sus requerimientos, negándose a colaborar. George Kiejman, el abogado del actor, no compartió ese punto de vista. Su opinión era que si dos o tres agentes le hubieran tomado declaración en privado, las cosas se habrían aclarado en un par de horas sin dañar la reputación de nadie. Su tesis era que el fin último del magistrado fue atraer publicidad para él y su investigación, lo que sin duda logró con creces.

«He sido víctima de un juez empeñado en llevar a cabo una acción innecesaria, arbitraria y exagerada —se quejó el astro—. Irrumpieron en mi habitación como un tropel, dejaron la cama hecha jirones y me tuvieron detenido durante nueve horas sin permitirme hablar con un abogado [hasta su traslado al Palacio de Justicia].» La reacción de su letrado fue presentar una queja formal ante las autoridades francesas por «violación del secreto del sumario» y «atentado a la libertad de movimiento».

Su reiterada afirmación de que jamás pagó por acostarse con una mujer dejó un punto oscuro en su versión del idilio con Charmaine Sinclair. ¿Cómo coincidió una luminaria del cine con una chica humilde de un pueblo inglés que trabajaba en una red de prostitución? La interesada había confiado a *News of the World* que se

conocieron en St. Tropez, al sur de Francia, después de que De Niro vio su foto y le pidió a un amigo común que les presentara. A partir de ahí surgen las conjeturas.

La teoría que aventuró James Dalrymple, corresponsal del periódico británico *Daily Mail* (28 de febrero de 1998), dejaba poco lugar a dudas. Eligió a Charmaine en un catálogo, y Jean-Pierre Bourgeois, el fotógrafo porno, se la proporcionó. El actor estaba en Jerusalén (Israel) cuando recibió la ansiada llamada telefónica. Cruzó en avión privado el Mediterráneo, de Tierra Santa a Niza. Desde allí, un helicóptero le condujo a una villa de St. Tropez, punto de encuentro con la muchacha.

Se presentaron. Ella se quedó atónita al reconocerle y él le pidió que le llamase Bobby, sin formalidades. «Una hora más tarde. —Precisa el periodista—, se revolcaban en la enorme cama de un dormitorio del piso superior, donde pasaron dos horas. Acabaron a tiempo para comer, aunque un poco tarde.» Sobre esto no hay mucha discusión. «Mantuve una relación sexual con Charmaine en la villa y me marché esa misma tarde —aceptó De Niro a la policía—; pero no hubo dinero por medio.»

Bourgeois, el fotógrafo, se encogió de hombros al oírlo y comentó que no se habría molestado en localizar a la muchacha y en pagarle el viaje sólo en beneficio de la salud del astro. Su recompensa fue, según él, de varios miles de dólares. La vida privada del actor es una incógnita. No concede apenas entrevistas y es célebre por su prevención hacia la prensa. Lo que se sabe es que, salvo algunas excepciones como Urna Thurman y Ashley Judd, siempre ha salido con mujeres negras.

Se casó en 1976 con la actriz Diahnne Abbott, adoptó a la hija de ocho años —Drina— del matrimonio anterior de ella, y tuvieron un niño propio, Raphael, en 1977. En sus tres años juntos, no compartieron casa ni se fueron fieles; lo habitual en él. También salió con la cantante Helena Springs (Lisandrello, de casada), que le demandó por la paternidad de su hija Nina, a la que incluso pasó una pensión por algún tiempo, hasta que en 1993 una prueba genética demostró que no era suya.

En su vida ha habido muchas mujeres, algunas de las cuales ha alternado y simultaneado durante años. Su relación más larga, aunque no exclusiva, fue con la ex modelo Doris «Touki» Smith, con la que rompió en marzo de 1992, tras catorce años en los que ella trató en vano de darle un hijo. No obstante, el 20 de octubre de 1995, no siendo ya amantes, tuvieron gemelos, Aaron y Julián. Él había donado su semen, con el que fecundaron *in vitro* un óvulo de ella, y el embrión resultante se implantó en el vientre de una madre de alquiler, que lo gestó y dio a luz.

Medio en broma, medio en serio, suele contestar que le gustan las mujeres negras porque es daltónico. Otras veces, añade que le atraen porque son exóticas. Andy Dougan, autor de *Untouchable Robert de Niro* (Virgin, 1996), cree que busca en ellas lo que desea en una mujer: que esté a su disposición sin quejarse cuando la ignore o engañe. Su opinión sobre el incidente parisino fue que «una prostituta negra es perfecta para alguien que, como él, usa a las mujeres, porque una prostituta es la última mujer que queda utilizable».

Lo que no esperaba encontrar con Charmaine Sinclair fue acabar arrestado. Muy enfadado anunció que iba a devolver la Legión de Honor. —Distinción que le concedió el Gobierno galo— y que no contaran más con él en el Festival de Cannes. «No volveré a pisar Francia y aconsejaré a mis amigos que no vengan.» Años atrás, cuando era más joven, la policía italiana también le detuvo en Roma, donde promocionaba *Toro Salvaje* (1980), al confundirle con un terrorista. Entonces, mira por dónde, se conformó con una simple disculpa de las autoridades.

DiCaprio, Pitt, Banderas, Duchovny









Full Monty

«A una persona razonable, con una sensibilidad normal, no le gustaría que el desplegable de una revista de tirada nacional ofreciera su desnudo integral, incluido el frontal.» Así, más o menos, sostenía la demanda que presentó Leonardo DiCaprio el 26 de marzo de 1998, para impedir que la revista *Playgirl* publicara unas fotos suyas comprometedoras. Los desnudos masculinos están de moda y antes que él pasaron por ese trago Brad Pitt, Antonio Banderas y David Duchovny, entre otros.

Los taquillazos de *Titanic* y *El hombre de la máscara de hierro* han elevado al estrellato instantáneo a DiCaprio y era cuestión de tiempo que empezaran a circular toda clase de imágenes suyas, con las que saciar la creciente demanda de sus admiradoras. La revista *Playgirl*, dirigida supuestamente al público femenino, pero que cada día tiene más suscriptores y lectores entre la comunidad homosexual, nunca ha encontrado mayores dificultades para hacerse con esta clase de material.

Leonardo, en cuanto se enteró de los planes del mensual de incluirle en uno de sus próximos números, trató de ponerse en contacto con sus responsables en repetidas ocasiones, sin conseguirlo. Su pretensión era averiguar qué había de cierto en el rumor y, más importante aún, que le aclarasen de qué fotos se trataba y cómo se habían conseguido. Ante el mutismo de los editores, recurrió a sus abogados para que

iniciaran los pasos legales para garantizar la protección de sus derechos.

Según el texto de la demanda, la idea de verse a toda página tal como vino al mundo, aunque fuera en papel cuché, provocó en el actor «vergüenza, mortificación, sentimientos de dolor, angustia emocional, turbación y humillación, y ha violado su intimidad y su paz mental». Nada menos. Todo un rosario de penalidades que parecía un diccionario de sinónimos e ideas afines, pero que es casi una fórmula habitual en este tipo de acciones judiciales, tan corrientes en Estados Unidos.

El motivo de tanta preocupación fue que DiCaprio no tenía idea de cuáles podían ser esas fotos que se querían publicar. O quizá lo sabía demasiado bien y de ahí su mortificación. El caso es que las hipótesis que barajó en público fueron que o bien un fotógrafo, escondido, le había captado en momentos inconvenientes, por ejemplo, cambiándose de ropa; o bien que eran los desnudos. —Nada del otro mundo— que hizo en la lamentable producción europea *Vidas al límite* (1995).

No es ninguna novedad que las portadas de estas revistas anuncien desnudos de la estrella de moda, cuando ofrecen, en realidad, imágenes de muy poca calidad tomadas de alguna de sus películas. Lo mejor es que ni siquiera son de filmes pornográficos, como a veces intentan convencer al lector. En el caso de *Vidas al límite* es un pretencioso drama de la directora polaca Agnieszka Holland (*Washington Square*) sobre las atormentadas relaciones homosexuales, eso sí, entre los poetas Rimbaud y Verlaine.

Lo inusual es el interés que despiertan desde hace unos años los desnudos masculinos. Este fenómeno está situando a los actores, en este aspecto, en un plano de igualdad con las actrices. De seguir la tendencia, pronto se harán listas de los desnudos de ellos en *Playgirl* como las que ya existen de las apariciones de ellas en *Playboy* y *Penthouse*, por no citar en *Celebrity Skin* y *Celebrity Sleuth*, revistas que están especializadas, como indica su nombre, en pieles famosas.

El día de la equiparación de la carne de celebridades de ambos sexos no ha llegado aún y la demanda de DiCaprio provocó una pequeña crisis en *Playgirl*, que se saldó con la dimisión de su redactor jefe, Geslie Armstrong. «Va contra mi ética —explicó al diario *New York Post*—. Supone una invasión de la intimidad y no quiero que se me relacione con eso.» Un portavoz de la revista contradijo su versión y aclaró que le habían despedido, sin especificar, no obstante, por qué causa.

Armstrong llevaba en el puesto sólo desde julio de 1997, cuando entró para cubrir la baja producida tras otra demanda similar de Brad Pitt. —Del que DiCaprio parece un clónico en algunas escenas de *Titanic*—. El mensual sacó en agosto de ese año. —A la venta desde mediados de julio— unos desnudos suyos integrales captados con teleobjetivo por un fotógrafo, en 1995, durante unas vacaciones con Gwyneth Paltrow, su novia de entonces, en la isla de San Bartolomé (Antillas francesas).

No es difícil de imaginar que su demanda hacía alusión a la «gran angustia, ansiedad, depresión y humillación» que le habían provocado las reveladoras imágenes. Aparte del «grave daño» que causaron a sus perspectivas de trabajo. Esto

último parece una paradoja en un hombre que es admirado como símbolo sexual, pero hay que tener en cuenta que un desnudo significa que un filme no pasará la calificación para todos los públicos y se reducirá su rendimiento en taquilla. Las estrellas temen, además, que si se desnudan merme su prestigio como actores.

Pitt aprendió una lección amarga sobre el precio de la popularidad en aquellas vacaciones de 1995, como le ocurrió después a DiCaprio. No hay lugar seguro, por muy lejano o recóndito que parezca, donde ocultarse a la curiosidad del público; ese que paga las entradas de sus películas y les permite vivir a ellos como jamás hubieran soñado. Cuando están en la cima, los astros se lamentan agriamente de esa atención omnipresente no deseada; cuando se eclipsan, la añoran.

El actor acababa de estrenar en Estados Unidos *Leyendas de pasión*, el primero de sus trabajos que arrasó en taquilla, demostrando que podía ser un clase A. Hollywood le adoraba y él quería estar tranquilo. La demanda puntualizó que el director del hotel Le Toiny de la isla de San Bartolomé le garantizó que tendría «intimidad absoluta» en su *bungalow*. Fue esa tranquilidad, que luego se demostró falsa, la que le animó a desnudarse, como también hizo Paltrow, con total libertad.

Un fotógrafo hábilmente oculto logró robar instantáneas inimaginables. Desnudos frontales espléndidos del actor y de su novia en actitudes juguetonas y provocativas. En una de ellas, que molestó especialmente al interesado, se le ve cómo la coge a ella, con toda la mano, por el culo. Las imágenes tienen un poco de grano debido a la distancia, pero se ven con nitidez más que suficiente. Ningún parecido con el subterfugio chapucero de tomarlas de la escena de alguna película.

Las fotos ya se habían publicado ampliamente en la prensa internacional desde que se tomaron. En Europa, en todo su esplendor, y hasta en algún semanario de Estados Unidos, aunque allí con oportunas franjas de tinta negra tapando las partes que estimaron inconvenientes. La revista italiana *Eva Tremila*, en cambio, incluyó en su portada (14 de febrero de 1996) uno de los mejores desnudos frontales de Pitt, cubriendo el pubis de modo que, si se raspaba con una moneda, éste quedaba al descubierto.

La experiencia fue horrible para el actor y su novia, ya que asistían en Londres a la presentación europea de *Leyendas de pasión*, cuando la prensa reveló sus travesuras de pareja enamorada en traje de Adán y Eva. «Un día le estoy estrechando la mano a la familia real [durante el estreno] y el próximo me hacen aparecer como un payaso», se lamentó en la *suite* de su hotel de lujo, al encontrarse sus fotos en la prensa dominical británica, justo a la mañana siguiente de su velada triunfal.

La circunstancia de que los desnudos llevaran dos años en circulación permitió alegar a John Lavely, abogado del astro, que carecían de «valor informativo» (a los abogados, políticos y famosos de todo pelo les encanta jugar a ser periodistas y valorar, de acuerdo con sus intereses, qué es noticia). «Ha sido —prosiguió Lavely— un simple intento de emplearlas para vender revistas.» Su colega de *Playgirl* se acogió a la libertad de expresión que reconoce la Primera Enmienda de la

Constitución de Estados Unidos.

Prevaleció la tesis de Pitt y el juez ordenó a principios de agosto de 1997 la retirada de la revista de los puntos de venta. La medida provocó las protestas en los que vieron en ella un ataque a la Primera Enmienda. Más divertido fue el efecto indeseado que provocó la prohibición. Se disparó en el mercado negro la cotización —superando los cien dólares— de los ejemplares que se habían enviado a los suscriptores y de los que ya se habían vendido hasta entonces en los quioscos.

Bastante menos repercusión tuvo poco antes el caso de Antonio Banderas, amante latino oficial del Hollywood fin de siglo. *Playgirl*, de nuevo, anunció el desnudo del ídolo de moda, el actor malagueño. Sin embargo, se limitó a reproducir un montaje de su cara sobre un cuerpo atlético, que se había difundido por la red electrónica Internet. «Esta foto se ha obtenido en Internet. —Advertía el mensual—. Se supone que es Antonio Banderas. A usted, lector, le corresponde juzgarlo.»

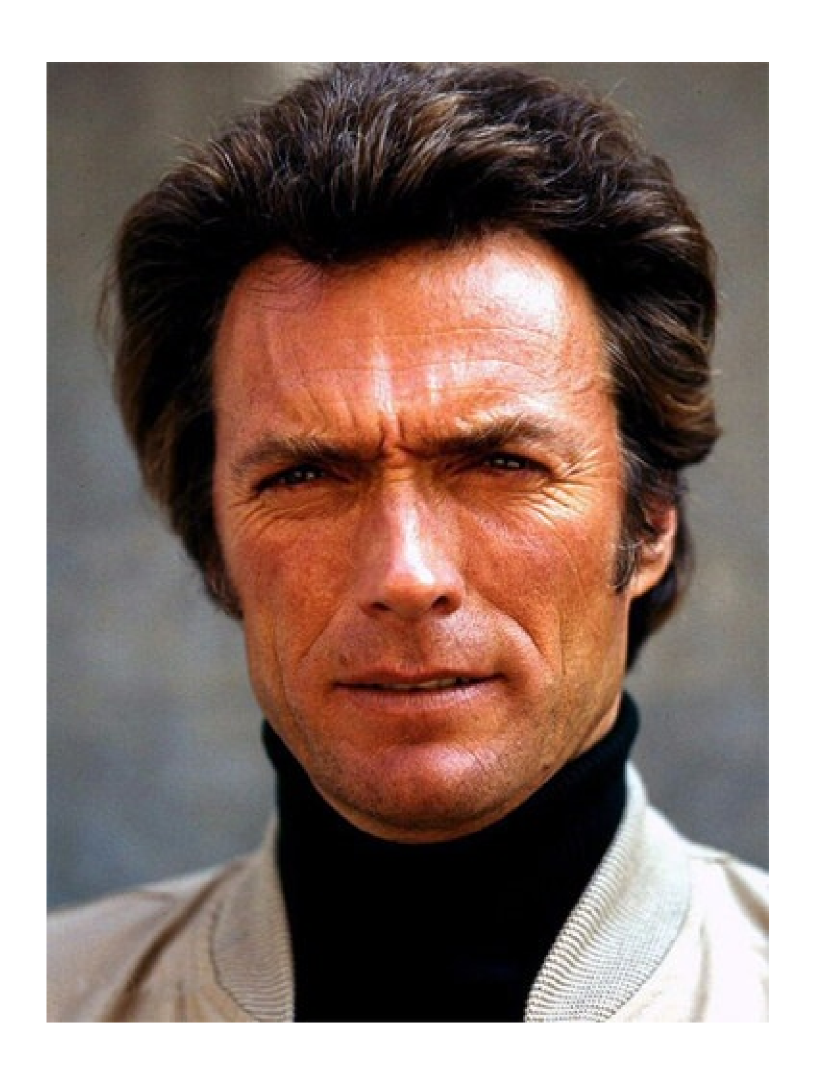
Estos desnudos frontales electrónicos se reprodujeron en distintos medios internacionales antes que en *Playgirl*, lo mismo que en el caso de Brad Pitt. En España, *Interviú* lo había hecho, a todo color y página completa, el 29 de abril de 1996; mientras que el diario *El Mundo* incluyó en pequeño dos de las imágenes el 29 de enero de 1997, con un desmentido del interesado. «No es mi cuerpo, es una composición —se defendía Banderas—. Creo que ya estoy algo mayorcito para eso.»

Playgirl completó su reportaje con escenas de *Nunca hables con extraños* (1995), filme de suspense erótico que el galán rodó con Rebecca De Mornay. La prensa de Estados Unidos identificó a Adam Hammer, modelo de la agencia Colt, como el propietario del cuerpo que Internet atribuyó a Banderas. El actor español no llegó a demandar a *Playgirl* como luego harían DiCaprio y Pitt, porque cerró un acuerdo extrajudicial con sus editores, cuyo contenido económico no fue revelado.

De todas las estrellas que ha utilizado esta revista como reclamo, David Duchovny, protagonista de la popular teleserie *Expediente X*, fue el que lo encajó con mayor sentido del humor. No en vano estudió en la Universidad de Princeton y fue profesor en la Universidad de Yale, dos de las mejores de Estados Unidos, antes de ser actor. En su caso, *Playgirl* rebuscó escenas de *The Rapture* (1991), en la que se le ve poniéndose los calzoncillos, y de *New Year's Day* (1989).

Ninguna de las dos eran producciones eróticas. Sí, en cambio, *Cuando llama el deseo* (1992), bodrio para la televisión por cable. —Que en España se estrenó en salas de cine—, en la que, no obstante, no se quitó la ropa. «No me avergüenzo de mi pasado —dijo—. Sharon Stone abrió las piernas en una película y Francia le otorgó la Legión de Honor. Yo hice lo mismo.» Desde luego, este es un comienzo, tan bueno como cualquier otro, para lograr la equiparación entre los sexos.

Clint Eastwood



Por un puñado de dólares

La perseverancia es una virtud y el mejor antídoto contra el rechazo y el fracaso, tan usuales en el cine. Sondra Locke puede no ser una gran actriz ni la mejor de las directoras, pero es una mujer constante. Clint Eastwood, su amante durante trece años, cegado por su propia arrogancia, no lo comprendió a tiempo. Su obstinación le costó un precio muy alto, en dólares, al perder, en septiembre de 1996, la batalla legal que enfrentaba a la pareja desde su ruptura, en 1989.

Eastwood nunca ha sido el más delicado de los hombres, sobre todo para poner fin a sus romances, pero con Sondra se superó a sí mismo. Esperó a que ella se fuera por la mañana al estudio, la Warner, donde rodaba *Impulse*, su segundo filme como directora, y aprovechando su ausencia cambió todas las cerraduras de la casa que compartían. Luego empaquetó sus pertenencias y las envió a un guardamuebles. Lo peor es que no se tomó, siquiera, la molestia de advertirla a ella.

Se limitó a remitirle una nota a casa de Gordon Anderson, el marido de Sondra. Sí, la actriz estaba casada; aunque de un modo más espiritual que material. Su esposo

era un antiguo compañero de colegio, homosexual declarado, con el que contrajo matrimonio en 1968, movida por un sentimiento profundo de amistad. Juntos se iniciaron en el espectáculo y recorrieron el difícil camino desde su pueblo, Shelbyville (Tennessee). —Donde nació ella el 27 de mayo de 1947—, en el sur del país, hasta Hollywood.

Su relación fue siempre envidiable, a pesar de llevar vidas sexuales independientes; o quizá, precisamente, por eso. Él actuaba de confidente y ella como su protectora. Hasta el extremo de convencer a Clint Eastwood, al que nunca pareció importarle esta situación, para que comprara una casa en la que pudiese vivir Gordon; o lo que es lo mismo, el marido de su amante. A esa dirección fue, precisamente, a la que llegó el mensaje del actor aquel fatídico 10 de abril de 1989.

Gordon, atemorizado, llamó a Sondra al plato, en plena filmación. «Me era imposible creer que hubiera llegado tan lejos», reconoció ella en *The Good, the Bad and the Very Ugly* (William Morrow, 1997), unas memorias por las que cobró unos 750 000 dólares y cuyo único interés reside en las confidencias que cuenta sobre Eastwood. «Colgué —añade— y salí a donde el equipo aguardaba mis órdenes… Lo último que recuerdo fue la sensación de que me hundía en lodo blando y, luego, perdí el conocimiento.»

El sentimiento de ensueño quizá fue parecido al que tuvo trece años antes; la primera vez que hizo el amor con Eastwood. —Que mide 1,92 metros de altura, frente a su 1,62—, cuando rodaban *El fuera de la ley*, en 1975. «Me tomó en sus brazos y me besó con suavidad —recordaba—. Luego, me alzó como un caballero portando a su dama, y me llevó a la cama… y a pesar de su tamaño. —Es de suponer que alude a la altura— y fuerza, fue dulce y atento, aun siendo un amante apasionado.»

Su opinión sobre el que un día fue su príncipe azul va cambiando según avanzan las páginas del libro, hasta llegar a la conclusión de que era un amante aburrido y rutinario. La obligaba a llamarle «Papi. —Y solía preguntarle—: ¿Cariño, ya te has limpiado los dientes?», como preludio de sus encuentros amorosos. Eastwood no se molestó en rebatir las opiniones que su ex amante emite en la obra. Sólo uno de los representantes del actor se limitó a zanjar dudas con un «No estamos interesados en ese libro».

Sondra llegó a Hollywood después de ser elegida para interpretar el papel femenino en *The Heart is a Lonely Hunter* (1968), dentro de una campaña nacional promovida por la Warner para buscar nuevos talentos. Sus inicios no pudieron ser más prometedores, ya que incluso optó al Oscar como mejor actriz de reparto por ese papel. El tiempo no confirmó, sin embargo, las expectativas iniciales, y para cuando encontró a Eastwood tenía ya veintiocho años y una carrera que no despegaba.

Había un pequeño problema para que su idilio prosperara: ambos estaban casados y no, precisamente, entre sí. El caso de ella era aparte, porque al ser casi desconocida, a nadie le importaba demasiado. Además, su atípico matrimonio, que nunca llegó a

romper, no le suponía ningún obstáculo para hacer lo que quisiera. Salvo pasar de nuevo por la vicaría, que no era, desde luego, el caso. El conflicto lo planteaban los más de veinte años de matrimonio de él con Margaret Johnson.

Se habían casado en 1953, justo cuando él comenzó su trayectoria en el cine, y tenían dos hijos, Kyle, nacido en 1968, y Alison (que trabajó con su padre en *Medianoche en el jardín del bien y del mal*), en 1972. La situación se mantuvo en secreto durante algún tiempo, hasta que la popular revista *People* — un equivalente norteamericano del *¡Hola!*— sacó a la luz el romance en su portada del 13 de febrero de 1978, dentro de la campaña de promoción de *Ruta suicida*, segunda película juntos de Clint y Sondra; lo que dio un vuelco a sus vidas.

Él se separó de Margaret en 1979, aunque ésta no solicitó el divorció hasta 1984. La pareja llegó a un acuerdo privado, cuyo contenido jamás se dio a conocer, si bien se estima que dividieron su fortuna y que a ella le correspondieron la casa en la que vivían y una cantidad en metálico que pudo oscilar, según las fuentes, entre los 20 y los 25 millones de dólares. Los hijos se quedaron a vivir con su madre, pero ambos compartieron su custodia y siguieron siendo buenos amigos.

Los años que Sondra Locke pasó con Eastwood y la media docena de películas que protagonizó con él no la convirtieron en estrella, pero sí le permitieron, al menos, disfrutar del espejismo del éxito, como si fuera propio. Vacaciones de ensueño, viajes en el avión privado de la Warner y un círculo de amigos que incluía a Arnold Schwarzenegger, su mujer María Schriver y el matrimonio de productores Richard y Lili Zanuck. Un mundo que se esfumó en cuanto Eastwood salió de su vida.

Las maniobras del actor, al cambiar las llaves de la casa y enviar sus cosas al domicilio de su marido sin previo aviso, iban encaminadas a crear la ficción de que nunca llegaron a formar una pareja estable. Su fin no era otro que privar de fundamento cualquier pretensión legal de Sondra para reclamar nada, por los años de convivencia rota de modo unilateral. En su afán de acumular pruebas, llegó a «pinchar» los teléfonos de la casa semanas antes de la ruptura, para controlarlo todo.

Las diferencias entre los amantes habían comenzado en 1986, cuando ella debutó como directora con *Ratboy*, película patrocinada por Malpaso, la productora de Eastwood, y apoyada por la Warner, el estudio con el que trabaja el actor desde hace muchos años. «No se comportaba como un productor con su director —se quejó la realizadora—, sino más bien como un padre intentando controlar a su hija adolescente que quiere andar por su propio camino.» La cinta se distribuyó muy mal.

Hubo otro factor que precipitó la separación. Clint se había enamorado en 1988 de la actriz Francés Fisher, durante la filmación de *El Cadillac rosa*. Ella ocupó el lugar de Sondra. Protagonizó *Sin perdón*, con él, y le dio una hija en 1993, Francesca Ruth. Todo eso no bastó para retenerlo, mucho menos para llevarlo al altar, como todo el mundo daba por hecho que ocurriría. En cambio, la dejó por la periodista Dina Ruiz, con la que se casó en 1996, y tuvo otra niña, Morgan.

Clint Eastwood ha sido toda su vida un solitario y un hombre de pocas palabras,

como sus personajes, que ha puesto todo su empeño en mantener su intimidad fuera de la curiosidad del público. Por eso, lo que más le dolió de la demanda que presentó Sondra Locke en 1989 fue que propició que salieran a la luz otros tres hijos ilegítimos suyos, de los que nadie había sabido nada hasta entonces; así como sus romances secretos, de años, con las dos mujeres con las que los tuvo.

La prensa, husmeando, dio con Kimber, la mayor de sus hijos, nacida en 1964, a cuya madre, la actriz Roxanne Tunis, había conocido en 1959, cuando grababa la teleserie *Rawhide,* que le hizo popular en Estados Unidos. Ni que decir tiene que durante los años que pasó con Roxanne ya estaba casado con Margaret y que las alternaba a ambas en su cama. Por cierto, se supo también que ya era abuelo, algo que no debió hacerle feliz, porque Kimber le había dado su primer nieto, Clinton.

También un periodista fue el que halló sus otros dos hijos secretos: un chico, Scott, nacido en 1986, y una niña, Kathryn, en 1988, con la azafata de vuelo Jacelyn «Jackie» Ann Reeves, a la que compró una casa en Carmel, el pueblo en el que reside y del que fue alcalde a mediados de los años ochenta. Lo más humillante para Sondra Locke no fue saber que el hombre que amaba le fue infiel durante años, sino que había tenido hijos con otras mientras que a ella no se lo permitió.

Al principio, Sondra le propuso a Clint que le diera 1,3 millones de dólares a lo largo de siete años y la propiedad de la casa en la que habían convivido y, también, de la casa en la que vivía su marido, Gordon. Al no conseguir nada, salvo el ataque frontal del actor, presentó una demanda, en la que, entre otras cosas, reveló que la había obligado a abortar en dos ocasiones y, al final, la convenció para que se hiciera una ligadura de trompas, porque no quería tener hijos.

La pensión que solicitó la actriz, por convivencia sin vínculo matrimonial, se llama en inglés *palimony*. Este término, fusión de las palabras *pal* (compañero) y *alimony* (pensión entre cónyuges), lo popularizó el famoso abogado divorcista Marvin Mitchelson, al tramitar la demanda de la cantante Michelle Trióla contra el actor Lee Marvin, tras su ruptura. El caso, que fue muy popular, marcó un hito en la equiparación de derechos entre parejas de hecho y matrimonios.

A Clint Eastwood no le hizo maldita la gracia el cariz que tomaban los acontecimientos y después de meses de trámites legales le propuso un acuerdo a Sondra. Ésta, que acababa de sufrir una doble mastectomía para atajar un cáncer de mama y padecía aún las secuelas de la radioterapia, aceptó la oferta y retiró la demanda en 1990. A cambio, el actor le dio 450 000 dólares, una casa y logró que la Warner le firmara un contrato de 1,5 millones de dólares para dirigir sus propias películas.

Pasados los tres años que preveía su contrato con el estudio y después de ver cómo le rechazaban más de treinta proyectos, la actriz se convenció de que algo no funcionaba en el pacto. Sobre todo porque ideas suyas que Warner no aceptó acabaron convertidas en filmes de éxito en otros estudios. Fue lo que pasó con *Oh Baby,* guión sobre un hombre que se queda encinta, que quería dirigir con su antiguo

amigo Arnold Schwarzenegger y que, al final, hizo éste, pero con el título *Júnior*, dirigido por su colega Ivan Reitman, para Universal.

Desesperada, demandó a Warner, sin éxito, en 1994. Un año después, a Eastwood, por intentar destruir su carrera; al enterarse de que fue él quien corrió con los gastos los tres años del contrato. Ni siquiera eso, porque los cargó al presupuesto de *Sin perdón*. O sea, que todo fue una artimaña para que ella retirara la demanda que presentó tras su separación. En 1996, un jurado pareció entenderlo así, o eso se temió el actor, que aceptó un acuerdo extrajudicial, ante la posibilidad de ser condenado. No se reveló lo que pagó. —Tiene fama de tacaño—, pero Sondra reconoció: «No tendré que trabajar nunca más.»

Heidi Fleiss



L. A. Confidential

Como cualquier hija de California, Heidi Fleiss soñó con la fama desde niña. Tuvo que esperar un poco, pero a los veintisiete años era la figura más popular de Hollywood, sin haber hecho jamás una película. Le bastó con una libreta negra. ¿Un talonario de cheques? No, mejor. Una agenda con los nombres de sus clientes cuando ejercía como la «*madame*» más famosa de la meca del cine y la amenaza proferida cuando la detuvieron, el 9 de junio de 1993, de hacerlos públicos.

«Dirigentes del mundo me llamaban para solicitarme sexo, —se jactaba—. En cualquier foto en la que se vea a políticos rodeados de chicas, al menos tres de ellas son mías.» Detenida y en espera de juicio, siguió repitiendo el mismo error que había acabado con su carrera: hablaba demasiado. Ése era el temor de las estrellas, productores y otros magnates del séptimo arte, muchos casados, que habían tratado con ella alguna vez, incluso sólo por motivos sociales.

Su casa, una mansión que le compró a Michael Douglas por 1,6 millones de dólares, estaba abierta las veinticuatro horas del día y llena de muchachas hermosas dispuestas a divertir a los amigos de la anfitriona. La fiesta que le ofreció por su cumpleaños a Mick Jagger, el cantante de *rock* más famoso del mundo, forma ya parte de la crónica mundana de la ciudad. Fue unos meses antes de su detención y marcó su momento de máxima aceptación entre los que poco después la iban a

ignorar.

Entre los doscientos invitados estaban las prostitutas de lujo más atractivas de Beverly Hills mezcladas con la flor y nata de la industria del cine y la música. No faltaron Jack Nicholson ni, por supuesto, Charlie Sheen, única estrella que fue identificada como cliente de la casa en el proceso que se siguió contra Fleiss tras su arresto. Al actor no le quedó otra escapatoria, ya que la policía, al registrar la mansión, encontró en ella varios cheques de viaje firmados por él.

James Caan, Shannen Doherty, Dennis Hopper, Timothy Hutton, Judd Nelson, Robert Evans, productor de *El padrino* y *Acosada*; Jon Peters, ex de Barbra Streisand y responsable por entonces de la Columbia, y Arnold Schwarzenegger, que ganó en 1995 una demanda contra la revista francesa *Voici* en la que una ex chica de Fleiss aseguró que el astro había contratado sus servicios, fueron otros nombres que barajó la prensa como supuestos clientes de la red de prostitución.

La «*madame* de Hollywood» ofreció su agenda por un millón de dólares. La editorial Simón & Schuster (del mismo grupo empresarial que la Paramount) y la revista erótica *Penthouse* se interesaron por ella, pero no se llegó a un acuerdo. Dos años más tarde, una actriz fracasada y tres prostitutas, dos de las cuales habían trabajado para Fleiss, publicaron su propio libro, *You'll Never Make Love in this Town Again* (Dove, 1995), lo que traducido significa No *volverás a hacer el amor en esta ciudad*.

Las cuatro autoras, Robín, Liza, Linda y Tiffany, hacen en él revelaciones insólitas sobre los hábitos sexuales de las estrellas del cine y la música. A James Caan le encanta el *cunnilingus*; a Timothy Hutton le gustan los *ménage à trois* con chica y chico; a Dennis Hopper, mirar números lésbicos, como a Stallone, que se lo monta solo, contemplando a una rubia y una morena haciendo el amor. Lo más chocante es que, según las autoras, la mayoría de ellos no pagó por sus servicios.

La conclusión, aparte de cuestionar la veracidad de mucho de lo que se relata en el libro, es que el verdadero filón de este negocio no está en Hollywood. Las estrellas funcionan como reclamo para los clientes más cotizados, que son los magnates del petróleo, príncipes árabes y millonarios de todo el mundo que quieren compartir las mismas mujeres que las celebridades. El sexo se complementa con tales dosis de droga que harían palidecer de envidia al mayor narcotraficante.

Lo curioso es que, nada más detener a la «*madame*», en 1993, el primero que reaccionó fue uno de los responsables de Columbia, Michael Nathanson. Su nombre no aparecía en ningún sitio, pero su abogado hizo público un comunicado en el que se aseguraba: «Ni Nathanson ni nadie más en Columbia ha usado los servicios de Heidi Fleiss.» Un mensaje exculpatorio que surtió el efecto contrario al deseado, ya que levantó toda clase de sospechas y relacionó en la prensa al estudio con la «*madame*».

Unos días después, el diario neoyorquino *Daily News* reproducía unas supuestas páginas de la cada vez más temida agenda de Fleiss. En una de ellas aparecía el número de teléfono de la oficina de otro responsable de la productora, Barry

Josephson. Los indicios apuntaban a que algunos cargos de la Columbia podían haber cargado los servicios prestados por las chicas a los presupuestos de producción de proyectos del estudio. Algo que negaron todos los interesados.

La prostitución de lujo ha sido siempre una prebenda del éxito en la meca del cine. Lo aclara Mark Drop en su libro *Dateline: Hollywood* (Friedman/Fairfax, 1994): «Entre 1935 y 1940 varios grandes estudios tenían sus propios burdeles y aconsejaban a sus estrellas masculinas que los visitasen para evitar riesgos innecesarios de contraer enfermedades venéreas.

Las muchachas, jóvenes y hermosas, aspirantes a estrella sin suerte, estaban bajo los cuidados de los médicos del estudio.»

Conviene aclarar que en Hollywood la prostitución no deja de considerarse en algunos círculos como un paso iniciático al estrellato. Es significativa la asociación reiterada que hacen muchas películas entre las profesiones de actriz y prostituta, y valga como espléndido ejemplo *Klute* (1971). Los favores sexuales no suelen ser el mejor modo de triunfar en el cine, pero es innegable que Joan Crawford, Marilyn Monroe y otras grandes estrellas emplearon este ardid con éxito evidente.

Selwyn Ford describe en su libro *The Casting Coach* (Grafton, 1990) un juego perverso de los años cincuenta por el que pasaron Marilyn Monroe y tantas otras aspirantes atadas a los estudios por contratos que les exigían estar «disponibles» a efectos «promocionales». Parte de estas obligaciones eran atender como camareras las partidas nocturnas de póquer que montaban los magnates. Las chicas, atractivas y desesperadas, acudían con escotes generosos y faldas a cuál más corta.

«Los “muchachos” se comportaban con un machismo casi fetichista. —Cuenta Ford—. Si les apetecía comer, señalaban a una de las chicas y apuntaban al plato. Si querían beber, apuntaban al vaso. Si les apetecía un refrigerio de tipo más íntimo, se apuntaban a la entrepierna. Era cuestión de pundonor para ellos conservar el gesto inexpresivo y continuar la partida, sin mostrar ninguna reacción por el servicio que le estaba prestando la muchacha arrodillada bajo la mesa.»

Heidi Fleiss no pasó por humillaciones semejantes porque nunca aspiró a ser actriz. Hija de un prestigioso pediatra de Los Angeles, se crió entre los cachorros de los famosos. Dejó los estudios a los dieciséis años para correrse las grandes juergas con Victoria Sellers (hija de Peter Sellers y Britt Ekland) y Jennifer Young (hija de Gig Young, secundario de lujo que ganó el Oscar por *Danzad, danzad, malditos*), descubriendo pronto el lado más oscuro y salvaje de Hollywood.

A los diecisiete años era adicta a las drogas y al juego. Su atracción por los hombres maduros la llevó a los brazos del financiero Bernie Cornfeld, de cincuenta y siete años, que la habituó a un lujo del que ya no supo prescindir. Al acabar sus casi cuatro años de relación, entró en escena Ivan Nagy, un cincuentón de origen húngaro que dirigió la serie *Starsky y Hutch*, pero que desde mediados de los ochenta utilizaba sus relaciones en la industria para enviar chicas a las fiestas de los famosos.

Fue Nagy el que la presentó a «*Madame* Alex» (apodo de Elizabeth Adams), la

legendaria alcahueta de origen filipino que controló durante veinte años el negocio de la prostitución de lujo en la meca del cine. Fleiss aprendió el negocio junto a ella, y aprovechando la detención en 1988 y posterior condena en 1991 de su mentora, la pupila le robó su lista de clientes y «criaturas», como llamaba «*Madame* Alex» a sus chicas en sus reveladoras memorias, *Hollywood Madam* (Arrow, 1993).

A Fleiss le gustaba ser popular e impuso un estilo de puertas abiertas a un negocio que se rige por la discreción. Se dejaba ver en el club On the Rox haciendo gala de sus chicas y captando nuevas pupilas, y daba fiestas en su propia casa. Los servicios, en cambio, no estaban al alcance de todos. La tarifa mínima, de 1500 dólares, se elevaba a muchos miles si se pedían «caprichos». Cada día trabajaban unas ciento cincuenta chicas, que le daban un 40 por 100 de lo que ganaban.

No tardó en perder el control y ganarse enemigos. Sus antiguos aliados, Ivan Nagy y «*Madame* Alex», la odiaban. Además, solía grabar las llamadas de sus clientes, y si no querían pagar, les dejaba en el contestador, como aviso, fragmentos de sus conversaciones comprometedoras. Una de sus chicas murió a manos de un pervertido y otras dos tuvieron que ser asistidas por sobredosis de drogas. Su reputación le valió el apodo de «la malvada bruja de Beverly Hills», en recuerdo de la malvada bruja del Este de *El mago de Oz*.

Rompió incluso la regla básica de supervivencia en ese negocio: hacerse confidente de la policía. Gracias a ello «*Madame* Alex» operó veinte años sin problemas, en los que hasta desplazó a la mítica «*Madame* Claude» parisina. Cuando la arrestaron al fin, sólo la condenaron a dieciocho meses de libertad vigilada. Otro tanto pasó con «*Madame* Mayflower», la niña de familia bien que montó en Nueva York una red de prostitución famosa por su elegancia. La detuvieron en 1985, pero se libró de la cárcel y salió del trance con una multa.

El caso de Fleiss fue muy distinto. La condenaron en 1995 a tres años de prisión por proxeneta. Además, fue la primera «*madame*» en la historia de California procesada por blanqueo de dinero y evasión de impuestos, dos delitos federales que le supusieron otra condena en 1997 de treinta y siete meses de cárcel. En sus días de gloria, ella solía repetir: «He logrado en un solo año lo que a Alex le costó una vida conseguir.» Ésta debe de estar riéndose aún desde su tumba.

Jane Fonda



Una extraña entre nosotros

Jane Fonda, la contestataria, dio la gran sorpresa el 21 de diciembre de 1991, día de su quincuagésimo cuarto cumpleaños, al dejar el cine para convertirse en esposa modelo de Ted Turner; caballero conservador del sur, magnate de la comunicación y símbolo del capitalismo norteamericano. Ni sus detractores más acérrimos hubieran imaginado tal futuro para la muchacha radical que provocó en los años setenta la ira de Estados Unidos al visitar Vietnam del Norte, apoyando así al peor enemigo de su país.

«Hanoi Jane» y «sucia comunista» fueron los dos piropos más suaves que le dedicaron sus compatriotas cuando regresó a casa después de pasar dos semanas en ese territorio asiático, bajo control comunista del Vietcong. Algunos parlamentarios y parte de la prensa exigieron que fuera procesada por traición. Unos sugerían que había que fusilarla; otros, que ahorcarla. Los más benevolentes se conformaban con arrancarle la lengua, y los hubo que sugirieron darla de alimento a las ballenas.

Era difícil digerir que la hija del mítico Henry Fonda, el actor que encarnó los ideales del pueblo norteamericano en filmes como *El joven Lincoln* y *Doce hombres sin piedad*, les había traicionado, pero los hechos estaban ahí. El 8 de julio de 1972, cuando Estados Unidos llevaba once años de guerra encubierta en Vietnam y su ejército había sufrido ya 50 000 bajas, Jane, que acababa de ganar su primer Oscar con *Klute,* llegó a Hanoi, capital de la zona comunista del país.

Lo hizo en un vuelo de Aeroflot, línea aérea soviética, bajo el apelativo de Jane Seymour Plemiannikov, que parecía inventado para la ocasión. Era, en realidad, su

apellido de casada, ya que aún no se había divorciado del director francés Roger Vadim, de origen ruso. Con ella viajaba el ex ministro de Justicia Ramsey Clark, con el que dio una rueda de prensa, junto a varios soldados norteamericanos prisioneros, obligados a asistir al acto por sus captores, bajo amenazas y torturas.

No se contentó con sus declaraciones a favor de la causa norvietnamita, con entrevistarse con altos cargos del gobierno comunista, con negar los malos tratos a los prisioneros y con fotografiarse, con casco, subida a una batería antiaérea de las usadas contra la aviación de su país. Además, arengó por radio a las tropas norteamericanas para que desertaran; algo comparable, para algunos, a que Betty Grable, la estrella más popular entre los soldados norteamericanos hubiera enviado mensajes nazis desde Berlín durante la Segunda Guerra Mundial.

«Soy Jane Fonda y os hablo desde Hanoi», empezaba sus charlas, con una fórmula semejante a la utilizada por «Rosa de Tokio», la locutora japonesa nacida en Estados Unidos (fueron, en realidad, varias distintas bajo el mismo seudónimo) que en los años cuarenta minaba la moral de los combatientes aliados en el Pacífico con sus emisiones de radio. Como ella, la actriz se dirigía a unidades concretas, por su nombre y mencionando los lugares en los que estaban combatiendo.

La actriz estaba convencida de lo que hacía y actuó de buena fe, pero su gesto causó heridas tan profundas que mucha gente jamás la ha perdonado. Dieciséis años más tarde, en 1988, aún tuvo problemas con asociaciones de excombatientes locales cuando fue a Waterbury (Connecticut), a rodar *Cartas a Iris*. Lo más curioso es que en su día se libró de represalias gracias al pequeño detalle, que muchos olvidan, de que Estados Unidos nunca estuvo, legalmente, en guerra con Vietnam.

Las diferencias de Jane con las autoridades habían comenzado algo antes, cuando vivía en París con Roger Vadim. Los sucesos de mayo del 68 cambiaron su visión del mundo y le decidieron a entregarse a todo tipo de causas nobles, como el feminismo, la lucha de los indios norteamericanos y denunciar la injusticia de la guerra de Vietnam. Su fama daba resonancia a lo que hacía, y la policía, el FBI y la CIA la vigilaron durante años, pasándole factura a la menor ocasión.

La detuvieron, por ejemplo, en marzo de 1970 en Fort Lawton, en una manifestación de protesta del Movimiento Indio Americano. Más grave fue su siguiente arresto, en noviembre de ese mismo año, en el aeropuerto internacional de Hopkins, en Cleveland (Ohio), donde la acusaron de tráfico de drogas y de agredir a un policía que no la dejaba entrar en el baño. En el juicio se probó que los estupefacientes eran medicamentos para los que tenía la receta preceptiva y se retiraron los cargos.

Su activismo político fue sólo una de las sorpresas que dio la hija de Henry Fonda y Francés Seymour Brokaw, segunda de sus cinco esposas. Ésta tenía otra hija de un matrimonio anterior y soñaba con un varón. En su lugar, dio a luz a Jane, por la que nunca sintió demasiado afecto. Sobre todo a partir del nacimiento de su hermano menor, Peter, padre de Bridget Fonda, que optó al Oscar al mejor actor por *El oro de*

Clises (1997), película que relanzó su lánguida carrera.

La pequeña *Lady* Jane, como la llamaban en casa, trató de enmendarle la plana a la naturaleza y se comportaba como un chicazo. «Quería ser como yo. —Presumía su padre—. A los cinco años montaba mis caballos y me ayudaba a arar el huerto. Era muy masculina. Creí que se le pasaría cuando fuera al colegio y empezara a interesarse por los chicos. Pero lo que ocurrió entonces fue que se dedicó aún más a los caballos. Una vez le dije: “Creo que terminarás casándote con un caballo.”»

La infancia de la pequeña fue bastante menos idílica de lo que cabría pensar por las palabras de su padre. De hecho, en esos años se gestaron sus carencias emocionales, causa de la serie de cambios radicales que han marcado su vida. Henry Fonda no fue una gran ayuda para sus penas. Se había criado en el Medio Oeste, la América profunda, y más que amor trató de inculcar a su prole los valores de austeridad que le enseñaron de niño, entre los que no había lugar para los sentimientos.

Los problemas conyugales (Henry era un conquistador impenitente) acabaron con el equilibrio mental de su esposa Frances, que fue ingresada en una residencia. Allí, en un descuido, se suicidó cortándose el cuello con una cuchilla de afeitar. Su padre les contó a sus hijos que su madre había sufrido un ataque cardiaco. Al saber la verdad, Peter, que tenía ocho años, se disparó un tiro. La bala le atravesó el hígado y un riñón, y se alojó cerca de la médula espinal.

«Entró en la habitación del hospital muy enfadado —recordaba Peter— y me dijo: “Me has estropeado la luna de miel.”» Henry se había vuelto a casar a los ocho meses del suicidio de su mujer. Jane reaccionó de modo más discreto pero no menos destructivo que su hermano. Cayó en una dependencia compulsiva de la comida y la bulimia la atormentó veintitrés años, en los que abusó de los diuréticos, para eliminar líquidos, y de las anfetaminas, para no tener sensación de hambre.

Lo superó en 1974, después de nacer su segundo hijo, Troy, pero no quiso hablar de ello en público hasta 1985, preocupada por el número cada vez mayor de muchachas que padecían el problema: «Me encantaba comer, pero quería estar delgada. Comía y vomitaba de quince a veinte veces al día. Era capaz de vaciar la nevera. Esta enfermedad no sólo debilita el organismo, sino que altera el equilibrio psicológico. Algunas mujeres padecen bulimia intermitente. En mi caso era crónica.»

Su carrera, que después del escándalo de Hanoi parecía más difícil de recuperar que su salud, se salvó gracias a la propia historia. La vergonzosa caída de la administración Nixon y el fin de aquella guerra le dieron, en parte, la razón y evitaron males mayores. Su preocupación por el conflicto se vio recompensada al final con un segundo Oscar, por *El regreso* (1978), una de las primeras películas que afrontaron la tragedia de la reinserción de los veteranos del Vietnam.

La batalla que Jane Fonda libró para ser aceptada en Hollywood no fue tampoco ninguna broma. Pocas estrellas han mudado tantas veces de piel como ella, que deja en pañales a Madonna en el arte de provocar. No hay que olvidar que, sólo cuatro

años antes de que fuera a Hanoi, había adquirido la categoría de símbolo sexual internacional con las aventuras erótico-futuristas de *Barbarella* (1968), dirigida por Roger Vadim, en la que hacía un sugerente *striptease*.

Sí, antes de hacerse activista política, la hija rebelde de Henry Fonda ya había dado la nota frívola en París, donde fue a rodar *Los felinos* (1964) con Alain Delon, para huir de la influencia familiar. En la rueda de prensa que ofreció al llegar al Viejo Continente, predijo: «Sin duda, me enamoraré de Delon porque sólo interpreto bien escenas de amor cuando quiero a mi pareja.» Su relación con el galán provocó algún altercado con Romy Schneider, su novia, pero no llegó a más.

El verdadero amor que la actriz halló en Francia fue el de Roger Vadim, descubridor de Brigitte Bardot, con la que estuvo casado, y el ex amante de Catherine Deneuve, con la que acababa de tener un hijo. Era inevitable que un seductor como él se interesara por una mujer de su belleza, que, además, podía abrirle las puertas del cine americano. Lo suyo fue amor a primera vista, que acabó en una precipitada boda en agosto de 1965; lo que no quiere decir que su relación fuera monógama.

«Después de tres años de vivir con Jane. —Reconocía Vadim en sus memorias, *Bardot, Deneuve, Fonda* (Planeta, 1987)—, me convencí de que la solución era la libertad sexual basada en la honradez recíproca. Cuando hacía el amor a otra mujer, se lo decía a Jane. Con el tiempo, llegué más lejos. Llevé a casa a algunas de mis conquistas, a veces incluso a nuestra cama… Ella no se permitía escapadas extramatrimoniales.» Tuvieron una hija, Vanessa, que se quedó con el padre tras su divorcio.

En los años ochenta, superada su etapa contestataria, le dio un nuevo giro a su vida. Se reconcilió con su progenitor en el filme *En el estanque dorado*, en el que, gracias al diálogo, padre e hija se dijeron «te quiero» por primera vez. Ella, además, montó su negocio millonario de gimnasios y vídeos para mantener la forma. En los noventa, en cambio, olvidó sus consejos sobre vida sana y se hizo la cirugía estética en los párpados, el pecho y se quitó unas costillas para realzar su cintura.

La última sorpresa, para algunos traición, de esta mujer camaleón fue casarse con Ted Turner, el mayor terrateniente de Estados Unidos. Se ha integrado tan bien en su papel que desmontó su productora (con la que hizo *Gringo viejo*), se desvinculó del imperio de vídeos y gimnasios, y renunció a la vida social. «¿Qué fue de Hanoi Jane?, —se preguntó la prensa—. Siempre me ha maravillado la gente que no siendo joven sigue cambiando —respondió—. No es fácil.» Desde luego, nadie lo sabe mejor que Jane Fonda.

Jodie Foster



Felpudo maldito

«Siempre he creído que Jodie era homosexual o bisexual, pero no me hubiera atrevido a sacarlo a relucir arriesgándome a convertirme en objeto de la ira de mamá.» Jodie Foster, la imagen del éxito hecha mujer, fue traicionada por su propio hermano mayor, Buddy. No en un desliz casual, sino por escrito y con el aval que da un parentesco tan estrecho. La biografía no autorizada de la actriz, *Foster Child*, fue la comidilla de Hollywood durante la primavera de 1997.

No es fácil ser el hermano de una niña prodigio. Sobre todo si antes le ha destronado a uno, como le pasó a Buddy Foster. Era el único varón de los cuatro hijos de Lucius y Evelyn «Brandy» Foster. Menor que Lucinda. —Apodada «Cindy»— y Connie, pero cinco años mayor que Alicia Christian, nacida el 19 de noviembre de 1962 y a la que siempre llamaron Jodie, por Josephine Domínguez Hill, Jo D (pronunciado en inglés como Jodie), la amante lesbiana de su madre, de origen latino.

Cuando nació la pequeña de la casa, sus padres llevaban más de tres años divorciados, después de casi cinco de un matrimonio infernal. La vida familiar estuvo marcada por las ausencias e infidelidades de Lucius Foster, ex piloto militar y seductor incorregible. La violencia doméstica acabó una noche que Lucius regresó a casa con ganas de bronca y le echó, pistola en mano, Jo D, a la que los críos llamaban Tía Jo y a la que consideraron durante años como un tercer progenitor.

«La infancia de Connie, de Cindy y la mía quedó dividida en la época con papá y en el tiempo sin él —explicaba Buddy—. Para Jodie, todo fue tiempo sin papá y con Tía Jo.» La actriz, apenas ha visto a Lucius Foster y jamás le dirige la palabra. «¡Es

como si no fuese mi padre! —dice ella—. No hay relación, es como un vecino. Hago todo lo posible por no hablar nunca de él, a pesar de que dice estar muy orgulloso de ser mi padre. ¿Estaría igual de satisfecho si yo no fuese tan famosa?»

La truculenta historia familiar se completa con el modo humillante en el que Jodie fue concebida. El misterio del tiempo transcurrido entre el divorcio no amistoso de sus padres y su nacimiento no se había aclarado hasta que Buddy aportó su versión. Según él, su madre, Brandy, le contó que una de las veces que tuvo que ir a ver a Lucius a suplicarle la pensión de sus hijos, como era habitual, éste le propuso un trato: si te desnudas y lo hacemos aquí, yo te daré el dinero.

A los nueve meses, nació Jodie, con Tía Jo sosteniendo la mano de su madre y ejerciendo funciones de cabeza de familia. Ella era la única que trabajaba y mantuvo durante años con su modesto sueldo a Brandy, con sus cuatro hijos, y a Chris, su propio retoño, ya que ella también estuvo casada. «No formábamos una familia convencional con Tía Jo, pero nunca nos importó —reveló Buddy en *Foster Child*—. Tardamos años en comprender la verdadera naturaleza de la relación que tenía con mamá.»

Los Foster dejaron atrás a la buena de Tía Jo, a la vez que las dificultades económicas de la familia, cuando Buddy Foster empezó a ganar dinero como niño estrella en publicidad y series de televisión. Su reinado fue breve, porque su madre, que no tenía siempre con quién dejar a Jodie, la llevaba con ella a las audiciones de su hermano. Un día que éste hacía una prueba para un anuncio de la crema solar Coppertone, la niña se coló en el despacho y le robó el papel con sus carantoñas.

Con cuatro años, Jodie Foster inició una de las carreras más fulgurantes, aunque no exenta de sombras, de Hollywood. Su prometedor hermano Buddy, de nueve años, tenía, en cambio, los días contados. «Ella [mamá] comprendió que había sido un error empeñarse en que yo fuera una figura de la televisión. Una vez que un actor infantil, o cualquier actor, es un habitual de ese medio se hace casi imposible su paso al cine. Al ver el fin de mi carrera, decidió que Jodie sería estrella de cine.»

A los quince años, Buddy dejó el mundo del espectáculo y la casa que su madre había comprado, en parte, con su sueldo. Entró en la espiral de las drogas, fracasó en sus dos primeros matrimonios e intentó suicidarse. Al reponerse, en 1989, puso una demanda contra su progenitora y su famosa hermana, reclamándoles lo que había ganado como actor infantil; un dinero que, según él, no vio jamás. Jodie Foster acababa de obtener su primer Oscar con la película *Acusados* y el escándalo estaba asegurado.

Cuando el muchacho tuvo edad de hacerse cargo de sus bienes, había descubierto que debía mucho dinero: «De los 480 000 dólares que gané, de acuerdo al Screen Actors Guild (Sindicato de Actores de la Pantalla), que incluye trabajos bajo control sindical pero no lo que rentan las reposiciones, sólo me quedaban 7000 dólares. Lo malo es que sobre mi patrimonio pesaban unas retenciones legales del Estado de California de 3200 dólares y del Gobierno federal de 20 000 dólares más.»

Buddy Foster sostuvo entonces y ha repetido en su libro *Foster Child* que su madre le privó de su dinero por medio de tecnicismos legales, abusando de su relación y haciéndole firmar documentos que él no leyó porque confiaba en ella. Con todo, acabó retirando la demanda y en el libro ha dulcificado su postura para con su hermana, ya que en sus páginas no ha reiterado la acusación que hizo en 1989 de que su madre se había gastado su dinero en promocionar la carrera de ella.

Cuando apareció *Foster Child*, Jodie Foster rompió su norma de no responder a sus biografías no autorizadas y en mayo de 1997 declaró al diario *US Today*, muy popular en Estados Unidos, que el libro no era más que una suma de «recuerdos confusos, fantasías y extractos de prensa». Lamentó el dolor que le iba a causar a su madre, descalificó el pasado de su hermano y aseguró que en los últimos veinte años sólo le había visto quince veces, siempre en actos familiares.

No obstante las críticas de Jodie, que la ha calificado de «grito poco delicado en busca de atención y dinero. —La obra no es una de esas típicas memorias demoledoras—. Lo inusual del libro —apuntaba Dana Kennedy en *Entertainment Weekly*— es que, aun conteniendo muchos detalles jugosos y críticos, muestra todo él un tono de respeto y afecto», y concluye que la verdad de oveja negra que cuenta Buddy Foster tiene más que ver con la «redención» que con la «revancha».

El principal inconveniente que le planteó la publicación a Jodie Foster fue el pasaje que abordaba su sexualidad. Éste es un tema tabú para los periodistas que la entrevistan. Más delicado aún a partir de que reconoció su misterioso embarazo en marzo de 1998. Buddy reveló que cuando la visitó en París, durante el rodaje de *Le sang des autres* (1982), «Jodie compartía su apartamento de un solo dormitorio con una mujer unos diez años mayor que ella, una diseñadora de complementos de moda y empresaria de Los Angeles. Resultaba obvio que su relación era seria».

El romance contaba con la aprobación de mamá Foster, que, siempre según Buddy, sería la primera persona de este mundo en oponerse a que Jodie entablase abiertamente una relación lésbica. Tal es el temor a la repercusión negativa que podría tener sobre su carrera. La discreción de familiares y amigos no ha podido evitar los rumores. Por ejemplo, sus supuestos idilios con Kelly McGillis, cuando ambas filmaban *Acusados*, y con Renee Missel, coproductora de *Nell*.

En 1991, Jodie ganó su segundo Oscar con *El silencio de los corderos*. A la vez que recogía el galardón, grupos de homosexuales, molestos por la imagen que daba de ellos el filme, se manifestaban a la puerta del auditorio donde tenía lugar la ceremonia con pancartas que decían: «Ganadora del Oscar. Licenciada en Yale. Ex estrella de Disney. Tortillera.» El acto formaba parte de una campaña para sacar a la luz (en inglés, *outing*) a estrellas homosexuales de Hollywood.

El acoso comienza a ser preocupante. Hay una revista que ofrece millones por las confesiones probadas de alguna de sus supuestas amantes. Lo peor es que está afectando a su trabajo. En 1996, demandó por 50 millones de dólares a PolyGram porque la productora la contrató para *The Game* y luego prescindió de ella. El

desacuerdo se debió a que Michael Douglas, el galán, quería que hiciese el papel de novia, mientras que ella estimó que, por su diferencia de edad, debía hacer de hermana.

El rumor es, sin embargo, que PolyGram sospechaba que Jodie estaba a punto de aclarar de una vez sus tendencias sexuales, tras lo cual el público no la aceptaría más en papeles románticos, lo que hubiera arruinado la película. Hay que tener en cuenta, también, que su anterior trabajo, *Nell*, que ella misma respaldó con su compañía, Egg Pictures, defraudó en taquilla, y eso que aceptó mostrar las nalgas por primera vez desde sus anuncios infantiles para Coppertone.

No se puede comprender por completo la figura de Jodie Foster, con su tan traído y llevado cociente de inteligencia superior a lo normal, sin tratar el otro tema tabú de su vida, John W. Hinckley. Este demente atentó en 1981 contra Ronald Reagan, entonces presidente de Estados Unidos, para llamar la atención de la actriz, que había ignorado durante meses sus cientos de cartas y llamadas telefónicas. Reagan y otras tres personas resultaron heridos por los disparos de Hinckley.

El factor que desencadenó la tragedia fue *Taxi Driver* (1976), película en la que un taxista de Nueva York urdía un atentado contra un candidato presidencial y en la que Jodie Foster daba vida, con trece años, a una prostituta, papel por el que optó al Oscar. Hinckley, expulsado por radical de un grupo neonazi, vio el filme tantas veces que se obsesionó con la actriz y al sentirse rechazado por ella su mente enferma se identificó con el protagonista.

Jodie, recién ingresada en la Universidad de Yale, contó lo sucedido en el artículo «Why Me?» (¿Por qué a mí?), que publicó la revista *Esquire* (diciembre de 1982), sin fotos, avisos en portada ni publicidad. Después, nunca ha vuelto a hablar de ello. En los años siguientes se licenció en literatura con honores, pero pasó por la peor etapa de su vida y su carrera. Incluida una detención en el aeropuerto de Boston en 1982 con droga, por lo que fue condenada a un año de libertad vigilada.

Tras el arresto de Hinckley, otro desequilibrado trató de asesinarla, y cada vez que se habla de ello vuelve a recibir nuevas amenazas, que desde 1995 aparecen también en la red electrónica mundial Internet. «Cuando me fotografían siento como si me disparasen», ha confesado Jodie, que practica artes marciales, gasta fortunas en seguridad y aborrece el teléfono. Con todo, y siendo una persona menuda. —Mide 1,65 metros—, sobre todo para Estados Unidos, en Hollywood la han apodado «La pequeña marimandona». Por algo será.

Michael J. Fox



Un loco a domicilio

La fama, aparte de dinero y admiración, lleva consigo muchas veces un peligro cierto. El asesinato de John Lennon por uno de sus seguidores en 1980 dio la primera voz de alarma sobre los admiradores obsesivos, un problema con el que tratan a diario las estrellas de cine. No hay luminaria de la pantalla que no haya padecido en su vida el acoso, al menos, de uno de ellos. El caso de Michael J. Fox, uno de los más célebres de Hollywood, es un clásico para policías y detectives privados.

Cuando Michael, que sólo mide 1,62, decía de chaval en Burnaby, el pueblo de Canadá en el que se crió, que quería ser actor, le tomaban a broma. Incluso, en sus inicios, un crítico le comparó con un perrito chihuahua, «pequeño y sin pelo». La opinión de los otros no desanimó al muchacho y en pocos años alcanzó estatura estelar, gracias a la teleserie *Enredos de familia*, en la que dio vida siete años a Alex P. Keaton, vástago ultraconservador de una pareja de ex *hippies*.

La serie llevaba tres años en antena cuando protagonizó *Regreso al futuro*, película producida por Steven Spielberg y dirigida por Robert Zemeckis, que fue el título más taquillero de 1985, al recaudar 350 millones de dólares. Además, *Enredos de familia* se situó (con *Corrupción en Miami* y *Luz de luna*) entre las series más populares de los ochenta. Por si fuera poco, en 1987, con veintitrés años, era el tercer actor con más atractivo de taquilla, tras Michael Douglas y Eddie Murphy.

En las oficinas de la Paramount, productora del filme; de la NBC, cadena de televisión que emitía la serie, y de su representante se recibían miles de cartas a su nombre. Entre ellas pasaron inadvertidas las que le enviaba un personaje misterioso

que firmaba «Tu admiradora número uno». En sus misivas trataba de convencerle para que rompiese con Tracy Pollan, actriz que hacía de su novia en la serie y que había dejado, en la realidad, a Kevin Bacon para irse con él.

A diferencia de las otras misivas, éstas no pretendían acabar con el romance para dejar vía libre a las fantasías sentimentales de la autora. La novedad era que en ellas se conminaba a Michael a que hiciese las paces con su anterior amor, la actriz Nancy McKeon, con la que trabajó en alguna telepelícula. El actor tenía fama de conquistador después de sus idilios, entre otras, con Courtney Cox (de la teleserie *Friends*) y con Helen Slater (*El secreto de mi éxito*).

Las notas se fueron haciendo cada vez más agresivas hasta entrar de lleno en las amenazas de muerte, sobre todo después de la boda de la pareja. «Eres un gilipollas total por casarte con Tracy, que sólo quiere poner sus manos en tu dinero. —Advertía la desconocida—. Divorciate inmediatamente o yo misma te mataré… Vuelve con Nancy McKeon ya, o te mataré. Hablo en serio.» Así lo entendió el astro, que denunció el asunto a la policía y contrató al mejor especialista en la materia.

Su nombre es Gavin de Becker, tiene medio centenar de personas trabajando para él y cuenta entre sus clientes a las grandes celebridades de Hollywood, a las que cobra hasta medio millón de dólares al año por protegerles del acoso de toda clase de desequilibrados. A Madonna, por ejemplo, la ha librado de un tipo que decía que era su marido, mientras que a Michelle Pfeiffer la mantiene a salvo de un hombre que no deja de molestarla asegurando que es el padre de su hijo adoptivo.

Hace mucho que este superdetective comprendió que hace falta algo más que un guardaespaldas fornido para controlar a estos admiradores obsesivos. Los alambres de espino y los perros guardianes no los detienen, y los hay que han entrado a trabajar en compañías telefónicas para hacerse con los números secretos de sus ídolos. Ante las conductas más graves, De Becker invierte el proceso y pasa de presa a cazador, sometiendo a vigilancia discreta y constante al remitente de las amenazas.

Las autoridades empezaron a tomar medidas tras la muerte de Rebecca Schaeffer, una joven actriz que comenzaba a destacar cuando un demente le pegó un tiro en 1989. Al año siguiente, la policía de Los Ángeles creó una brigada especial (la Threat Management Unit) para estos casos y el Estado de California aprobó una norma para poder perseguirlos, que ha sido imitada por otros Estados; hasta que el presidente Clinton aprobó en 1996 una ley que declara el *stalking* un delito federal.

En inglés, *to stalk* significa cazar al acecho. Al final de los años ochenta, más o menos cuando Michael J. Fox padeció su persecución, el término se usó para definir a aquellos que acosan a otros (*stalker*) y a su actividad (*stalking*). El cine reflejó este fenómeno aun antes, con *Escalofrío en la noche* (1971), sobre un pinchadiscos de radio amenazado por una admiradora, *opera prima* de Clint Eastwood como director y cinta precursora de otras como *Misery* (1990) y *Fanático* (1996).

No todos los *stalkers* son igual de astutos, y la que le tocó a Michael J. Fox era de los más inteligentes. Le envió, de acuerdo con el cálculo del fiscal, más de seis mil

cartas en un período de unos dos años, a razón de varias misivas cada día. Sin embargo, franqueaba sus mensajes en distintas localidades, no usaba su nombre para firmar y nunca se encontraron huellas dactilares en el sobre o en los papeles que contenían. Eso imposibilitó rastrear su pista durante muchos meses.

La paranoia de Michael era tal que planificó su boda como si se tratara de una operación militar. Bajo el temor a que apareciese la *stalker*, sumado al fastidio por la presencia no deseada de la prensa. La ceremonia tuvo lugar en Vermont, al noreste del país, en la frontera con Canadá. Los novios, que montaron un sistema propio de seguridad en el hotel, usaron los nombres en clave de Coyote I (él) y Coyote II (ella), y repartieron identificaciones a los invitados.

El plan despistó a los reporteros, a pesar de los seis helicópteros que sobrevolaron el lugar y el cuarto de millón de dólares que gastaron en cubrir el acto. Nada cambió, sin embargo, con respecto a la admiradora obsesiva; salvo que ésta hizo extensivas sus amenazas al futuro hijo de la pareja, en cuanto se anunció el embarazo de Tracy. «Michael J. Fox estaba muy preocupado. —Contó después la fiscal Susan Gruber—, pero su mayor inquietud era la seguridad de su mujer y su hijo.»

Contra todo pronóstico, la *stalker* cometió un error estúpido. Remitió excrementos de conejo. —Luego se descubrió que criaba estos animales— utilizando cajas usadas de una conocida empresa de mensajería. Había borrado los números de envío originales, que las identificaban, pero no tan bien como para que Gavin de Becker no pudiera reconstruirlos. La pista llevó justo hasta el departamento de paquetería de la empresa en la que trabajaba Tina Marie Ledbetter, de veintiséis años.

Su amplia experiencia le permitió a De Becker trazar el retrato robot de la persona que iba a encontrar la policía. Una mujer poco atractiva, muy gruesa o demasiado delgada, de aspecto desaliñado y con un nivel muy bajo de autoestima. Al ver a Tina Ledbetter, supieron que habían dado en la diana. En el registro posterior de su domicilio, se encontró la máquina de escribir con la que había mecanografiado las cartas y un cuchillo de carnicero guardado en su dormitorio.

Una vez le había escrito diciéndole: «Voy a por ti con una pistola y te mataré si no te divorcias… Ten cuidado con el público del estudio en la grabación de tu serie porque yo estoy allí vigilándote…» Su madre, con la que vivía, confirmó que Tina había asistido, al menos una vez, al rodaje de *Enredos de familia*. No apareció, no obstante, ningún arma de fuego en su casa, lo que planteó la cuestión de hasta qué punto supuso un peligro real para el actor y su familia.

Ledbetter pasó diez meses en prisión preventiva, la mayor parte del tiempo en la zona para reclusos dementes. «Tina es una muchacha amable que estaba como un pez fuera del agua en ese lugar», se quejó su madre. En el juicio posterior, la acusada se declaró culpable y fue condenada a tres años de libertad vigilada, con la obligación de seguir tratamiento, la prohibición de acercarse a Michael y la advertencia de que si le escribía de nuevo sería encarcelada durante cuatro años.

Los actores con personajes fijos en televisión son los que corren más riesgo de

tener admiradores obsesivos, según expone Jean Ritchie en *Stalkers* (HarperCollins, 1994), uno de los estudios más amplios publicados en el Reino Unido sobre el particular. «Incluso los admiradores inofensivos —dice Ritchie— llegan a confundir las vidas reales de los actores con las de los personajes que encarnan.» A veces, durante años, como pasó con Michael en *Enredos de familia*.

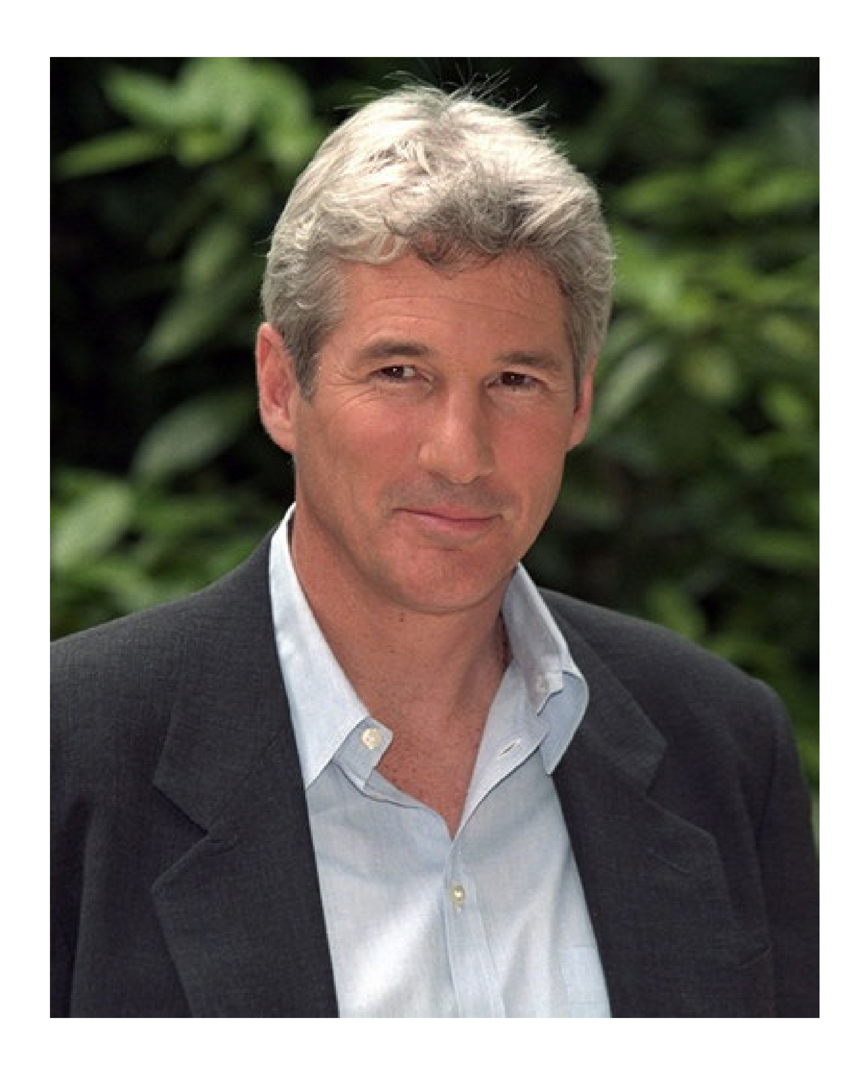
Con todo, también muchas personas corrientes son objeto de estos peligrosos afectos indeseados. Entre las estrellas, Cher recibió una oreja con restos de sangre; Olivia Newton-John encontró a uno de sus perros colgado con una nota que decía «Necesito matarte», y Stephanie Zimbalist (de la serie *Remington Steele*) sufrió durante un año la persecución de un hombre que le remitió 212 cartas con la firma «Tu admirador secreto», demostrándole que sabía lo que hacía cada día.

Lo peor es que el problema no acaba con la detención del *stalker*; la duda es siempre qué hacer con él. Ni siquiera la cárcel acaba con el miedo de su víctima, que vive sobresaltada por el momento en el que pueda salir en libertad. Michael J. Fox parece que tuvo suerte, pero hay que añadir un epílogo a su historia. Tina Ledbetter no se reformó y fue detenida de nuevo en 1996, esta vez por acosar al actor Scott Bakula, otra estrella de la pequeña pantalla.

La ironía es que una experiencia así puede llegar a convertirse en una condena de por vida para el que la padece. De ahí que cada vez más estrellas vayan armadas y hagan de sus casas auténticas fortalezas. Michael tuvo que vencer otro problema muy usual en Hollywood, su dependencia del alcohol, en el que buscó refugio a sus temores e inseguridades. Su matrimonio atravesó una crisis muy grave que superó con la ayuda de la asociación Alcohólicos Anónimos.

Su escasa estatura, la edad y el rechazo del público a aceptarle en papeles dramáticos. —En los que se defiende con dignidad— ha reducido mucho su campo laboral en el cine. En 1996 volvió a probar suerte en televisión con la serie *Spin City*, producida por Steven Spielberg, con la que volvió a saborear el éxito. Hace años que se mudó con su mujer y sus tres hijos. —Un chaval y unas gemelas— al campo, en Vermont. Allí vive feliz… sin bajar jamás la guardia.

Richard Gere / Cindy Crawford





Sospechosos habituales

«Somos heterosexuales y monógamos, y nos tomamos nuestro mutuo compromiso muy en serio», aclararon Richard Gere y su entonces esposa, la modelo Cindy Crawford, en un anuncio a toda página (precio: 30 000 dólares) en el diario británico *The Times* el 6 de mayo de 1994. «Nos casamos —añadían— porque nos amamos y decidimos iniciar una vida en común. No hay planes de divorcio ni nunca los hubo. Seguíamos muy casados.» La pareja respondía así a los reiterados rumores sobre su supuesta homosexualidad.

Días antes, el semanario sensacionalista francés *Voici* (18 de abril de 1994) había publicado que Gere «prefería a los hombres», que Cindy «jugaba a la ambigüedad con sus amigas» y que su unión era sólo un montaje, pero que estaban al borde de la ruptura. El anuncio del matrimonio en el rotativo inglés era la réplica directa a este artículo que calificaban de «muy vulgar, desinformado y calumnioso», si bien se referían a la revista como un «tabloide francés», sin mencionar su nombre.

La insólita iniciativa de las estrellas provocó ríos de tinta y el texto se analizó hasta el menor detalle en todas las redacciones. Hubo conclusiones para todos los gustos, pero la más original fue la del diario británico *Daily Telegraph*, que acuñó el término *inning* para explicar lo sucedido. «Es lo opuesto al *outing*, por el que los homosexuales militantes ponen al descubierto a sus colegas [que ocultan su

condición]. Éste es el primer caso que se conoce de *inning*».

La inserción del anuncio enfrentó, al parecer, a la pareja. Cindy era partidaria de no darse por enterados de los rumores, convencida de que todo acabaría olvidándose si se dejaba correr el tiempo. Su marido, en cambio, se obstinó en atajar tanto chisme y la convenció para reaccionar como lo hicieron. Los hechos le dieron la razón a ella, que siempre pensó que si hacían algo así iba a dar la impresión de que estaban muy desesperados, justo lo contrario de lo que deseaban.

Fuera porque las afirmaciones de *Voici* eran ciertas o por las diferencias que creó entre ellos la inserción del polémico anuncio, Richard Gere y Cindy Crawford se separaron poco después. La ruptura se hizo pública el 1 de diciembre de 1994, con un comunicado en el que reconocían que habían tomado la «dolorosa» decisión en el mes de julio. El cuento de hadas del matrimonio más atractivo del mundo, entre el galán de cine y la modelo más guapa y cotizada, duró algo menos de tres años.

Su unión, atípica, estuvo marcada desde el principio por la sospecha, que ellos alimentaron. Los presentó la madre del fotógrafo Herb Ritts, en una barbacoa que ofreció su hijo en honor al cantante Elton John en 1988. Ella pensó entonces que Richard era un gigoló. Él, en cambio, declaró años después de ella: «Es mucho mayor que yo, en todos los sentidos. Mucho más madura.» La paradoja es que Cindy, diecisiete años más joven que él, era una niña cuando él había alcanzado la fama.

La clave del éxito de Gere fue el componente erótico, teñido de ambigüedad inquietante y próxima a la bisexualidad, de sus interpretaciones. ¿Atractivo físico? Indudable, a pesar de la imperfección de sus dientes, la prominencia de su nariz y unos ojos minúsculos. O quizá precisamente por su habilidad en sacarle partido con su sonrisa a esos detalles tan alejados de los cánones clásicos de la belleza. ¡Ah!, y una tendencia obsesiva a desnudarse en sus películas.

En *American Gigolo* (1980), el filme que hizo de él un símbolo sexual, tenía un desnudo frontal que levantó no poco revuelo. —Aunque apenas se distinguía algo—; una audacia que repitió en *Sin aliento* (1983). En éste, la cámara, además, recorría su cuerpo en unas escenas de ducha como nunca lo hizo antes con ningún actor. Sin elementos que entorpecieran o mediatizaran su contemplación, de un modo que hasta entonces Hollywood había reservado sólo para retratar a las actrices.

Su gusto por exhibirse generó el rumor de que imponía por contrato quitarse la ropa en cada nuevo trabajo. Un bulo que recordaba otro semejante relativo a Marlon Brando. Se decía que hubo una época en la que el divo exigía que sus personajes recibieran palizas brutales, para satisfacer sus elaboradas fantasías masoquistas, y se citaban como demostración *La ley del silencio, La jauría humana* y *El rostro impenetrable,* en las que acaba desfigurado e irreconocible tras el tratamiento.

Gere tenía otra teoría al respecto: «Puede ser, por una parte, que los productores hayan llegado a la conclusión de que la película tiene más éxito cuando me desnudo. Hay otra razón. Soy un perfeccionista y hay cosas en esta vida que no se hacen vestido, como ducharse. Si figura una escena de este tipo en el guión, me tendré que

quitar la ropa; porque, si no, no resultaría verosímil.» Hubo quien habló, incluso, de una equiparación en el cine de los desnudos masculino y femenino.

Su comportamiento le valió el apelativo de «Chico malo narcisista». Una revista le llamó así porque no se contentaba con mostrar sus encantos en la pantalla. Parecía decidido a convertirse en el mejor discípulo de las maneras groseras y violentas que se gastó James Dean en su breve paso por la meca del cine. Gere recibía a la prensa en calzoncillos, enseñaba el culo a los que le importunaban y llegó a orinar en una calle de Nueva York, ante la atónita mirada de los peatones.

Estaban, también, las habladurías sobre su supuesta homosexualidad, que le acompañaban desde los comienzos de su carrera. Él, en lugar de acallarlas, las avivó al protagonizar la obra teatral *Bent*, en la que daba vida a un homosexual en un campo de concentración de la Alemania nazi. La situación se tornó problemática cuando sus aireados idilios públicos con mujeres ya no bastaban para acallar las murmuraciones que circulaban sobre sus verdaderas preferencias en privado.

La historia más chocante fue la del ratón. La revista *Vanity Fair* la resumió en el número 8 (enero de 1991) de su edición italiana: «Lo llaman Mickey Mouse y dicen que es la última moda entre los homosexuales de Hollywood, practicada por actores famosos en busca de novedades fuertes. En pocas palabras, se trata de hacerse sodomizar por un minúsculo ratón blanco. Se coge al infeliz roedor, se le quitan los dientes se le ata una cuerda al cuello y luego se "introduce"…»

«¿Verdad o leyenda urbana, tipo de la de los cocodrilos en las alcantarillas o la autostopista fantasma? —seguía *Vanity Fair* Italia—. En Los Angeles es el chisme del momento. Se cuenta que un actor muy célebre, que ha hecho una película con Julia Roberts, tuvo que correr a un servicio de urgencias para una delicada intervención quirúrgica. ¿El motivo? Se rompió el cordel. ¡Qué horror!, dirá alguno. Ya, pobre ratoncito. Las protectoras de animales americanas parece que se han quejado a las asociaciones de homosexuales. ¿Intervendrá también la Walt Disney para proteger el buen nombre de Mickey Mouse?»

Los grupos homosexuales radicales, como Queer Nation (Nación Marica), y alguna revista militante, como *Advócate*, se lo pusieron muy difícil a actores y cantantes al iniciar en 1989 lo que llamaron *outing* o sacar a la luz quién era homosexual y quién no. Otros medios, como el *Village Voice*, calificó tales medidas de puro terrorismo, salvo para los casos de aquellos homosexuales y lesbianas que hacían la vida imposible a otros como ellos para ocultar sus tendencias.

Richard Gere era uno de los nombres en entredicho. En su época salvaje, una periodista se atrevió a preguntarle que si era homosexual. Él se puso de pie, se bajó los pantalones y contestó: «¡Sírvase comprobarlo usted misma!» Más sereno, en 1994, antes de poner el anuncio en *The Times*, respondió: «No importa que uno sea homosexual o no. Cósmicamente, no hay nada malo en ser heterosexual, homosexual, omnisexual o cualquier otra cosa, mientras no dañes a nadie, incluido a ti mismo.»

Su lista de novias era tan impresionante como la de John Travolta, otra estrella

bajo sospecha, que se casó poco antes que Gere. Éste había salido con Sabrina Guinness, Diane von Furstenberg, la fallecida diseñadora Tina Chow, la actriz Penelope Miller, la fallecida ex presidenta de Columbia Dawn Steel, la pintora Sylvia Martins y Cindy Crawford, con la que se casó, por sorpresa y en secreto total, el 12 de diciembre de 1994 en Las Vegas, ciudad de bodas y divorcios relámpago.

Según reveló a la prensa Greg Smith, propietario de la Little Church of the West, donde se celebró la ceremonia, ésta duró quince minutos y costó 510 dólares, que abonó el productor Marty Katz, de la Walt Disney. —Productora de *Pretty Woman*—, con una tarjeta de crédito del estudio. El novio y sus amigos se trasladaron a Las Vegas en un avión privado, también de la Disney. No hubo traje de novia para Cindy ni invitados, los anillos eran de hojalata y esa noche volvieron a Los Angeles.

La boda más extraña de Hollywood, lugar de celebraciones extravagantes, dio lugar a la leyenda de «La pareja más *sexy*», como los bautizó la revista *People*. Gere, a pesar de ser un galán de cine, ganaba mucho menos que su esposa, que tiene un rostro más conocido que el suyo; aunque a algunos les cueste creerlo. Crawford era, además, otra celebridad en el punto de mira de los grupos homosexuales, que, sin embargo, se ha divertido jugando a proyectar ella misma las dudas sobre su imagen.

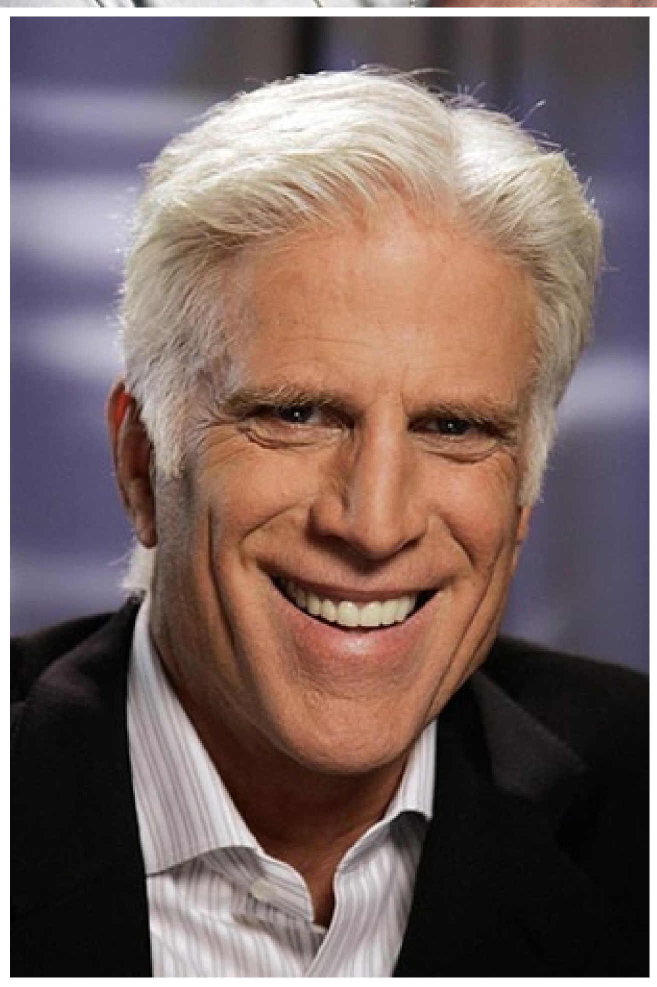
La modelo encaró la cuestión en la edición británica de la revista *Elle* (julio de 1992): «¿A quién le importa? —dijo—. Además, mi imagen es la más limpia del mundo, así que es bueno añadir un poco de suciedad sobre mí.» Un año después apareció en la portada de *Vanity Fair* (agosto de 1993) ligera de ropa y fingiendo que afeitaba a la cantante lesbiana K. D. Lang. Esta sale vestida de hombre, en un sillón de barbero, con la cabeza sobre el pecho de Cindy, los ojos cerrados y cara de éxtasis.

En fotos interiores, Cindy se inclina sobre K. D. Lang como para darle un beso en los labios, y ésta la sostiene por las caderas desnudas, en «una fantasía al filo de la navaja». Según alguna revista la idea se le ocurrió a Gere, en una cena con su mujer, la cantante y Herb Ritts, amigo de la pareja y autor de las fotos. Dos meses después, la modelo. —Imagen entonces de Pepsi y Revlon— repitió jugada vestida de hombre, con barba de varios días, en la revista *Interview*.

Tras su ruptura, Crawford se casó con el multimillonario Rande Gerber en mayo de 1998 y Gere ha vivido romances, exhibiéndose desnudo en la playa con alguna de sus parejas. Al hablar de su controvertido anuncio, reconoció: «Probablemente no fue lo más inteligente que hemos hecho. —Aunque añadió—: No me importa que la gente crea que soy homosexual o no. ¿De dónde viene tanto interés por quién lo es y quién no? Es una locura que haya hombres y mujeres homosexuales en esta ciudad [Hollywood] que no puedan reconocerlo porque dañaría sus carreras. Es demencial insistir en que la homosexualidad es una enfermedad, algo antinatural.»

Whoopi Goldberg / Ted Danson





Mamá, hay un hombre blanco en tu cama

¿Es aún tabú un amor interracial en Norteamérica? La cuestión no tenía nada de retórica cuando se la hicieron en junio de 1993 a Whoopi Goldberg y Ted Danson. La pareja había iniciado casi un año antes un romance que conmovía los cimientos de la sociedad estadounidense, y la presión de la curiosidad pública sobre su relación rozaba lo insostenible. «Le pregunta a las personas equivocadas —respondió Danson —. No lo sé. Más que complicado, me parece algo humano, divertido y conmovedor.»

Casey Coates, la mujer que llevaba quince años casada con el actor, con la que había tenido una hija, Kate, en 1979, y adoptado otra, Alexis, en 1984, no habría empleado esos mismos términos para definir lo que estaba pasando con su matrimonio. Esta circunstancia añadía al tema interracial una infidelidad conyugal, con niños de por medio, que les puso las cosas aún más difíciles a Whoopi y Ted. Sobre todo a éste, conocido por su tacañería, que temía enfrentarse a un divorcio millonario.

Cuando la pareja se conoció, en el rodaje de *Made in America*. —Una película en la que premonitoriamente hacían de amantes, aunque solteros—, eran dos de las estrellas más de moda en Hollywood. Él estaba considerado el actor mejor pagado de la historia de la televisión. —Unos diez millones de dólares por temporada— por su personaje de Sam Malone, el mujeriego ex jugador de béisbol propietario del bar Cheers, en la serie de igual título, con millones de admiradores en todo el mundo.

Whoopi Goldberg acababa de tener tal éxito con *Una monja de cuidado* que cobró ocho millones de dólares por su continuación, *Sister Act 2: De vuelta al convento*. Un caché que la situó a la altura de Julia Roberts. Era tan popular que meses más tarde, en 1994, pasó a los anales de los Oscar como la primera mujer que presentó sola una ceremonia de entrega del premio. Tenía dos ex maridos y era abuela, aunque estaba aún en los cuarenta; pero, al contrario que Ted, era libre.

Su amor comenzó como una típica aventura de rodaje, con alguna escapada de incógnito para pasar el fin de semana en Tijuana (México). La relación adquirió tintes mucho más serios a partir de septiembre de 1992, cuando Liz Smith escribió en su columna, publicada en distintos medios, lo que ocurría: «El último amor de Whoopi Goldberg es un varón divertido, famoso y atractivo.» La cronista no daba el nombre, pero se despedía con un guiño cómplice: «Salud [en inglés, *Cheers*] a todos.»

En cuestión de días, toda la prensa del país publicaba reportajes sobre el lío que se estaba montando. La presión fue demasiada para Casey, que el 12 de octubre tuvo que ingresar en el Bellwood Health Center de Los Angeles para recibir ayuda psicológica. Al volver a casa, el 25 del mismo mes, su marido dejó el domicilio conyugal para alojarse en la *suite* 164 del hotel Bel-Air (precio: 900 dólares/noche), que compartía con Whoopi, aunque ninguno de los implicados confirmó el idilio.

Hubo rupturas, intentos de Ted por volver con su familia y reconciliaciones entre los amantes. «No voy a confirmarlo ni a negarlo porque no es asunto de nadie», le

contestó Whoopi al periodista Ed Bradley en el programa televisivo «60 Minutes». No hizo falta. Casey, cansada, humillada y con el apoyo de sus hijas, le confirmó a la columnista Army Arched (*Daily Variety*, 11 de marzo de 1993) que Ted y ella se habían separado, aunque aún no había solicitado el divorcio (esperó hasta junio).

Casey, que era decoradora, se había casado con el actor, diez años más joven que ella, en los tiempos difíciles en los que él trataba de abrirse paso en la profesión. Su diferencia de edad fue causa de celos y disputas desde el principio. Un problema que se agravó a medida que Ted, un conquistador con debilidad por sus compañeras de trabajo, se hacía famoso y alcanzaba categoría de símbolo sexual. El destino les envió, por si fuera poco, una prueba que casi acabó con su unión.

El nacimiento de su hija fue devastador para Casey. Tuvo que guardar cama dos meses antes del parto por su alta presión sanguínea y durante éste sufrió un ataque, que le provocó una parálisis total. «Cuando me lo dijeron los médicos, me asaltó un instante de rabia —recordó él—. Fue como si hubiera metido los dedos en un enchufe.» Pasó cuatro años dedicado por entero a la recuperación de su esposa, que superó el trance, contra el pronóstico médico, con la secuela de una ligera cojera.

Durante meses dependió de él para todo y la asustaba tanto quedarse sola que Ted dormía en el suelo del hospital. «Leímos el libro sobre la hemiplejía de la actriz Patricia Neal y cómo la superó —explicó él—. Su esposo, el novelista Roald Dahl, insistía en que era muy importante no convertirte en una enfermera y concentrarte en ser un marido; pero si tu mujer no puede ni siquiera moverse, ¿qué puedes hacer?» La curación de Casey llegó acompañada de una crisis de pareja.

Recurrieron a un consejero matrimonial y tomaron la resolución de tener otro hijo. Un nuevo embarazo estaba fuera de toda discusión, así que se inclinaron por la adopción. El 26 de junio de 1984, dos días después de nacer, prohijaron a Alexis, hija biológica de Kelly Topel, camarera de Minneapolis y madre soltera, que recibió siete mil dólares en total. Cinco mil tras el parto y dos mil más a los seis meses, al acabar el período de prueba y hacerse definitiva la adopción.

La pequeña Alexis fue fuente de felicidad para sus nuevos padres, pero también origen de algún quebradero de cabeza. En 1992, la madre biológica, casada, con otro hijo y problemas de bulimia, exigió nuevas entregas de dinero. Al no lograrlo, montó un escándalo de prensa, con titulares del tipo: «Ted Danson compró mi bebé por 7000 dólares.» La acusación, que no cuajó, era grave, ya que la legislación de adopciones privadas prevé cubrir gastos médicos, pero comprar niños es un delito.

Prohijar es algo tan antiguo en Hollywood que Cecil B. de Mille, cineasta que rodó el primer filme en la meca del cine, ya tenía una hija adoptiva, Katherine. Ni que decir tiene que estrellas como Joan Crawford y Mia Farrow han sido tan o más famosas por sus adopciones que por sus carreras. Lo nuevo es que ahora muchos famosos blancos eligen bebés negros, casos de Isabella Rossellini, Michelle Pfeiffer y Tom Cruise, lo que no siempre hace muy feliz a la comunidad afroamericana.

El sistema de adopciones privadas facilita los trámites, pero se presta a fraudes

por ambas partes. Tom Cruise tuvo también su dosis de disgustos al adoptar en 1993 a su hija Isabella en Florida. Evitó que la madre supiera quiénes iban a ser sus nuevos papás, aunque pidió que la niña naciera en un ambiente de silencio total, como prevé la Cienciología, lo que ya es una buena pista para la interesada, madre de dos hijos más. Los conflictos surgieron, sin embargo, por otro lado.

Anthony Martin, candidato a gobernador del Estado de Florida. —Cargo similar a un Presidente de Comunidad Autónoma en España—, cuestionó la legalidad de que un residente en California, como Cruise, adoptase a un niño en otro Estado. Calificó la operación de «venta de bebé» y sugirió, además, que, de acuerdo con la documentación del caso, lo ocurrido «podía equipararse a un secuestro *de facto* del bebé». Hubo, como siempre, amenazas respectivas de demandas terribles.

En el caso de Ted Danson, la madre de su pequeña volvió al ataque a raíz del revuelo desatado por su idilio con Whoopi Goldberg, aprovechando la ruptura familiar. «La gente que elegí para que educase a mi hija no es como esperaba —aseguró Kelly Topel, que pedía más dinero—. Me doy cuenta de que fue como si Ted y su esposa Casey hubieran ido a una tienda de mascotas a comprarse un perrito-mantennos-unidos. Fui fácil de engañar hace ocho años, cuando estaba embarazada y sola.»

Toda la curiosidad se centraba, no obstante, en Whoopi y Ted, que promocionaban *Made in America*. Eso no significaba que estuvieran dispuestos a responder a preguntas personales. En la rueda de prensa multitudinaria que ofrecieron en Los Angeles con motivo del estreno protagonizaron un divertido espectáculo. Cuando alguien se interesaba por ese asunto, él levantaba un cartel que decía: «Personal. —Y, acto seguido, ella, otro, con el ruego—: Próxima pregunta.» Muy imaginativo.

De fondo, estaba siempre presente su diferencia racial. «Mi experiencia con todas estas cuestiones sobre negro y blanco —había resumido Ted algo antes— es que resultan un lastre.» A lo que Whoopi había añadido: «La gente dice: “Caramba, eres negra y besas a ese blanco.” Claro, estoy besando a un hombre. Nunca reparo en cosas como esa. Salgo con cualquiera que me lo pida.» La pena es que fue precisamente ese el motivo de su ruptura en el otoño de 1993.

La precipitó un incidente que levantó ampollas durante mucho tiempo en Estados Unidos. Asistieron a una fiesta del Friar’s Club (bastión de incorrección política) en el hotel Hilton de Nueva York, en el que iban a tomar parte en una pantomima ante trescientos invitados, tipo Robín Williams, Robert de Niro y Michael Douglas. Cuando les tocó a ellos, para sorpresa general, Ted apareció con la cara pintada de negro, masticando sandía y haciendo chistes de mal gusto.

Por ejemplo, que las partes íntimas de Whoopi eran «del tamaño de Sudáfrica y aun del doble cuando se inflaman». El escándalo fue de los que hacen época. Hubo invitados que se levantaron y se fueron, quejándose de que parecía una reunión del Ku-Klux-Klan o de la Nación Aria. «Tanto si se trataba de bromas raciales como de

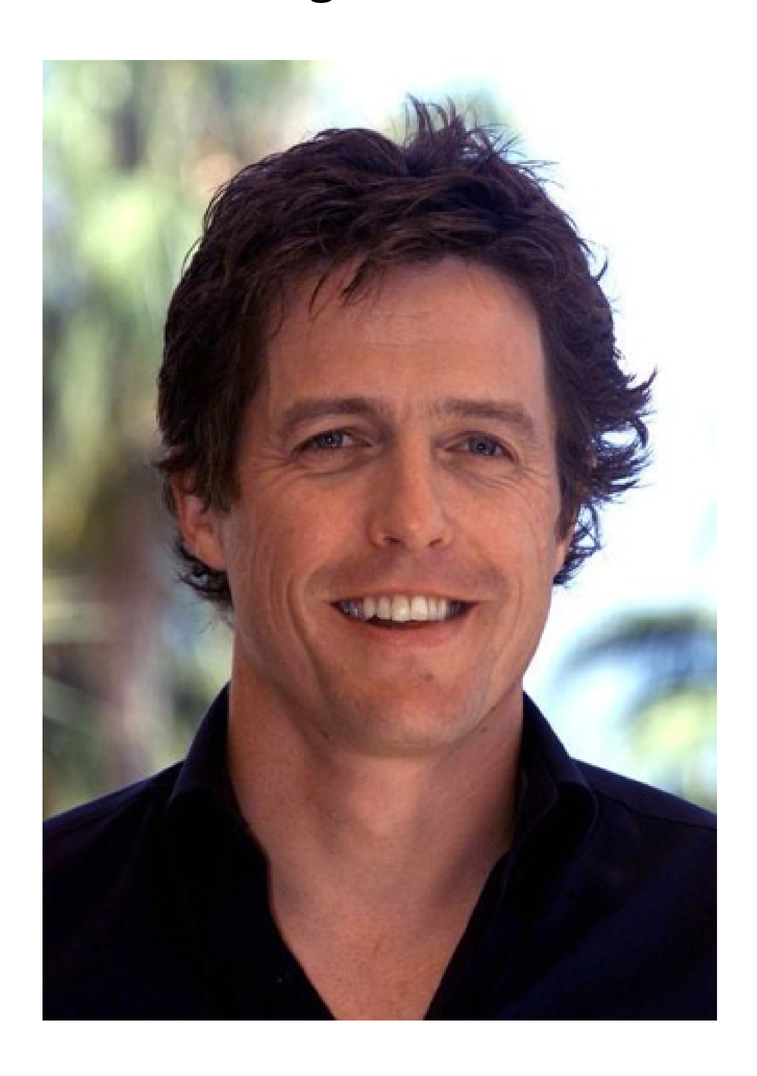
comentarios soeces sobre el cuerpo femenino —se lamentó la bella actriz negra Halle Berry—, fue obsceno y vulgar. ¿Qué se saca de positivo con eso?»

Los más sorprendidos fueron Ted y Whoopi, que prepararon el número para burlarse de los blancos y negros que no dejaban de enviarles anónimos racistas. «Incluso en Hollywood, tan moderno, hay gente que se incomoda con un hombre blanco y una mujer negra —advirtió ella—. Lo que siento es que Ted se molestó mucho… le importó mucho que se dijera que era racista.» Rompieron días después, no han vuelto a hablarse y, admitió Whoopi en 1997, no volverán a hacerlo en mucho tiempo.

La respuesta de ambos fue casarse. Ella, la primera, en 1994, con el sindicalista Lyle Trachtenberg, al que conoció en el plato de *Corina, Corina* y con el que adoptó a una niña, Diane. Lo plantó un año más tarde por el actor Frank Langella, que se hizo popular en los años ochenta encarnando a Drácula y del que se enamoró cuando los dos rodaban *Eddie*. Él dejó por ella a su esposa, después de dieciocho años de matrimonio, y a sus dos hijas. Tanto Trachtenberg como Langella son blancos.

El divorcio de Danson fue definitivo en enero de 1994 y tuvo que darle a su ex mujer, Casey, la mitad de su fortuna, cuarenta millones de dólares. Ésta lo rebajó, sin embargo, a treinta millones, según el semanario *National Enquirer* (22 de marzo de 1994), si él no mezclaba a otras mujeres. —Salvo una nueva esposa— con las hijas de ambos. El actor respondió casándose en 1995 con Mary Steenburgen, ganadora de un Oscar por *Melvin and Howard*, a la que conoció filmando *Pontiac Moon*. ¿Qué otra cosa podía hacer en su caso una estrella de Hollywood como él?

Hugh Grant



¡Jo, qué noche!

Cuando un galán de ficción invita a subir a su coche a una prostituta, resulta la comedia romántica *Pretty Woman*. En cambio, si Hugh Grant, una estrella de carne y hueso, hace lo mismo en la vida real, provoca un escándalo. El actor, una prostituta negra llamada Divine Brown y los 60 dólares que le pagó y provocaron su detención fueron los protagonistas de la pesadilla que se desató en la madrugada del 27 de junio de 1995 en la parte menos recomendable del Sunset Boulevard en Hollywood.

«La noche pasada hice algo totalmente loco. He herido a los que amo y he lastimado a la gente con la que trabajo. Por ello, lo siento más de lo que pueda expresar», declaró tras ser acusado de «conducta lasciva en la vía pública». Después, regresó en avión privado a Londres para explicar lo ocurrido a sus padres y a la modelo Elizabeth «Liz» Hurley, imagen de la casa de cosméticos Estée Lauder y su novia desde que rodaron juntos en España *Remando al viento* (1987), de Gonzalo Suárez.

La propia Divine Brown contó al mundo los detalles del incidente en el semanario

británico *News of the World* (2 de julio de 1995), edición dominical del diario sensacionalista *The Sun*. En portada, salía la muchacha con un vestido sujeto con grandes imperdibles, similar al modelo de Versace que hizo famosa, meses antes, a Liz Hurley. En páginas interiores, se la veía con un top rosa, una llamativa minifalda negra y botas altas, como la protagonista de *Pretty Woman*.

El texto no tenía desperdicio. Divine recordaba que había hecho un servicio anterior, cuando se detuvo junto a ella un lujoso BMW descapotable blanco y su conductor, que se presentó como Lewis y llevaba gafas negras y una gorra de béisbol calada hasta las cejas, la piropeó, con acento raro: «Tienes unos labios fabulosos.» Antes de empezar a negociar con él, le sometió a la prueba que usan las prostitutas para asegurarse de que no están hablando con un policía camuflado.

«Sácate la polla», le pidió, sabiendo que un agente de la autoridad no lo haría jamás, porque cometería un delito. El actor se bajó la cremallera del pantalón sin vacilar. «Era mona, —juzgaba la profesional—. Si tuviera que calificarla del uno al diez, en términos de tamaño y calidad, le pondría un seis. Las he visto mayores y menores, y ésta estaba bien.» Una vez que Grant recuperó la compostura, le preguntó que cuánto dinero tenía, y él sacó tres billetes arrugados de 20 dólares.

«Cariño, eso no es suficiente para que lo hagamos; lo más que puedes tener es sexo oral. —Fue la respuesta de Divine—. Ahora que, si tuvieras 100 dólares, podríamos ir a mi casa y hacerlo del modo adecuado.» Ni aun así le convenció, inglés al fin, para que fuera un poco más generoso; así que se subió al coche. Él le confesó que su fantasía había sido siempre irse con una mujer negra y le pidió que le dejase besarla en la boca; pero ella, como es habitual entre estas chicas, se negó.

Cuando iban a un lugar apartado, Divine le gastó una broma pesada. «Estás detenido, hombre misterioso», gritó mientras se hacía pasar por agente de la brigada antivicio y metía una mano en su bolso. En lugar de una placa de policía, sacó, entre risas, una caja de preservativos. «Había que ver su cara, parecía que fuera a morirse», comentaba ella. Él preguntó que si ese sitio era seguro, a lo que le respondió que si sacaba cien dólares podían ir a su casa, pero él prefirió quedarse allí.

La sorpresa fue cuando Grant le rogó que no utilizase preservativo, algo a lo que la chica se negó. «Debe de querer morirse, —opinaba Divine—. La mitad de las busconas de Sunset Strip (zona del Sunset Boulevard donde se concentra la vida nocturna) tienen sida o son seropositivas. Otras son drogadictas y usan agujas sucias. Tuvo mucha suerte de dar conmigo, que nunca he tomado drogas duras.» La radio del coche estaba puesta, con «baladas muy dulces», tipo Michael Bolton. Ella le puso un preservativo y empezó su trabajo. Entonces, llegó la policía.

Al detenerla, se dio cuenta de dónde había oído antes un acento parecido al del tal Lewis. «Fue en las noticias de televisión, al príncipe Carlos hablando de *Lady* Di.» Pensó: «quizá me lo he hecho con un príncipe»; pero en la comisaría, mientras espera esposada a un banco, uno de los policías le preguntó que si era ella la que estaba con la estrella de cine. «¿Qué estrella?, —exclamó, incrédula—. Grant, Hugh Grant, —le

contestaron, a lo que gritó—: ¿Quién es Hugh Grant?»

Es obvio que Denise «Divine» Brown, alias de guerra de Esthella Marie Thompson, apodada también «Pancake» (Tortita) por sus gustos culinarios, no iba mucho al cine. El actor se había dado a conocer unos meses antes en Estados Unidos como protagonista del éxito *Cuatro bodas y un funeral*, una de las películas más rentables que jamás se hayan hecho, ya que costó seis millones de dólares y recaudó nada menos que 250 millones de dólares. Ahora estaba a punto de dar el salto a Hollywood.

Se habló de él para encarnar a James Bond y rechazó ofertas para trabajar en *Congo* y *Lolita* (basada en el clásico de Nabokov, su novela favorita). Al final se decidió por *Nueve meses*, una comedia de la 20th Century Fox sobre un hombre al que aterra la paternidad. Los carteles de la película, cuyo estreno estaba previsto para dos semanas después de su detención, empapelaban las calles de Hollywood; lo que quiere decir que Divine no era muy observadora.

La muchacha, de veinticinco años, había nacido en San Francisco, pero había emigrado muy joven a Hollywood para triunfar como actriz. Como tantas otras, al fracasar, acabó prostituyéndose y a los diecisiete años tuvo al primero de sus tres hijos. Su historia era tan antigua que ya en los años treinta la Cámara de Comercio de la ciudad puso un anuncio en diarios de todo el país para desanimar a las aspirantes a estrellas: «Puede que esperes fama y fortuna, pero sólo encontrarás miseria y dolor.»

No fue, del todo, el caso de Divine. Al día siguiente de su arresto, el corresponsal del diario inglés *The Sun* había llenado Sunset Boulevard con carteles como los que reclamaban a los forajidos en el viejo Oeste; sólo que con su foto y una oferta difícil de rechazar: 150 000 dólares por el relato. Ese dinero, un anuncio de lencería en Brasil, un vídeo erótico de los hechos (*Taken for Granted*, 1996) y su cara en diarios de todo el mundo avalan que, al menos, tuvo su momento de gloria.

La mayor atención se centró, no obstante, en Grant, que el 10 de julio dio la cara en «*The Tonight Show*», el programa televisivo del popular Jay Leno. A la puerta del estudio, las admiradoras agitaban un cartel que ponía: «Hugh, habría pagado por hacerlo contigo.» Ya en antena, le preguntaron: «¿En qué diablos estabas pensando?» El actor titubeó un poco, antes de contestar: «No hago más que leer teoría psicológica… Sería una estupidez esconderme tras eso. Hice algo malo, y ya está.»

Los aplausos ratificaron el perdón del público, pero la cuestión siguió en pie. ¿Por qué pagan por el sexo hombres que pueden tenerlo gratis con las mujeres más hermosas? La pregunta no es nueva. Clark Gable, Errol Flynn, que las contrataba a pares, y John Barrymore, abuelo de Drew, que pasó un mes en un burdel de la India al que llamaba su «palacio pélvico», fueron algunos de los grandes galanes del pasado famosos en la meca del cine por su afición a las prostitutas.

Las profesionales ofrecen no pocos alicientes a las estrellas. Están siempre disponibles, no plantean demandas de paternidad ni problemas emocionales, añaden un poco de riesgo como aliciente, permiten variedad, se van cuando se les pide y son

discretas. Clark Gable no pudo resumir mejor las ventajas de una prostituta: «Porque puedo pagarle para que se vaya. Las otras se quedan a mi alrededor, esperando el gran romance, el amor de película, y yo no deseo ser el mejor amante del mundo.»

Puestos en lo peor, como fue el caso de Hugh Grant, no todo resultó tan mal. Hubo incluso quien creyó entonces que el escándalo, con el reconocimiento público de culpa que hizo, le iba a favorecer. Lo ocurrido añadió un toque enigmático a su figura y, sobre todo, disipó los rumores sobre sus gustos sexuales, que le han acompañado desde que debutó en el cine con *Maurice* (1987) en un papel de homosexual con el que ganó el premio al mejor actor en el Festival de Venecia.

La periodista Jody Tresidder, compañera de la Universidad de Oxford, donde el actor estudió literatura inglesa, incluye en su libro *Hugh Grant: The Unauthorized Biography* (Virgin, 1996) unas fotos de él con sus colegas de la Piers Gaveston Society que parecen tomadas en un club de homosexuales. Aclara además que Piers Gaveston, conde de Cornualles, del que tomó su nombre el grupo, fue el amante del rey Eduardo II, monarca inglés que fue brutalmente asesinado en 1327 metiéndole un hierro al rojo por el ano.

La primera noticia que llegó aquella madrugada de junio de 1995 a las redacciones fue que Grant había sido detenido con un *travesti*. Un equívoco que se mantuvo hasta que una portavoz de la policía lo desmintió. La larga relación, tanto sentimental como profesional, del actor con Liz Hurley, que pasó por una crisis temporal, fue objeto de toda clase de análisis. Las conclusiones sobre su naturaleza, hechas por el propio interesado, resultaron inquietantes.

«Hace años que Liz dejó de atraerme, pero ella sigue alentando el mito porque soy su producto, —había reconocido él antes del escándalo—. Ella cree que cuanto más tiempo estemos juntos mejor nos irá el negocio.» La pareja acababa de fundar su productora Simian Films (porque Liz le apoda simio en la intimidad), y a la pregunta «¿Es amor de verdad o un romance creado en una oficina de relaciones públicas?,. —El diario inglés *Daily Express* respondía—: Nadie lo sabe con certeza.»

Lo único seguro es que *Nueve meses* fue un éxito, a pesar de los malos augurios y de que sobre los carteles que había del filme por la calle. —Su imagen sonriente mientras una mujer le susurraba algo al oído— una mano inocente había escrito «60 dólares», en alusión a la cantidad que le pagó a Divine Brown por sus servicios. Menos suerte tuvo con su siguiente película, el drama médico *Más allá del límite*, primera producción de Simian Films.

¿Cómo se saldó el escándalo? Con una condena a dos años de libertad vigilada, una multa y un curso sobre sexo seguro. ¿Y en lo profesional? Bueno, en 1995, con treinta y cuatro años, Hugh Grant ocupaba el puesto octavo, por encima de cualquier otro actor, en la lista de los cincuenta personajes con más poder del cine británico que elabora la revista especializada *Empire*. En cambio, en 1997 cayó al lugar 35, con Liz Hurley. «*Más allá del límite* no fue un gran éxito, pero forman una pareja adorable», concluía el texto.

John Grisham / Oliver Stone





Duelo de titanes

Los escritores sueñan con ir a Hollywood, pero la meca del cine se reserva para las historias de John Grisham. —*La tapadera*, *El informe Pelícano*, *Legítima defensa*, etc.—; posiblemente el autor de más éxito de la historia. Es, además, el miembro del club de novelistas millonarios. —En ventas y sueldo— que les ha dado menos quebraderos de cabeza a los productores. Al menos hasta que la rabia que sintió con *Asesinos natos* le llevó a sugerir que habría que demandar a Oliver Stone, su director, por la violencia que el filme generó en la sociedad.

No hablaba de ninguna abstracción ni de hipótesis. Un buen amigo suyo, un simple trabajador, había sido asesinado a sangre fría por una pareja de adolescentes drogados que se lanzaron a una carrera criminal sin motivo, después de haber visto la película en vídeo más de veinte veces. Horas más tarde, los mismos jóvenes dispararon contra una dependienta, madre de tres hijos, a la que abandonaron medio muerta y que quedó paralítica del cuello para abajo a causa de las heridas.

Grisham hizo su declaración de guerra contra Oliver Stone y *Asesinos natos* en la primavera de 1996. —Más de un año después del estreno de la cinta—, con el artículo «*Natural Bred Killers*», aparecido en *The Oxford American*, publicación de la que es copropietario. Los hechos que denunciaba tuvieron lugar en marzo de 1995, pero no se supo que podían haber sido instigados por el filme hasta enero del año siguiente, cuando la chica acusada de los crímenes presentó su confesión.

No fue preciso imaginar nada. Sarah Edmondson, de diecinueve años, retoño de una de las familias más notables de Oklahoma. —Hija de un juez, sobrina del fiscal general del Estado, nieta de un legislador local y sobrina nieta de un gobernador estatal y senador de Estados Unidos—, lo contó todo desde la prisión de Tangipahoa Parish, en Luisiana. Una declaración hecha para cargarle toda la culpa a su novio, Benjamin Darras, de dieciocho años, hijo de una familia marcada por el alcoholismo.

El 5 de marzo de 1995, la pareja, después de haberse drogado y de ver, una vez más, *Asesinos natos*, emprendió un viaje en coche sin rumbo fijo. Sarah llevaba el revólver Smith & Wesson calibre 38 de su padre. «Entre Memphis y Hernando. —Contó ella—, Ben comenzó a hablar sobre buscar una granja aislada y asaltarla; o sea, robar y matar a una familia, sin dejar testigos… Mientras Ben hablaba sobre ello fue como si fantaseara a partir de la película *Asesinos natos*».

En Hernando, población de cinco mil habitantes del Estado de Misisipí en la que Grisham ejerció como abogado durante años (el juzgado que describe en *Tiempo de matar* es el de la localidad), el 7 de marzo, se toparon con Bill Savage, «un cristiano devoto y un buen ciudadano que creía en el servicio público y estaba siempre dispuesto para echar una mano», según le describía el escritor en su artículo. Bill estaba solo en la desmotadera de algodón cuando la pareja se le acercó.

«Ben le preguntó cómo llegar a la Interestatal 55 —relató Sarah—. El hombre me miró como si supiera que iba a ocurrir algo, y, mientras nos daba las indicaciones, Ben avanzó un paso hacia él, sacó la pistola y le disparó. El hombre alzó las manos e

hizo un ruido horrible.» Una vez muerto, le robaron la cartera, con 200 dólares, y huyeron. «Mientras conducíamos. —Detalló Sarah—, Ben se divertía imitando el ruido que el tipo hizo al dispararle y estuvo riéndose por lo ocurrido.»

Esa noche hicieron turismo en Nueva Orleans. Al día siguiente, el muchacho le dijo a su novia que le tocaba el turno a ella. De nuevo en la carretera, pararon en Ponchatoula (Luisiana), y aprovechando que había una tienda vacía, Sarah entró en el local para matar a la dependienta. «Cogí una chocolatina —explicó ella— y fui al mostrador, donde había una empleada. La miré, vi al diablo [en *Asesinos natos* hay demonios que atormentan a los protagonistas] y le disparé.»

La víctima, Patsy Byers, era una madre de familia de treinta y cinco años, que trabajaba por primera vez en su vida fuera de casa, para ganar un dinero extra con el que llegar a fin de mes. La bala le entró por el cuello, le partió la columna y dejó su cuerpo paralizado para siempre. Caída tras el mostrador, no perdió el conocimiento tras el disparo. Al poco de que su agresora saliera del establecimiento, sintió que entraba alguien, pidió auxilio y comprobó horrorizada que era, de nuevo, su asaltante.

«Aún no has muerto, te remataré», recordaba Patsy, como en una pesadilla, que le dijo la joven. Sarah había regresado por la recaudación. «No me mates, llévate el dinero», fue la respuesta desesperada de la pobre mujer. En su estado, sin poder moverse ni levantarse, tuvo, todavía, que indicarle a su verdugo cómo abrir la caja, en la que había sólo 105 dólares. La chica huyó con su botín dejando a Patsy a su suerte. No murió, pero será una cuadrapléjica el resto de su existencia.

El caso volvió locos a los policías de Misisipí y Luisiana, que desconocían la relación entre ambos delitos y estuvieron semanas investigándolos por separado. Las piezas empezaron a encajar a partir de que el 2 de junio de 1995 el FBI (la policía interestatal) detuvo a Sarah y a su novio, denunciados por un amigo, al que ella le había confiado el incidente de la tienda. Tuvieron que pasar aún varios meses para que la muchacha lo contara todo, el 24 de enero de 1996.

Al enterarse, John Grisham no se conformó con la idea de que Sarah Edmondson fuera condenada a cadena perpetua y Ben Darras a muerte. «Resta una pregunta: ¿Hay más implicados en este trágico episodio? ¿Puede ser compartida su culpa? Creo que sí», afirmaba convencido en el artículo publicado en *The Oxford American*. El escritor reconocía que Sarah y Ben eran una pareja de adolescentes conflictivos, pero que nunca habían sido violentos hasta que se obsesionaron por *Asesinos natos*.

«Oliver Stone ha dicho —argumentaba Grisham— que *Asesinos natos* fue pensada como una sátira sobre el apetito de nuestra cultura por la violencia y el ansia de los medios de comunicación por ella… Se supone que una sátira se burla de lo que ataca, y en *Asesinos natos* no hay humor. Es una historia cruenta sin paliativos… El filme no se hizo con el propósito de estimular a jóvenes depravados para que cometan crímenes parecidos, pero que esto ocurra no es una sorpresa.»

Hasta ahí, la cosa no hubiera pasado de una disputa entre dos famosos. El problema es que John Grisham dio un paso más e implicó a la industria del cine en

las responsabilidades. No le importó romper su reputación de no poner inconvenientes a Hollywood, asemejándose, al menos por una vez, a sus colegas Michael Crichton, Tom Clancy y Stephen King, que siempre se han mostrado mucho más díscolos que él en su relación con los estudios, y arremetió de frente contra la meca del cine.

Reprochaba a los productores que se desentendieran de los posibles efectos nocivos de sus películas, amparándose en la Primera Enmienda a la Constitución, que proclama la libertad de expresión. Proponía dos medios para combatir esa sordera interesada y a películas como *Asesinos natos*: el boicot y las demandas judiciales. «Ambas implican grandes sumas de dinero, el único lenguaje que entiende Hollywood», precisaba Grisham, que descartó la primera por imposible.

«Hay que pensar en la película como producto —razonaba—, algo que se crea y se lleva al mercado; no muy distinto a las prótesis mamarias… Si el producto falla, por diseño o por defecto, y causa daños, se considera responsables a los fabricantes… Bastará una sentencia contra tipos como Oliver Stone, su productora y quizá el guionista y el estudio para acabar con el tinglado… Un jurado dirá ya basta, los diablos en la mente de Sarah Edmondson no los ha inventado ella sola.»

La propuesta, hecha por otro, hubiera sido recibida con risas; pero no se puede tomar a broma al escritor más popular de Estados Unidos, traducido a más de una veintena de idiomas. Sobre todo, si tiene tras de sí diez años de experiencia como abogado y siete como parlamentario, aunque sea de la Cámara legislativa del Estado de Misisipí. A un hombre así, al menos, se le escucha, y lo que tenía que decir sólo complació al público, que es, en definitiva, el que compra las entradas.

Oliver Stone contraatacó con un artículo titulado «Don’t Sue the Messenger» (No demanden al mensajero), publicado en *L. A. Weekly*, en el que se lamentaba de que Grisham defendiera la caza de brujas como remedio para los males de la sociedad. Expresó, además, en la revista *Vanity Fair* (julio de 1996), su desconfianza por las críticas que hacía de su trabajo un escritor que se había enriquecido «con una obra que emplea los delitos violentos como fuente de diversión popular».

Este último argumento provocó un comentario de Michael Shnayerson, autor del reportaje publicado en *Vanity Fair*, distinguiendo entre la violencia de las novelas de Grisham, situada «dentro de un orden moral», y la que muestra *Asesinos natos*, que «no tiene un marco moral». Con independencia de otros criterios, es innegable que tras el estreno de la película se sucedieron una serie de crímenes que recordaban algunas de sus imágenes, como no había ocurrido jamás con otro filme.

La pareja protagonista de la película, con infancias terribles, inicia un viaje al infierno, matando sin razón a todo ser vivo que encuentra a su paso, y sus actos, lejos de levantar reproches, les convierten en héroes de la televisión. Muchos jóvenes buscaron fuera de las salas de cine una notoriedad semejante, cometiendo crímenes atroces y gratuitos. Al detenerlos, todos aludían a la cinta, y un niño de catorce años llegó a declarar que él quería ser también famoso, como «los asesinos natos».

El único fenómeno comparable, aunque mucho menor, fue el provocado por *La naranja mecánica* (1971), que su director, Stanley Kubrick, retiró de la exhibición en el Reino Unido, donde aún hoy sigue prohibida, después de que una mujer fuera violada, como en el filme, al son de la canción *Cantando bajo la lluvia*. Ambas películas, curiosamente, fueron distribuidas por Warner, que prefirió ceder a otra empresa, la Vidmark, los derechos en vídeo de la versión íntegra de *Asesinos natos*.

El 13 de junio de 1996, el abogado de Patsy Byers amplió a Stone, Warner Bros, y los otros productores la demanda que había contra los padres de Sarah Edmondson. El cineasta acabó pidiendo algo parecido a las disculpas en la revista *Variety* (17 de junio de 1996): «Siento las muertes de esa gente, pero no me considero en ningún modo responsable de ellas. Hay artistas provincianos, y John Grisham es uno de ellos. No piensa en las consecuencias de sus acusaciones.» Las palabras del cineasta demostraron que cuando Grisham advirtió que Hollywood sólo atendía a razones económicas, sabía muy bien lo que decía.

Brandon Lee



Todo por un sueño

La muerte de Brandon Lee, por un disparo de bala, filmando una escena de *El cuervo*, el 31 de marzo de 1993, demostró a muchos espectadores que el trabajo de los actores no resulta siempre tan envidiable como se cree y que hacer películas conlleva riesgos; por más que todo, o casi todo, lo que se vea en ellas sea mentira. Su caso adquirió mayor resonancia porque su padre, el admirado maestro de artes marciales Bruce Lee, murió también durante un rodaje, veinticinco años antes.

El accidente provocó toda clase de especulaciones. En especial, la que lo atribuyó a una maldición que pesaba sobre los varones de la familia Lee. Una creencia compartida, al parecer, por el propio Brandon, que falleció con veintiocho años, a punto de casarse con Eliza Hutton. La pareja tenía planeado irse a Ensenada (México) el 17 de abril, nada más acabar la fatídica película, y celebrar una boda romántica en la playa, durante el atardecer. No contaron con la fatalidad.

Jerry Spivey, el fiscal que investigó durante dos meses lo sucedido, llegó a una sola conclusión: «La muerte de Brandon Lee fue el resultado de ignorar normas básicas y bien conocidas de seguridad.» ¿Normas de seguridad?, se preguntarán algunos. ¿Qué precauciones hay que tomar cuando se manejan pistolas de mentira o descargadas? Ésa es la pregunta que deberían haberse hecho y no lo hicieron los responsables del rodaje, antes de plantearse recortes en el presupuesto.

«Querían una película de treinta millones de dólares gastándose sólo doce

millones», declaró un miembro del equipo a la revista *Premiere* (julio de 1993), la publicación que mejor explicó lo ocurrido. La fórmula que aplican los productores para lograr tales economías es irse lo más lejos posible de Hollywood y de los estrictos controles laborales que aplican los distintos sindicatos. Uno de sus destinos preferidos para ahorrar es, o era en aquel momento, Carolina del Norte.

Justo allí, en los estudios de la productora Carolco en Wilmington, se filmó *El cuervo*. Las condiciones de trabajo, casi inhumanas, causaron una serie de accidentes de distinta gravedad, que culminaron con la muerte del actor. En realidad, una situación nada nueva que recuerda mucho las quejas e incidentes menores que hubo, años después, en el rodaje de *Titanic,* en unas instalaciones improvisadas en Rosarito (México), alejadas también del control sindical de Hollywood.

Los sindicatos no se estuvieron quietos, a pesar de la distancia, y la revista *Entertainment Weekly* (2 de abril de 1993) publicó un reportaje. —Escrito días antes de la muerte de Lee— sobre las irregularidades que tenían lugar en Wilmington. Un carpintero llamado Jim Martishius, de veintisiete años, recibió una fuerte descarga eléctrica y sufrió graves quemaduras en la cara, el pecho y los brazos, cuando un cable, que no estaba bien aislado, tocó la grúa en la que se encontraba.

Hubo más. Un publicitario sufrió un accidente de coche, se declaró un incendio en el material, un empleado dañó los almacenes del estudio al maniobrar con su coche, un obrero se atravesó una mano con un destornillador al caerse de un alto y una tormenta destruyó los decorados. «No me parece que sea nada excepcional, he estado en producciones en las que hubo muertos», minimizó la coordinadora de producción Jennifer Roth, ignorando lo que iba a pasar muy poco después.

Los profesionales más experimentados tenían su propia explicación. Jornadas muy largas, poco personal y, por si fuera poco, falta de experiencia en los implicados. Empezando por el director Alex Proyas, cineasta australiano procedente del campo del vídeo y la publicidad, que realizaba su primer largometraje y debutaba en la meca del cine. En consecuencia, quería hacer un buen papel, imponía un nivel de exigencia muy elevado y nunca estaba contento con los resultados.

Entre las personas con más voluntad que experiencia estaba el miembro del equipo de producción encargado de las armas. Un tal Daniel Kuttner, que tenía como ayudante a su novia, Charlene Hamer, que hasta entonces había desempeñado tareas en las áreas de vestuario y sonido. Hay que añadir otro factor presente en el plato, que destapó la revista *Premiere:* «Uno de los secretillos más sucios de Hollywood es que la cocaína es el estimulante preferido en los rodajes penosos.»

La película, de la que estaba previsto sacar varias secuelas. —De hecho se hizo una con Vicent Pérez como protagonista—, iba a ser el lanzamiento al estrellato de Brandon Lee. El actor quería forjarse un futuro fuera del estrecho margen del cine de artes marciales, en el que se había movido hasta entonces. La oportunidad se la brindó su parecido físico con el personaje de tebeo en el que se basaba el guión, creado por James O’Barr en los años ochenta.

La ficción se demostró macabramente premonitoria. Encarnaba a Eric Draven, un músico que es asesinado un día que regresa a casa y encuentra en ella a unos desalmados que intentan violar a su novia. Los intrusos acaban con la pareja, en la víspera de su boda. Un año después, el cuervo que lleva las almas a la tierra de los muertos devuelve la de Draven para que pueda vengarse de sus asesinos. En la triste realidad, Lee murió filmando la escena de la muerte.

El rodaje fue muy duro. Era invierno, y el guión exigía trabajar de noche y con lluvia artificial. Eso generaba una sensación extenuante de frío y humedad. Brandon lo pasó muy mal, a pesar de su soberbia forma física. Se levantaba a las cuatro de la tarde, permanecía la noche en vela y se acostaba a las nueve de la mañana. Las temperaturas eran muy bajas y muchas veces tenía que filmar descalzo y sin camisa. Pero lo aceptaba todo, convencido de que era su gran oportunidad.

Su trayectoria seguía los pasos de su padre, Bruce Lee, muerto de edema cerebral por alergia a un analgésico mientras participaba en *Juego con la muerte*, cuando él tenía ocho años. Ambos eran estadounidenses de nacimiento y expertos en artes marciales, pero iniciaron sus carreras artísticas en Hong-Kong, donde tenían raíces familiares. La suerte comenzó a sonreírle al joven Lee con *Rapid Fire*, cinta de acción que hizo para 20th Century Lox, justo antes que *El cuervo*.

Para comprender cómo se produjo el accidente que segó su vida, hay que aclarar antes que en muchas películas, sobre todo en las de acción, hay más de un equipo de trabajo. Es lo que se llama la segunda unidad, cuyo cometido son las escenas secundarias, de acción pura o de detalles, para que la unidad principal pueda concentrarse en las secuencias esenciales, con los protagonistas. Muchos directores dieron sus primeros pasos en la profesión al frente de estas segundas unidades.

Días antes de rodar la escena en la que el villano le disparaba a Brandon, la segunda unidad necesitó una pistola cargada con balas para hacer unos primeros planos del tambor. En esos casos no se emplea munición de fogueo, sino real, pero manipulada para que resulte inofensiva. No obstante, el equipo de producción no tenía balas de ese tipo y, aunque no había un experto, prefirieron improvisarlas ellos, antes que esperar a recibir munición adecuada, lo que hubiera demorado las tomas.

A partir de ese error, sumado al resto de negligencias, se sucedió una serie de coincidencias desgraciadas. La munición falsa se fabricó de manera incorrecta y durante la manipulación del arma en la segunda unidad el resto de una bala quedó alojado y listo para dispararse al apretar el gatillo. Al devolver la pistola, una Magnum 44, a la primera unidad, nadie tomó la precaución elemental de revisarla a fondo de nuevo, porque no había sido utilizada.

En ese estado llegó el arma. —Con restos de una bala lista para disparar— al 31 de marzo de 1993, la jornada quincuagésima de un plan de rodaje de cincuenta y cuatro días. Tocaba hacer la escena en la que el protagonista es asesinado por los intrusos. El encargado de producción cargó el tambor de la pistola con salvas y se la dio a Michael Massee, que interpretaba al villano, y comenzó la filmación. Massee

disparó sobre Brandon, como estaba previsto, pero al gritar «¡Corten!» el actor no se levantó del suelo.

El fragmento del proyectil penetró en su vientre y se alojó en la columna vertebral, causando destrozos importantes en los órganos internos y una gran hemorragia. Doce horas más tarde, el herido fallecía en el hospital de New Hannover, a pesar del esfuerzo de los médicos por salvarle. «Resulta irónico —se lamentó Ed Pressman, productor del filme— que era una de las últimas escenas que quedaban por hacer y la última en la que se disparaba un arma, después de filmar miles de disparos.»

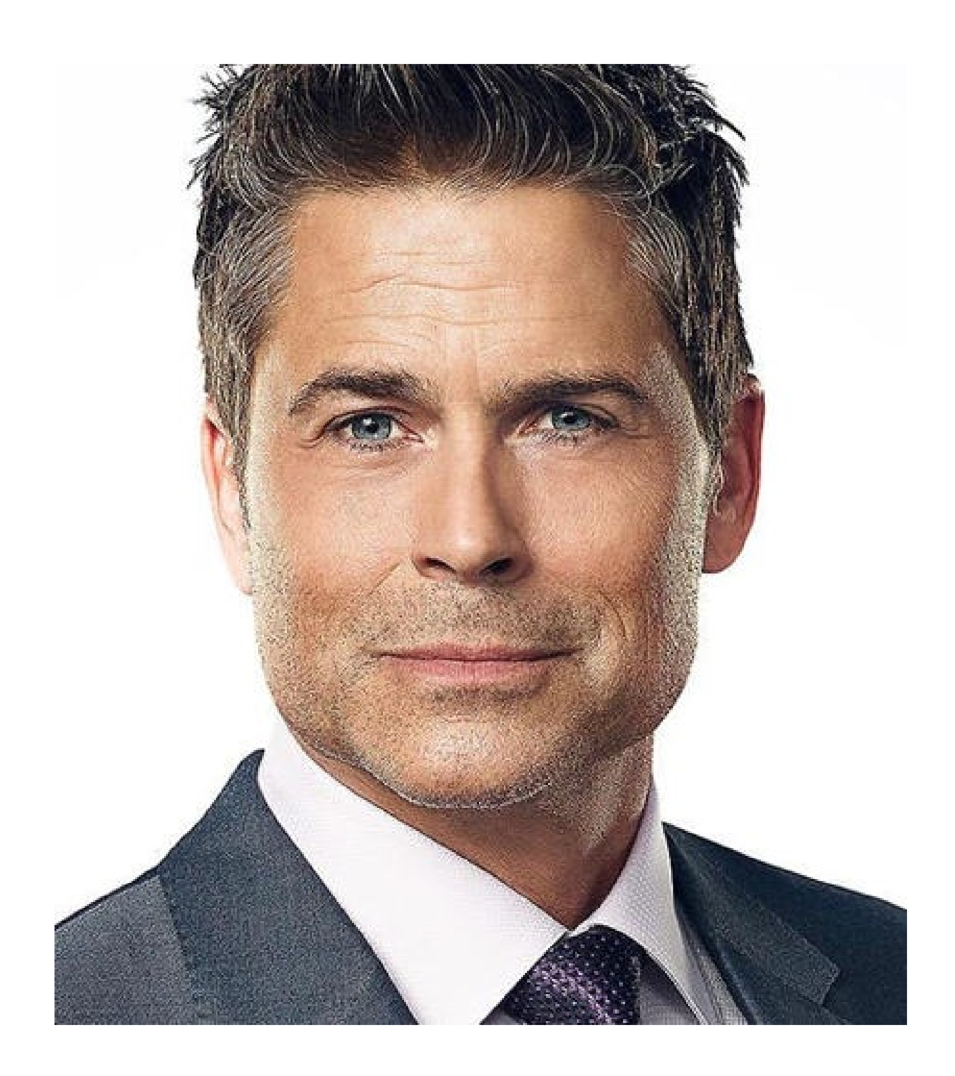
Las desgracias en los rodajes son más usuales de lo que el público cree. El actor Jon-Erik Hexum se saltó la tapa de los sesos en el plato de la teleserie *Camuflaje*, en 1984, cuando jugaba a la ruleta rusa con una Magnum 44 cargada con salvas. Fueron famosos también los accidentes de las especialistas Heidi von Beltz, que se quedó paralítica doblando a Farrah Fawcett en *Los locos del Cannonball* (1980), y Sonja Davis, muerta de una caída en *Un vampiro suelto en Brooklyn* (1995).

El riesgo se multiplica en el cine bélico. La explosión de un helicóptero, filmando *Braddock (Desaparecido en combate III)*, mató a cuatro personas en 1987, y la caída de otro, haciendo *Delta Force II*, causó cinco víctimas en 1989; ambos en Filipinas. Más repercusión tuvo la muerte en 1982 del actor Vic Morrow y dos niños, aplastados por uno de estos aparatos, cuando filmaban *En los límites de la realidad*, película que produjo Steven Spielberg, a partir de la famosa teleserie.

El fiscal no procesó a nadie por la muerte de Brandon Lee, pero la productora tuvo que pagar una multa de 77 000 dólares por infracciones laborales, y Linda Lee Caldwell, la madre del fallecido, demandó por imprudencia a Ed Pressman (productor), Alex Proyas (director), Jeff Imada (coordinador de acción) y Michael Massee (el actor que disparó). El litigio se resolvió mediante indemnización extrajudicial, cuya cuantía se estima que pudo rondar los tres millones de dólares.

Concluida la investigación, se destruyeron las imágenes de la muerte, según publicó el diario *The Washington Post* (15 de mayo de 1994). «No hacían ya falta como prueba —justificó el fiscal Spivey— y, a mi entender, fue parte del acuerdo [entre la madre y los productores]. La familia no quería que cayesen en manos equivocadas.» El filme, completado con ayuda de la informática, se estrenó un viernes 13 (equivalente anglosajón al martes 13), como recurso promocional. La función tenía que continuar.

Rob Lowe



Sexo, mentiras y cintas de vídeo

Pocos famosos han tenido el valor de Rob Lowe, que se atrevió a hacer en *Malas influencias* el papel de un tipo que graba en vídeo a parejas haciendo el amor; justo cuando él mismo estaba afrontando en su vida real la acusación de montarse una orgía con una menor y grabarla en vídeo. «No fue más que una travesura salvaje de borracho, —explicó entonces—. Son cosas que se hacen. ¿Acaso creen que las parejas no se retrataban con Polaroid cuando éstas eran una novedad tecnológica?»

El suceso, ocurrido el domingo 17 de julio de 1988, en Atlanta (Georgia), durante la convención del Partido Demócrata para elegir candidato a las elecciones presidenciales, situó al actor ante una posible pena de veinte años de prisión y una multa de 100 000 dólares. Acababa de llegar a la ciudad desde Francia, para apoyar la designación de Michael Dukakis, fue a una fiesta ofrecida por el magnate de la televisión Ted Turner y siguió la juerga con un amigo en el Club Río.

En la puerta, para su sorpresa. —Según su versión—, le pidieron una identificación que demostrara su edad, ya que les estaba prohibido el paso al local a

los menores. Galanteó con todas las mujeres que se le cruzaron e invitó a una de ellas, Jan Parsons, de dieciséis años, a que le acompañara a su hotel. Ella aceptó si iba también su amiga Tara Seburt, de veintidós años, con reputación de lesbiana. En la habitación del hotel, la 2844 del Atlanta Hilton, tomaron más alcohol, cocaína y éxtasis.

Rob les puso un vídeo porno a sus invitadas, para que luego hicieran entre ellas lo que se veía en la pantalla, y les contó que siempre grababa sus encuentros íntimos. Después se les unió en la cama y al acabar entró en el baño a ducharse, momento que aprovecharon las muchachas para marcharse, con la cinta que filmaron, cien dólares que cogieron de su cartera y, como recuerdo, el envase de un medicamento que, como todos en Estados Unidos, llevaba en la etiqueta el nombre del paciente; o sea, el suyo.

El incidente quedó olvidado. El galán creyó entonces que tenía asuntos más urgentes que resolver. Por ejemplo, orientar su carrera. Los fracasos de *Ilegalmente tuyo* y *Mascarada para un crimen* le habían llevado a un punto muerto tras un brillante debut con *Rebeldes* (1983), de Francis F. Coppola. Su generación era la de Tom Cruise, Demi Moore, Charlie Sheen, Matt Dillon y el grupo de amigos apodado «Brat Pack» (Hatajo de Mocosos) que irrumpió en Hollywood en los años ochenta.

Entre las ofertas que recibió, le atrajo el guión de *Malas influencias*, sobre un joven diabólico que le arruina la vida a un profesional acomodado, con ayuda de una cinta de vídeo, en la que le ha grabado haciendo el amor con una desconocida. Rob ha sido siempre un entusiasta de las películas de aficionados. Nació en Virginia. —En 1964— y se crió en Ohio, pero a los trece años se instaló en California con su madre y su padrastro y empezó a hacer cortometrajes con los hermanos Penn —Sean y Chris — y los hijos de Martin Sheen —Charlie Sheen y Emilio Estévez.

El director de *Malas influencias* era Curtis Hanson, hoy popular por *L. A. Confidential*, y los productores eligieron a James Spader para el papel de víctima. La decisión pretendía explotar el éxito inesperado que acababa de obtener este actor con *Sexo, mentiras y cintas de vídeo*, la película revelación de la temporada, en la que una cámara de vídeo jugaba también un papel esencial y por la que Spader acababa de recibir el premio de interpretación en el Festival de Cannes.

Rob Lowe viajó a toda prisa al certamen francés, para aprovechar la recién ganada fama de Spader y hacerse las primeras fotos promocionales del proyecto con él. «Aquí [en Estados Unidos] era por la mañana —recordaba Steve Tisch, productor del filme—. Oí en las noticias que había una cinta de vídeo, una posible demanda, el fiscal del distrito de Atlanta que iniciaba una investigación, y yo pensé: ¡Oh, Dios mío, está a punto de darme una jaqueca!»

Unos meses antes, en enero de 1989, el abogado de la madre de Jan Parsons, la menor, le había pedido a Rob, por medio de su representante, medio millón de dólares para olvidar lo ocurrido. Como parece obvio, la muchacha había estado presumiendo con sus conocidos de su aventura y, al final, el vídeo llegó a manos de la madre. La última persona a la que ella se lo habría enseñado, ya que no se llevaban

bien desde que se divorció de su padre.

La contraoferta del abogado de Rob fue de 35 000 dólares, pero era ya demasiado tarde. Sin saberse bien cómo, habían empezado a circular copias piratas de la grabación y algunas emisoras de televisión emitieron fragmentos de su contenido. Los hechos eran imparables y el actor, que regresó de Francia a toda prisa en cuanto estalló el escándalo, tuvo que hacerse a la idea de ser acusado de varios delitos por vía penal y de ser objeto de una demanda económica millonaria por vía civil.

Al saltar la noticia a la prensa, se corrió el rumor de que Lowe había grabado, unas veces con consentimiento y otras en secreto, sus encuentros eróticos con todas las mujeres que habían tenido relaciones con él. La hipotética videoteca se convirtió en motivo de pesadilla para todas sus ex amantes. Peor aún, existía el riesgo fundado de que las autoridades judiciales ordenaran un registro para comprobar si existían pruebas en las cintas de la comisión de otros actos punibles.

La quiniela sobre posibles protagonistas incluía a sus dos parejas más famosas. La actriz Melissa Gilbert (recordada por su papel de Laura Ingels en la serie *La casa de la pradera*), que fue su novia casi siete años, y la princesa Estefanía de Mónaco, con la que mantuvo un breve romance de seis semanas en 1986. Se habló incluso de enviados de Raniero de Mónaco, dispuestos a comprar, a cualquier precio, las cintas que comprometieran el honor de los Grimaldi.

Otras candidatas que muy bien pudieron ser protagonistas no deseadas de las cintas fueron Jane Fonda, que definió a Rob como un «niño grande» y siempre ha negado cualquier relación sentimental entre ellos; Brigitte Nielsen, con la que vivió una apasionada aventura después de que ella se divorciara de Sylvester Stallone; Demi Moore, con la que trabajó en *¿Qué pasó anoche?* (1986), y la guapísima Fawn Hall, ex secretaria del coronel Oliver North, implicado en el escándalo político conocido como Irangate.

La situación del actor era tan delicada que resulta casi increíble lo bien que la neutralizó. Lo primero, llegó a un acuerdo con la fiscalía, que no llevó adelante las acusaciones que tenía contra él (penadas hasta con veinte años de cárcel y multa de 100 000 dólares), a cambio de prestar dos años (que al final fueron veinte horas) de servicios a la comunidad. Iba a dar charlas en colegios sobre los peligros de la droga y a visitar a delincuentes juveniles y centros penitenciarios.

Al fiscal le pareció un buen trato, que ofrecía una alternativa para que jóvenes delincuentes, no violentos y sin antecedentes penales, como era el caso de Rob, saldaran sus cuentas con la justicia. A los directores de muchos colegios, en cambio, les produjo estupor que la ley enviase a un sospechoso de abusos deshonestos a tratar con menores. «Que Rob Lowe instruya a nuestros hijos sobre moral es como invitar a Hitler a una boda judía», se lamentó un profesor.

El siguiente paso fue algo más complicado. La madre de Jan Parsons le había demandado por vía civil, exigiéndole una cantidad millonaria, bajo la acusación de que «utilizaba su fama como medio de inducir a las chicas a aceptar relaciones

sexuales, sodomía y actos de sexo en grupo, encaminados a su propia gratificación erótica y con el propósito de recogerlos en películas pornográficas». El escrito tenía su fundamento legal en una antigua ley de 1863 sobre seducción de menores.

Los abogados de Rob recurrieron a su compañía de seguros para que ésta se hiciera cargo de la indemnización, en caso de que su cliente fuera condenado, so pretexto de que la póliza que tenía suscrita con ellos le cubría ante cualquier daño posible. La aseguradora, que no se dejó amedrentar, les dio una respuesta contundente: «No podemos hacernos responsables de que él use su popularidad como medio de persuasión para que participen mujeres en actos de sexo en grupo.»

La solución llegó, de modo inesperado, en marzo de 1990, cuando Jan Parsons se opuso públicamente, con el respaldo de su padre, a la pretensión de su madre. Los padres de la menor se habían divorciado justo en la época en la que ésta estuvo con Rob y su custodia legal le fue otorgada finalmente a su padre. Esta circunstancia les permitió a los abogados de Rob alegar que la madre de Jan carecía de la legitimidad necesaria para presentar tal demanda en nombre de su hija.

Libre de toda amenaza legal, el actor pudo dedicarse por entero a la promoción de *Malas influencias*, cuyo rodaje, durante los peores momentos del escándalo, había levantado gran expectación en la prensa. La pregunta que se repetía una y otra vez era: «¿No se ha incluido la escena del vídeo para aprovechar el escándalo?» Los cineastas respondieron con humor haciendo unas camisetas en las que ponía, en grandes letras negras: «La escena del vídeo estuvo siempre en el guión.»

Según una encuesta realizada en agosto de 1989 por la revista estadounidense de cine *US*, una de las más conocidas del país, un 91 por 100 de sus lectores conocían el incidente, un 62 por 100 no había variado su opinión sobre el actor y un 43 por 100 había visto las imágenes que se habían difundido de los vídeos. Es difícil valorar la influencia del suceso en su carrera, que, por otra parte, ya estaba tocada, si bien le ayudó a quitarse de encima su sempiterna imagen de guaperas adolescente.

Para lo que sí sirvió todo lo ocurrido fue para que Rob asumiera que tenía un problema grave de adicción al alcohol, las drogas y el sexo. Asistió a reuniones de la asociación Alcohólicos Anónimos y, además, ingresó en la Sierra Tucson Rehabilitation Clinic de Arizona para controlar su voraz apetito sexual. En 1991 se casó con la maquilladora Sheryl Berkoff, ex novia de su amigo Emilio Estévez, de la que se enamoró, casualmente, en el plato de *Malas influencias*.

La pareja vive en Santa Bárbara, a un par de horas en coche de Los Angeles, para que sus dos hijos, Matthew y John, crezcan libres de las servidumbres de los retoños de las estrellas. Rob Lowe, el que fue el niño guapo del «Brat Pack», es hoy esposo y padre ejemplar. No obstante, aún resuenan en Hollywood las palabras de su personaje en *Malas influencias:* «La gente se pasa la vida haciendo un papel de inocente hasta el día de su muerte. Pero no lo es. ¡Nadie es inocente!»

Demi Moore



El cuerpo del delito

La cara casi angelical de Demi Moore oculta una ambición por triunfar como no se recuerda otra en la meca del cine desde Joan Crawford. Su carrera entraba en vía muerta, al final de los años ochenta, cuando tuvo un golpe de fortuna con el éxito sorpresa de *Ghost* (1990). El instinto le dijo que era su última oportunidad de ser una estrella, y ella afianzó su naciente popularidad desnudándose, embarazada de ocho meses, en la portada de agosto de 1991 de la revista *Vanity Fair*.

«Estar embarazada —se justificó— me parece una de las cosas que tienen más atractivo sexual. Me siento orgullosa, y mi propósito al hacer aquellas fotos fue comunicar ese orgullo.» Eran desnudos artísticos, que no mostraban nada inconveniente, firmados por Annie Leibovitz, uno de los grandes nombres de la

fotografía actual. Sin embargo, lograron lo que, posiblemente, pretendía Demi desde el principio: fijar de una vez su nombre y su imagen en la mente del público con un escándalo soberano.

En Estados Unidos, excepto en Nueva York, los ejemplares se taparon con una funda que cubría la portada. Aun así, muchas tiendas se negaron a vender la revista por estimar que las fotos eran pornográficas. En unos días, sólo en Norteamérica, Demi fue objeto de 64 programas de radio, 95 espacios de televisión y 1500 artículos de prensa. La jugada fue maestra, porque la actriz no tuvo que pagar ni un centavo por toda esa publicidad que lanzó su carrera para siempre.

La repercusión del reportaje fue inmensa y los desnudos de embarazadas son ya un clásico, que se repite, incluso, en tono humorístico, con hombres. Por ejemplo, la revista *Spy* sacó en su portada de septiembre de 1991 un montaje de Bruce Willis. —Su marido— desnudo, embarazado, tapándose el pecho con el brazo derecho y acunándose el vientre con el izquierdo, del mismo modo que hacía ella, bajo el titular: «Hollywood's Next Big Thing» (La próxima campanada de Hollywood).

Demi fue muy hábil al hacer de su desnudo bandera de liberación femenina; lo que no hubiera ocurrido de publicar las fotos en un lugar inadecuado, como *Playboy*. El feminismo ha sido su mejor disculpa para cada nueva provocación, por lo general sexual, empleada para impulsar una carrera con grandes éxitos, junto a sus colegas varones (*Algunos hombres buenos*, *Una proposición indecente*, *Acoso*), y sonados fracasos, de sus proyectos en solitario (*Coacción a un jurado*, *La letra escarlata*).

El error ha sido abusar de ese artificio hasta agotar al público, como demostró el rechazo en taquilla de *Striptease* (1996), pensada por entero a mayor gloria de la audacia de sus desnudos. Para más señas, el trabajo que la convirtió en la actriz mejor pagada de todos los tiempos, con un sueldo de 12,5 millones de dólares. A razón de más de 265 000 dólares, más de un cuarto de millón, por cada uno de los cuarenta y siete segundos justos en los que sale desnuda, en tres escenas distintas.

La prensa estadounidense se tomó la molestia de comparar su cotización con la de una auténtica bailarina exótica. —Léase de *striptease*— de Florida, donde se desarrollaba la ficción. Una de esas chicas cobraba cinco dólares por tres minutos de sesión privada de danza tan sólo con una braguita mínima; lo que suponía menos de tres centavos por segundo. En conclusión, necesitaría bailar unas dos mil seiscientas cincuenta y siete horas, o sea, unos tres meses y medio, para ganar lo mismo que Demi por cada segundo que muestra la piel en la pantalla.

Lo curioso es que antes de aparecer en *Vanity Fair* ya había hecho otro desnudo embarazada, en *La séptima profecía* (1988), que pasó inadvertido dada su escasa fama por entonces y la poca repercusión que tuvo ese filme. Además, la tripa que lucía había sido retocada con una prótesis, capaz, eso sí, de dar el pego. Ésa es otra de las imposturas que hay detrás del mito de sus desnudos, porque en más de una ocasión ha usado dobles de cuerpo, más perfectas que ella, para sus escenas.

La modelo y actriz Amy Rochelle declaró que la había doblado dos veces. En una

escena de amor de *Ghost*, con Patrick Swayze. —Rodada cuando el cuerpo de Demi no se había recuperado aún de su primer parto—, que se descartó en la fase de montaje para evitar problemas con la censura. Más adelante, en *Una proposición indecente* (1993). Con respecto a esta última cinta, reivindicó: «Las curvas de las escenas más atrevidas y la foto del cartel anunciador son mías y no de ella.»

Demi Moore supo desde niña las posibilidades de promoción que ofrecía un buen cuerpo, aunque no fue su caso durante años. Nacida el 11 de noviembre de 1962 en Roswell (Nuevo México), Demi(tria) Guynes. —Ese es su auténtico nombre— tuvo una infancia muy atípica. Su padre, el piloto militar Charles Hamon, abandonó a su madre, Virginia, antes de su nacimiento, y firmó la autorización para que el nuevo marido de ésta, Danny Guynes, adoptara a la pequeña, casi recién nacida.

Un lío familiar que la interesada no descubrió hasta que tenía trece años y que no alteró sus sentimientos hacia su padrastro, al que siempre quiso como a un padre. Danny Guynes se dedicaba a la publicidad y la familia se mudaba cada pocos meses. En consecuencia, de niña, la actriz cambió cuarenta y ocho veces de domicilio y asistió a treinta colegios distintos, a una media de dos al año. Cuando tenía quince años, su madre se separó de su padrastro, alcoholizado, que se suicidó dos años más tarde.

Tras el divorcio, su madre se trasladó a Hollywood con sus dos hijos: Demi y su hermanastro Morgan, cinco años menor que ella. Las continuas mudanzas marcaron su carácter, ya que su vida comenzaba de cero cada pocos meses y aprendió a no apegarse a nada ni a nadie para no sufrir con las despedidas. Se aislaba, también, porque estaba acomplejada por su físico. Sufrió del riñón y llevaba gafas y un parche en un ojo para corregir un estrabismo del que tuvo que operarse dos veces.

Dio la coincidencia de que en su nueva casa tuvo como vecina a la intérprete alemana Natassja Kinski, a la que tomó como ejemplo. Se marchó a Europa a probar suerte como modelo y sucumbió a la tentación de posar para revistas eróticas, bajo el seudónimo afrancesado de Vivianne Pollentier, amparándose en su anonimato del momento. Nada elegante, como años después en *Vanity Fair*, sino fotos en las posturas más procaces, dirigidas a un público fácil, en las que lo mostraba todo.

A su regreso a Estados Unidos logró que la contrataran para la teleserie *Hospital General*, en la que trabajó entre 1981 y 1983; los años en los que aparecieron publicados esos primeros desnudos en revistas como el *Penthouse* español (marzo de 1981), el *Oui* francés (marzo de 1982) y el *Playboy* alemán (1983). Para entonces, Demi compartía con su madre un grave problema de alcoholismo y se había aficionado a la cocaína a partir de un viaje a Brasil para filmar *Lio en Rio* (1984).

La gran oportunidad le llegó con *St. Elmo, punto de encuentro* (1985), título emblemático de las películas que hacía el «Brat Pack» (Hatajo de Mocosos), grupo de jóvenes —Sean Penn, Tom Cruise, Rob Lowe, River Phoenix, etc.— que asaltaron Hollywood en los años ochenta. En la ficción, encarnaba a una drogadicta; en la realidad, el director Joel Schumacher quiso despedirla por lo mismo, pero ella misma

se ingresó en una clínica y en pocos días estaba «limpia» y lista para trabajar.

En el rodaje empezó a salir con Emilio Estévez, hijo de Martin Sheen y hermano de Charlie, muy bien relacionados en la industria. Su amor duró lo justo para que el influyente clan la introdujera en la meca del cine. Le plantó a los tres años, con las invitaciones de boda enviadas; después del fiasco de *Wisdom* (1986), su debut fallido como director y guionista. «Había cosas que necesitaba, como la seguridad, que Emilio no estaba en condiciones de ofrecerme», explicó ella.

Pronto encontró quien se las iba a dar. En noviembre de 1987 se casó con el ya muy famoso Bruce Willis, futuro padre de sus tres hijas. Tras celebrarse la boda, quedó claro que no era su primer matrimonio, como trató de demostrar ella en un programa de televisión. Por el contrario, se supo que al dejar su casa, a los dieciséis años, se había casado con el músico Freddy Moore, del que tomó el apellido como reveló él mismo. Hasta ese punto quería Demi, desde cría, entrar en el mundo del espectáculo.

El triunfo de *Ghost* hizo realidad sus sueños, pero quedó ensombrecido por el fracaso de sus trabajos siguientes: *The Butcher's Wife* (estrenada en vídeo en España como *Una bruja en Nueva York), Pensamientos mortales* (que también produjo) y *Nothing But Trouble* (estrenada en vídeo en España como *El gran lío*); las tres de 1991. La taquilla le daba la espalda, pero ella no quería perder su recién ganada celebridad, así que empleó su mejor arma, otra portada de *Vanity Fair*.

Volvió a aparecer desnuda en la edición de agosto de 1992, al cumplirse un año de la primera portada. Las fotos eran, de nuevo, de Annie Leibovitz, y ella no llevaba nada puesto, salvo un traje de caballero pintado directamente sobre la piel, que, como la otra vez, impedía distinguir nada inconveniente. El titular anunciaba: «Demi's Birthday Suit» (El traje de cumpleaños de Demi). La reacción del público fue de sorpresa y, una vez más, logró su objetivo promocional.

Lo que no esperaba la actriz fue que su madre, Virginia Guynes, posara desnuda en la revista pornográfica *High Society* (abril de 1993), por 10 000 dólares. La buena señora, alcohólica, que se intentó suicidar varias veces y había tenido problemas con la ley, imitaba las poses de su hija en *Vanity Fair*. —Incluido el cuerpo pintado— y la escena del torno de alfarero de *Ghost*. Al parecer, en 1992 ya se hizo unas fotos para *Playboy*, que su hija impidió publicar.

Demi Moore, sin embargo, ha seguido con sus portadas escándalo para compensar eventuales descensos de popularidad. La secuencia incluye su desnudo cubierto por flores, en *Esquive* (mayo de 1993); con los brazos cruzados sobre el pecho, en *Rolling Stone* (febrero de 1995); travestida de hombre, con barba, abriéndose la camisa y mostrando su pecho, en *Arena* (junio de 1996); vestida de época, en *George* (junio de 1996), y abrazada desnuda a su marido vestido, en *Spy* (diciembre de 1996).

Pocos asumen hoy en Hollywood su papel de estrellas con tanta intensidad como ella. Su ascensión es fruto de una voluntad de hierro al servicio de una ambición sin

límites, que le ha valido el apodo de «Gimme Moore», que en inglés se pronuncia casi como su nombre, pero significa «Dame más. —Después de tanto desnudo, un chiste cruel recorrió la meca del cine—. ¿Sabes por qué Demi Moore se ha afeitado la cabeza para rodar *La teniente O'Neil*?» Respuesta: «Porque no se le ocurría qué otra cosa podía quitarse ya de encima.»

Dudley Moore



La verdad sobre perros y gatos

Las relaciones de Dudley Moore y Nicole Rothschild, su cuarta esposa, fueron tan atípicas desde el principio, incluso para la meca del cine, que acabaron conociéndoles como «la pareja más peligrosa de Hollywood». La situación adquirió tintes tragicómicos en mayo de 1996, cuando el actor. —Que mide 1,57 metros— apareció en público con la cara llena de arañazos y moraduras, después de una tremenda discusión con su mujer, treinta años menor que él y veinte centímetros más alta.

Ésa no fue ni la primera ni la última sorpresa de un matrimonio que comenzó de un modo insólito, con titulares de prensa alarmantes. El 21 de marzo de 1994, día en el que se entregaban los Oscar correspondientes al año anterior, la policía de Los Ángeles recibió una llamada nocturna de Moore para informar de una riña doméstica incontrolable que tenía lugar en su casa de Marina del Rey. A ésta siguió, al poco, otra petición de auxilio de Nicole, su novia por entonces.

Al llegar la policía, la chica contó que el actor había intentado estrangularla, oprimiéndole la garganta «como quien aprieta un tubo de pasta de dientes». Los agentes arrestaron al agresor como sospechoso de violencia doméstica, amparándose en una ley de California que protege a esposas maltratadas que no denuncian a sus agresores por temor a represalias. La foto policial del cómico, con el número de preso BK3907092, le dio un giro inesperado a su imagen de hombre tierno y desvalido.

Dudley salió de la cárcel bajo fianza de 50 000 dólares, lo que no es ninguna minucia, y se libró de males mayores porque Nicole solicitó al fiscal que no siguiera adelante con la denuncia. «No fue más que una bronca doméstica inflada por la prensa —declaró él más tarde, minimizando lo ocurrido—. De hecho, el policía que llegó primero a casa volvió semanas más tarde para decirnos cuánto sentía que un

suceso tan pequeño hubiera provocado titulares de prensa tan grandes.»

El actor le propuso matrimonio a la muchacha unos días después y, contra todo pronóstico, ella aceptó, tras calificar de «equívoco terrible» lo que pasó. La boda se celebró justo en la misma casa en la que se provocó la reyerta, y cuando el celebrante preguntó que si alguien conocía algún motivo para no llevar a cabo la unión, todos los presentes alzaron la mano de guasa. El regalo del novio fue un impresionante anillo de zafiros y diamantes valorado en 50 000 dólares, como la fianza.

Ésa fue la cuarta vez que Dudley Moore se casó, pero Nicole era la quinta mujer de su vida, si contamos la larga relación que había mantenido a mediados de los años ochenta con Susan Antón, ex novia de Sylvester Stallone. Justo después de divorciarse de sus dos primeras esposas, Suzy Kendall y Tuesday Weld. —Madre de su hijo mayor, Patrick—, y antes de casarse con la tercera, la modelo Brogan Lane. Todas, bellezas de medidas exuberantes y muy altas, sobre todo para un hombre bajito como él, capaces de colmar el sueño erótico de cualquier varón.

En realidad, el astro alcanzó la fama con comedias en las que seducía a símbolos sexuales del calibre de Bo Derek (*10, la mujer perfecta*), Natassja Kinski (*Infielmente tuya*) y Daryl Hannah (*Gente loca*), un palmarás que demostraba, al menos en la ficción, que el hombre de la calle también tenía una oportunidad de resultarle atractivo a cualquier mujer, por muy bella o inalcanzable que ésta fuera. En su caso, la debilidad por las chicas altas le viene de la infancia.

El primer problema con el que tuvo que lidiar en su vida no fue el de su corta estatura, sino que nació con un pie zopo. —Deformado en forma de porra o pezuña— y una pierna raquítica. Estos defectos provocaron el rechazo de su madre, que jamás le quiso; mientras que su padre no fue capaz de mostrarle su afecto. En esa infancia marcada por el desafecto, operaciones, sillas de ruedas y aparatos correctores, fue una enfermera, muy alta, para más señas, la primera mujer que le trató con cariño.

«Se crea o no —ha explicado—, el primer beso que puedo recordar me lo dio, a los siete años, una enfermera llamada Pat, en uno de los muchos hospitales por los que pasé. Desde entonces, busco esa ternura.» La explicación, que puede parecer enrevesada, no lo es tanto para alguien que lleva más de veinte años psicoanalizándose y que ganó el papel de su vida. —En *10, la mujer perfecta*— al coincidir con el director del filme, Blake Edwards, en una sesión de psicoterapia.

Aun así, su matrimonio con Nicole Rothschild fue extraño desde el principio; comenzando porque le compró a su mujer una casa a varios kilómetros de la suya y pasaron la luna de miel separados. Un régimen de vidas independientes que aceptaron de mutuo acuerdo, para que ella estuviera más cómoda con los dos hijos de su anterior matrimonio. «Puede ser muy difícil estar conmigo porque me asaltan grandes miedos —justificó él—. No puedo vivir con nadie y los otros no me soportan.»

A partir de ahí entró en escena Charles Cleveland, el ex marido de ella; un personaje que siempre estuvo presente entre la pareja, formando un atípico triángulo con ellos. Para ser exactos, el romance entre Dudley y Nicole partió de un doble

adulterio, porque los dos estaban aún casados con sus cónyuges anteriores. —Él, con Brogan Lane— cuando se conocieron. Mucho antes de hacerse tristemente célebres en Hollywood por la manera tan contundente de demostrarse su afecto.

Cleveland, músico con problemas de drogas y seropositivo, acusó a Dudley, al que durante años consideró un buen amigo, de haberle robado a su esposa; después de regalarles el dinero necesario para que ella se operase el pecho. Los rumores, sin embargo, apuntaban a que él consintió las atenciones que tenía el actor con Nicole para beneficiarse de los regalos y el dinero que éste les daba. Esta situación inusual fue la causa de la famosa contienda que acabó con el cómico en prisión.

La aguda periodista británica Chrissy Iley analizaba en su columna semanal de *The Sunday Times* («Style. —2 de junio de 1996), con su habitual buen humor, la relación entre Dudley y Nicole—: A ella le gusta mandar y él estaba deseando que le dominasen, aunque luego se odiaba por ello. Le pagó, además, las prótesis para los pechos. Nunca te fíes de las intenciones de un hombre que quiere comprar pechos, porque está buscando a otra mujer; y nunca confíes en una mujer que lo acepta, porque está pidiendo que la compren, en cuerpo y sujetador.»

Charles Cleveland no tardó en mudarse a la nueva casa de su ex esposa y sus hijos, viviendo como si fueran de nuevo una familia; mientras que Dudley, al que sus compatriotas apodan «dedal sexual» y «Dudley el mimoso», se pasaba el día solo en su mansión. Aun así, quiso tener un hijo, y la pareja escogió, de nuevo, la vía más insólita: la inseminación artificial. El motivo fue, según él, que «ella no quería pasar por un embarazo durante los calurosos meses veraniegos».

El niño —Nicky—, que nació el 28 de junio de 1995, fue un regalo original para un hombre que ha cumplido ya los sesenta años. Al parto asistió, como cabía esperar, el omnipresente Charles Cleveland. «Sé que puede parecer extraño que Dudley me permitiese estar en la sala de alumbramientos, pero Nicole y yo nos sentimos más como hermanos que como ex esposos.» El actor no lo tenía tan claro cuando hasta le pagó un viaje de ida a Hawai para quitárselo de encima, pero Charles regresó.

Tras el nacimiento, la madre se llevó el niño con ella y el padre volvió a quedarse solo. En los tira y afloja que ya se habían hecho habituales terció el contable de Dudley, que le avisó de que llevaba millones de dólares gastados en Nicole y su familia; incluida una cuenta de 600 000 dólares en ropa para ella, sólo de un año. La estrella fue a casa de su esposa a pedir explicaciones y recibió la zurra que le provocó las humillantes señales que reprodujo la prensa de todo el mundo.

Por una vez, hizo lo que se esperaba, y el 11 de junio de 1996 solicitó el divorcio. Su decisión duró poco, y semanas después retiraba la demanda, después de que Nicole le prometiera que iba a ingresar en un centro de rehabilitación para atajar su dependencia de las drogas, a la que culpaba de todos sus males. Los rumores iban, de nuevo, por otra parte. La mujer se había asustado al darse cuenta de que el contrato prenupcial que había firmado significaba la ruina en caso de divorcio.

Como era fácil de prever, los escándalos no acabaron ahí. El paso siguiente lo dio

ella, que presentó el 8 de mayo de 1997 una demanda por daños, reclamándole cinco millones de dólares más gastos legales. Según ella, la obligó a tomar éxtasis en 1992. —Durante su noviazgo—, lo que le provocó un ataque, que le causó una pérdida de memoria, como secuela, ya que se negó a llevarla a un centro médico en su momento; a pesar de que ella se lo imploró inmovilizada en el suelo.

Le acusaba, también, de haberla golpeado en múltiples ocasiones; de agarrarla por uno de los pechos, cuando acababa de operárselos, y de haberse sentado sobre su pecho, hasta que sintió que se asfixiaba por el peso. Además, se lamentaba de que la llamaba, a diario, «idiota», «cabezahueca» y cosas peores. —Hay que recordar que Dudley estudió en la elitista Universidad de Oxford—; y de que le contó mentiras sobre ella a la periodista Barbara Paskin, que escribía su biografía.

Hubo nueva reconciliación y más actuaciones legales del actor, acusando a su mujer de acosarle y atacarle, por lo que solicitó el 7 de agosto de 1997 una orden judicial para que no pudiera acercarse a él. Añadió que estaba aterrorizado por «el daño físico y emocional» que podía infligirle. Cinco días más tarde pidió el divorcio por «diferencias irreconciliables», como del resto de sus esposas, y, nueva sorpresa, exigió que se demostrase que era el padre de Nicky, el niño que tuvieron.

Dudley y Nicole no son los primeros en ostentar el título de «La pareja más peligrosa de Hollywood». A Humphrey Bogart y Mayo Methot, su tercera esposa. —Que en una de sus grescas le apuñaló—, siempre con una copa de más, los apodaron en los años cuarenta los «Batalladores Bogart». No menos famosas fueron, en los años sesenta y setenta, las trifulcas de Liz Taylor y Richard Burton, también bebedores, cuyo filme *¿Quién teme a Virginia Woolf?* parecía fiel reflejo de su vida privada.

La tragedia de Dudley Moore es que ya están lejos los tiempos en los que optó al Oscar por *Arthur, el soltero de oro* (1981). Luego, fracasó en sus teleseries, y tocó fondo cuando Barbra Streisand le despidió de *El amor tiene dos caras* (1996), porque no recordaba sus frases. «La mayoría de actores duran, con suerte, cinco años —ha ironizado—. Yo me mantuve en la cumbre un par de ellos. Una mañana te levantas y estás en la lista B y cayendo. Hollywood es un lugar ideal para volverse cínico sobre el comportamiento humano.» A él, por lo menos, le queda la música, su primer amor artístico.

Eddie Murphy



Nunca hables con extraños

Eran las 4:45 de la madrugada del 2 de mayo de 1997 en el bulevar de Santa Mónica de Los Angeles, zona de prostitución homosexual, cuando un vehículo se paró lo justo para recoger a un viandante y seguir su marcha. La policía, que vigilaba los alrededores, detuvo al automóvil sospechoso unos metros más adelante, para identificar a sus ocupantes. Los patrulleros se llevaron una sorpresa al reconocer a Eddie Murphy, al volante, acompañado por Shalimar, *travesti* habitual del barrio.

No se trataba del rodaje de ninguna película, pero la situación parecía una escena sacada de una de las disparatadas comedias del actor. Con su irresistible verborrea, la misma que le ha hecho el cómico más rico de América, convenció a los agentes de que sus ojos les engañaban. Lo que estaban viendo no era lo que parecía: un tipo que ha decidido probar nuevas experiencias echando una cana al aire con un *travesti*. ¡No! Él era un alma caritativa ejerciendo de «buen samaritano».

«La gente no sabe —justificó más tarde— que durante años y años, al caer la noche, me subía a mi coche y recorría todo Manhattan [siempre ha vivido cerca de Nueva York, no en California], dando dinero a los marginados. Me paraba y charlaba con los que no tienen hogar. Iba a las esquinas donde veía prostitutas y les entregaba 5000 y 10 000 dólares para que se fueran a casa y dejaran la calle. No lo he hecho por la publicidad, sino porque surge de la bondad de mi corazón.»

Así debieron entenderlo también los policías que aquella noche le dejaron seguir su camino sin detenerlo; aunque, eso sí, les debió costar un poco digerir el argumento, ya que el astro necesitó media hora, en plena calle, para que se dieran

cuenta de lo caritativo de su acción. No tuvo tanta fortuna Shalimar, nombre artístico, tomado de un perfume «muy dulce», de Atisone Seiuli, de veintiún años, contra el que pesaba una orden de busca y captura por quebrantar la libertad condicional.

El *travesti* había sido juzgado meses antes por ejercer la prostitución, pero logró una suspensión de la ejecución de la condena, con la obligación de someterse a una prueba de detección del sida, cosa que no hizo. Hay que recordar que Eddie Murphy es un hombre casado, con la escultural modelo Nicole Mitchell, desde 1993, con la que ha tenido tres hijos. Los dos mayores, Bria, nacida en 1989, y Miles, en 1992, antes del matrimonio, y el pequeño, Shayne, en 1995, tras la boda.

El cómico fue durante años uno de los solteros de oro de Hollywood y formó el trío más cotizado de mujeriegos negros de Estados Unidos con el jugador de baloncesto Magic Johnson y Arsenio Hall, su colega de *El príncipe de Zamunda* y presentador de uno de los programas de televisión más populares del país. «No tengo nada en contra del matrimonio —repetía de modo ocurrente— lo que me espanta es el divorcio.» Era la época en la que Sylvester Stallone perdió la mitad de su fortuna en separaciones.

Sus reuniones de «tres por uno», tres damas por cada caballero, en su mansión de «Bubble [ir de marcha, en argot] Hill. —En Nueva Jersey, se hicieron legendarias—. No me avergüenzo de haberlas organizado —explicó cuando dejó de darlas—, porque eran "fiestas blancas", entre amigos. Nunca hubo en ellas drogas o chicas de vida alegre.» Cuando Magic Johnson desarrolló anticuerpos del virus del sida, él se tornó hogareño y reveló que siempre fue partidario del preservativo.

Los hechos desmintieron, sin embargo, sus proclamas a favor del sexo seguro, ya que por esos años se le acumularon los hijos ilegítimos. Se le han atribuido, al menos, tres. La primera, una niña llamada Ashlee, en 1987, con Nicolle Rader, que presentó una demanda de paternidad. El segundo, Eddie Murphy Jr., en 1989, con Paulette McNee. El último, Christian, en 1990, con Tamara Hood, que perdió en 1992 una demanda contra el semanario *National Enquirer*, que lo dio a conocer.

Lo más curioso de su incidente con el *travesti* en 1997 fue que quizá no mentía cuando dijo que le pillaron en misión encubierta de buen samaritano. Por muy increíble que parezca, hay un margen para la duda, ya que mucho antes, en febrero de 1990, había contado en la revista *Playboy* que solía pasearse en coche por barrios de mala nota, en busca de drogadictos, prostitutas y otros marginados, a los que prestaba consejos y daba dinero para que pudieran encauzar mejor sus vidas.

No se limitaba a hablarles a través de la ventanilla. A veces, también se apeaba del vehículo o eran los menesterosos los que se subían a él. Algo que se contradice, desde luego, con su reputación de obseso por la limpieza, que reconoce darse varias duchas al día y lavarse las manos continuamente. ¿La causa? «Siempre me imagino. —Razona— que la gente ha podido estar hurgándose en la nariz, rascándose las pelotas o escarbando en su culo justo antes de venir a darme la mano.»

Lo que no está nada claro es si pensaba mantener sus manos en el volante cuando

recogió a Shalimar en su flamante Toyota Land Cruiser. De acuerdo con el comunicado que emitió la policía, «Murphy no fue arrestado porque no cometió ningún delito». Un portavoz del actor especificó que éste pasó el día rodando la nueva versión de *El extravagante doctor Dolittle*, sobre un veterinario que habla con los animales. Al concluir su jornada laboral, se volvió a casa, pero no podía dormir.

Su mujer y los críos se encontraban de viaje, visitando a su suegra, y a él se le ocurrió salir a comprar alguna revista para leer hasta que le entrara el sueño. «Al detenerse en un semáforo en rojo —añadió su representante—, vio que una mujer muy atractiva, con rasgos hawaianos, se acercaba al coche.» Él aprovechó la oportunidad para sermonearla, con palabras tan convincentes que surgió de ella misma la idea de recogerse en casa, para lo que le rogó que la sacara de allí, y él accedió.

La versión del *travesti*, condenado a noventa días de prisión por quebrantar su libertad condicional, fue distinta. «Iba vestido de mujer —relató en exclusiva desde la cárcel al semanario *National Enquirer* (20 de mayo de 1997)—. Llevaba pantalones negros muy ajustados, hasta el ombligo, y un top a juego. Soy de Samoa, pero cuando Eddie me preguntó que si era de Hawai, dije que sí. Puso dos billetes de 100 dólares en mis piernas y exclamó: “Aquí hay 200 dólares.”»

«Eddie me interrogó: “¿Te gusta llevar lencería?,. —Y le respondí que sí. Siguió —: ¿Podría verte con ella?,. —A lo que le dije—: En cuanto surja la oportunidad. —Y él añadió—: Yo la buscaré.” Luego me dijo: “¿Qué tipo de sexo haces?” Contesté que de todo, y entonces apareció la policía.» Es obvio que las confesiones de Atisone Seiuli, tan corto de dinero como para tener que practicar la prostitución callejera, pudieron no ser todo lo honestas y desinteresadas que cabría esperar.

Se ha comparado lo acaecido a Murphy con la detención del actor británico Hugh Grant en 1995. Hay sin embargo varios detalles que lo diferencian. Atisone reconoció desde el principio al cómico, y hacía la calle en el bulevar de Santa Monica, una zona de *travestís*, transexuales y prostitución homosexual, en general. Divine Brown, en cambio, no sabía quién era Grant cuando éste la recogió en Sunset Boulevard, un poco más al norte de la ciudad, en donde sólo trabajan chicas.

El semanario *National Enquirer* acompañaba la entrevista a Shalimar con las inquietantes afirmaciones del editor de una revista de anuncios para *travestis*, de un ex policía de Nueva York y de fuentes no identificadas próximas a la justicia que coincidían en aportar indicios de que no era la primera vez que la estrella iba con *travestís* y que prefería a los transexuales que estaban a punto de operarse. Shalimar, por si vale de pista, tomaba hormonas para que le creciera el pecho.

No era la primera vez que se relacionaba al astro con transexuales. El 29 de octubre de 1992, la modelo Jessica Gray desveló, en el programa de televisión «The Maury Povich Show. —Que nació hombre, pero que se había operado a los diecinueve años. Nueva confidencia—. Salí. —Se sinceró— con Eddie Murphy después de mi cambio de sexo. No fue un idilio largo, aunque sí quedamos varias

veces.» La bomba coincidió con el anuncio de la esperada boda del astro, que prefirió ignorar el dato.

Bastante más comprometedor fue el testimonio del actor de cine porno homosexual y *travesti* Geoff Gann, que se recoge en *Eddie Murphy* (Birch Lane, 1997), biografía del comediante escrita por Frank Sanello, crítico y periodista especializado en espectáculos. Gann, en arte Karen Dior, conoció a Murphy, según él, en el verano de 1990, cuando salía de una discoteca para homosexuales, y aquél le llamó por su nombre, cómo no, desde el interior de un coche y le invitó a dar una vuelta.

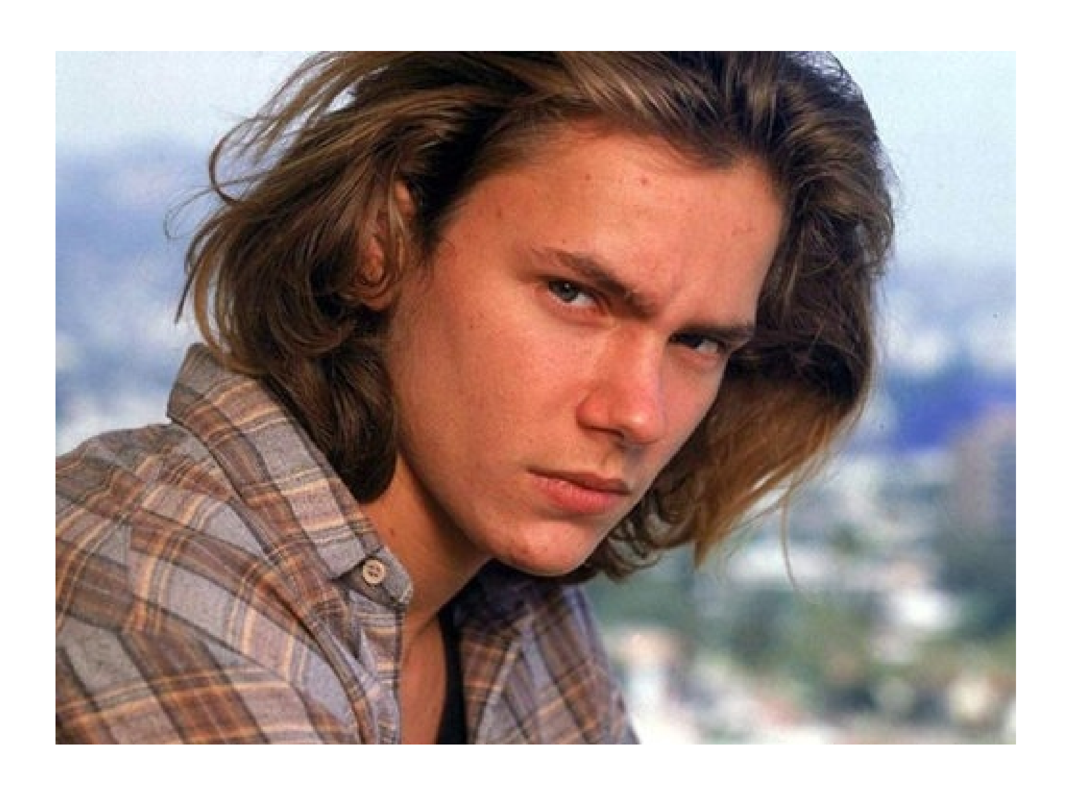
No había equívoco: su anfitrión citó el título de las dos películas. —Ambas porno — que había protagonizado. Charlaron, le preguntó que si tomaba hormonas, piropeó su aspecto femenino y le propuso que mantuvieran relaciones sexuales. «Murphy le hizo una felación —concluye Frank Sanello— mientras circulaban por el barrio homosexual de West Hollywood. Luego, Gann correspondió a Murphy de igual modo. Gann dice que ambos llegaron a eyacular. Según su estimación, pasaron juntos una media hora.»

Para cuando Sandio entrevistó a Geoff Gann o Karen Dior, como se prefiera, no sólo se había contagiado del sida, sino que ya había desarrollado algunas de las consecuencias más devastadoras del síndrome, como contraer la variedad de cáncer de piel llamada sarcoma de Kaposi. Estaba en tratamiento, pero no tenía grandes esperanzas de futuro. No le faltaron ánimos, eso sí, para darle a Murphy el consejo macabro de que alguien que anda ligando a ciegas por la calle debería hacerse una prueba de anticuerpos del sida.

La estrella reaccionó presentando el 14 de julio de 1997 sendas demandas, cada una de cinco millones de dólares, contra los semanarios *The Globe* y *National Enquirer*. —Que tituló su reportaje «La vida sexual secreta de Eddie Murphy: Su buscona *travesti* lo cuenta todo»—; por atentar contra su reputación y por daños emocionales. Demandó también a Geoff Gann y a Ioane Seiuli, primo del *travesti*, porque declaró al *New York Post* que Murphy conocía a Shalimar de antes de aquella noche y que incluso le había prometido un papel en una de sus próximas películas.

Semanas más tarde, el 20 de julio de 1997, el astro retiró las demandas y se hizo cargo de la minuta de los abogados del *National Enquirer*. Éstos habían anunciado que presentarían en el proceso pruebas poligráficas hechas a sus entrevistados, un programa de radio de Howard Stern. —El del filme *Partes privadas*— en el que un *travesti* contó su experiencia sexual con el actor y otro de televisión de Geraldo Rivera en el que iban a hablar varios transexuales que también le conocían. Murphy comprendió a tiempo que debía gritar ¡Corten!, antes de que la comedia degenerara en drama.

River Phoenix



Mentiras arriesgadas

«¡Mi hermano sufre convulsiones!, tienen que venir, por favor», imploró la voz de Joaquin Phoenix el 31 de octubre de 1993 en una angustiosa llamada de socorro al 911, teléfono de urgencias de Los Angeles. A pocos metros, River Phoenix, la estrella juvenil más admirada del momento, agonizaba sobre la acera del Sunset Boulevard. «Ahora que lo pienso —siguió la desgarrada voz de Joaquin al auricular—, ha tomado un valium o algo así. Tienen que venir, por favor, porque se está muriendo.»

Era la 1:10 de la madrugada de Halloween. —Equivalente anglosajón al día de Todos los Santos— y toda una generación de actores de Hollywood, la que debutó en los años ochenta, se venía abajo a cada estertor del muchacho, de veintitrés años. «Parecía un pez fuera del agua, sacudiéndose sobre el asfalto. —Contó Ron Davis, periodista que lo presenció—. Era como si tuviera el cuerpo poseído. Los brazos y piernas extendidos mientras golpeaba fuerte el suelo con la cabeza y los nudillos.»

Su hermana Rain (o Rainbow), compañera en sus aventuras musicales con el grupo Aleka’s Attic, intentó controlar sus violentas sacudidas tendiéndose sobre él. Trató, incluso, de devolverle la vida que se le iba con la respiración boca a boca.

La actriz Samantha Mathis, su novia, daba vueltas a su alrededor, ida, impotente, sin saber qué hacer. De pronto, los ataques cesaron y se quedó inmóvil. Joaquin (también llamado Leaf), de vuelta del teléfono, gritó: «¡Oh, Dios mío, ya no respira!»

Al aparecer los servicios médicos, a los pocos minutos, el actor estaba en paro cardiaco. Le practicaron técnicas de reanimación y le trasladaron al servicio de

urgencias de la clínica Cedars-Sinai, adonde llegó cianótico. Los facultativos se esforzaron durante una media hora por recuperarle y hasta le implantaron un marcapasos; en un intento desesperado por estimular el ritmo cardiaco. A la 1.51 de la madrugada se rindieron ante la evidencia y diagnosticaron su fallecimiento.

La autopsia reveló la triste realidad. Había restos de valium, marihuana y efedrina en su sangre, pero no fue eso lo que acabó con él. Los forenses encontraron, además, dosis de heroína y cocaína tan elevadas que cada una de ellas, por sí misma, hubiera bastado para provocarle la muerte. La policía, por su parte, al registrar la *suite* del hotel en el que se hospedaba, halló valium, heroína y cocaína. El espejismo de una generación de estrellas «limpias» se había desvanecido.

River Phoenix simbolizó hasta su muerte, al menos para sus admiradores, la quintaesencia del idealismo adolescente y de la vida sana. Sus hábitos vegetarianos eran tan estrictos que no se limitaba a privarse de la carne y el pescado, sino que no comía ningún producto producido por animales, como los huevos, la leche y la miel. Tampoco usaba prendas ni artículos de piel. Su imagen se convirtió en una bandera y la revista *Vegetarían Times* le dedicó su portada en marzo de 1988.

Su ejemplo demostraba que los «hijos de las flores», que hicieron la revolución *hippy*, no perdieron la batalla por completo y que la utopía era aún alcanzable a través de sus retoños. ¿Qué mejor demostración que el éxito de River (río, en inglés), que recibió su nombre por el «río de la vida», mencionado en el libro *Siddhartha*, de Hermann Hesse? Sí, el actor y todos sus hermanos nacieron, se criaron y crecieron de acuerdo con los bellos principios de los ideales *hippies*.

Sus padres fueron un jardinero y una secretaria, John y Arlyn, que en el verano de 1968 dejaron atrás su pasado para iniciar una nueva vida en una comuna de Madras (Oregón). Allí nació River el 23 de agosto de 1970, en una cabaña, a la luz de las velas, de modo natural y acompañado por todos los que habitaban en ella. En años consecutivos fueron llegando sus hermanos, que recibieron nombres tan bucólicos como Leaf (Hoja) y Rain/Rainbow (Lluvia/Arco Iris); que alguno se cambió de adulto.

El clan pasó por un segundo alumbramiento espiritual al unirse a la secta de Los Niños de Dios, cambiándose en 1979 el apellido, Bottom, por el de Phoenix. —Por el ave mitológica Fénix, que renace de sus cenizas, como hicieron ellos—, y se fueron de misioneros a Sudamérica. Fue en las calles de Puerto Rico, México y Venezuela donde River. —Que hablaba español— se inició en el espectáculo, cantando de niño, por unas monedas, con su hermana Rain; la que tan amorosamente intentó salvarle.

El experimento duró poco y volvieron derrotados a Estados Unidos. Su situación no era desde luego halagüeña. Estaban sin dinero y no tenían medios de ganarlo. John y Arlyn carecían de cualificación laboral para mantener a sus hijos, y éstos, entre aventuras *hippies*, conversiones a Los Niños de Dios y viajes misionales, no fueron escolarizados ni recibieron educación. Peor aún, River tenía dislexia, una enfermedad que dificulta el aprendizaje y que, en su caso, le impedía leer.

Ahí apareció Hollywood como tabla de salvación. En 1982, el chaval empezó a hacer publicidad, series de televisión y cine. El público se enamoró de su aire angelical en *Cuenta conmigo* (1986), su segunda película. Con su aspecto reflexivo y formal, reflejó la angustia y perplejidad adolescentes ante las contradicciones de un mundo adulto, difícil de comprender. Sus películas siguieron por ahí, con personajes de su misma edad, que pugnaban por alcanzar una dolorosa madurez.

Su carrera y su vida seguían cursos paralelos. Había tres River Phoenix: el que cautivaba al público en la oscuridad de las salas de cine, el que encandilaba a sus admiradores con su integridad e idealismo, y el que asustaba a los que le querían y trabajaban con él. Todos habían nacido a la vez en el rodaje de *Cuenta conmigo*, título que hizo de él una estrella, lo convirtió en la principal fuente de ingresos de su familia y le dio la oportunidad de probar por primera vez la droga.

«Entré en su habitación y vi un porro —recordó Corey Haim, su compañero de reparto—, y me dijo: "Oh, es de otro…" Yo también había estado fumando, pero era una de esas cosas que preferíamos que no se supieran.» En *La costa de los mosquitos* (1986) se enamoró de Martha Plimpton. —Hija de Keith Carradine—, que le dejó cuatro años después; incapaz de ver cómo se emborrachaba, fumaba marihuana, inhalaba cocaína y tomaba hongos alucinógenos con su propio padre, John.

La relación de la pareja jamás llegó a romperse del todo y se telefoneaban de vez en cuando. «Solía estar muy "colocado" cuando me llamaba y su modo de hablar era incongruente por completo», se lamentaba ella. No hay que olvidar que el actor tuvo una infancia *hippy* y que este movimiento percibía la droga como elemento de creación. Hasta el punto de acuñarse términos como *acid rock* para referirse a un tipo de música compuesta bajo los efectos de la psicodelia; o sea, del ácido o LSD.

Hoy, que muchos modernos y «progres» de antaño ya son padres y se fuman los porros a escondidas de su prole, no es fácil imaginar que hubo un tiempo con padres tan «enrollados» que compartían la experiencia de la droga con sus retoños. Por ejemplo, el director independiente Robert Downey, que inició en la adicción a su hijo Robert Downey Jr., uno de los actores más dotados de su generación, que optó al Oscar por su creación de Charlot en *Chaplin*, y la víctima más notoria de los estupefacientes. —Tras el propio Phoenix— del Hollywood actual.

«En casa —ha reconocido— había siempre coca y *cannabis* en cantidad, y todos lo tomaban. Cuando papá y yo nos drogábamos, era como si intentara expresarme su amor de la única forma que sabía.» Empezó a consumir drogas con sólo ocho años y en la década de los ochenta amplió tanto sus horizontes que, según él, probó hasta setenta tipos distintos de narcóticos. Estaba tan acostumbrado a ellos que se convenció de que perdería su talento si los dejaba, y lo único que logró fue ir a prisión.

El 13 de junio de 1996 fue detenido en un control rutinario de tráfico, acusado de conducir bajo el efecto de las drogas, por llevar narcóticos en el coche y por posesión de arma de fuego sin licencia. El juez se mostró magnánimo y dispuesto a que el

incidente se resolviera del mejor modo posible. Con una fianza, libertad condicional y tratamientos de rehabilitación. El astro no apreció esta buena voluntad y se puso a jugar al ratón y al gato con su señoría, hasta agotar su paciencia.

Se escapó de la clínica de rehabilitación en la que le ingresaron y volvió a drogarse. Se equivocó de casa y se coló en la de un vecino, donde le encontraron «colocado», durmiendo en el cuarto del niño. La situación fue tan ridícula que el popular presentador de televisión Jay Leno la convirtió en uno de sus celebrados chistes. «¿Sabes cuál es el negocio de moda en Hollywood Boulevard? Venderle a Robert Downey Jr. un mapa de su propia casa.» Al juez, en cambio, no le hizo gracia.

«He agotado las vías para rehabilitarle —le comunicó el magistrado el 8 de diciembre de 1997, tras incontables escaramuzas—. Le voy a encerrar, y lo voy a hacer de una manera que le va a resultar muy desagradable.» Le condenó a pasar seis meses en la prisión del Condado de Los Ángeles, con reclusos peligrosos que convirtieron en un calvario. —Hasta le partieron una ceja en una pelea— los ciento trece días que pasó allí, antes de salir, el 31 de marzo de 1998, para ingresar en un centro de desintoxicación.

Por esas fechas, Christian Slater, otro actor joven con problemas legales, cumplía también condena por culpa de las drogas. Le arrestaron en agosto de 1997, por golpearle en una fiesta con los puños, en la cara, a su novia, y en el vientre, al tipo que trató de defenderla. Más tarde, siempre bajo el efecto de los narcóticos, se lió a mamporros con los policías que le detuvieron. Resultado: fue juzgado en enero de 1998 y condenado, por drogas y lesiones, a tres meses de prisión.

Slater, a diferencia de Downey, colaboró en todo momento y le enviaron a la cárcel de La Verne; un hotel de lujo si se compara con la prisión del Condado. Tenía televisión, aparato de vídeo y teléfono en la celda y le permitieron utilizar su propia ropa y sábanas, así como encargarse comida a su gusto. Le excarcelaron, por buen comportamiento, en marzo de 1998, a los cincuenta y nueve días; que se pasó lavando los coches de los policías, fregando suelos, limpiando lavabos y ayudando en la cocina.

Slater había sido, precisamente, el sustituto de River Phoenix en *Entrevista con el vampiro*, filme que éste iba a comenzar cuando murió. Ante su súbito fallecimiento, la pregunta fue: ¿Cómo pudo el malogrado actor mantener en secreto su problema con las drogas? John Glatt lo achacó en *River Phoenix* (Piatkus, 1995), su mejor biografía, a que durante la infancia, cuando era miembro de Los Niños de Dios, le enseñaron a mentir para proteger a la secta y él aprendió muy bien la lección.

La ironía fue que murió ante la puerta del local llamado The Viper Room (Nido de Víboras), en el 8852 de Sunset Boulevard, a pocos metros del hotel Château Marmont, donde cayó, también por sobredosis, John Belushi, la víctima más ilustre del Hollywood de los ochenta. En argot, *viper* quiere decir drogadicto; así que, en realidad, River pasó sus últimos minutos de vida en El Rincón del Colgao. Allí sintió que se ahogaba, le sacaron a tomar el aire y sobre el asfalto entró en la leyenda. Tenía

dos años menos que James Dean.

Roman Polanski



El fugitivo

El cineasta Roman Polanski es tan famoso en Hollywood por sus películas como por su irresistible pasión por las jovencitas. Esta afición le llevó ante un tribunal de Los Angeles el 24 de marzo de 1977, acusado de drogar y violar a una niña de trece años en la mansión de Jack Nicholson, mientras el actor estaba de vacaciones. Horas antes de ser condenado, Polanski huyó del país en avión y durante más de veinte años no ha podido volver a Estados Unidos, donde le han mantenido en busca y captura.

«Deseo que pase todo y que pueda llegar a un acuerdo con los tribunales para que deje de ser un fugitivo», declaró en televisión, a su favor, en 1997, Samantha Geimer. La víctima del asalto, que ya tenía treinta y cuatro años y tres hijos, mostró su cara y dio a conocer su nombre, por primera vez, al público. Su ruego coincidió con la campaña legal y de opinión emprendida por los abogados del director, ansioso por acabar con su exilio para relanzar su carrera desde Hollywood.

Dos cambios esenciales marcaban la diferencia entre el día que huyó Polanski y la fecha en la que la mujer pronunció su discurso conciliador. Primero, la muerte, en

1993, del juez Laurence Rittenband, que tramitó el divorcio de Elvis Presley, la custodia del hijo de Marlon Brando y que, presumiblemente, iba a condenar a prisión al realizador polaco. El magistrado había jurado, cuando aquél escapó, que no dudaría en detenerlo si se atrevía a poner otra vez los pies en Estados Unidos.

Tras el fallecimiento de Rittenband, principal obstáculo para un arreglo favorable para el fugitivo, su abogado acordó con Samantha Geimer, por vía civil, abonarle una sustanciosa indemnización. El resultado de la gestión fue que desde 1994 ella ha expresado en varias ocasiones su deseo de zanjar el asunto. «La palabra "violación" siempre me hace pensar en un grado de… violencia que no se dio allí —matizó en 1997—. Más bien considero que "me hizo" tener relaciones sexuales con él.»

En la primavera de 1977, Polanski era uno de los nombres más admirados del cine, gracias al éxito de *El baile de los vampiros*, *La semilla del diablo* y *Chinatown*. Tenía el problema, en cambio, de que andaba muy corto de dinero y no recibía ninguna oferta de los grandes estudios para llevar adelante nuevos proyectos. Le llegó entonces, como llovida del cielo, una propuesta de la revista francesa *Vogue Homme* para hacer un reportaje fotográfico sobre jovencitas del mundo.

El encargo (que la publicación negó haber hecho, cuando estalló el escándalo) le encantó porque resolvía sus problemas económicos y le brindaba la ocasión de conocer a hermosas adolescentes; su mayor afición, aparte del cine. Se puso en contacto con una aspirante a modelo de trece años y convenció a la madre para que le dejase fotografiarla, utilizando como reclamo un número especial de *Vogue* (revista femenina de moda muy distinta al *Vogue Homme*), que él había realizado.

Quedó con ella, sola, el 10 de marzo, para hacerle unas fotos en casa de Jacqueline Bisset. Estuvieron un rato con la actriz y sus amigos y, al ponerse el sol, propuso a la chica ir a la mansión de su colega Jack Nicholson, en la que podían apurar la sesión fotográfica, porque, por su situación geográfica, en aquella zona anochecía un poco más tarde. Ella aceptó, ansiosa por conocer al cotizado actor, que, el cineasta no se lo mencionó, estaba ausente por vacaciones, esquiando en Aspen (Colorado).

No fue difícil entrar en la vivienda (vecina a la de Marlon Brando), porque Polanski, muy amigo de Nicholson, vivió incluso en ella alguna temporada. La chica se decepcionó un poco al no poder saludar a la estrella, pero su improvisado anfitrión la compensó con champán, pastillas de Quaaludes (un tranquilizante también llamada Methaqualone, muy de moda en la época) y un remojón en el *jacuzzi*. Fotos, también hubo, pero sólo hasta que hicieron su efecto el alcohol y la droga.

A partir de ahí, las versiones de ambos protagonistas de la velada difieren mucho. Lo que está claro es que mantuvieron relaciones sexuales de distinto tipo, que Samantha Geimer era menor y que, en California, esa conducta está penada por la ley, consienta o no la interesada. «Apenas puedo recordar lo que pasó», contó esa misma noche la muchacha al denunciarlo a la policía. Al día siguiente, el director fue arrestado en el vestíbulo del Beverly Wilshire Hotel, en el que se alojaba.

El caso tenía al legendario Errol Flynn como antecedente de excepción. En 1943, dos menores, de moralidad y conducta más que dudosa, acusaron al galán de haberlas hecho el amor. Una de ellas relató cómo la invitó a su yate *Sirocco* y que una vez allí la penetró ante cada una de las escotillas de la nave. La denuncia, que ocultaba un intento de chantaje a Jack Warner, magnate de Warner Bros., estudio para el que trabajaba Flynn, fue a juicio, pero la estrella resultó absuelta.

La situación se pintaba mucho más negra para Polanski. Fue acusado de seis delitos: suministrarle droga a una menor, cometer un acto obsceno o lascivo con ella, violación mediante uso de drogas, realizar un acto sexual ilícito, perversión [*cunnilingus*] y sodomía. Entre todos, podían sumar una pena conjunta de hasta cincuenta años de cárcel. El reo invocó en su defensa que, al conocerla, la chica le dijo que tenía experiencia con el sexo, desde los ocho años, y las drogas.

El día del arresto ocurrió otro incidente. La policía fue a registrar la casa de Nicholson. Allí les recibió de mala gana Anjelica Huston, por entonces novia del actor. La mala fortuna quiso que los agentes encontraran cocaína en el bolso de la actriz, a la que también se llevaron a comisaría. Luego, ésta aceptó declarar contra Polanski, al que había pillado in fraganti con la chica la noche de autos, a cambio de que no la procesaran por tenencia de estupefacientes.

El cineasta salió libre bajo fianza de 2500 dólares. Los titulares de prensa decían: «El horizonte de Polanski está limitado al norte por su desagradable psiquis y al sur por su hiperactiva entrepierna.» En sus memorias (*Roman por Polanski*, Grijalbo, 1985) escribió: «En mis muchas premoniciones de tragedia, jamás cruzó por mi imaginación la idea de que me encerrarían en la cárcel, y mi vida y mi profesión quedarían destruidas, por haber hecho el amor.»

Atemorizado, aceptó declararse culpable de realizar «un acto sexual ilícito», o sea, de mantener relaciones con una menor, a cambio de ser exculpado de los otros cinco cargos. Su deseo fue siempre establecerse en Estados Unidos para trabajar en Hollywood. Sin embargo, siendo extranjero, una condena por un delito de inmoralidad, y los seis que se le imputaban lo eran, podía conllevar la expulsión del país, una vez cumplida la correspondiente pena. Algo que truncaría sus planes.

El juez Rittenband ordenó su ingreso en prisión para someterle a un examen psiquiátrico y comprobar que no se trataba de un «delincuente sexual con desarreglos mentales». Si bien le concedió un plazo previo de noventa días para que pudiera rodar la película *Huracán* (que al final dirigió Jan Troell) en la Polinesia francesa. Días después, la prensa publicaba unas fotos de Polanski, sonriente y rodeado de jovencitas, en la fiesta de la cerveza de Munich (Alemania).

En diciembre se presentó en la prisión estatal de Chino (California), donde pasó cuarenta y dos días en observación, convencido de que esa sería toda su pena. Su sorpresa fue que, al salir, el juez comunicó a su abogado que pensaba ordenar su reingreso en el centro por un período indefinido. Horas antes de conocerse la sentencia, le pidió algo de dinero prestado al productor Dino de Laurentiis y tomó un

vuelo a Londres. —Único destino europeo para el que quedaban plazas—, y de allí a París. —Él es ciudadano francés—, para ponerse a salvo de la extradición.

La vida nunca ha sido fácil para este sesentón que sigue cautivando a las mujeres con su cara de muchacho perverso. Nacido en París, el 18 de agosto de 1933, de familia judía polaca, regresó a su país con tres años. Su madre murió, embarazada, en el campo de exterminio de Auschwitz; su padre logró sobrevivir al campo de Mathausen, y a él, que pasó la Segunda Guerra Mundial vagando por Polonia, lo usaron unos soldados nazis como blanco humano para sus ejercicios de tiro.

En los años sesenta, Polanski alcanzó la fama con *El cuchillo en el agua*, su *opera prima*, que le enfrentó al gobierno comunista polaco y le obligó a dejar su país. En el exilio se forjó su aura de hombre marcado por la tragedia y sus obras se convirtieron en premonición de desgracias. La primera señal de aviso la dio la muerte en 1967 de la actriz Françoise Dorléac, de veinticinco años, hermana de Catherine Deneuve, que se abrasó en su coche, tras rodar *Callejón sin salida*.

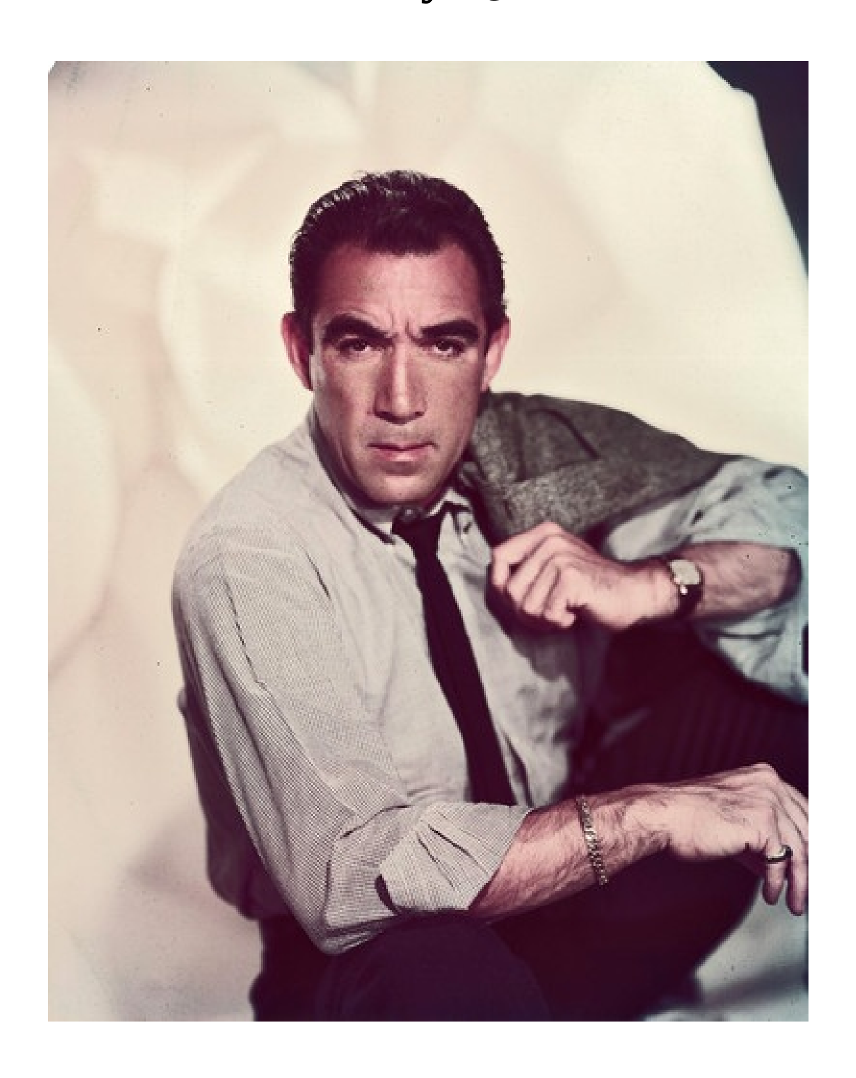
No fue mejor lo que le pasó en 1969 a su esposa, la actriz Sharon Tate, que tenía veintiséis años y estaba embarazada cuando murió, de dieciséis puñaladas, en la casa de la pareja en California, junto a cuatro amigos que la visitaban. Sus asesinos fueron un grupo de fanáticos guiados por Charles Manson, que buscaban al anterior inquilino, un productor que se negó a grabarles un disco. Tate se había casado con Polanski en 1968, después de protagonizar *El baile de los vampiros*, a sus órdenes.

El director, de viaje en Londres, había estrenado poco antes *La semilla del diablo*, sobre una joven que sufre las maquinaciones de una secta satánica y acaba alumbrando al hijo de Satanás. La carnicería ocurrida en el 10050 de Cielo Drive con Sharon Tate y sus amigos conmovió al mundo y dio lugar a todo tipo de hipótesis. La más extendida, que fueron víctimas de un rito satánico, ya que la opinión pública asociaba a Polanski con la brujería, la magia negra y las drogas.

Su huida de Estados Unidos en 1977 reforzó esta imagen tenebrosa del cineasta. Su primera cinta en el exilio, *Tess* (1978), sobre una chica violada, la protagonizó Natassja Kinski, con la que se acostaba desde que tenía quince años. «Nunca he ocultado —reconoció— que me gustan las chicas jóvenes, muy jóvenes.» En 1989 se casó con Emmanuelle Seigner, a la que lleva treinta y tres años (en realidad, es seis años mayor que su suegro), y la lanzó al estrellato en *Frenético* y *Lunas de hiel*.

Su último incidente ha sido profesional. En junio de 1996 iba a rodar *The Double* en París, con John Travolta e Isabelle Adjani. A punto de iniciar el trabajo, Travolta lo dejó todo plantado y se volvió a Hollywood, al negarse a hacer un desnudo. A Polanski no le debería extrañar, menos que a nadie, que la estrella solventase sus problemas tomando el primer avión disponible, ya que es la misma solución que él aplicó a la peor de sus pesadillas.

Anthony Quinn



La última seducción

«Odio a mi padre, al que vi miles de veces cómo golpeaba a mi madre hasta hacerle sangre y que nos pegaba a mis hermanos y a mí sin piedad ni razón», confesó Danny Quinn en agosto de 1997. Su declaración fue decisiva para que Anthony Quinn desistiera de continuar con el proceso de divorcio que le enfrentaba en un tribunal de Nueva York con su esposa Yolanda Addolori y, a cambio del silencio de su familia, aceptó un acuerdo económico con el que poner fin a sus más de treinta años de matrimonio.

El veterano actor, que tenía ochenta y dos años, había abandonado a su mujer en 1995 para irse a vivir con su secretaria, Kathy Benvin, cuarenta y seis años menor que él, con la que había tenido una niña, Antonia, en 1993. La decisión del actor provocó desde el principio el rechazo de su esposa, Yolanda, y de los hijos de la pareja, que llegaron a exigirle que se hiciera una prueba de paternidad, convencidos de que la niña no era hija suya y de que era víctima de las maniobras de una cazafortunas.

El auténtico punto de discordia para alcanzar una ruptura pacífica fue, no obstante, que Quinn se negó a satisfacer las demandas económicas de Yolanda. El patrimonio del actor, estimado en unos veinte millones de dólares, incluía casas en varios países y una valiosa colección de obras de arte y antigüedades. Lo usual hubiera sido dividirlo de modo equitativo, pero existía un contrato prematrimonial por el que ella renunció a buena parte de sus derechos en caso de separación.

Raoul Felder, el abogado de Yolanda, el mismo experto que representó a Ana Leza en su divorcio de Antonio Banderas, no se dejó impresionar y recordó que su clienta tuvo que firmar ese documento en 1965 porque era una mujer que «no tenía dinero, no sabía inglés y estaba embarazada». Aun así, no hubo acuerdo y ambas partes se enzarzaron en una batalla legal. Para cuando llegó a juicio, en 1997, Quinn ya había tenido otro niño, su decimotercer hijo, Ryan, con su nuevo amor.

Días antes de iniciarse el proceso, Danny Quinn hizo a la revista italiana *Oggi* sus escalofriantes revelaciones sobre los malos tratos que les propinaba su padre, un ser «incapaz de sentir el amor humano más elemental. —Y describió el infierno que había sido vivir con él—. Una vez me colocó con mis hermanos por orden de estatura para darnos "una lección ejemplar". Se quitó el cinturón y nos estuvo atizando con él toda la tarde. No éramos santos, pero tampoco éramos malos.»

A los nueve años presenció cómo era maltratada su madre: «Agachaba la cabeza, pero él se la levantaba continuamente tirándole del pelo. Ella tenía los ojos vidriosos y mi padre, que estaba colorado de rabia, maldecía mientras la golpeaba en las piernas, que estaban amoratadas por los cardenales. No sé lo que había hecho mi madre y aún sigo sin saberlo.» Luego le reprochaba: «Era demasiado débil, pasaba por todo como una tonta y siempre le perdonaba, caído a sus rodillas.»

«Durante años —aseguraba—, cuando era niño, soñé con matarle dándole con una piedra en la cabeza o quemándole. Nunca le perdonaré por haberme transmitido parte de su carácter.» Danny, segundo de los tres hijos que tuvo Quinn con Yolanda, es también actor y un marido violento él mismo. Estuvo casado con Lauren Holly, actriz que se divorció de él por malos tratos, antes de darse a conocer con el filme *Dos tontos muy tontos* y de casarse y separarse de Jim Carrey.

El fenómeno de pegar a las mujeres afecta también a los habitantes de Hollywood, y los astros que tienen la mano larga son bastantes más que los que cabría esperar. Diane Cilento, ex esposa de Sean Connery, reconoció que le dejó «después de que me diera con los puños en la cara». A Daryl Hannah le pasó con el cantante Jackson Browne, que alguna vez le puso un ojo morado, y Halle Berry está casi sorda de un oído por la paliza de uno de sus novios, del que no ha revelado el nombre, aunque en la época en que le pasó anduvo con Wesley Snipes, Eddie Murphy y Spike Lee.

Anthony Quinn prefirió pagar antes de que Danny repitiera ante el tribunal lo que había contado a la prensa. La vista judicial, que comenzó un lunes, con perspectivas de ser larga y penosa, se resolvió en horas. El martes por la mañana, tras la primera

comparecencia de su hijo, el actor se decidió por una resolución extrajudicial del conflicto. Los términos del trato se mantuvieron secretos, pero el abogado de Yolanda sí le aclaró a la prensa que su clienta estaba «muy satisfecha».

«Ha sido doloroso, muy doloroso», se había lamentado la estrella al escuchar las acusaciones de Danny, que apoyó de manera incondicional a su madre, lo mismo que su hermano Francesco. Su otro hermano, Lorenzo, actor y escultor, muy vinculado a España, que participó con su padre en un anuncio navideño del cava Freixenet, adoptó una postura más ambigua. «Me alegra que me pase esto cuando aún vivo y puedo defenderme; Bing Crosby, Bette Davis y Joan Crawford no pudieron», añadió Quinn.

«Yo no he abandonado a Yolanda —se quejó cuando tuvo a su hija con la secretaria—; lo que pasa es que no acepta el nacimiento de Antonia, sin darse cuenta de que ella misma se encontró hace años en la misma situación que Kathy.» Lo primero, hay que saber que Quinn conoció a su ex mujer, una veneciana veinte años más joven que él, en el rodaje de *Barrabás* (1962), en Roma. Ella trabajaba de ayudante de vestuario, le gustó nada más verla y pidió que fuera su sastra personal.

Él estaba en su mejor momento profesional y en situación de exigir. No había encarnado aún a *Zorba el griego* (1964), el personaje que le ha inmortalizado, pero había ganado dos Oscar como actor de reparto, por *¡Viva Zapata!* (1952) y *El loco del pelo rojo* (1956). Además, había alcanzado el respeto del público más exigente gracias a *La Strada* (1954), rodada también en Italia, a las órdenes de Federico Fellini. Siempre con personajes raciales, variaciones del noble bruto.

Cuando inició su relación con Yolanda estaba aún casado con Katherine de Mille, actriz e hija adoptiva del mítico director Cecil B. de Mille, autor en 1913 de la primera película rodada en Hollywood y cofundador de lo que sería la Paramount. Un matrimonio en el que Quinn se embarcó en 1937, según los rumores de Hollywood, para medrar en el cine. Si lo hizo por eso, la jugada le salió mal. Salvo porque tuvo a sus cuatro hijos mayores: Cristina, Catalina, Duncan y Valentina.

En la primera entrega de sus memorias, *El pecado original* (Pomaire, 1973), el actor reveló su decepción al descubrir la noche de bodas que Katherine no era virgen. «Me sentí traicionado, estafado, engañado», explicaba. Su rabia fue tal que no dudó en abofetear a la muchacha; una reacción brutal que avala las acusaciones de malos tratos hechas contra él años más tarde. La recién casada huyó aterrada de su lado y esa noche tomó un tren para solicitar un divorcio rápido en Reno.

Quinn reaccionó a tiempo. «¿Qué demonios tiene que ver un pequeño tejido roto en la vagina de una mujer con el hecho de que uno la acepte o no?», se justificaba en el libro. Salió detrás de ella en coche, alcanzándola en una de las paradas del trayecto. Lo que jamás digirió fue que Clark Gable había sido uno de los amantes que tuvo ella antes de casarse. En vida del galán no le soportó y tras su muerte, en 1960, se obsesionó con que su fantasma andaba tras él.

Su unión con Katherine comenzó mal y acabó por malograrse con la muerte de su

primer hijo, Christopher, del que Quinn no habla con nadie, ahogado a los tres años en una piscina. Desde la desgracia, su esposa (fallecida de Alzheimer) se entregó al estudio de las religiones. Se divorciaron en 1965, tras casi treinta años de matrimonio infeliz. Un año más tarde se casó con Yolanda Addolori, con la que ya tenía dos hijos (Francesco y Daniel) y que esperaba un tercero, Lorenzo.

En unas memorias que publicó en la revista *¡Hola!* en marzo de 1995, Quinn desveló cómo se dio cuenta de que la amaba. Fue viajando en coche por Cádiz, en España. Tuvo un retortijón y paró en el campo para evacuar, tan aprisa, que se olvidó de coger papel. Justo cuando lo necesitaba, surgió ella, previsora. «En ese instante, me enamoré, porque me aceptó en un momento que era, a la vez, desgraciado, ridículo y poético. Quizá de los más asombrosos de mi vida. Y además me solucionó el problema.»

En la segunda parte de sus memorias, *One Man Tango* (Harper, 1996), Quinn repasa su debilidad por las mujeres y sus muchos romances, entre otras, con Rita Hayworth, Carole Lombard y Maureen O'Hara. Hace mención, además, a cómo intentó seducirle el director George Cukor, uno de los homosexuales más famosos de la meca del cine. Le invitó a cenar y después de tomar unas copas empezó a acariciarle un muslo. «No sabía si pegarle o sentir lástima por él», se sinceraba.

Llama la atención el triángulo amoroso que sostuvo con Ingrid Bergman y con su hija mayor, Pia Lindstrom. «Pia me preguntaba todo el tiempo sobre su madre: "¿Hace esto?" "¿Y esto?"; pero el decoro me impedía responderle», resaltó. El complicado romance coincidió con el rodaje de *La visita del rencor* (1964); o sea, que Ingrid Bergman estaba casada con el productor sueco Lars Schmidt y él esperaba su segundo hijo de Yolanda y aún no se había divorciado de Katherine.

Durante sus años de matrimonio con Yolanda tuvo tres hijos más fuera del matrimonio, con diferentes amantes. Dos, Alexander y Sean, con la alemana Friedel Dunbar, y uno más, Mathieu, con la actriz francesa Agnes Delarive. Estos hijos, casi desconocidos para el público, son los que menos se le parecen físicamente. En 1996 se dolía de que hablaba por teléfono y se carteaba con su hijo francés, pero que la madre no le había dejado aún conocerle en persona. En diciembre de 1997 acabó casándose con Kathy Benvin.

El carácter explosivo de Quinn, que nació en Chihuahua (México), es consecuencia de la mezcla de la sangre mexicana de su madre e irlandesa de su padre, que abandonó a su familia varias veces, para reaparecer tan por sorpresa como se iba. El actor le adoraba y parece haber seguido su ejemplo. Su gran pena es que sus trece hijos (con cincuenta y seis años de diferencia entre la mayor y el menor) no le querrán como él a su padre; aunque les dio apellido y, según él, se preocupó siempre de ellos.

No era de la misma opinión Francesco Quinn, el mayor de los chavales que tuvo con Yolanda, indignado por el modo en que se comportó con su madre durante el divorcio: «Mi padre es la clase de hombre que te considera su mejor amigo mientras

estás de acuerdo con él. Es vergonzoso cómo trata a mi madre, disputándole cada centavo. Ella ha estado a su disposición más de treinta años, no tiene trabajo ni ingresos. ¡Por Dios!, que le permita vivir su propia vida, que le deje su dignidad.»

Julia Roberts



Todos dicen I Love You

Las invitaciones estaban enviadas, los trajes elegidos, la tarta encargada y los padrinos listos, pero la marcha nupcial no sonó el 14 de junio de 1991 en el plato 14 de la Twentieth Century Fox. La boda de la década, entre Julia Roberts y Kiefer Sutherland, con un presupuesto de 500 000 dólares, se había suspendido tres días antes. Bastó una llamada telefónica por la que Elaine Goldsmith, representante de la actriz, avisó al novio de que su prometida acababa de plantarle.

«Hubiera cometido el mayor error de mi vida —justificó ella más tarde—. No estaba preparada para casarme ni Kiefer tampoco.» El actor no mereció ni siquiera una explicación y tuvo que ir enterándose por la prensa, como el resto de los mortales, de lo que estaba ocurriendo; porque Julia se negó a hablar con él y no le devolvió las llamadas telefónicas. Cada uno de ellos vivió de modo muy distinto el día que deberían haber estado prometiéndose fidelidad y amor eternos.

El novio dedicó la jornada a sacar sus cosas de la casa que había compartido la pareja. —Propiedad de Julia— y luego, a última hora, echó unas partidas de billar, pasatiempo que le encanta. Ella disfrutó de esas horas con el actor Jason Patrie, en cuyo apartamento había dormido la noche anterior. El día 15 de junio, la actriz inició, según lo previsto, su luna de miel, sólo que con su nuevo amigo. Fueron a Irlanda,

donde se alojaron en la propiedad de campo del músico Adam Clayton, del grupo U-2.

Para completar el cuadro, hay que aclarar que en mayo de ese año, días después de que Julia y Kiefer hubieran anunciado su boda, el diario inglés *The Sun* y el semanario *National Enquirer*. —Ambos sensacionalistas— publicaron una entrevista con una tal Amanda Rice, bailarina de *striptease*, que contó que llevaba varios meses saliendo con el actor y aportó fotos junto a él en Disneylandia para demostrarlo. Hacía, además, comentarios humillantes sobre intimidades de su competidora.

Al parecer, Kiefer se quejaba de que Julia era «en la cama, fría como un pez» y de que hacerle el amor era como acostarse con un «cadáver». La actriz estaba, según Amanda, obsesionada con su cuerpo, que no le gustaba. Un comentario que encajó con la exigencia de la estrella de emplear dobles de cuerpo para sus desnudos de *Pretty Woman*. Puso como razón los escrúpulos religiosos y familiares, pero muchos creen que la causa pudo ser que sus piernas resultan muy delgadas y su busto escaso para el gusto de sus compatriotas.

Se han buscado toda clase de explicaciones a la ruptura del compromiso. Unos pusieron el énfasis en el juego de dobles parejas, Kiefer-Amanda y Julia-Jason, en el que se enzarzaron. Otros lo achacaron a los celos del novio, incapaz de soportar que su futura mujer cobrara más y fuera más famosa que él. La interesada responsabilizó en *Entertainment Weekly* (22 de noviembre de 1991) de lo ocurrido a la infidelidad con Amanda Rice. Persistía una duda: ¿por qué tardó tanto en reaccionar?

Su razonamiento en la entrevista era que, al principio, optó por tragarse su orgullo, pero que luego se dio cuenta de que «todo se había tornado en un chiste enorme y que ya nada iba a ser respetable, honesto y sencillo, como pudo haber sido». Hay otra explicación, la que da Aileen Joyce en *Julia: The Untold Story of America's Pretty Woman* (Pinnacle, 1993); la mejor biografía que se ha publicado sobre la estrella y la obra que mejor ayuda a comprender el fenómeno Julia Roberts.

«No supo. —Deduce Joyce— hasta que lo leyó [en *National Enquirer]* que Kiefer había divulgado detalles íntimos de su vida en común, como las inseguridades sobre su cuerpo… Para entonces, es probable que a Julia no le importara si Kiefer se había acostado o no con Amanda Rice. Lo que contaba para ella es que la había desnudado y traicionado… qué mejor venganza que humillar a Kiefer en público, no sólo dejándole ante el altar, sino largándose del brazo de un nuevo y apuesto amante.»

La pareja se había enamorado en el invierno de 1989, en el rodaje de *Línea mortal*. Nada nuevo en ella, una novata con fama de liarse con sus colegas, como había hecho antes con Liam Neeson en *Satisfaction* y con Dylan McDermott en *Magnolias de acero*. Kiefer, un joven valor en alza y mucho más famoso que ella entonces, tenía reputación de bebedor y pendenciero, pero era un hombre casado, desde 1987, con Camelia Kath, trece años mayor que él, con la que tenía una hija, Sarah, y compartía una hijastra.

El actor es hijo de Donald Sutherland, aunque ha tenido poco contacto con su padre, que se divorció de su madre cuando él tenía cuatro años, para irse a vivir con Jane Fonda, de la que se enamoró filmando *Klute*. Kiefer, que solicitó el divorcio de Camelia para irse con Julia, relanzó su carrera, después del abandono de ésta, con el éxito de *Algunos hombres buenos* y se consoló, entre otras, con Amanda Rice, la chica Bond Maryam D'Abo y Kelly Winn, con la que acabó casándose en 1996.

Durante los meses que duró su noviazgo con Julia Roberts, ésta pasó de ser una actriz popular a convertirse en la mayor estrella femenina del cine de los noventa. Kiefer la acompañó sonriente y orgulloso la primera vez que optó al Oscar, por *Magnolias de acero*, pero se le hizo muy duro encajar que al año siguiente volviera a competir por el galardón con *Pretty Woman*. Se quejaba, según desveló Amanda Rice, de que esa película hizo de ella una auténtica «princesa de hielo».

La meteórica ascensión de la actriz reflejó la tragedia de una nueva generación de actores, que alcanzaron el éxito demasiado jóvenes y no siempre debidamente preparados para soportar las enormes presiones que supone el estrellato. Eso explicó su derrumbe emocional, del que tardó casi dos años en recuperarse; el colapso nervioso que obligó a Winona Ryder a abandonar el rodaje de *El Padrino III* (1990) en Roma, y la sorprendente muerte de River Phoenix por sobredosis de droga.

La desilusión de Kiefer no fue, con todo, única en la historia reciente del cine. Demi Moore, por ejemplo, dejó a Emilio Estévez con las invitaciones de boda ya enviadas. El hermano de éste rompió su compromiso —anillo de diamantes incluido — con Kelly Preston, actual señora de Travolta, por la actriz porno Ginger Lynn. Robin Wright, en fin, hoy casada con Sean Penn, tenía hasta el traje de novia comprado cuando Dane Witherspoon, compañero suyo en la teleserie *Santa Bárbara*, se arrepintió en el último instante.

Si la espantada de Julia fue incomprensible y jamás bien explicada, no menos misterioso fue lo que ocurrió en los meses posteriores. La actriz no sólo dejó colgado a un futuro marido al irse a Irlanda, también obligó a reajustar el rodaje de *Hook, el capitán Garfio*, filme de Steven Spielberg en el que era el hada Campanilla. Lo acabó a su regreso, a duras penas y por los siete millones de dólares que iba a cobrar, más de lo que había ganado con todos sus trabajos anteriores juntos.

No volvió a ponerse ante la cámara entre agosto de 1991, que acabó con *Hook, el capitán Garfio*, y mayo de 1993, en que comenzó a filmar *El informe Pelícano*. Salvo una aparición muy breve, haciendo de ella misma. —Lo que llaman en inglés un *carneo*— en *El juego de Hollywood*, cinta en la que salía también el cantante de música *country* Lyle Lovett, diez años mayor que ella, con el que se casó por sorpresa el 27 de junio de 1993, poco después de su regreso a la actividad profesional.

De nuevo hubo multitud de hipótesis sobre el motivo de unas vacaciones tan largas en su mejor momento profesional. Se especuló con que padecía anorexia u otro mal desconocido, con una posible dependencia de las drogas, con pánico insuperable a que su siguiente película fracasara en taquilla y hasta con una depresión profunda.

Esos meses son un enigma similar al de aquellos famosos días que pasó Agatha Christie desaparecida; secreto que la escritora policíaca jamás desveló.

La estrella tampoco dio mayores explicaciones sobre el particular. Por el contrario, se mostró siempre evasiva cuando se le preguntaba por esa etapa de su existencia. «Mi trabajo es actuar —puntualizó—, no aclarar cosas ni rellenar los puntos suspensivos tras los síes, peros, porqués y cornos de mi vida… Estoy segura de que no he hecho nada malo y de que no tengo nada que esconder.» Entre otras actividades, rompió con Jason Patrie para vivir un romance con el mujeriego Daniel Day-Lewis.

En el capítulo de los desequilibrios personales ha jugado un papel importante su familia. Nacida el 28 de octubre de 1967 en Atlanta, en el Estado sureño de Georgia, quedó marcada por el divorcio de sus padres cuando tenía tres años. Se crió en Smyrna (Georgia) con su madre, su padrastro, su hermana —Lisa— y su hermanastra —Nancy—. Su hermano Eric, once años mayor que Julia, creció, en cambio, con su padre, que murió de cáncer cuando ella contaba diez años y cuya falta nunca ha superado por completo.

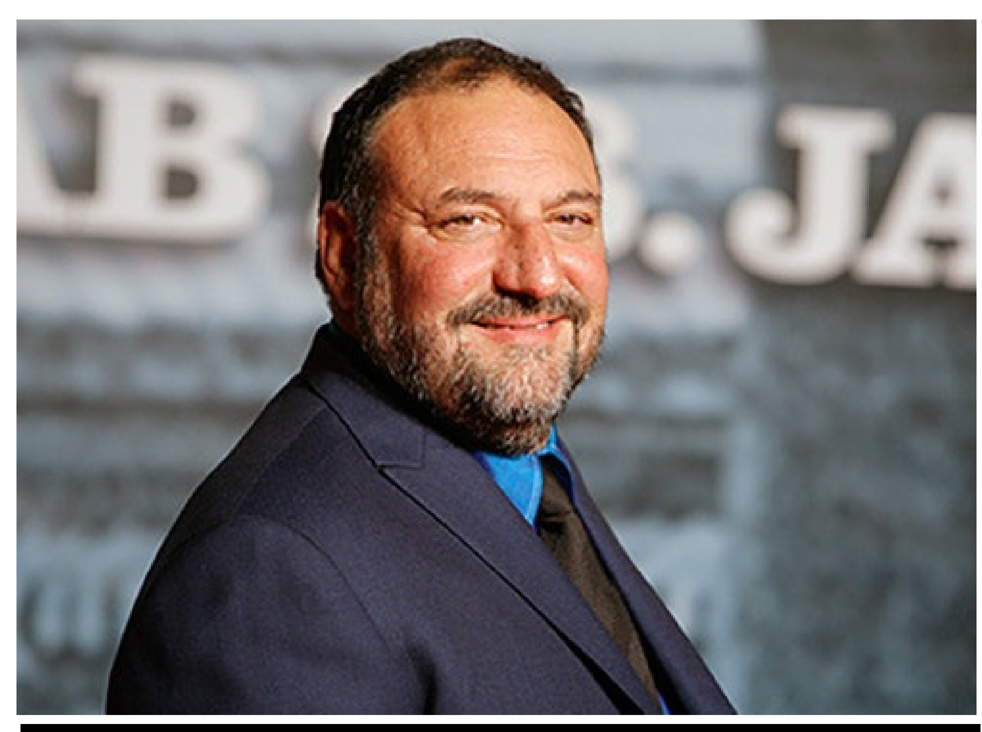
Eric estudió en la prestigiosa Royal Academy of Dramatic Art de Londres y fue el primero de los Roberts que se hizo un nombre en Hollywood. Se dio a conocer con *Star 80* y optó al Oscar por *El tren del infierno*. Sus hermanas Lisa y Julia se iniciaron en la interpretación gracias a él, que le buscó a ésta su primer papel en el cine, en la olvidable *Blood Red* (título español en vídeo, *En defensa propia*), como hermana suya, también en la ficción. Lo triste fue que la ascensión de Julia coincidió con el declive de él.

El mayor de los Roberts no habla con su madre desde que se enfrentaron legalmente por el testamento paterno. Además, se destrozó la cara en un accidente en 1981. Por si fuera poco, tiene problemas de alcohol y drogas, y le han detenido varias veces. Rompió con su novia, Kelly Cunningham, en 1991, tras una riña doméstica, y Julia pagó a un abogado para que Kelly conservara la custodia de su sobrina Emma. En 1995, Eric fue detenido de nuevo por pegar a su esposa, Eliza.

A Julia tampoco le ha ido bien en amores. El 28 de marzo de 1995 anunció su separación de Lyle Lovett. En los veintiún meses que duró su matrimonio, que no tuvo luna de miel, nunca llegó a vivir con su marido y sólo le vio siete semanas en los ocho primeros meses de casados. En contra de la versión oficial, la pareja no se había conocido rodando *El juego de Hollywood*, en el verano de 1991, sino tres semanas antes de la boda. Su sueño de infancia de formar una familia se desvaneció.

Su carrera, que alterna fiascos y éxitos, sigue una trayectoria imprevisible y hace tiempo que interesan más sus romances que su trabajo. Lo que no ha perdido es su sentido del humor y aún bromea sobre esta circunstancia. «Lo más encantador de mi vida sentimental es que no me obliga a salir de casa —ha dicho—. Todo lo que tengo que hacer es limitarme a leer la prensa.» Es de desear que la buena noticia de un día no muy lejano sea que ha hallado, al fin, la felicidad.

Joel Silver / Don Simpson





Mentes peligrosas

El rumor es el deporte más practicado en la meca del cine, y los campeones locales de la especialidad, los mejores del mundo, tuvieron que emplearse a fondo en 1993. En enero, la revista *Los Angeles* publicó en su sección de anuncios por palabras la primera de varias misivas tan misteriosas como provocadoras que se calcula le costaron a su autor unos nada despreciables miles de dólares y que despertaron, de inmediato, la curiosidad morbosa de toda la comunidad cinematográfica.

El personaje anónimo se presentaba como un «chico malo y rico de Hollywood» que odia «la idea de que los humanos sean monógamos por naturaleza» y busca a

«una mujer exótica y especial para ser la estrella de mi película personal». En el segundo anuncio daba pistas sobre él («en los cuarenta, de 1,75 metros y 75 kilos»), su carrera («cineasta con numerosos taquillazos») y sus objetivos («busca cómplice en el crimen socio-psico-sexual… una artista con el corazón de una fuera de la ley»).

El suspense sobre la identidad del anunciante alcanzó niveles de interés insospechados y todos en la ciudad tenían su propio candidato para resolver el enigma. Olvídense de cuestiones nimias como «¿Atrapará el Dr. Kimble al manco en *El fugitivo*?», «¿Quién disparó a J. R. en *Dallas*?» o «¿Quién asesinó a Laura Palmer en *Twin Peaks*?». Ésas eran preguntas de ficción y esto era la vida, con personajes de carne y hueso proclamando que iban a transgredir las reglas.

Como en los mejores enigmas, jamás se llegó a descubrir quién insertó aquellos textos en las páginas del mensual *Los Angeles*. Los indicios, no obstante, colocaron en cabeza de los candidatos a los dos productores de más éxito, a la par que más odiados, del momento: Joel Silver y Don Simpson. Ambos negaron la imputación, pero nadie les creyó. Lógico, con las reputaciones que se habían forjado después de llevar años campando por sus fueros en el universo del celuloide.

Sus nombres pueden no resultar familiares al público, pero no ocurre otro tanto con sus filmes. Joel Silver fue el artífice de *Depredador, Límite: 48 horas, Arma letal, La jungla de cristal* y de todas sus lucrativas secuelas. Don Simpson hizo otro tanto con *Flashdance, Top Gun/ídolos del aire* y *Superdetective en Hollywood* con sus continuaciones. Lo malo es que no sólo se les conocía por sus obras en la pantalla. Sus vidas privadas eran tan desmedidas como sus trabajos.

Ambos blancos, judíos, solteros, mujeriegos y, con tales éxitos de taquilla, miembros de «El Club»; ese grupo selecto que controla las industrias del cine y la televisión, descrito magistralmente por Paul Rosenfield, el veterano cronista de espectáculos del diario *Los Angeles Times*, en *The Club Rules* (Warner/Dove, 1992). Sus componentes son esos privilegiados a los que les basta con el nombre para conseguir las mejores mesas en los locales de moda y, mucho más difícil, para lograr que cualquier jefe de estudio o estrella respondan a sus llamadas de inmediato.

«El Club es atractivo. —Aclara Rosenfield—, porque no se basa sólo en los contactos, el poder o el estilo, sino en una mezcla de todo eso, y prefiere mantenerse en la sombra. No es un inframundo, sino un supramundo, misterioso e inexplorado. Lo integran personas que al salir por la puerta cada mañana no ven el mundo como el resto de los mortales.» Entre otras cosas, porque gozan de inmunidad para actos que a cualquier semejante le acarrearía muchos problemas o incluso la cárcel.

El único pecado imperdonable en «El Club» es el fracaso. El resto, incluidos comportamientos aberrantes en público y en privado, no se consideran más que faltas veniales. Los casos de Silver y Simpson, que sacaron provecho a fondo de todos los privilegios de su condición, han sido buenos ejemplos de ello. Sus conductas eran tan notorias que hubo pocas dudas a la hora de asignarles la autoría de los famosos anuncios. Sin desechar buenas dosis de envidia e inquina en los que les señalaban.

Joel Silver, nacido en 1956, en Nueva Jersey, no ha tenido prácticamente competidor como la persona más aborrecida de la actual meca del cine, un lugar lleno de gente cargada de enemigos. «Sus filmes han hecho más de mil millones de dólares —observaba la revista *Premiere* en diciembre de 1990—. ¿Por qué es, entonces, el tipo al que Hollywood prefiere odiar?» En sus trece años de profesión le habían vetado en Paramount, despedido de Universal y duró un mes como vicepresidente de PolyGram.

¿No parece suficiente? Además, le llamó «peluquero estúpido» a la cara a Jon Peters, porque fue propietario de una cadena de salones de belleza antes de ser copresidente de Columbia. Su arrogancia le ha dado enemigos a su medida. Un magnate resentido acuñó una frase, ya clásica, que es como un *mantra* para sus detractores: «Si Joel Silver hubiera estado por aquí durante la Segunda Guerra Mundial, Hitler no hubiera parecido tan malvado.» Otro ejecutivo se quejaba de que siempre: «Miente, miente, miente.»

Su relación de amor-odio con la industria se refleja en las veces que le han ridiculizado en la pantalla. Por ejemplo, el productor al que hieren en *Grand Canyon, el alma de la ciudad* y el que compra la cocaína en *Amor a quemarropa* se inspiraron en él. La trama de *El factor sorpresa* (1994) recuerda su vida y el protagonista, esclavo de un productor, parece un retrato de Alan Schechter, antiguo ayudante de Silver, que contó en *Premiere* (diciembre de 1992) su propia experiencia como su esclavo laboral.

El mismo no se ha resistido a autoparodiarse. Puede vérsele al principio de *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*, dando vida a un cineasta gritón y megalomaníaco que podría haberse generado en la peor de las pesadillas. Los que le conocen comentaron al verle que el retrato era aún muy suave comparado con el original. Por ejemplo, una de sus historias para divertir a sus amigos es que al fallecer su madre, ante su cadáver, miró la hora y exclamó: «Mi reloj se ha parado o estás muerta.»

Con todo, sus logros durante la década de los ochenta y, en menor medida, los noventa fueron impresionantes. Al menos, desde el punto de vista comercial. Fue uno de los primeros que incorporó la violencia tipo tebeo al cine de acción. —Con su humor irónico— y que diseñó sus películas no sólo para hacer buenas recaudaciones, sino para ser taquillazos. Les dio, además, el espaldarazo estelar a Mel Gibson, con *Arma letal* y sus secuelas, y a Arnold Schwarzenegger, con *Depredador*.

Hombres así van acompañados por mujeres explosivas. En eso no tiene nada de excepcional. Julia Phillips, productora de *El golpe*, lo corroboró en sus memorias *You’ll Never Eat Lunch in this Town Again* (Mandarín, 1992): «Joel era un patán gordo al que le gustaba decorar su mesa en Morton’s con chicas que parecían busconas de medio pelo», haciendo la apostilla de que «les hacía ganarse el dinero. —Su actitud con las damas se resume en su frase—: En cuanto me corro, se van.»

Le han acusado de todo, incluso de inflar los gastos de sus cintas cargando sueldos de empleados ficticios para sacar dinero extra. En cambio, a nadie le ha

importado cómo trata a las mujeres en la pantalla: «Sólo las uso desnudas o muertas.» Lo que lleva a la duda inicial. ¿Puso el controvertido anuncio? «Llevo dos años saliendo con la misma chica —respondió a la prensa— y no tengo intención de que eso cambie. La verdad, la gente me ha llamado para preguntarme si no sería Don Simpson.»

Le pasó la patata caliente a su colega, y lo mejor es que éste era uno de los pocos individuos de la industria que tenía una buena opinión suya. «Vivimos en una ciudad en la que la mayoría de la gente va llena de mierda, bailando a través de la nada. —Había diagnosticado Simpson—; pero Joel, siendo muy extremo, es honesto emocionalmente, y yo valoro eso en un ser humano.» No se puede decir que Joel le decepcionara. Le apuñaló, pero de frente; ¿puede pedirse más en Hollywood?

Silver era competidor de Simpson y de su socio Jerry Bruckheimer, uno de los raros tándems de producción que se han dado, con triunfos del calibre de *Flashdance*. —Que marcó un estilo en los ochenta—, *Top Gun/ídolos del aire*. —Que elevó al estrellato a Tom Cruise—, *Superdetective en Hollywood* — que dio el espaldarazo a Eddie Murphy— con sus dos secuelas, *Dos policías rebeldes*, *Mentes peligrosas* y *La Roca*. Se calcula que sus filmes han dado. —Con vídeos y bandas sonoras— una cifra próxima a 3000 millones de dólares.

«Parece como si alguien quisiera tomarme el pelo», fue la respuesta del orgulloso Simpson sobre si era el autor del texto publicado en *Los Angeles*. La incertidumbre sobre si lo hizo realmente no se resolverá jamás, porque el productor con peor fama del Hollywood de hoy apareció muerto, sentado en el retrete de su mansión, el 19 de enero de 1996, a los cincuenta y dos años. No se suicidó, como se pensó al principio. La autopsia reveló que había sufrido un ataque cardiaco por sobredosis de drogas.

Su cadáver parecía un depósito de estupefacientes. Junto a la habitual cocaína, había distintas cantidades de Unisom, Atarax, Vistaril, Librium, Valium, Compazine, Xanax, Desyrel y Tiran, entre otros productos. Ironías del destino, murió con un ejemplar en las manos de *You'll Never Make Love in this Town Again* (Dove, 1995), libro cuyo título. —*Nunca volverás a hacer el amor en esta ciudad*— parafraseaba el de las memorias de Julia Phillips. —*Nunca volverás a comer en esta ciudad*.

La obra, publicada al calor de la detención de la «*madame*» Heidi Fleiss, recoge recuerdos de prostitutas que trabajaron para ella. Una, que usa el seudónimo de Tiffany, le atribuía prácticas sádicas de gran brutalidad a Simpson. Fue su lectura, según los siempre caritativos chismorreos de Hollywood, lo que le provocó la muerte, ante la impresión de verse descubierto en público. Otros sostienen que lo que leía al morir era una no menos peligrosa biografía de Oliver Stone.

«Yo no hago el amor: follo», había puntualizado una vez. Es obvio que hacía mucho más. Cliente habitual de las dos grandes alcahuetas de la meca del cine, *Madame* Alex y Heidi Fleiss, que le apodaba cariñosamente «mi esquimal», porque era natural de Alaska. Ellas le proveían de chicas. A Tiffany le puso unas cintas de vídeo con entrevistas a actrices, que se acababan acostando con él para conseguir un

hipotético papel que les había prometido. «Estoy segura. —Escribe Tiffany— que ninguna sabía que la estaban grabando.»

Le enseñó otra cinta en la que se veía a una prostituta torturando a otra, bajo sus órdenes. Por ejemplo, describe, entre cosas peores, cómo le metieron la cabeza en un retrete orinando sobre ella. «Lo que Don y la *dominatrix* le hicieron a aquella muchacha debería haberlos llevado directos a prisión —se lamentaba la autora—; en cambio, acabó en su colección de vídeos.» Vicios que sólo puede permitirse alguien que como él murió con una herencia de unos 50 millones de dólares.

Sus amigos ignoraron las imputaciones, que alguna de sus secretarias habría suscrito. Mónica Harmon, una de ellas, le llegó a demandar, sin éxito, por cinco millones de dólares, acusándole de abusos verbales —la llamaba «mierda estúpida» y «cerebro de basura»—; de obligarla a limpiar los restos de cocaína de su oficina; de mostrarle vídeos porno, y de tener que buscarle prostitutas. Don Simpson había dicho: «El éxito es la peor de las drogas.» El tiempo acabó dándole la razón.

Sylvester Stallone



Me gustan los líos

«Si una imagen vale más que mil palabras —le dijo Sylvester Stallone a Brigitte Nielsen—, esta fotografía vale por un diccionario completo.» Era diciembre de 1984, ambos habían coincidido en Nueva York y la modelo danesa, de veintiún años. —Diecisiete menos que él—, le había enviado al actor, al que admiraba desde niña, su foto muy ligera de ropa. Él apreció el regalo en sus justas medidas y hubo boda el 15 de diciembre de 1985. Diecisiete meses más tarde, protagonizaron el divorcio más humillante del cine.

«Se publicaron cosas que nunca hubiera podido imaginar —se lamentó él—. Ridiculizaron mi vida y la convirtieron en un circo. He pasado mucha vergüenza y he sufrido mucho… Después me di cuenta de que no había hecho nada de lo que tuviera que avergonzarme… Cuando la prensa describe extrañas escenas de sexo, pienso: "Vamos, si hubiera sido tan maravilloso, no nos habríamos divorciado."» ¿Qué sería eso que hizo flaquear al hombre que dio vida en la pantalla a *Rocky* Balboa y a John «Rambo», los héroes americanos más populares de los ochenta?

Quizá que su ex esposa le acusara de ser tan aburrido «como ir de excursión a una iglesia. —Después de que él había afirmado—: Es posible que nunca llegue a encontrar otra mujer tan fantástica como Brigitte Nielsen» y «Es la mujer más bella y buena que he conocido». O, más bien, que se cuestionara su hombría, no por su impericia amatoria, que también se insinuó, sino porque en el colmo de las ironías el actor más macho de Hollywood habría estado casado casi dos años con una lesbiana.

Los rumores apuntaban a que Gitte, como llaman los íntimos a Brigitte, mantenía

un romance con su secretaria particular, Kelly Sahnger, ex camarera a la que conoció en un estudio de danza poco antes de casarse y de la que se hizo inseparable. Su afecto por ella la llevó a pagarle algo tan íntimo como una intervención de estética para agrandarle los senos. Le regaló, además, entre otras muchas cosas, un coche; cuyo importe cargó, sin embargo, a la cuenta de Stallone.

La parte más audaz de esta hipótesis fue que el actor no sólo no desalentó las equívocas relaciones de su cónyuge, sino que las animó para satisfacer su fantasía sexual de ver a dos mujeres haciendo el amor. Todas las partes negaron la historia surgida a partir de testimonios de ex guardaespaldas del astro y antiguas amigas de Kelly. Lo malo es que Gitte se defendió hablando de sus supuestos amantes masculinos, algo que no hizo sino añadir un nuevo motivo de vergüenza a su ex marido.

La presunta debilidad de éste por el sexo a tres bandas ha dado que hablar, al menos, dos veces más desde entonces. La primera, en 1993, cuando un antiguo miembro de su equipo de seguridad filtró a la prensa unas grabaciones con llamadas telefónicas hechas a la casa del actor por Naomi Campbell, veinticuatro años más joven que él y, por entonces, su amante. La periodista Lesley-Ann Jones recogió su escabroso contenido en *Naomi* (Vermilion, 1993), biografía de la modelo.

En una de las cintas, la muchacha se queja del trato que le da su galán y amenaza con un suicidio que recuerda mucho al número que le montó a Joaquin Cortés en las islas Canarias (España) en 1997. «Me tomaré un maldito bote entero de Valium, —le dice a un guarda que le ruega, asustado, que no lo haga, a lo que ella responde—: ¡Oh, no se preocupe! Lo he hecho antes y siempre me cogen a tiempo.» Luego se escucha cómo habla con Stallone, que se va animando y afirma: «¡Haces las mejores mamadas del mundo!»

Más adelante, menciona que los dos tomaron parte en un *ménage à trois*, y Naomi le contesta, entre risitas nerviosas: «¡Oh, Sly [diminutivo de Sylvester], eres tan malo!» Lesley-Ann Jones da por cierto que el triángulo erótico lo completaba su novia oficial, la modelo Jennifer Flavin, madre de su hija Sophia. —Nacida en 1996 —; con la que acabó casándose, por sorpresa, el 17 de mayo de 1997, después de haberle soportado un sinfín de infidelidades, desde que se conocieron en 1989.

La prensa llamó al incidente Slygate, en recuerdo al Watergate, el escándalo político que obligó a dimitir al presidente Nixon. La guinda la pusieron los abogados de la estrella, que iniciaron acciones contra Richard Johnson, el columnista del diario *New York Post* que difundió fragmentos de las cintas, porque éstas se grabaron y obtuvieron de forma ilegal. No se dieron cuenta, en cambio, que al hacer eso estaban confirmando la autenticidad de las grabaciones.

El nombre del musculoso divo se vio mezclado de nuevo con prácticas de sexo en grupo en el libro *You'll Never Make Love in this Town Again* (Dove, 1995); memorias de cuatro chicas que en otro lugar llamarían prostitutas, pero que en Hollywood etiquetan con el término MAW, abreviatura de la frase hecha «Model, Actress or

Whatever» («modelo, actriz o lo que sea»). La clave está en esa «W», que lo mismo puede ser la inicial de lo que sea (*whatever*) que de camarera (*waitress*) o de puta (*whore*).

Una de esas MAW, llegadas a la meca del cine con el sueño de triunfar pero que acaban haciendo *whatever* para sobrevivir, apodada Liza, reproduce un chisme muy explícito sobre los gustos del astro. «Una amiga, próxima a *Madame* Alex [la famosa alcahueta], me habló de un par de prostitutas alquiladas por Sylvester Stallone, que pagaba de 10 000 a 15 000 dólares por noche a cada chica. Ambas, una rubia y otra morena, a las que conozco, solían visitar su casa.»

«Las hacía sentarse sobre una tarima de plexiglás montada sobre su cama —relataba Liza—. Luego, él se echaba en el lecho a mirar y les decía que hicieran el amor entre ellas y que miccionaran y defecaran la una sobre la otra. Él se la meneaba mientras las observaba. Éste es el tipo de cosas malsanas que ocurren cada noche en Hollywood.» Cada nuevo testimonio pone más en cuestión esa imagen de virilidad de una pieza que lleva vendiendo el actor desde que comenzó en el cine porno.

Antes de ser famoso, le tocó hacer de todo. Desde limpiar la jaula de los leones de un circo. —Que más de una vez le orinaron encima— a una película pornográfica llamada *Party at Kitty and Stud* y retitulada luego *Italian Stallion* (1970); o sea, «El semental italiano». Quizá no hubiera salido de ahí si no hubiera topado con Sasha Czack, una acomodadora de cine que llegó a tener varios empleos, trabajando de sol a sol, para mantenerle mientras él escribía guiones y probaba suerte como actor.

En correspondencia, cuando se hizo multimillonario, a cada nuevo éxito cambiaba de amante, casi siempre modelos esculturales o *whatever*. Tras *Rocky* se fue a vivir con Joyce Ingalls; tras *Rocky II*, con Susan Antón. —Justo antes de salir con Dudley Moore—, y así hasta que se cansaba de ellas y volvía a casa; con su mujer y los hijos del matrimonio: Sage. —Nacido en 1976— y Seargeoh. —En 1979—, al que en 1983 diagnosticaron autismo, una deficiencia psíquica grave que aísla al individuo en un mundo propio.

A cada abandono, Sasha presentaba demanda de divorcio en el juzgado, que luego retiraba. Hasta que a la tercera fue la vencida y en 1985 la ruptura fue definitiva. Se ha especulado mucho sobre el dinero que recibió ella. Parece seguro que, en un acuerdo preliminar, se llevó doce millones de dólares, la mitad de la fortuna de su esposo. Luego se enfrentaron por lo que le correspondía de los cabos sueltos y, en la confusión, se han dado las cifras más dispares como cantidad definitiva.

Brigitte Nielsen, la Gran Danesa, como se la apodaba, se cruzó en su vida justo durante el interminable divorcio y no le fue difícil rendir la posición. Le conoció en diciembre de 1984, en febrero de 1985 se había instalado en su casa y para julio, después de rodar *Rocky IV*, en la que él le dio un papel protagonista, aceptó su propuesta de matrimonio en cuanto estuviera libre de Sasha. Entonces fue cuando se descubrió que ella también estaba casada, en Dinamarca, y que tenía un hijo.

Al conocerse las circunstancias, se armó un buen revuelo. Su marido, el músico

de *rock* Kaspar Winding, al enterarse por la prensa de los planes de su esposa, comentó: «Me imagino que deseaba mucho ser una estrella.» ¿Qué podía añadir si hacía sólo dieciocho meses de su boda, tenían un niño de dieciséis meses y se encontraba con que su mujer, a la que no veía hacía casi un año, se había prometido a otro? Esta vez, la madre de Stallone, Jackie, tenía razón: Gitte había ido directa por él.

En sus momentos más comprometidos. —Casi siempre que está fuera de la pantalla lo son— ha intervenido la buena de mamá, que tuvo veleidades artísticas y hace años que se dedica a la astrología. Se ha despachado a gusto con todas las esposas de su retoño, incluida Jennifer Flavin, añadiendo más dudas a lo que ya estaba poco claro. «Ha intentado incluso vender viejas fotos mías —ha protestado él —. Odio que haga eso. No necesita el dinero. Quiero decir: "Deja de vivir de mí y sé una madre."»

El resto de los Stallone tampoco se lo han puesto fácil. Están su hermano, Frank Jr., también actor; su hermanastra, y su padre, Frank. De éste, ha dicho que «era tan duro que le chirriaban las pelotas al andar», y que se inspiró en él para crear al terrible Rambo. El bueno de papá tuvo un tercer hijo, Dante, con ochenta años, en 1997, meses después de que hubiera nacido la última hija de Sly, Sophia, a la que hubo que operar con pocas semanas de un grave problema cardiaco congénito.

La estrella reveló en 1993 que llevaba gastados quince millones de dólares en sus parientes. «Toda mi familia se retiró el día que hice *Rocky*. —Contó—. Les compré casas a mis hermanos, mis cuñados y el cielo sabe a quién más. Un año gasté un millón de dólares en estudios para mis sobrinos y aún me siento traicionado. Me ha ocurrido un gran milagro. Hice algo digno de estima y he triunfado. Lo triste es que ellos no sienten orgullo por mí, sólo celos. Querría que se alegraran de mi éxito en lugar de sentirse atormentados por él.»

El dinero fue también su problema con Brigitte Nielsen. Escaldado del divorcio con Sasha, obligó a su nueva esposa a renunciar antes de la boda a lo que podía corresponderle si se separaban, aunque al final logró algún millón de dólares. A cambio, mientras durase su unión, recibiría 1000 dólares diarios, del todo insuficientes para saciar su afán por comprar, que se hizo legendario en Hollywood y le costó a Sly unos 750 000 dólares en diecisiete meses de matrimonio, incluida una prótesis dental para uno de sus perritos.

Cuando iban juntos, ella llevaba los pantalones y le humillaba en público. Al volver a casa, calmaba sus ofensas con duchas eróticas que fueron la comidilla de la ciudad. Stallone no es tan fiero como el Rambo del cine. Hasta el extremo de que se libró de ir a la guerra de Vietnam porque era estudiante. El pánico le impidió, incluso, casarse con Sasha de pie. «De pronto, sentí que la tierra se movía —confesó al rememorar la boda—. Mis piernas se volvieron de mercurio, y dije: "¿Perdonen, hay alguna ley sobre casarse sentado?"»

La última vergüenza fue que ya iba a reconocer en 1994 a la hija de la modelo o

whatever Janice Dickinson cuando las pruebas de paternidad confirmaron que no era suya. «La mayoría de la gente que he conocido creía que era una especie de analfabeto, mucha carne y poco cerebro… A veces, me siento ridículo; pero tengo mi dignidad y necesito respeto.» ¿Y las mujeres? «El amor es una locura pasajera. —Ha diagnosticado—. Cuando te enamoras, haces cosas que luego parecen increíbles. Pero, aun así, es maravilloso. Me doy cuenta, me miro, me digo: “Allá vas de nuevo, no puedes evitarlo.” Y es cierto, no puedo evitarlo.»

Oliver Stone



Fantasmas del pasado

«Si pudiera cambiar algo de mí, sería mi reputación», se ha lamentado Oliver Stone con su habitual tono victimista. Las buenas intenciones del director, famoso por lo mal que se lleva con la prensa, no han ido más allá de las palabras y se han visto desmentidas con frecuencia por los hechos. De todos los escándalos en los que ha estado envuelto, y no son pocos, el que más conmovió a la opinión pública fue la revelación de que había tenido relaciones incestuosas con su madre.

Dio a conocer su pecadillo, sin escatimar detalles, en su primera novela, *A Child's Night Dream* (St. Martin, 1997), de la que pretende hacer una película. En el relato, claramente autobiográfico, narraba cómo su madre le inició en el sexo, de niño. «Me observaba fijamente. —Escribió—, mientras me hacía eso a mí y yo a ella, ambos entrelazados como serpientes de deseo.» Más adelante, concluía complaciente, «qué situación más electrizante, violar todas las reglas y banderas».

A su madre, Jacqueline Goddet, ya septuagenaria, no le hizo ninguna gracia ese último capítulo del libro, titulado «*La cosa final*. —Y trató de explicar los motivos de

su hijo para incluirlo—. Está lleno de rabia, me quiere herir», se quejó en una entrevista publicada por el diario *The Washington Post*, aunque acababa reconociendo: «Estaba enamorado de mí.» Elizabeth, la segunda esposa de Stone, que se divorció de él en 1994, corroboró, en cambio, la versión de su ex marido.

Jacqueline, francesa y católica, se enamoró en París de Lou Stone, agente de Bolsa judío-norteamericano (su apellido original era Silverstein), dieciséis años mayor que ella, que había llegado a Francia en la Segunda Guerra Mundial, como oficial del ejército. La infancia de Oliver, su hijo único, estuvo marcada por dos mundos opuestos. Lou, taciturno y conservador, vivía para los negocios; Jacqueline, de carácter abierto, se hizo famosa por sus fiestas, en las que todo estaba permitido.

James Riordan describió en *Stone* (Hyperion, 1995), su documentada biografía del director, autorizada por el propio interesado, el ambiente desinhibido que reinaba en aquellas reuniones sociales organizadas por Jacqueline: «Drogas y cuerpos desnudos. La estrafalaria tribu del arte. Gente de aspecto extraño. Sexo en grupo. Hombres echándole los tejos a él. Mujeres persiguiendo a su madre.» Unas situaciones que no resultan las más apropiadas para educar a un adolescente.

«Se liberaba por completo en las fiestas —confió Oliver a su biógrafo—. Se pasaban la noche despiertos, de marcha. Había mucho sexo fuerte, pero yo me mantenía alejado de eso. Todo me parecía misterioso y no me sentía cómodo porque aquella gente me asustaba de verdad. Era como en *Drugstore Cowboy* o algo por el estilo… Había tantos tipos raros, normales u homosexuales, en Nueva York. Unos eran agradables y otros horribles, pero todos venían al apartamento de mamá.»

Más o menos por entonces, hacia 1962, recién divorciada de su marido, Jacqueline inició en el sexo a su retoño. «Tenía quince años, durante unas vacaciones en Francia, y mamá me preguntó si había probado la masturbación», ha recordado Stone. Su padre hizo también sus aportaciones a la educación de su retoño. Trató de ponerle remedio al retraimiento social que veía en él regalándole los servicios de una de las hermosas prostitutas de lujo a las que él mismo era muy aficionado.

El encuentro funcionó. «Fue genial, era una profesional, un encanto», respondió a un periodista muchos años más tarde. Tanto debió gustarle que, a pesar de haberse casado dos veces, toda su vida ha seguido recurriendo a prostitutas, algo que nunca ha negado. Si hay que buscar experiencias traumáticas que le hayan marcado, la principal no fue su iniciación sexual, sino el repentino, al menos para él, divorcio de sus padres; el resto no han sido más que su consecuencia.

Su padre le fue continuamente infiel a su madre, pero la primera vez que ésta le pagó con la misma moneda, él la echó de casa, se fue a vivir a un hotel, puso el inmueble en alquiler e inició el divorcio. Ella no tenía dónde ir y regresó a Francia. Para colmo de males, su padre se arruinó. Lo peor de todo es que nadie le contó a Oliver, interno en un colegio elegante, lo que estaba pasando. El mundo se desmoronaba a su alrededor sin que él tuviera la menor pista.

«Un día tenía una familia, y al siguiente, no. —Rememoraba con amargura—. Ni

siquiera vinieron a verme al internado. Me llamó mi madrina para decirme que se estaban divorciando. Mi madre asegura que me telefoneó, pero yo no me acuerdo.» Acabó el colegio e ingresó en la Universidad de Yale. La dejó para correr aventuras, como en los libros de Hemingway y Conrad. Intentó luchar de mercenario en el ex Congo Belga, pero terminó enseñando inglés en Vietnam. Fue marinero y regresó a Yale.

Le tentó la idea del suicidio, pero prefirió escribir una novela que reflejase su estado de ánimo. Así surgió, en 1966, *A Child's Night Dream*, que no interesó a ninguna editorial entonces y que se publicó, al fin, treinta años después. El protagonista es un muchacho llamado Oliver Stone, igual que su autor, al que su madre inicia en el sexo y que huye de un hogar acomodado y una pacífica existencia universitaria para sumirse en un mundo de prostitutas, drogas y violencia.

Desesperado por el fracaso, el Oliver Stone real siguió los pasos de su personaje. Abandonó por segunda vez sus estudios en la Universidad de Yale en un momento en el que los jóvenes estadounidenses se matriculaban como estudiantes para librarse de ir a la guerra de Vietnam. Él hizo lo contrario. Se presentó voluntario para combatir en primera línea de fuego y pasó su vigésimo primer cumpleaños, el 15 de septiembre de 1967, a bordo del avión que le trasladaba al frente desde Estados Unidos.

Él mismo ha relatado hasta la saciedad lo que fue aquel infierno, en su trilogía de películas *Platoon, Nacido el 4 de julio* y *El cielo y la tierra*; y como premio ganó con las dos primeras sendos Oscar como mejor director. Antes, ya había sido recompensado con un par de condecoraciones por su arrojo en el campo de batalla (fue herido dos veces). Al regresar de Asia, además de medallas en su macuto, volvió con una afición al consumo de drogas que fue su calvario durante años.

Diez días después de licenciarse, le arrestaron en la frontera de México con marihuana y fue acusado de contrabando de estupefacientes, para el que se prevé una pena de cinco a veinte años de prisión. Se asustó y telefoneó a su padre: «Papá, la buena noticia es que he vuelto de Vietnam —le dijo—. ¿La mala noticia?: estoy en la cárcel, en San Diego.» Lou Stone aún tenía influencias y dinero suficientes para lograr que su hijo saliera del apuro sin cargos, a las dos semanas.

Reflejó vagamente su mala experiencia con la justicia en el guión de *El expreso de medianoche*, por el que ganó su primer Oscar, éste como escritor, y que dirigió Alan Parker. «Fui a Vietnam siendo de derechas y volví hecho un anarquista —ha aclarado—. Un radical. Muy parecido al Travis Brickle de *Taxi Driver*. Alienado. Convertido en una bomba de relojería que andaba.» Marihuana, LSD, cocaína… pasó por todas las drogas, combinadas con alcohol y prostitutas, casi hasta la autodestrucción. La relación con su padre había sido tensa antes de irse a la guerra y no mejoró a su regreso. Una vez hizo la gracia de echarle un narcótico en la bebida a su progenitor. «Una noche le puse LSD —resumió el cineasta—. Quería darle un vuelco a su cabeza y se lo camuflé en la copa. Después de un rato, dijo que se sentía extraño, "como si hubiera algo en él". Yo me reía.» Para Oliver fue algo positivo:

«Puede que le cambiara la vida. Quizá fue la razón de que se hiciera mucho más liberal.»

En 1981, según él, se despidió de la cocaína con el guión de *El precio del poder*. No está claro si renunció también a sus otros hábitos. Su segunda esposa, Elizabeth Cox, con la que se casó ese año, se divorció de él trece años después, a causa de su «promiscuidad incurable y su infidelidad». Fue ella la que confirmó que su suegra introdujo a su marido en el sexo e incluso sugirió que Jacqueline realizó tocamientos a uno de sus nietos, hijo de la pareja, impropios de una abuela.

La confesión de Stone en su novela ha recordado que entre las estrellas también hay víctimas del incesto. Las primeras denuncias públicas las hicieron Oprah Winfrey, la presentadora de televisión mejor pagada del país, que fue nominada al Oscar por *El color púrpura*, y Roseanne Barr, la gordita de la serie *Roseanne*. Esta última conmocionó a la opinión pública al reconocer en 1991, en el semanario *People* (equivalente al *¡Hola!* en Estados Unidos): «Soy una superviviente del incesto.»

No obstante, se ha dado siempre. Rita Hayworth fue explotada profesional y sexualmente por su padre, el bailarín español Eduardo Cansino. Cheryl Crane, hija de Lana Turner, famosa por apuñalar a los catorce años al amante de su madre, el gángster Johnny Stompanato, había sido violada a los diez años por Lex Barker, el actor que interpretó a Tarzán en los años cincuenta, cuarto de los siete maridos de esta actriz, que se casó en los años sesenta con la española Carmen Cervera.

El cambio que le dio Oliver Stone a su vida en 1981 no fue tan radical como él pretende. Ni con las mujeres ni con la droga. Jane Hamsher, productora de *Asesinos natos* (1994), recogió en el libro *Killer Instinct* (Broadway, 1997) la experiencia traumática que le supuso trabajar con él. Entre otras monstruosidades, menciona los excesos del cineasta con las drogas, incluidas setas psicodélicas, y cómo repercutían estas alegrías en el trabajo.

El interesado acusó a Hamsher de ofrecer una versión deformada de lo que ocurrió. Si bien sigue opinando que «se puede usar cualquier droga que mejore tu vida». Una filosofía que respalda con la larga tradición que existe en la humanidad de fumar opio, una sustancia que, al parecer, figura entre sus preferidas. «Creo que las drogas son parte muy importante de mi generación —precisó a la revista *Playboy*—. No sólo fuimos la generación de la guerra fría: fuimos la generación de la droga.»

Tras dos divorcios (el primero de la libanesa Najwa Sarkis), tres hijos (dos niños con Elizabeth Cox y una niña con la coreana Chong Son Chong) y tres Oscar, intenta vender una nueva imagen de hombre tranquilo (estudia budismo y medita a diario), con la que contrarrestar su bien ganada reputación de ser la figura más intratable de Hollywood. Los escépticos mencionan la violencia de su película *Giro al infierno* y recuerdan que, de nuevo, los hechos desmienten sus palabras.

Quentin Tarantino



Demolition Man

Quentin Tarantino, ¿genio incontestable o fraude fenomenal? La cuestión se plantea en Hollywood desde que saltó a la fama con *Reservoir Dogs* (1992), su primer filme como guionista, director y protagonista. El cineasta no soporta que se ponga en duda su valía y el 22 de octubre de 1997 pegó a Don Murphy, productor de *Asesinos natos* y socio de Jane Hamsher, autora del libro *Killer Instinct* (Broadway, 1997), en el que lo más suave que se dice de él es «famoso por ser famoso».

La relación de Tarantino con Murphy y Hamsher se remonta a 1990, cuando él aún no era nadie y ellos, tampoco mucho más, se interesaron por el guión original de *Asesinos natos*, que sufrió multitud de retoques y acabó dirigiendo Oliver Stone. El rodaje de esta película fue tal infierno, que Hamsher tuvo la necesidad de narrarlo en *Killer Instinct*, libro que lleva por subtítulo: «Cómo dos jóvenes productores tomaron Hollywood e hicieron la película más controvertida de la década.»

En el largo proceso de realización del filme hubo muchas escaramuzas entre el cineasta y los productores, que alcanzaron su máxima tensión tras la publicación del libro. Bastó que aquel día de 1997 Tarantino vislumbrase cómo entraba Murphy en el restaurante de moda. —El Ago— en el que él estaba comiendo con Harvey Weinstein, uno de los máximos responsables de Miramax. —Productora filial de Disney—, para que se comportara como uno de los tipos violentos de sus historias de ficción.

Se levantó de la mesa y fue directo por Murphy, que hacía cola para que le acomodasen. Le acorraló contra la pared y le dio de mamporros y sopapos, poniendo tal vigor en la tarea que perdió el reloj de pulsera. El agredido no se defendió y se limitó a protegerse la cara. Jane Hamsher, que le acompañaba, no participó en el incidente, porque había ido al baño. La policía no tardó en aparecer, reteniendo al agresor en uno de los coches patrulla, mientras se investigaba lo sucedido.

Ahí tuvo un papel esencial Harvey Weinstein, el magnate de Miramax, que logró que las partes llegaran a un acuerdo, en el mejor estilo negociador de Hollywood, para que la víctima no denunciara a su protegido, librándole de acabar entre rejas ese mismo día. «Nos dimos la mano y aceptamos no volver a hablar mal el uno del otro», resumió Tarantino. Lo malo es que los buenos propósitos se esfumaron a la vez que desapareció el temor a la justicia, algo muy común en la meca del cine.

Sólo unos días más tarde, el agresor acudió como invitado al popular programa de televisión de Keenen Ivory Wayans, para echar más leña al fuego. Contó, a una audiencia entusiasmada por oler la sangre en directo, que llevaba tres años buscando el enfrentamiento con Murphy, y que cuando éste tuvo lugar, le atizó tres veces. La revista *Variety*, la biblia del mundo del espectáculo, publicó otro de sus comentarios: «Creo, de verdad, que le he infundido cierto respeto a ese tipo.»

Ésa fue la gota que colmó la paciencia de la víctima y el 14 de noviembre presentó una demanda contra Tarantino en un tribunal de Los Ángeles, reclamando cinco millones de dólares en concepto de daños y perjuicios. Alegó que el director le había golpeado y humillado en público, causándole lesiones en la cabeza y una mano, que le provocaron tanto «sufrimiento y dolor físico y psíquico» que le fue imposible desempeñar su trabajo en los días posteriores al nefasto encuentro.

Esta demanda es el último contratiempo de una extensa serie de sucesos desagradables que tienen como epicentro la película *Asesinos natos*, que se ha convertido en fuente de problemas para cuantos han tenido contacto con ella. Lo raro es que su trayectoria, desde que surgió el guión hasta que estaba filmada y lista para estrenarse, no fue peor que la de muchos otros títulos que surgen cada año. La diferencia fue, quizá, que había muchos novatos implicados en ella.

El primero, Tarantino, al que se le ocurrió escribir la historia en otoño de 1989, como consecuencia de los ocho días, quizá los peores de su vida, que pasó en la Prisión del Condado de Los Ángeles. El mismo establecimiento penitenciario en el que encierran a la protagonista de *Jackie Brown* (1997), su tercer largometraje, y por el que pasó él mismo a causa de una deuda acumulada de 7000 dólares en multas impagadas de tráfico; aunque también tuvo algún lío por hurto en tiendas.

Una vez concluido y pulido el guión, su representante Cathryn Jaymes. —Que le apoyó durante diez años, cuando no era nadie, y a la que despidió en cuanto se hizo famoso— lo puso en circulación por las productoras, sin que nadie se interesara por él. Las perspectivas eran tan malas que el cineasta se convenció de que nunca llegaría a filmarse y le prometió a su amigo Rand Vossler, otro aspirante a genio que no

despegó, que podría dirigirlo si encontraba quien se lo financiase.

Aparecieron entonces Don Murphy y Jane Hamsher, recién salidos de la escuela de cine de la Universidad del Sur de California (USC), que iniciaban su carrera como productores, se habían enamorado del guión maldito y estaban dispuestos a verlo hecho película a toda costa. No les faltaron trabas para cumplir su deseo. Primera sorpresa: el propio Tarantino, que empezaba a ser conocido, les obligó a adelantarle 10 000 dólares por el derecho a seguir adelante produciendo su historia.

El cineasta se compró con ese dinero el Chevrolet Malibu descapotable que luce John Travolta en *Pulp Fiction*. Wesley Clarkson contaba en su biografía *Quentin Tarantino: Shooting from the Hip* (Overlook, 1995) que se lo rayaron, como al personaje, cinco días después de comprarlo. Harto de él, quiso vendérselo, sin éxito, a todos los actores y técnicos del equipo. Cansado, dejó de usarlo, porque como era descapotable, le daba miedo que le asaltasen al atravesar alguna zona peligrosa de Los Angeles, y lo guardó en un garaje.

La siguiente sorpresa que se llevaron Murphy y Hamsher fue que Vossler, alguien que jamás se había puesto detrás de una cámara, tenía una opción, como director, sobre el guión. En esas circunstancias era prácticamente imposible que nadie en Hollywood apostara por ellos. Con todo, siguieron trabajando hasta que, pasados dos años, Vossland les demandó por daños. —Apoyado por Tarantino—, y se vieron obligados a pagarle una indemnización extrajudicial para que abandonase el proyecto.

La pareja de productores, exhausta económicamente y extenuada por tanto esfuerzo baldío, estaba a punto de tirar la toalla cuando cambió su suerte de improviso. Oliver Stone, con todo su peso en la industria, estaba dispuesto a sacar adelante la película, si la dirigía él. «No quería problemas —le confió a James Riordan en *Stone* (Hyperion, 1995)—, pero una voz susurraba en mi interior: “todas las grandes fortunas americanas se han edificado sobre un robo”.»

La noticia sólo disgustó a Tarantino, cada vez menos interesado en que *Asesinos natos* se hiciera película. La razón que exponía Jane Hamsher en *Killer Instinct* es demoledora. Primero, les llamaba «pareja de bastardos avaros y mentirosos» al director y a su colega Rand Vossler. Luego, acusaba a Tarantino de limitarse a repetir siempre el mismo relato, perfilado a partir de un guión escrito con su amigo Roger Avary y de elementos copiados del cine de acción chino.

Hamsher confesaba que la escena que más le gustaba de *Asesinos natos* era la de los dos culturistas gemelos, creada, al parecer, por Avary, al que Tarantino conoció cuando ambos trabajaban de dependientes en una tienda de alquiler de vídeo. «Aunque Quentin figuraba como autor de *Amor a quemarropa, Pulp Fiction* y *Asesinos natos* —explicaba la productora—, todas ellas surgieron de sus elucubraciones con Roger en los días en los que sólo les sobraba el tiempo que matar.»

«Originalmente —concluyen las revelaciones del libro—, Roger escribió un guión titulado “The Open Road”, que Quentin amplió y convirtió en una obra de 400

páginas, salvaje e imposible de manejar… Más adelante, Roger y Quentin lo despiezaron en lo que fue la base de *Amor a quemarropa…* Después, Quentin volvió a coger lo que quedaba de "The Open Road" para montar *Asesinos natos*, y pilló, además, al azar, partes para *Reservoir Dogs* y *Pulp Fiction.*»

Una vez solventados todos los extremos legales, Oliver Stone rehízo el texto a su medida, con ayuda de Richard Rutowski y David Veloz. Los retoques molestaron tanto a Tarantino que exigió que no se incluyera su nombre como guionista en los títulos de crédito y que se utilizara, en cambio, la fórmula «A partir de un relato de…,. —Para nombrarlo—. No quise —justificó él— que nadie pensara que había escrito algunas de las cosas que salen en el filme.»

Le irritó aún más que se eligiese de protagonista. —En parte para contentar a la Warner— a Woody Harrelson, coprotagonista de *Una proposición indecente* y famoso por su papel de camarero tontaina en la teleserie *Cheers*. No reparó, como Stone, en que Charles Harrelson, padre del actor, es un sicario condenado a doble cadena perpetua por asesinar a un juez y que se rumorea que era uno de los supuestos mendigos que figuraron entre los detenidos en Dallas cuando mataron al presidente Kennedy. Ese pasado ha influido, sin duda, en Woody, que suele visitar a su padre en la cárcel.

Al comprobar que no le quedaban cauces legales, Tarantino recurrió a la prensa y, en una entrevista a la revista *Premiere* (noviembre de 1994), acusó a Murphy y Hamsher de «robarle» el guión. Éstos replicaron en una carta remitida al director del mensual, publicada en enero de 1995, que no parecía apropiado hablar de robo porque el cineasta había cedido sus derechos legalmente y cobrado, a cambio, un adelanto de 10 000 dólares y una cifra final de unos 350 000 dólares.

Aclaraba, además, que Tarantino intentó que Stone dejara correr el tiempo para que perdieran su opción, quedarse con el adelanto y revender el guión. Stone se negó al apaño, lo que provocó todos los exabruptos contra él. Añadía que *Reservoir Dogs* era un plagio de *City on Fire*, de Ringo Lam, y que Roger Avary escribió un tercio del guión de *Pulp Fiction*. —Aunque sólo figuraba como autor de la idea— y del monólogo sobre *Top Gun* que Tarantino soltó como propio en *Sleep With Me*.

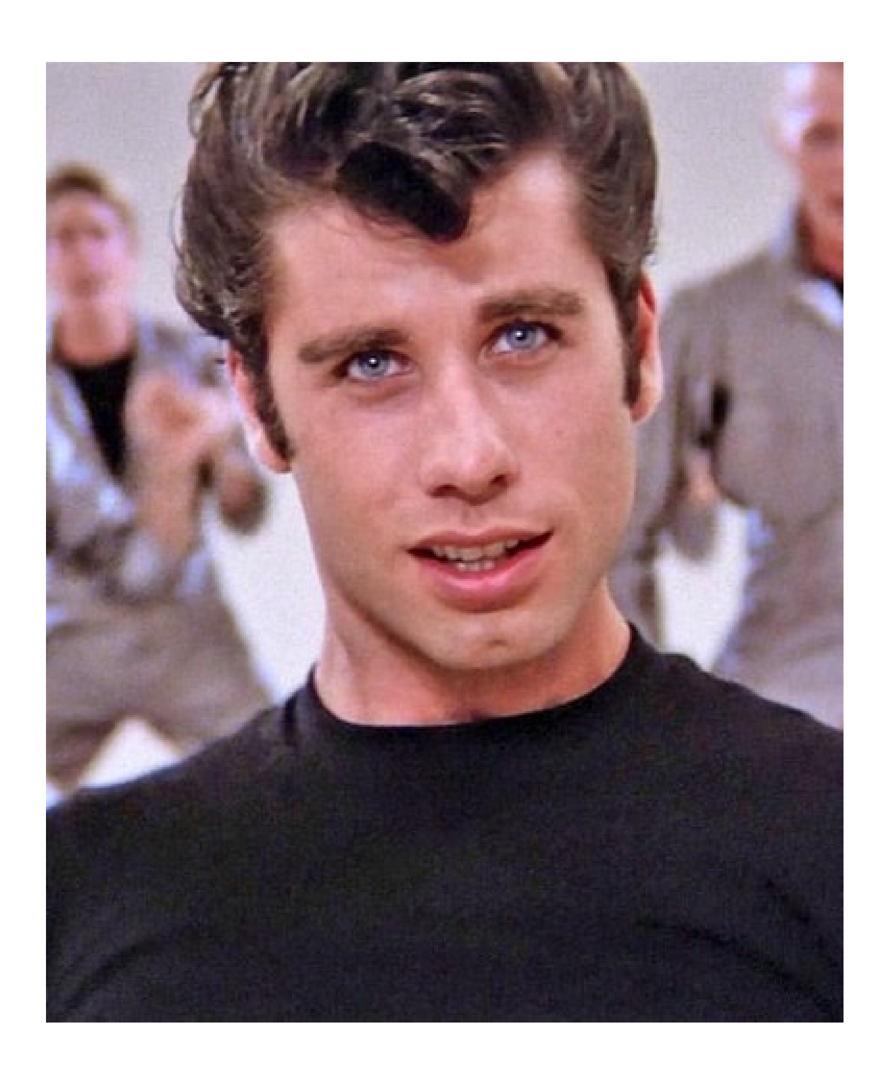
Las peleas a puñetazos tienen una larga tradición entre la comunidad artística californiana. Louis B. Mayer, magnate de la Metro-Goldwyn-Mayer, era famoso porque tumbaba a sus adversarios de un directo, como hizo con el director Erich von Stroheim en el plato de *La viuda alegre*, cuando éste le dijo que todas las mujeres eran unas «putas». Spencer Tracy se lió a porrazos con el cineasta William Wellman en 1935 en la sala de fiestas Trocadero por algo que éste dijo de Loretta Young.

No menos famoso fue el altercado en los años cuarenta entre John Huston y Errol Flynn por un comentario que hizo este sobre Olivia de Havilland en una fiesta del productor David O. Selznick. Ambos salieron de la casa y llevaban casi una hora zurrándose cuando el resto de invitados se dio cuenta y los separó. Balance de daños: Flynn, dos costillas rotas, y Huston, la nariz fracturada. El actor quedó tan encantado

que le sugirió al director que podían repetir cualquier día.

Jane Hamsher creyó que zanjaba sus diferencias con Tarantino de modo civilizado con su libro *Killer Instinct* y sólo logró que el irascible cineasta vapulease a su socio Don Murphy. Una reacción bastante más galante que la de cualquiera de sus personajes. Por ejemplo, el de Robert de Niro en *Jackie Brown*, que le descerraja dos tiros a Bridget Fonda porque le incordia. «Llevaba meses desacreditándome por toda la ciudad, y eso no se lo permito», dijo el cineasta tras su pelea. ¿No es razón suficiente para alguien que ya es casi un clásico?

John Travolta



Alien Resurrección

En Francia, lo bautizaron «L’Affaire Travolta», y no tenía nada que ver con un lío de faldas. No. Fue un pulso entre una de las estrellas más cotizadas de Hollywood y un cineasta europeo de culto, Roman Polanski. Cada uno tenía criterios dispares sobre *The Double*, filme cuyo rodaje iba a comenzar en París el 10 de junio de 1996. El cineasta creyó que tenía la última palabra y no cedió. La respuesta del actor fue contundente: se fue de vuelta a Estados Unidos y la película jamás se hizo.

«Si te muestran un Rolex —protestó Travolta— y luego te quieren dar un Timex, tú dirás: “¡Espera un minuto! ¿Dónde está el Rolex que me habías enseñado?”» Un símil relojero con el que el astro resumió su desilusión al comprobar a su llegada a la capital francesa que, según él, Polanski había alterado veinticinco de las ciento diez páginas del guión original; que adaptaba un relato corto de Dostoievski, sobre un tímido contable que inventa a un doble para conquistar a una mujer.

«Nuestros enfoques de la cinta eran diferentes por completo —explicó en la revista *París Match*—. Yo quería hacer una comedia dramática y él pretendía un

tebeo.» Hubo otro punto de fricción. Entre las reformas, se añadió un desnudo. «No me he desnudado en toda mi carrera y no voy a empezar ahora, que estoy gordo.» Travolta, seguro de su poder, no se planteó reconsiderar su postura; por el contrario, ofreció pagar 3,5 millones de su bolsillo si despedían a Polanski.

Cuando las negociaciones llegaron a punto muerto, días antes de iniciar la filmación, el actor se fue, dejándolo todo plantado, incluidas doscientas cincuenta personas comprometidas y listas para trabajar. La disculpa, luego explotada de modo muy conveniente por su relaciones públicas, se la brindó un pequeño problema que sufrió su hijo Jett. —Entonces de cuatro años— en un oído. El niño estaba con su madre en Norteamérica, y él, de acuerdo con su versión, regresó para hacerse cargo de la crisis doméstica.

Lo único seguro es que no volvió a París ni trató de ponerse en contacto con el director. En realidad, al ir a Estados Unidos y trasladar el problema a Hollywood, sede de las productoras Mandalay y Sony (multinacional japonesa dueña de los estudios Columbia y TriStar), que financiaban el proyecto, excluyó a Polanski de tomar parte directa en las negociaciones, ya que el cineasta no podía entrar en ese país, por sus cuentas pendientes con la justicia desde 1978.

«Lo que pretendía el señor Travolta —replicó un ayudante de Polanski— era tomar parte en la tarea de dirección, exigiendo un grado de control creativo que no es el que suele concederse a actores a sueldo.» Una queja que no parecía descaminada si se tiene en cuenta que la estrella había pedido, al parecer, que el realizador no le dirigiera en su «manera personal de interpretar» en el plato. En lugar de instrucciones concretas, debía remitirle una «versión creativa» escrita de su cometido.

En cuestión de días, los productores le demandaron por incumplimiento de contrato y él les contrademandó por igual causa, así como por fraude. Sus abogados alegaron que no había contrato y que su cliente cambió de opinión después de ser herido en su orgullo por Polanski. El conflicto quedó resuelto con un acuerdo extrajudicial secreto en julio de 1997, por el que se cree que Travolta no tuvo que pagar nada, pero que se comprometió a hacer una nueva película para esas productoras.

En cuanto a *The Double*, murió con la partida de su protagonista, a pesar de los esfuerzos que se hicieron por reanimarla en aquel momento. Sean Penn, Robert de Niro y Al Pacino rechazaron hacerse cargo del papel y se contrató al cómico Steve Martin por doce millones de dólares, cinco menos de los que iba a cobrar su antecesor. Lo malo es que Isabelle Adjani, la protagonista femenina, tenía derecho. —Por contrato— a vetar a su compañero; no lo aceptó y todo se fue al traste.

Los desnudos fueron uno de los motivos que acabó con el proyecto. «John es cienciólogo —razonaba Dan Glaister en el diario inglés *The Guardian* (2 de julio de 1996)—. Parece que desnudez y Cienciología no casan.» A Travolta no le importa tratar con la prensa su pertenencia a esa organización, al contrario que su colega Tom Cruise. «Nunca defiendo la Cienciología. —Aclara—… No siento que lo necesite…

Es más bien una urgencia de iluminar a los otros sobre ella.»

Se hizo miembro en 1975, cuando rodaba *La lluvia del diablo* en México, al principio de su carrera. Se acatarró y la actriz Joan Prather, cienciólogа, le captó al sanarle con una imposición de manos. «La Cienciología me ha ayudado a vencer un montón de angustia. —Ha contado—. Ganaba millones y se suponía que disfrutaba del sueño de Hollywood, pero no era así… La gente toma Prozac y otras sustancias para combatir sus aspectos negativos. Yo prefiero la disciplina mental.»

Su ánimo de iluminar a otros sobre esta «filosofía religiosa aplicada», tal como definieron sus responsables a la Cienciología en un anuncio de página completa. —Coste, 20 000 libras esterlinas— en el diario *The Times* (28 de mayo de 1994), le ha traído no pocos problemas a John Travolta. El primero, dudas muy serias sobre la validez legal de su unión con la actriz Kelly Preston, oficiada el 5 de septiembre de 1991 en el hotel Crillon de París por un cienciólogo.

«La pareja dice: “Lo hicimos”, pero los franceses dicen que no», anunciaba en su portada el semanario sensacionalista *National Enquirer* (24 de septiembre de 1991). Un portavoz de la Embajada de Francia en Washington aclaraba que, según la ley gala, uno de los novios, al menos, debía residir más de cuarenta días seguidos en el país; ambos tenían que hacerse análisis de sangre, y la ceremonia había que celebrarla en un ayuntamiento. En otro caso, el matrimonio no era legal.

En resumen, Francia no concedía la menor validez a esa boda y, en consecuencia, Estados Unidos, tampoco. Por más que la foto de los recién casados apareciera en revistas de tanto renombre como el *Paris Match* francés y el *Oggi* italiano o que la agencia Associated Press difundiera la noticia al mundo. Para hacerse una idea, fue algo parecido a la famosa unión de la actriz y ex *Miss* Mundo Amparo Muñoz y Flabio Labarca por el rito de Bali, tan exótico como carente de efectos jurídicos.

El actor había conocido a la actriz Kelly Preston. —Ocho años más joven que él— en 1989, durante el rodaje de *The Experts*, en lo más bajo de su carrera. Ella entonces estaba casada con el actor Kevin Gage. Tras divorciarse de él, salió con George Clooney (lanzado después a la fama por la teleserie *Urgencias*) y estuvo comprometida con Charlie Sheen, que le regaló un anillo de compromiso de brillantes antes de abandonarla por la actriz porno Ginger Lynn. No contento con el desaire, aún la persiguió para que le devolviese la joya.

Ahí reapareció en escena Travolta y su larga lista de romances, cuya autenticidad cuestionan algunos, que acababa de ser objeto de una campaña de grupos homosexuales pidiéndole, a él y a otras estrellas, que dieran una imagen positiva de sí mismos reconociendo que ellos lo eran. Además, el actor porno Paul Barresi aseguró en 1990 que fue amante durante dos años del astro, al que conoció en 1983; que éste le pagaba 400 dólares por encuentro y le consiguió un papel en *Perfect*.

El ser homosexual o no en Hollywood no es una cuestión moral, sino un problema industrial. Los productores temen que si un galán reconoce que no le atraen las mujeres, será poco creíble para el público en escenas de amor y las admiradoras

no harán de él objeto de sus fantasías ni soñarán con ver sus películas. Dentro de este marco, la idea generalizada es que los productores no contratan a homosexuales ni lesbianas y, como es lógico, los que lo son se guardan mucho de decirlo.

Travolta atajó todos los rumores, infundados o no, con su repentina boda parisina. Kelly Preston no era miembro de la Cienciología, pero él la iluminó, más o menos como Tom Cruise a Nicole Kidman. Ambas actrices, es curioso, nacieron en Hawai, se criaron en Australia, fueron desconocidas hasta su boda con una estrella y se hicieron cienciólogas por sus maridos. Kelly estaba embarazada y tuvo un crío, que nació de acuerdo con los dictados de pureza de la Cienciología, el 13 de abril de 1992.

¿Cuáles son estos principios? Simplificando: seríamos seres perfectos si una serie de «enagramas» o experiencias negativas, que comienzan incluso dentro del claustro materno, durante la gestación, no oscurecieran nuestras potencias. Lo que proporciona la Cienciología es, también simplificando, un procedimiento, tan largo y caro como un psicoanálisis, para ir eliminando «enagramas» poco a poco, previo pago constante de su importe, para alcanzar la condición de individuo «claro».

El crítico Jesús Palacios sugiere en *Satán en Hollywood. Una historia mágica del cine* (Valdemar, 1997) que algunas películas del actor están inspiradas en la Cienciología. Por ejemplo, *Mira quién habla* y sus secuelas, comedias sobre bebés afectados por el entorno desde el período fetal, que protagonizó con Kirstie Alley, otra ferviente cienciólogа, que se hizo miembro por Narconon, rama de la organización que rehabilita drogadictos, por la que también fue captada Juliette Lewis.

La relación fue mucho más evidente en *Phenomenon*, en la que encarna a un tipo simple cuya inteligencia se amplía sin límites cuando se vuelve «claro». No es extraño que el filme levantara sospechas en los muchos detractores que tiene la Cienciología en Alemania. En especial, de las juventudes del Partido Demócrata Cristiano, que pidieron, el verano de 1996, el boicot de *Misión imposible*, temerosos de que los ingresos del éxito de Tom Cruise fueran a las arcas de la organización.

Los cienciólogos pagaron varios anuncios de una página en el *International Herald Tribune* dirigidos al presidente Helmut Kohl, comparando su situación en Alemania con la de los judíos en los años treinta. Entre los firmantes había varios hebreos que, según reveló el diario *The Times* (10 de junio de 1997), eran, en su mayoría, los representantes y productores de los filmes de Cruise y Travolta. No hay que olvidar que Alemania es uno de los principales mercados internacionales del cine de Hollywood.

Fuera de éstos, la reacción de los judíos fue de rechazo y el Consejo Central Judío de Alemania insertó una réplica en *The New York Times* calificando la comparación de «insulto». El personal del *International Herald Tribune* puso otro anuncio en su diario protestando por el de la Cienciología, y la prensa recordó los problemas de esta organización en toda Europa y que en Francia uno de sus dirigentes fue condenado a

prisión por el suicidio de un miembro que no podía pagarse los cursos.

John Travolta, en cambio, achaca a la Cienciología sus éxitos, incluidas las dos veces que optó al Oscar, por *Fiebre del sábado noche* y *Pulp Fiction*. Un tal Harry Baldwin resumía las dudas de mucha gente en una carta publicada en *The Times* el 11 de mayo de 1996: «¿Qué hizo la Cienciología por su carrera en los años de desgracia? ¿Qué piensa ésta de los que arrojan bombas H sobre Denver como su personaje en *Broken Arrow, alarma nuclear*? Y no puedo dejar de preguntarme quién “guía” las carreras de aquellas estrellas que no son miembros de la Cienciología.»

James Woods / Sean Young





Atracción fatal

A un actor no se le conoce hasta que no se trabaja con él, y compartir esa experiencia con la hermosa Sean Young es algo que muchos de sus colegas hubieran preferido ahorrarse. Las quejas sobre su comportamiento darían para llenar un libro completo, pero de todos los despidos y trifulcas que ha acumulado en su carrera, nada es comparable a la pesadilla que se desató tras la ruptura de su relación con James Woods, una vez que ambos concluyeron el rodaje de *Impulso sensual*.

De acuerdo con la demanda que presentaron el actor y su prometida Sarah Owen, el 26 de agosto de 1988, Sean Young se pasó meses acosándoles. Entre otras cosas, destruía las flores de su jardín y les envió «fotografías y representaciones gráficas de actos de violencia, personas fallecidas, animales muertos, tripas, mutilación y otras imágenes, creadas con el fin de causarles un gran sufrimiento emocional». La pareja, como compensación, le reclamó dos millones de dólares.

¿Qué pudo ocurrir en el plato de *Impulso sensual* para que sus estrellas acabaran haciéndose acusaciones tan graves en un juzgado? No mucho, según los interesados, que negaron cualquier contacto sexual entre ellos; aunque Sean dudaba cómo calificar su relación: «¿Tuve un romance con Jimmy? No. ¿Lo hicimos? No, pero estuvimos muy compenetrados emocionalmente y me pregunto si eso no es ya un

idilio. En aquellos momentos había mucho en mí de Linda, mi personaje.»

Hay que reconocer que los intérpretes juegan con sus sentimientos al trabajar y, en su caso, el argumento de la película les exigió mucho. La trama retrataba la destrucción física y moral de un matrimonio de jóvenes emprendedores que sucumben al alcohol y la droga, porque no son capaces de reaccionar ante un revés del destino. La cinta se estrenó sin pena ni gloria y nadie recordaría hoy su título si no fuera por el tremendo escándalo que se montó en torno a ella.

La demanda de James Woods puso a la opinión pública en contra de Sean. No era para menos, a tenor de las informaciones que se iban filtrando a los medios de comunicación. La tesis era que la actriz estaba obsesionada con su colega y quería a toda costa que éste rompiera su unión con Sarah Owen. La pareja, que no paraba de recibir llamadas telefónicas y notas amenazadoras, dejó un mensaje conjunto en el contestador de Sean, rogándole, sin éxito, que cesase de importunarles.

El 16 de agosto de 1988, Woods encontró en la puerta de su casa un paquete con una muñeca ensangrentada (en alusión a un aborto provocado de Sarah) que tenía el cuello cortado e iba envuelta en un periódico de Vancouver (Canadá), lugar en el que Sean rodaba *Un toque de infidelidad*. Al día siguiente, la pareja recibió una misiva anónima, que decía: «Soy una amiga de Sean Young, que me pidió que pusiera eso en el umbral de su puerta. Lo siento, porque creo que es despreciable.»

El FBI intervino en el asunto. Interrogó a la actriz y a sus amigos, y les tomó las huellas dactilares, pero negaron todas las imputaciones y el incidente no fue más allá. «En todo ese montaje —ironizó ella— sólo faltó un rastro de miguitas de pan que llevara hasta mi casa.» La nota bastó, no obstante, para que el 26 de agosto Woods y Owen presentaran la famosa demanda por acoso y que sus diferencias, hasta ese momento privadas, se convirtieran en tema de interés público.

La noticia coincidió con el enorme éxito de *Atracción fatal*, película sobre una mujer que se obsesiona hasta la locura con destruir la vida del hombre que la ha rechazado. La comparación se hizo inevitable y circuló el curioso rumor de que su guionista, James Dearden, se había inspirado en Sean para crear a la desquiciada protagonista; aunque no parecía posible porque el filme se había estrenado en septiembre de 1987, justo cuando comenzó la filmación de *Impulso sensual*.

Dearden, que dirigió en 1991 a la actriz en *Bésame antes de morir*, aclaró que en los borradores originales del guión el papel. —Encarnado por Glenn Close— no se llamaba Alex, como en la película, sino Sean. «La había visto [a Young] en *Suave es la noche* —explicó— y me pareció que estaba muy bien; así que es posible que, de modo inconsciente, llamase Sean al personaje porque cuando te pones a escribir ayuda imaginarte a actores concretos.» Negó, en cambio, que hubieran sido novios.

Sus compañeros desempolvaron incidentes pasados en los que había estado envuelta y la hacían digna de la Alex de la ficción. En *Baby, el secreto de la leyenda perdida*, su deporte preferido era quitarle la silla a William Katt al sentarse, para que se cayera al suelo, y en *Wall Street* irritó tanto a Charlie Sheen que éste le pegó un

cartel a la espalda que decía: «Soy la mayor hija de puta del mundo», con el que ella se paseó un buen rato por el plato, sin darse cuenta.

Oliver Stone, director de la cinta, estaba tan molesto con su conducta que optó por acortar su papel y despedirla con cajas destempladas. Al irse, Sean intentó llevarse su vestuario, pero le obligaron a devolverlo. Este incidente tiene otra versión, mucho más malévola e improbable, en la que ella estaba ya en la puerta del estudio con su coche cuando le reclamaron el vestido. Entonces, se lo quitó allí mismo, lo tiró por la ventanilla y siguió su camino desnuda.

No menos teatral fue su aparición en un programa de televisión para hacer frente a las acusaciones. «Jimmy [diminutivo de James] y Sarah, sabéis que no lo hice —exclamó mirando a cámara—. Si buscabais herirme, lo habéis conseguido.» Herida no significa indefensa. Sean reconoció que había llamado a Woods, pero que lo hizo para que supiera que Sarah Owen no hacía más que dejarle en el contestador automático mensajes de mal gusto, del tipo: «Eres agua pasada y Jimmy ya te ha olvidado.»

James Woods no se quedó atrás. La hizo responsable de provocar que se le volviese el pelo blanco y contrató a un guardaespaldas. Sin embargo, según se acercaba la fecha del juicio, se revelaban datos inquietantes sobre la personalidad del actor. Se supo que había seguido tratamiento psiquiátrico en el pasado y que su propia novia Sarah Owen le denunció a la policía el 8 de noviembre de 1987, cuando rodaba *Impulso sensual*, por malos tratos y por amenazarla con una pistola.

Por fin, llegó la audiencia pública en Los Angeles, en la que se enfrentaron cara a cara. Ambas partes comprendieron que no ganaban nada si seguían adelante con esa locura y, antes de finalizar, llegaron a un acuerdo extrajudicial, que es, en definitiva, la solución usual de las demandas civiles en Hollywood. Woods recibió una compensación económica de la compañía de seguros de Young, que, además, le reembolsó a ésta los 227 000 dólares que llevaba gastados en su defensa.

Es difícil saber qué sucedió en realidad. Según Young, el rodaje coincidió con la crisis sentimental que atravesaban el actor y su novia, que estaba embarazada. Woods le pidió consejo sobre sus problemas y ella se lo dio, lo que provocó los celos y la ira de Sarah, que montó el número del acoso, respaldada por él, para vengarse. «Ella se comportó como una zorra —opinaba Sean— y él como un estúpido por no tener el sentido común de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.»

Los acontecimientos que siguieron a la resolución del incidente avalan, al menos en parte, esta explicación. Woods y su novia se casaron, pero su unión duró sólo «ciento veintisiete días y diez horas. —De acuerdo a los cálculos del novio—. Después de cuatro meses de matrimonio —se quejaba—, me tuvo cuatro años en los tribunales, así que no recuerdo cuándo se acabó oficialmente.» Para entonces, era él mismo el que le echaba a su ex mujer la culpa de lo que había pasado con Young.

Los hechos no parece que fueran tan sencillos. Tras su divorcio, Sarah Owen contó las mayores monstruosidades del que había sido su marido. Se quejó de que la

pegaba y de que la forzó a someterse a un aborto. Al abandonarle, la obligó, a punta de pistola, a tumbarse desnuda en el suelo y a repetir: «Soy una puta y una asesina de niños.» Woods, famoso por sus idilios al límite, lo negó; pero muchos pensaban que Sean Young no andaba tan descaminada en sus quejas sobre la pareja.

La carrera de la actriz, que había comenzado de modo prometedor con los éxitos de *Blade Runner*, junto a Harrison Ford, y *No hay salida*, con Kevin Costner, se resintió mucho por el escándalo y la mala suerte, que se cebó con ella. Iba a ser la chica de *Batman*, pero se rompió una clavícula al principio del rodaje y tuvo que sustituirla Kim Basinger. Su siguiente baza, una aparición breve en *Delitos y faltas*, de Woody Allen, desapareció a última hora en la sala de montaje.

Le pusieron la etiqueta de persona problemática, lo peor que puede pasarle a un actor, pero no hizo nada por evitarlo, sino más bien lo contrario. Warren Beatty la despidió de *Dick Tracy* aludiendo a «diferencias artísticas», y el director Tim Burton se escondió en un retrete cuando la vio entrar en su oficina completamente vestida de *catwoman*, dispuesta a no dejarse escapar el papel femenino de *Batman vuelve*, para el que ya habían seleccionado a Michelle Pfeiffer.

Repitió el golpe de efecto presentándose de nuevo como *catwoman* en un programa de televisión, convencida de que los productores enmendarían su error al ver lo bien que le sentaba el disfraz. Su esfuerzo sólo sirvió para convertirse en el hazmerreír de la profesión. La directora Lizzie Borden, que trabajó en 1992 con ella en *Crímenes de amor*, tuvo muchos problemas para encontrar actores que quisieran embarcarse en el proyecto una vez que les decían quién era la protagonista.

Como todos se temían, volvió a armarla. Se empeñó en que un cámara, que le había gustado desde el primer día, doblara al protagonista, Patrick Bergin, en la tórrida escena de cama. Le ofreció 10 000 dólares, pero el técnico se negó. «No sabe manipular. —Diagnosticó Lizzie Borden—, así que ataca de frente, y en un rodaje esa táctica puede resultar mortal.» Lo malo es que siguió repitiéndola. En *Pájaros de fuego* tuvo problemas con Nicolas Cage, y en *Seducción peligrosa*, con Michael Caine.

Sean se casó en 1991 con el actor Robert Lujan, su novio desde un año antes del escándalo con Woods, y residen, con sus hijos, en Arizona. Lo curioso es que encontraron el que es hoy su hogar cuando buscaban a un vidente que descubriera quién escribió la nota incriminatoria que provocó la demanda. ¿Ha sacado Sean alguna lección del pasado? «Nunca confundas una carrera con la vida. —Sentencia —. Supongo que me he perdido cosas viniéndome aquí, pero mi existencia es pacífica y productiva.» Eso ya es mucho en un temperamento como el suyo.



Juan Pando Marcos es un periodista, crítico y escritor cinematográfico español nacido en Barcelona en 1956 y criado en Madrid. Sus textos se han publicado en el diario *El Mundo*, el semanario *Diez Minutos* y el mensual especializado *Fotogramas*, entre otras publicaciones.

Después de cursar estudios de Derecho y Periodismo, inició su actividad profesional en el periodismo en la agencia Efe, la Cadena Ser y la agencia Colpisa. Escribió en *Villa de Madrid*, fue subdirector del quincenal vitivinícola *Marco Real*, redactor jefe de *Gastronomía y Enología* y de *Nueva Banca*, y productor del programa Un mundo feliz de RNE-Radio 1. A final de la década de 1980 se especializó en información de cine, trabajando desde entonces en este campo en prensa, radio y televisión.

Ejerció la crítica en el semanario de educación *Escuela Española* y ha publicado sus reportajes y entrevistas, entre otras, en revistas como *Elle, Muy Interesante, Mia, Glamour, Escuela Española, Dunia, Fantastic, Ragazza, Paisajes desde el tren, Crecer Feliz, Biba, Estar Viva, Ono* y *Supertele*.

En televisión fue crítico de *La semana que viene*, magazine de Julia Otero en Tele 5, y de *Mundo Mundial*, programa de cine de Vía Digital dirigido por Toni Garrido. En el medio radiofónico, fue contertulio de *Rompeolas*, de la Cadena SER, y experto cinematográfico de *Buenas tardes, corazón*, dirigido por Consuelo Berlanga en Radio Corazón, del Grupo Z.

Ha colaborado con diversos festivales, en especial con el Festival de Cine Iberoamericano de Huelva, del que fue miembro del consejo asesor y asesor de su

director. Ha sido, también, jurado en distintos certámenes audiovisuales.

Es miembro de la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España y fue secretario general del Círculo de Escritores Cinematográficos (CEC), decana de las asociaciones de críticos e informadores cinematográficos de España.

Ha ejercido como profesor de Historia del Cine en la escuela Taller de Cine de Madrid. Toma parte de modo regular en mesas redondas, cursillos, ciclos de conferencias, congresos y jornadas relacionadas con temas cinematográficos.

Obras destacadas:

Hollywood al desnudo (Espasa Calpe, 1997)

Nacidos para triunfar: Cien actores jóvenes (Ediciones B, 1997)

Crónica negra de Hollywood (Espasa Calpe, 1998)